



Sombra de
Sangre

se

Sombra de vampiro, libro 2

BELLA FORR Lectulandia

Ahora después de meses de sobrevivir a una noche sin fin, el sol de la mañana pronto podría alzarse de nuevo sobre Sofía. Algo ha poseído el corazón de Derek y le ofrece un regalo que nunca en la historia de la isla maldita, se le ha dado a ningún esclavo no humano: escape.

La secundaria, la graduación y la oportunidad de seguir adelante con su vida ahora esperan por ella.

Pero, ¿será capaz de olvidar los horrores que le quitan el sueño por la noche? ¿Y los sentimientos que la persiguen por ese atormentado príncipe de la oscuridad?

Lectulandia

Bella Forrest

Sombra de sangre

Sombra de vampiro - 2

ePub r1.0

Titivillus 21.12.2017

Título original: *A Shade of Blood*
Bella Forrest, 2016
Diseño de cubierta: Sarah Hansen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Derek

Un viento frío aullaba azotando las secuoyas gigantes que nos rodeaban. El puerto estaba a la vista. El sonido de las olas del océano rompiendo contra los escarpados acantilados de la isla era audible incluso para el oído humano.

No pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que verla partir. Conocía el riesgo que entrañaba permitir que ella y su amigo abandonaran La Sombra. Sin embargo, no tenía opción. Había elegido irse y debía respetar su decisión. Me dolió que no confiara en mí lo suficiente para protegerla, que eligiera al chico humano, Ben, antes que a mí, pero sabía que estaría más segura si la dejaba ir.

Con ella todavía entre mis brazos y un hormigueo en los labios por el beso que le había reclamado, tal vez incluso exigido, era consciente de cada curva de su delgado y frágil cuerpo contra el mío. Mis dedos estaban entrelazados en su suave cabello castaño rojizo, y su dulce esencia invadía mis sentidos. Jamás otra mujer me había hecho sentir de la misma forma que Sofía Claremont y, en ese momento, no podía soportar la idea de que me abandonara.

Tenía su hermosa cara pecosa escondida en mi hombro cuando rompió en llanto por razones que no alcanzaba a entender totalmente. Cada sollozo se me clavaba en el corazón.

Ben hizo intención de acercarse a nosotros. Había estado observándonos desde el momento en que tomé a Sofía entre mis brazos y apreté mis labios contra los suyos. No necesitaba mirarlo para saber que sus ojos pedían a gritos mi muerte.

Lo ignoré. La única razón por la que él me importaba era porque a *ella* le importaba. Ni siquiera confiaba en él, pero ella sí y se suponía que con eso bastaba.

Los brazos de Sofía se apretaron alrededor de mi cintura, agarrándose a mí con la misma fuerza que yo me agarraba a ella. El gesto me dio la esperanza de que quizás elegiría quedarse.

—Sofía... —Mi voz salió en un ronco susurro sin aliento.

Sentí que el corazón se me hundía mientras ella se separaba lentamente de mí. Me sorprendí cuando descansó sus manos en mis hombros, se puso de puntillas y se inclinó, acariciando mis labios con los suyos. Aquello encendió mis sentidos y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para evitar que la pasión me dominara. No deseaba asustarla, así que cerré los ojos y dejé que tomara la iniciativa. Apreté los puños cuando nuestros labios se separaron. Abrí los ojos y encontré su mirada verde esmeralda fija en mí. Estaba estudiando mi rostro con todo detenimiento, como si intentara memorizarme.

Yo hice lo mismo. Guardé en mi memoria cada parte de su adorable rostro, cada larguísima pestaña, cada peca y cada detalle.

Al darme cuenta de lo importante que se había vuelto para mí, fui incapaz de evitar decir en voz alta lo que tenía en la cabeza. Sabía que era egoísta, pero las palabras me brotaron de repente.

—Sofía, quédate.

Yo, el príncipe de La Sombra, estaba suplicándole a ella, supuestamente mi esclava, que no me abandonara. Porque sabía, sin duda alguna, que su partida me hundiría aún más en la oscuridad que se había hecho dueña de mi vida quinientos años atrás, cuando mi propio padre me convirtió en el monstruo que soy.

Sofía

Sofía, quédate.

Sus palabras me desconcertaron. Sonó como una orden y, por un momento, pareció que no tenía más opción que obedecer. Solo cuando le miré a aquellos ojos azul eléctrico entendí qué quería decir con aquella declaración. Me mordí el labio.

«¿Es posible que realmente signifique tanto para él?».

—Derek, te prometo que nunca haré nada para comprometerte o para hacer daño a La Sombra...

Su rostro se puso tenso, ofendido mientras negaba con la cabeza.

—No se trata de eso, lo sabes.

—Entonces, ¿qué es? —Necesitaba que me diera una razón para quedarme. Quería escucharlo de sus labios.

Apretó los dientes y se pasó una mano por su cabello negro. Si algo sabía de Derek Novak era que nunca había tenido facilidad de palabra. Hablaba mejor a través de sus acciones, y yo lo admiraba por ello.

Abrió la boca, pero alguien me agarró por el brazo desde atrás.

—Vámonos, Sofía.

«Ben».

Mis ojos seguían fijos en el hermoso rostro de Derek, y el contraste de sus ojos azules con su piel pálida me impedía recobrar el aliento. Aquellos ojos se oscurecieron en el instante en que los dedos de Ben se cerraron alrededor de mi brazo. Las manos de Derek se cerraron en un puño que puso todos sus músculos en tensión.

Intenté liberarme de las manos de Ben, pero me agarraba con fuerza.

—No tenemos tiempo —siseó Ben—. Despídete y vámonos.

La expresión de la cara de Derek no me ofrecía mucha confianza en la seguridad de mi mejor amigo. Después de todo, no mucho tiempo atrás se había discutido mucho, demasiado en mi opinión, sobre a quién pertenecía yo.

«A Derek. A Lucas. A Ben. No sé que debo hacer para que se den cuenta de que no soy un objeto o posesión. No le pertenezco a ninguno de ellos».

Tuve que intervenir antes de que estallara una batalla cargada de testosterona. Me giré para mirar a mi mejor amigo directamente a los ojos.

—Suéltame, Ben. Ahora.

Su mandíbula se tensó. Antes de estar cautivos en La Sombra, habría hecho cualquier cosa que me pidiera, pero ese lugar nos había cambiado a ambos.

No aflojó la mano ni un poco, y Derek dio un paso hacia adelante.

—Ya has oído a la dama. —Su profunda voz de barítono tenía un tono

amenazador.

Miré suplicante a Ben, esperando que no tentara la paciencia de Derek.

«¿No te das cuenta de que no tienes ninguna oportunidad contra él?».

Los últimos días en La Sombra, desde que Derek había obligado a Claudia, la dueña de Ben, a ponerlo bajo su custodia, Derek se había esforzado en ser cuando menos amable con él. Ben, por otro lado, no había hecho más que lanzar miradas de odio hacia Derek. Yo tenía los nervios de punta, intentando mantenerlos separados y temiendo un enfrentamiento.

Esta vez hablé con más suavidad:

—Suéltame, Ben.

Me dejó ir, pero la mirada acusadora que me lanzó demostraba que no se rendía.

—Ni siquiera pienses en quedarte. —Las palabras brotaron entre sus dientes apretados, negando ligeramente con la cabeza.

—Sofía... —Derek alzó la voz como para recordarme que su opinión también importaba.

—Necesito tiempo para pensar —dije.

—¿Ahora? —protestó Ben.

—No hay tiempo para eso —secundó Derek.

«¡Por fin los dos están de acuerdo en algo!».

—Bien, entonces sacad tiempo.

Ellos intercambiaron una mirada. Era casi entrañable ver lo inútiles que parecían los dos. Una sonrisa amenazaba con surgir en mi cara.

«¿Quién le pertenece a quién ahora?».

Derek fue el primero en ceder. Seguía desconcertada, tratando de adivinar qué habría visto en mí para que siempre cediera a mis deseos. Después de todo, de nosotros tres, él era el que seguía teniendo verdadero poder. Podría decidir sencillamente que ni Ben ni yo podíamos marcharnos y eso sería todo.

Sin embargo, sus ojos azules se suavizaron en el momento que se posaron en mí. Asintió y dijo:

—De acuerdo, pero no aquí.

Frunció el ceño a Ben y puso la mano en la parte baja de mi espalda, empujándome hacia adelante.

—Increíble —gruñó Ben, agitando las manos en el aire mientras nos seguía.

Solo contábamos con la luz de la luna para guiarnos por un camino que serpenteaba entre rocas y arbustos a través de lo que quedaba de bosque. Mi cerebro tomó nota de cada pequeño detalle de los senderos ocultos que nos conducían desde el ático de Derek al puerto. Los árboles eran cada vez más pequeños y nos acercábamos a un claro. El crujido de las ramas bajo nuestros pies, las olas del océano cercano y nuestra respiración rítmica y suave eran los únicos sonidos que llenaban el aire. El aroma natural de los árboles que nos rodeaban y el salitre del mar se mezclaban con el almizcle embriagador de Derek. Todo ello, unido al suave

movimiento de su pecho y el tacto de su brazo agarrando mi cintura, me hacían sentir plenamente su cercanía.

Me dolía el alma ante la idea de no estar nunca más tan cerca de él como en ese momento.

—Estamos cerca.

Volví a prestar atención. El puerto había estado a la vista aún antes de que nos detuviéramos para hablar en el bosque. Sin embargo, ahora que habíamos descendido de los acantilados hacia el claro, no se veía nada, solo enormes riscos de roca.

—¿Qué diablos está pasando? —inquirió Ben.

—No lo entiendo. —Observé a Derek a la vez que miraba a nuestro alrededor—. ¿Dónde está el puerto?

Intenté ir más despacio, pero Derek me arrastró para que siguiera caminando.

—¡Eh, alteza! ¿A dónde nos llevas? —Ben usó las dos manos para separarnos a Derek y a mí.

Me tambaleé hacia un lado, pero Derek ni se inmutó. Cuando el príncipe de los vampiros se giró para enfrentarse a él, casi esperaba que Ben se arrodillara y muriera de terror. Derek no carecía de un aire amenazador.

Ben se mantuvo firme. Supuse que no le importaba que Derek pudiera romperle todos los huesos del cuerpo. Nunca se había echado atrás ante una pelea y no parecía que fuera a empezar a ahora.

No recordaba haber estado nunca rodeada de tanta testosterona. Me sentí palidecer en el momento que Ben, desafiándolo descaradamente, dio un paso al frente y dijo:

—No nos dirigimos a ningún sitio, *vampiro*.

Mis sentimientos estaban divididos entre la admiración y el deseo de golpearlo para que recuperara un poco de sensatez.

«¿Qué demonios estás haciendo, Ben? ¿Estás intentando que te maten?».

Derek lo miró de arriba abajo. La presencia y el poder que exudaba me recordaron el aspecto que tenía justo antes de arrancarle el corazón al guardia vampiro que había intentado alimentarse de mí.

—Derek —conseguí articular—, ¿a dónde vamos? Hacia adelante solo hay rocas.

Derek mantuvo la mirada fija en Ben. Ni siquiera estaba segura de que me hubiera escuchado. Una docena de plegarias me cruzaron por la cabeza. Lo último que necesitábamos era una pelea, si es que se habría podido llamar así.

El alivio me inundó cuando los ojos de Derek se detuvieron en mí. Ignorando a Ben, Derek me tomó de la mano, me acercó hacia él y volvió a rodear mi cintura. Aparentemente, no se sentía obligado a darnos una explicación.

—Deja de resistirte Sofía. Solo sígueme. Y haz que ese idiota amigo tuyo cierre la boca, o juro que... —Hizo una pausa para aliviar su ira—. No tienes idea de lo cerca que estoy de dejarlo lisiado. —Me agarró con más fuerza.

«*Derek. Siempre el autoritario*».

No me molesté en mirar la reacción de Ben. Sabía que estaría furioso después de que lo ignoraran de esa forma.

Nos dirigimos hacia un muro de roca maciza. No parecía que Derek fuera a reducir la marcha. Lo miré varias veces para ver si se había vuelto loco, pero continuaba sin bajar el ritmo, centrado solo en lo que teníamos delante mientras nos aproximábamos al muro de piedra.

Cuando finalmente nos golpeamos contra el muro, lo único que pude hacer fue ahogar un grito... totalmente estupefacta cuando la piedra nos envolvió como si fuera gelatina y emergimos al otro lado, donde encontramos una escalera que giraba hacia abajo. Habíamos ascendido unos pocos peldaños cuando Ben atravesó el muro. Parecía estar bien, excepto por el ceño fruncido de su rostro. No estaba acostumbrado a que lo ignoraran.

Al final de la escalera llegamos a una cámara cavernosa rodeada de enormes ventanales que revelaban que estábamos bajo el agua. De no ser por la oscuridad del exterior, estoy segura de que me habría quedado maravillada al contemplar la fauna oceánica. En el centro de la habitación había algún tipo de panel de control, y allí estaban Sam y Kyle, dos de los guardias en quienes más confiaba Derek.

Había desarrollado un vínculo con ellos durante mi estancia en La Sombra y, no me sorprendieron las miradas afectuosas y curiosas que me dirigieron.

Derek ni se molestó en mirar a Ben. Centró su atención en los guardias vampiros.

—Kyle, lleva al chico al submarino. Asegúrate de que todos los preparativos para su partida estén en orden. Sam, lleva a Sofía a una de las celdas de detención. Aparentemente necesita replantearse su estancia aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Celdas de detención?

—Espera. ¿Qué submarino? —preguntó Ben—. No voy a ir a ningún lugar sin Sofía.

Derek volvió la vista hacia mí.

—Dijiste que necesitabas tiempo para pensar. Una celda es el lugar más seguro para hacerlo. Mientras tanto, él te esperará en uno de los submarinos. Estará sedado, igual que lo estarás tú si decides marcharte. No podemos permitirnos que recuerdes nada de tu viaje cuando abandones la isla.

La idea de no volver a ver nunca a Derek me desgarró por dentro y luché contra las lágrimas que pugnaban por salir mientras lo miraba a los ojos.

«Cómo te atreves a besarme, Derek. Hoy entre todas las noches. Como si esta decisión no fuera ya lo bastante difícil, tuviste que reclamar mi primer beso».

—No lo enviaré fuera hasta que tomes tu decisión —prometió Derek. La mirada que me lanzó era tan intensa que estaba segura de que me derretiría. Solo asentí.

—¿Qué? —comenzó a protestar Ben—. Sofía...

Antes de que pudiera decir nada más, el guardia le clavó una aguja en el cuello y cayó inconsciente. Sam se enfrentó a mi mirada encogiéndose de hombros.

—¿Qué? Lo íbamos a sedar de todos modos.

Levantó a Ben y lo cargó sobre su hombro. Kyle me empujó para que lo siguiera.

—Parece que tienes algo que hacer.

Solté un suspiro.

La frase del año.

Derek

La confinamos en una de las salas que usamos normalmente para los cautivos humanos antes de transportarlos a las Cumbres Negras, donde se encerraba a los humanos en las Celdas, el sistema penitenciario de la isla, o se les asignaba una morada en las Catacumbas, donde vivían todos los humanos que no eran asignados a un harén.

Como Sofía formaba parte de mi harén, se alojaba en mi ático del Pabellón, un complejo de casas de lujo en las copas de una red de secuoyas gigantes. Desde que mi hermano Lucas atacó a Sofía y mató a Gwen, Sofía había estado durmiendo conmigo en mi dormitorio. La idea de no tenerla en mis brazos aquella noche me produjo un nudo en el estómago.

Me pareció que había pasado una eternidad cuando Sofía salió de la sala. En ese momento, la mayor parte de mi ser deseaba poder empujarla de nuevo adentro y hacerla recapacitar sobre su decisión. Una mirada a la expresión pesarosa de su rostro me bastó para saber que la había perdido.

Caminó hacia mí y me rodeó el cuello con sus brazos, empujándome hacia ella, presionando sus labios contra los míos, devolviendo la pasión, la urgencia, el hambre que había derramado en ella cuando reclamé sus labios en el bosque. Amé y odié aquel beso. Insinuaba todo lo que sentía por mí y, sin embargo, era claramente un beso de despedida.

Cuando nuestros labios se separaron, sus delicados dedos peinaron mi cabello sin apartar sus ojos verdes de mí. Se alejó sin decir palabra y fue a buscar a los guardias.

Su elección estaba clara. Me estaba abandonando. Sabía que no podía detenerla. Podría haber usado mi poder e influencia para retenerla junto a mí, pero no lo hice. Elegí respetar su decisión.

Kyle transportó su cuerpo inconsciente al submarino. Los dos guardias los llevarían a tierra firme, y allí dejarían sus cuerpos en la misma orilla donde los raptaron.

El submarino se desvaneció en la distancia. Ella se había ido, así de simple. Mi único rayo de luz en medio de la oscuridad eterna de La Sombra se había ido para siempre, me había abandonado a mi suerte para que me hundiera de nuevo en la negra noche de la que no había conseguido escapar en toda mi inmortalidad.

Sofía

«*Estaba rodeada de oscuridad y oía el latido de un corazón. Se hizo cada vez más fuerte, tanto que estaba segura de que mi cabeza explotaría. No entendía lo que estaba ocurriendo. No podía ver ni sentir, oler o saborear nada. Mi único sentido activo era el oído, abrumado por el ruido de ese misterioso latido.*

Estaba llegando al borde de la locura cuando un súbito estallido de luz amenazó con cegarme. Tardé unos segundos en acostumbrarme. Fue entonces cuando lo vi. Derek. Me estaba observando con rostro pálido y ojos indiferentes. Cayó al suelo con los ojos en blanco. Había un agujero en el lugar donde antes había estado su corazón.

El eco del latido provenía de mi espalda... acercándose cada vez más. A continuación vinieron la risita y el aliento frío y amenazador sobre mi cuello. Los siguió un susurro; no, un silbido apenas audible. Sin embargo, el miedo comenzó a envolverme y el pánico me recorría las venas cuando escuché las palabras de la serpiente, fuertes y claras.

—Tú eres la siguiente.

Luego vino el sonido del batir de las olas».

Fue la marea alta lo que me despertó y me rescató del ruido ensordecedor de los latidos del corazón de Derek y del sonido repugnante de las palabras de la serpiente. Tenía el pulso al doble de lo normal y apenas podía respirar. Al principio pensé que la humedad de mi cara se debía solo a la cálida ola de agua salada que acababa de empaparme.

Un nombre resonó en mi interior: *Derek*.

Estaba tan acostumbrada a despertarme en su cama que parpadeé varias veces antes darme cuenta de que el sol estaba a punto de elevarse sobre el horizonte.

«*El sol*».

Aquello me trajo de golpe la certeza de que ya no estaba en La Sombra, porque en la isla el sol nunca se alzaba, era una noche sin fin. Si no hubiera sido por la pesadilla, me habría encantado aquel amanecer. Sin embargo, la ansiedad que sentía por Derek me robó toda la alegría del reencuentro con el sol.

Aunque sus rayos no lograron calmar mis nervios, sí consiguieron que recuperara los sentidos. Regresé a mi estado habitual: insoportablemente *consciente*.

En La Sombra, Corrine, la bruja que mantenía el hechizo protector de la isla, había comenzado a interesarse especialmente en mí desde de que Lucas me atacara por primera vez y asesinara a Gwen. Había estudiado psicología antes de que los vampiros se la llevaran a La Sombra, y me había diagnosticado Baja Inhibición

Latente, o BIL. Era incapaz de desechar la mayoría de los estímulos externos. Eso significaba que lo sentía todo. Me preguntaba si aquella era la razón de que mi madre se volviera loca y la apartaran de mí. Al parecer, solo las personas con un cierto CI podían manejar la BIL sin enloquecer. Ahora estaba acostumbrada a mi afección. Ya no me abrumaba tanto como cuando era más joven.

Percibí los tonos naranjas y amarillos elevándose lentamente sobre el azul y el verde del océano; el graznido de las gaviotas y las olas rompiendo contra la costa; el regusto salado del agua de mar mezclada con mis lágrimas; la suave arena bajo mis pies y la brisa fresca sobre mi piel; el olor del mar mezclándose con el aire fresco de la mañana. Lo sentía todo.

Alguien se acercaba por detrás.

«Ben, estoy segura».

Me asaltaron una sensación tras otra y, sin embargo, mi mente seguía anclada en el aspecto que tenía Derek en mi sueño: pálido, distante... sin corazón. Temblando, apreté las rodillas contra el pecho, amontonando arena de playa bajo los pies.

—Derek, por favor, ojalá estés bien. *Ojalá estés bien* —susurré, esperando que la brisa de la mañana llevara el mensaje a La Sombra.

—¿Por qué tanto susurro?

Ben parecía a gusto y relajado por primera vez desde que nos descubrimos el uno al otro en La Sombra. Aun así, incluso con el tono más ligero, cada palabra que pronunciaba le brotaba con una pesadez que no podía sacudirse por completo. Se dejó caer a mi lado.

—¿Dónde crees que estamos? —preguntó.

—Estamos en Cancún. —No tenía ninguna duda—. Para ellos es lógico devolvernos al lugar donde nos encontraron.

«*Le Meridien*».

Era el complejo de vacaciones en el que nos alojábamos cuando nos raptaron los vampiros. La familia de Ben, los Hudson, podían permitirse las tan ansiadas vacaciones debido a la importante suma de dinero que mi padre enviaba para mantenerme. La última vez que lo vi fue cuando me dejó al cuidado de su mejor amigo Lyle Hudson, el padre de Ben. Eso había ocurrido ocho años atrás. La única pista que tenía de que aún estaba vivo en algún lugar era el cheque trimestral que enviaba a los Hudson para que continuaran cuidando de mí. Ni siquiera enviaba el cheque a mi nombre.

Sentí como si mis recuerdos de nuestras vacaciones en las blancas playas de México le hubieran ocurrido hacía toda una vida a una versión diferente de mí misma. Los celos que me invadieron cuando Ben salió con una rubia preciosa, Tanya Wilson, me parecían ahora frívolos y superficiales. Incluso mi rencor hacia mis padres parecía importar menos al pensar en todo aquello por lo que había pasado.

Recordé un tiempo en que prácticamente adoraba el suelo que pisaba Ben. Mi mejor amigo, el atractivo y popular quarterback con su encantadora sonrisa y su piel

bronceada... El joven que estaba sentado a mi lado ya no era nada de eso.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Estábamos tan decididos a escapar de La Sombra que en realidad nunca pensamos en lo que íbamos a hacer cuando saliéramos de allí. Ben tardó al menos medio minuto en responder encogiéndose de hombros.

—Por ahora, no creo que haya nada más que hacer aparte de ir a casa.

—Cierto —asentí, preguntándome dónde estaba mi hogar. La idea de volver a los suburbios de California, a la casa familiar de los Hudson, me revolvió el estómago. Nunca había sentido que aquel fuera mi hogar—. Pero no creo que esté preparada para volver todavía, Ben.

Me sentí aliviada cuando él asintió.

—Yo tengo la misma sensación.

A continuación se hizo un cómodo silencio y los dos nos centramos en el sol y su lento y constante ascenso. La vista era magnífica, pero no fue suficiente distracción para apartar todos los pensamientos que me daban vueltas por la cabeza.

—Tal vez deberíamos quedarnos aquí un día o dos para reponernos —sugirió Ben. Después podemos volver a casa.

—A mí me parece bien.

Entonces presté más atención a lo que llevaba puesto. El bikini y el pareo eran exactamente los mismos que llevaba cuando Lucas me raptó en la playa y me llevó a La Sombra. Ben vestía un chaleco negro y pantalones cortos de color rojo. Me pregunté si era eso lo que llevaba cuando lo raptaron a él.

«¿Nos devolvieron aquí sin nada más que la ropa que llevábamos?».

—Relájate. No nos dejaron con las manos vacías. —Señaló hacia un lugar un poco más allá en la playa.

Seguí su mirada hasta una mochila negra tirada sobre la arena. Suspiré de alivio. Estaba desconcertada por el ceño fruncido en el rostro de Ben.

«¿Por qué pareces tan enojado?».

—¿Has visto lo que hay dentro?

Ben negó con la cabeza.

—No estoy precisamente emocionado por averiguar lo que les debo.

«Tú y tu ego».

Era propio de Ben mostrarse demasiado orgulloso para aceptar ayuda de nadie. Aunque, por supuesto, el hecho de que esta ayuda proviniera de los vampiros que le habían hecho sufrir aquel infierno lo empeoraba todo. Los horrores por los que pasó en La Sombra se cernían constantemente sobre él... sobre nosotros.

—Veamos qué tenemos. —Rápidamente me acerqué a la mochila, más preocupada por nuestra situación actual que por el orgullo.

Ya había alcanzado la mochila cuando me di cuenta de que Ben ni siquiera se había molestado en seguirme. Me arrodillé y examiné el contenido de la mochila. Había solo unos pocos artículos: dos conjuntos de ropa (uno para Ben y otro para mí),

un gran fajo de billetes y un sobre cerrado con mi nombre. Satisfecha al ver que teníamos suficiente para arreglárnoslas, cerré la mochila y me la colgué al hombro antes de regresar con Ben.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Tenemos ropa y probablemente suficiente dinero en efectivo para comprar un vuelo en primera clase desde México a la India. Ida y vuelta. Dos veces.

Esperaba que Ben se sintiera al menos aliviado, pero no. Todo lo que hizo fue burlarse.

—Nos tiran sus restos y esperan que estemos agradecidos. No es en absoluto suficiente, teniendo en cuenta todo por lo que nos hicieron pasar.

Sabía que Ben tenía razón y quería estar de su lado pero, por mucho que lo intentara, no conseguía odiar La Sombra tanto como él. Llegados a ese punto, no me atrevía a preguntarme a mí misma por qué.

—¿Así que eso es todo lo que hay? —preguntó Ben, lanzando una mirada feroz hacia la mochila.

Pensé en el sobre dirigido a mí. Y entonces asentí.

—Sí. Eso es todo.

Hubo un momento de tensión y después dio una patada a la arena.

—Está bien. Vamos a darnos todos los caprichos con esa fortuna TAN generosa que nos han enviado.

Mientras se dirigía a los lujosos apartamentos enclavados a lo largo de las playas de arena blanca, me quedé atrás el tiempo suficiente para mirar hacia el océano y susurrar:

—Gracias, Derek.

Derek

«Céntrate, Derek. Ignora todo lo demás».

Permanecí quieto, con los pies separados y alineados con los hombros. Sujeté relajadamente la empuñadura de mi arco de plata con la mano izquierda y tomé una flecha del carcaj que llevaba cruzado sobre la espalda desnuda.

«*Olvídate de todo. Lo único que importa ahora es que aciertes en el blanco*».

Unas gotas de sudor me resbalaron por las sienes. Llevaba con ello toda la noche. Comencé con el boxeo antes de pasar a la espada; a continuación me dediqué a las armas de fuego y luego entrené en todas las artes de lucha que ofrecía la Fortaleza Carmesí, para acabar finalmente en el campo de tiro con arco.

Los gruesos muros de la Fortaleza Carmesí se elevaban al menos treinta metros por encima de mí. Rodeaban la isla, protegiéndonos de todos aquellos que habían intentado invadirnos a lo largo de los siglos. Solo pensarlo amenazaba con devolverme todos los oscuros recuerdos que siempre había querido olvidar. Me aclaré la garganta y volví a apuntar.

«*Olvídalo. No dejes que el pasado te obsesione. Ahora no*».

Cerré los ojos mientras colocaba la flecha y apoyaba su eje sobre el reposaflechas. Respiré profundamente.

«*Deja que tus instintos lo controlen todo*».

Apunté el arma para dar en un blanco que ni siquiera podía ver. Eché hacia atrás el codo derecho usando los músculos de la espalda, hasta que tuve la mano derecha situada firmemente contra la mandíbula. Mantuve la postura durante unos segundos, confiando en mis instintos para apuntar correctamente.

Luego solté la flecha. Atravesó el aire frío de la noche y oí un golpe sordo. Antes de que pudiera abrir los ojos, surgió un aplauso a mi espalda.

Abrí los ojos. La flecha había dado en el blanco, justo en medio de las dos primeras que había lanzado. Anhelaba la sensación de satisfacción que producía un tiro como aquel. Nada. Solo sirvió como cruel recordatorio de que casi todo lo que sabía sobre el combate lo había aprendido con los cazadores cuando era uno de ellos, antes de convertirme en Señor de los vampiros y Príncipe de La Sombra.

—Bien hecho, Alteza —resonó en los campos de entrenamiento la voz familiar de Cameron Hendry con su fuerte acento escocés—. Parece que cuatrocientos años durmiendo como la Bella Durmiente no han embotado ni un poco vuestra destreza para el combate.

Me puse tenso. Lo último que deseaba en ese momento era tener compañía, y parecía que había todo un escuadrón de soldados rodeándome. Intenté relajarme al girarme hacia mi buen amigo. Cameron y su esposa, Liana, eran dos de los guerreros

más feroces de La Sombra, y en numerosas ocasiones habían luchado y sangrado conmigo en el campo de batalla. El clan Hendry era uno de los pocos clanes de la élite a los que confiaría mi vida.

—Hendry. —Hice un gesto hacia él—. ¿Despierto tan temprano?

—¿Temprano? —se burló, con su cabello pelirrojo desordenado y despeinado como si acabara de salir de la cama—. Si La Sombra tuviera sol, sería mediodía. Yuri dice que habéis pasado las últimas dieciocho horas entrenando con cada arma que poseemos. Con la intención de asesinar a alguna fuerza desconocida. ¿A quién o a qué planeáis matar, Derek?

—Mediodía, ¿eh? —pregunté, cambiando rápidamente de tema—. ¿Desde cuándo empezamos el entrenamiento de tropas al mediodía?

—A decir verdad, no hemos entrenado mucho desde que la guerra terminó y os fuisteis a dormir. —El hombretón, que solo contaba veintiocho años cuando lo convirtieron, agitó los brazos en el aire, encogiéndose de hombros—. No ha habido un gran ataque contra La Sombra desde que vuestra amiga, la bruja Cora, la ocultó con su maldición.

Apreté los dientes.

—Eso tiene que cambiar. No seguiremos a salvo por mucho tiempo. No podemos permitirnos que las tropas estén sin entrenar. Nuestros adversarios están innovando en armamento y desarrollando todas sus destrezas, mientras nosotros nos quedamos aquí sentados, relajados como si no hubiera un mañana.

La preocupación brilló en los ojos castaños de Cameron. Dio un paso hacia adelante y habló en voz baja, lo suficientemente alto para que solo yo escuchara.

—¿Qué está pasando, Derek?

—Sigo siendo el comandante en jefe de la fuerza militar de La Sombra. ¿No es así?

—Por supuesto.

—Bien, a partir de hoy tomamos la iniciativa. En las próximas dos semanas espero que todos los vampiros que viven en esta isla dejada de la mano de Dios sean llamados al servicio. —Si no hubiera estado de un humor tan amargo, habría estallado de risa al ver cómo se retorcía el rostro de Cameron por la conmoción. Pero estaba hablando muy en serio. Me erguí cuan alto era, revistiéndome con todo el poder que poseía—. Eso es lo que pasa, Cameron. —Miré a los hombres que escuchaban nuestra conversación. Formaban un grupo de aspecto deprimente, débiles y atrofiados por el tiempo—. ¿Alguien osa oponerse?

Me encontré con miradas alicaídas y un silencio tenso por respuesta.

Hice una mueca.

—Por supuesto que no.

Derek

Unos pasos rítmicos resonaron a lo largo de los corredores iluminados con antorchas de la torre oeste de la Fortaleza Carmesí. Estaba decidiendo con Cameron lo que debía hacerse durante las semanas siguientes mientras nos dirigíamos a la Gran Cúpula, donde se diseñaba la mayor parte de nuestra planificación estratégica militar. La torre oeste, que se alzaba hasta los cuarenta y seis metros de altura y estaba cubierta con una bóveda de crucería con arcos apuntados, fue una de las primeras edificaciones de la fortaleza y había sido testigo de numerosas batallas en defensa de la isla.

—Tendremos que reunir al Consejo de Élite y a los Caballeros.

El Consejo de Élite constaba de veinte miembros de gran prestigio que representaban a cada uno de los clanes de la Élite. La esposa de Cameron, Liana, era una de ellos, al igual que mi hermana gemela, Vivienne. El cuerpo de los Caballeros, por el contrario, lo formaban miembros de los clanes de la Élite que se habían alistado en la fuerza militar de La Sombra. A este cuerpo pertenecían la mayoría de los oficiales de alto rango de nuestros cuarteles. Por lo que yo sabía, teníamos veintiún Caballeros.

—Muchos de ellos no lo entenderán, Derek. La Sombra se ha convertido en una versión reducida de la antigua Roma. Nos hemos vuelto engreídos y estamos ebrios de poder. Algunos miembros de la Élite llaman a nuestros ciudadanos los intocables.

—¿Y estás de acuerdo?

—No. —Cameron sacudió la cabeza—. Lo hemos tenido muy fácil durante demasiado tiempo. Al final la marea siempre regresa.

—Exacto. ¿Así que entiendes por qué debemos preparar a nuestro pueblo?

—Por supuesto. Hace mucho tiempo luchamos codo con codo. Ya veis, sé cuándo los vientos hablan de batalla. Solo os estoy contando cómo está la situación. Pocos lo entenderán.

—Haremos que lo entiendan —dije, apretando los dientes—. No hay otra opción.

Antes de que Cameron pudiera responder, una voz aguda que me resultaba familiar resonó en los corredores cavernosos.

—¡Derek! ¿Qué crees que estás haciendo?

Me giré y vi a mi hermana gemela, Vivienne, dirigiéndose a toda velocidad hacia mí. Vivienne era temida y respetada como la Vidente de La Sombra. Muchas de sus visiones y profecías habían salvado a La Sombra a lo largo de su historia. Sin embargo, otras solo habían servido para ponerme en aprietos, especialmente con mi padre y mi hermano. Una profecía en particular me angustió cuando la recordé:

«El más joven gobernará sobre el padre y el hermano, y solo su reinado puede

proporcionar verdadero santuario a los de su especie».

Las palabras retumbaban en mi mente mientras mi hermana se acercaba como un vendaval. A veces deseaba que pudiera dejar de vislumbrar mi futuro y me dejara vivir sin sentirme presionado por lo que veía.

—Hola, Vivienne.

—¿Qué está pasando, Derek?

Cameron cambió su peso de un pie al otro, ya que siempre se sentía incómodo en medio de un enfrentamiento en el que hubiera una mujer. No pude evitar una sonrisa.

«*Algunas cosas nunca cambian*».

—Hendry. Puedes adelantarte. No tienes que presenciar este baño de sangre.

El alivio se apoderó de su rostro. Hizo una inclinación de cabeza.

—Princesa —saludó, antes de apretar el paso hacia la Gran Cúpula.

—Y ahora, ¿por qué estás tan terriblemente enojada, querida hermana?

—Vamos, Derek. ¿Un reclutamiento? ¿Un censo? ¿Por qué?

—Habéis sido demasiado laxos con los ciudadanos durante mi sueño. Se han vuelto débiles y engreídos. Padre, Lucas, incluso tú... ¿cómo permitisteis que las cosas llegaran a este extremo? ¿Qué sucederá cuando los otros aquelarres decidan que vivimos demasiado bien y nos atacan?

—Padre está haciendo todo lo necesario para explorar la vía de la diplomacia mientras nosotros hablamos.

—¿Diplomacia, Vivienne? —me burlé—. Dime, ¿esta vía diplomática conduce a Borys Maslen?

Vivienne empalideció. Los Maslen eran uno de los clanes adversarios más feroces, y Borys Maslen en particular tenía una historia especialmente oscura con mi hermana. Su incapacidad para encontrar una respuesta a mi pregunta fue suficiente indicio de la amenaza que los Maslen suponían para nosotros.

Hice una mueca.

—Ya lo imaginaba. Me cuesta mucho pensar que Borys Maslen vaya a recibir con los brazos abiertos a un embajador nuestro. No a menos que *tú* formes parte del trato.

La cara de Vivienne se endureció. Al darme cuenta de lo insensible de mis palabras, se me revolvió el estómago. Todavía no era capaz de hacerme una idea del infierno que ese monstruo de Borys le había hecho sufrir tiempo atrás.

—Vivienne... Yo... —Mi disculpa murió en la garganta.

—¿Sabes? Tiene una chica nueva. Tal vez no me desee tanto ahora.

—¿Una chica nueva?

—Ingrid Maslen. Nadie ha puesto los ojos en ella todavía. Es su secreto mejor guardado. Borys la mantiene bajo llave. Algunos dicen que posee algún tipo de poder y esa es la razón por la que Borys la convirtió en vampiro. Según los rumores, es increíblemente hermosa.

—No seas tonta, Vivienne. Borys tiene metido entre ceja y ceja que eres su posesión. Solo dos cosas harán que se olvide de recuperarte: tu muerte o tu regreso a

sus manos.

—Todavía tenemos la protección del hechizo de Cora. —Vivienne se recompuso tras la discusión sobre su antiguo prometido.

—¿Durante cuánto tiempo, Vivienne? Corrine no es Cora. No nos profesa una lealtad tan firme. ¿De veras crees que el hechizo de una bruja puede proteger La Sombra para siempre? Cuando ya no nos proteja, ¿qué pasará a continuación? ¿Cómo nos protegeremos de los cazadores? Diablos, Vivienne, ¿cómo nos protegeremos *del mundo* cuando descubran cuántos esclavos humanos hemos estado explotando y asesinando dentro de nuestros muros?

Su silencio me animó a continuar.

—Nunca debiste permitir que La Sombra se debilitara *así*.

Su hermoso rostro se tensó mientras daba un paso hacia adelante para desafiarme.

—Nos negamos a limitarnos a sobrevivir. Hemos prosperado. ¿Qué hay de malo en eso?

—Habéis pagado un precio demasiado alto. ¿Cuántos han muerto en esta isla, Vivienne? ¿Cuántos?

—Si no recuerdo mal, murieron unos cuantos bajo tu puño de hierro, Derek. ¿Recuerdas cómo te manchaste las manos de sangre mientras construías esta fortaleza?

Vivienne había cruzado la línea y lo sabía. Vaciló y retrocedió un paso ante la mirada asesina que le lancé. Sabía cómo hacerme daño, tenía que reconocerlo.

Pero, para mi sorpresa, continuó llevándome al límite.

—La dejaste marchar, ¿no es cierto? Sofía y ese amigo suyo, ese... Obligaste a Claudia a que te lo regalara. Ben, ¿verdad? Los dejaste marchar.

«¿Cómo lo ha descubierto?».

Había dado órdenes estrictas a Sam y Kyle de no decir ni una palabra a nadie. Incluso las chicas que vivían en mi casa aún no sabían que había dejado escapar a Sofía y a Ben. Únicamente Corrine estaba informada, pero solo porque, por razones que no acababa de comprender, Sofía había insistido.

Me obligué a recordar con quién estaba hablando. Vivienne tenía el don de la profecía y la clarividencia.

«Por supuesto que lo sabe».

Ni siquiera necesitaba que yo contestara a la pregunta.

—¿Por eso estás haciendo todo esto? ¿Para evitar pensar en Sofía?

Poniendo todos y cada uno de mis músculos en tensión, agarré a mi hermana por la mandíbula y la miré fijamente. Por sus ojos supe que veía en mí al Derek que había existido hacía más de cuatrocientos años: aquel cuya crueldad había construido La Sombra y todas sus fortificaciones con la sangre derramada por miles de humanos. Por primera vez en mucho tiempo, vi que mi hermana se acobardaba.

Me incliné hacia ella, para que mi boca estuviera justo al lado de su oreja.

—El nombre de Sofía Claremont nunca volverá a salir de tus labios. No en mi

presencia. No a menos que te dé permiso. ¿Lo entiendes?

Vivienne asintió.

La solté, y unas marcas rojas se formaron en su mandíbula de porcelana.

—Esto es en lo que te vas a convertir sin ella en tu vida. Desde aquí solo puedes ir a peor. Por eso la necesitas.

Vivienne recobró la compostura, se irguió en toda su estatura y acarició suavemente mi rostro con sus largos dedos.

—No deberías haberla dejado marchar.

Sofía

*B*en y yo nos registramos en el mismo complejo turístico en el que nos habíamos alojado con su familia. Nada más llegar a la habitación del hotel, los dos ya estábamos deseando salir de ella. Poco nos importaba lo hermosa que fuera la *suite*. De hecho, no podía compararse con los lujosos áticos de La Sombra. Lo que más deseábamos era el sol. Estábamos en Cancún y habíamos echado de menos el sol durante demasiado tiempo para pasar ese día tan luminoso en el interior.

Se convirtió en una regla no escrita entre los dos que por la mañana no haríamos ninguna mención a La Sombra, a nada oscuro o penoso. Durante unas horas, intentamos ser lo que teníamos todo el derecho a ser... adolescentes que se divierten en una de las playas más bellas del mundo.

Sin ni siquiera darnos cuenta, al principio evitábamos cualquier tipo de sombra. Queríamos sentir la luz del sol en nuestra piel y nos manteníamos alejados de sombrillas, porches y cualquier cosa que pudiera bloquear el sol. Estaba segura de que al final del día estaría totalmente chamuscada, pero no me importaba. Ni siquiera podía recordar qué se sentía cuando te quemabas al sol.

El desayuno consistió en fruta fresca y piña colada sin alcohol en un restaurante al aire libre junto al mar. Después nos dirigimos hacia el océano. Hubo un momento en que acabé construyendo un castillo de arena mientras Ben disfrutaba en el agua, nadando a sus anchas durante largo rato. A mi derecha había una bolsa llena de conchas que habíamos recogido durante media hora. Ninguno de los dos sabía lo que haríamos después con aquellas conchas, pero nos había parecido una gran idea en ese momento. Sobre una toalla de color rojo vivo que habíamos comprado en la tienda del hotel, había un montón de fotografías que Ben y yo nos habíamos tomado haciendo payasadas en una cabina de fotos.

Aquello me provocó una sonrisa. Estábamos haciendo todo lo posible para relajarnos y volver a conectar con nuestra antigua vida. Queríamos olvidar, pero sabíamos que era imposible. Aun así, valía la pena el esfuerzo de intentarlo, aunque solo fuera para oír a mi mejor amigo reír y volver a ver esa atractiva sonrisa en su rostro.

Ben salió del agua y se dirigió hacia mí. A nuestro alrededor, varias mujeres boquiabiertas miraban con descaro aquel rostro tan hermoso y su cuerpo delgado y bien formado. El sol brillaba sobre él, haciendo que las gotas de agua del mar se aferraran a su cuerpo resplandeciente, como salido de un catálogo de trajes de baño.

Yo, por supuesto, conocía la verdad. Bajo la camisa blanca que llevaba puesta, su cuerpo seguía cubierto de cicatrices, una sobre otra, como prueba de lo que había sufrido en La Sombra. El estómago se me encogió.

Intenté recordar aquellos días en los que me dejaba llevar por la fantasía de estar con él. Por extraño que parezca, Ben ya no me quitaba el aliento como antes. Su aspecto era increíble, pero ya no tenía el mismo efecto en mí.

No tardó mucho en llegar hasta mí y dejarse caer encima de mi precioso castillo de arena.

—¡Ben! —chillé.

Él se echó a reír.

—Los castillos de arena siempre se caen, Sofía. Pensé que no te importaría despedirte de él un poco antes.

La sonrisa de su cara me dejó paralizada. Me di cuenta de lo mucho que echaba de menos al antiguo Ben.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Pareces feliz.

Seguía teniendo aquella sonrisa en la cara pero sus ojos delataban sus emociones, y ninguna de ellas era felicidad. Alargué la mano para dársela, pero él se apartó para que no lo tocara. Fue un áspero recordatorio de que nunca podría entender de verdad lo que Ben había soportado en La Sombra.

Quería preguntárselo, pero no era el tipo de persona que hablara mucho sobre sentimientos. Si las cosas hubieran sido al revés, Ben ya habría encontrado la forma de hacerme reír. Me pregunté si debía hacer precisamente eso, lanzarle una concha o algo así, pero un aire quebrado en su apariencia lo hacía parecer insensible. Así que me quedé allí sentada, con la esperanza de que mi presencia lo consolara de alguna manera.

—Me siento aturdido —confesó a los pocos minutos—. Simplemente aturdido.

«¿Qué te hizo ella?».

Ben ya me había contado cómo Claudia, la rubia deslumbrante, lo había torturado y curado obligándolo a beber su sangre, para volverlo a torturar de nuevo. Era su castigo por tratar de escapar. Algo me dijo que aquello era tan solo una parte de lo que Claudia le había hecho a mi mejor amigo.

—¿Qué te ocurrió allí, en La Sombra, Ben?

Nunca podré olvidar la expresión de su cara en el instante que mencioné la isla. Desapareció todo vestigio del chico encantador que había sido mi mejor amigo. En su lugar había un personaje oscuro y roto, cuyo gesto pedía a gritos un asesinato.

—¿De verdad lo quieres saber?

Dudé.

«¿Lo quiero saber?».

Asentí vacilando.

—Cuéntamelo todo.

—Tú lo has pedido. —Se puso de pie y me tendió la mano—. Vamos a dar un paseo.

Tomé su mano y me levantó. A medida que desvelaba su historia, deseé por su bien no haber preguntado nunca.

Ben

*M*ientras paseábamos por la arena blanca en perfecta sintonía con las aguas cristalinas de color azul del océano, conté mi historia a Sofía, sin mencionar que me estaba forzando a revivir los horrores de La Sombra.

«Estaba angustiado. Había decepcionado a Sofía una vez más. Abandonarla en su cumpleaños a causa de Tanya, por muy guapa que fuera, estaba en el primer lugar de mi lista creciente de meteduras de pata hacia mi mejor amiga, cuya amistad siempre dí por sentado. Me sentí horrible al ver la mirada de dolor en los ojos de Sofía, pero me imaginé que daría un paseo y lo superaría. Después de todo, siempre lo hacía.

A la mañana siguiente, entré a escondidas en su habitación del hotel justo antes del amanecer, convencido de encontrarla aún en la cama con mi hermana de cinco años, Abby, acurrucada a su lado. Me llevé una decepción al encontrar a mi madre tumbada al lado de Abby. Incluso dormida, mi madre tenía un gesto tenso en la cara.

La sacudí para despertarla.

—Mamá, ¿dónde está Sofía?

Mi madre parpadeó varias veces y me frunció el ceño.

—No tengo idea de donde está. ¿Qué hora es? Se supone que tendría que estar aquí. Abby estaba aterrorizada por tener que dormir sola.

—Tal vez solo salió a pasear o algo así...

—¿A esta hora? ¿Qué le ha entrado?

—La encontraré. —Empecé a sentirme peor por lo que le había hecho (o por lo que no le había hecho) a Sofía la noche anterior. No era propio de ella huir así. Ella siempre había sido la responsable.

Enfermo de preocupación y sabiendo que me había comportado como un idiota con ella, salí a la playa a buscarla. Caminé por la orilla unos ochocientos metros antes de convencerme de que estaba perdiendo el tiempo. Seguí intentando llamarla a su teléfono, pero solo salía su buzón de voz. Estaba a punto de volver cuando me tropecé con una rubia preciosa que vestía algo inimaginable: un mono de cuero.

Se acercó a mí con una mirada sensual en los ojos.

—Me llamo Claudia. ¿Y tú te llamas...?

Distraído por lo hermosa que era, olvidé mi búsqueda de Sofía. Me olvidé de Tanya. Esbocé mi mejor sonrisa.

—Me llamo Ben.

Para mi sorpresa, me agarró del cuello y me agachó la cabeza para darme un beso. Podría decirse que fue el mejor beso de mi vida. Cuando nuestros labios se

separaron, ella sonrió. Unos colmillos empezaron a sobresalir de su labio superior.

—Eres perfecto —siseó antes de clavarme una jeringa afilada en el cuello.

En apenas unos segundos caí al suelo, inconsciente. El último sonido que recordaba era la risa de su voz diciendo:

—Me voy a divertir muchísimo jugando contigo, Ben.

Cuando desperté, me encontré en una cama enorme, con las muñecas esposadas a las columnas del dosel. Ella estaba encima de mí, besándome en el cuello y en los hombros. Yo era mucho más grande que ella, y aun así me sentía indefenso.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

Ella se echó a reír.

—¡Ah! Demasiadas preguntas, mascota mía.

Hice una mueca ante aquella palabra y aparté la boca cuando intentó besarme. Ella me sujetó la cabeza con las dos manos y me forzó a darle un beso. Cuando nuestros labios se separaron,ladeó la cabeza e hizo un mohín.

—Estoy de tan buen humor que he decidido responder a tus preguntas. ¿Qué estoy haciendo? Te estoy besando. ¿Quién soy? Soy Claudia, tu ama. ¿Dónde estás? Estas en mi dormitorio.

Sus labios y sus manos estaban por todo mi cuerpo y en lo único que yo podía pensar era en la forma en que me había sonreído en la playa.

—Eres una vampira. —Pronunciar aquellas palabras en voz alta me hizo pensar que estaba loco.

—Chico listo. —Se sentó a horcajadas sobre mi cintura y se inclinó sobre mi pecho, mirándome con la misma sonrisa maníaca en su rostro—. Ahora quiero que cierres la boca. —Me amordazó, y luego hundió sus colmillos en mi cuello y bebió mi sangre por primera vez.

Después de saciarse, levantó la cabeza, con mi sangre goteándole por las comisuras de sus labios.

—Eres tan dulce como lo era él. El Duque... —Unas garras sobresalían de sus dedos y empezó a deslizar una de ellas por mi pecho—. ¿Tienes idea de lo que me hizo sufrir?

«Por supuesto que no, perra loca».

Cuando sus garras se hundieron en mi piel, haciéndome sangrar, luché contra el impulso de gritar. El brillo de placer que había en sus ojos era repugnante.

—Sabes, mi madre era una prostituta. Éramos muy pobres y mi madre estaba muy enferma, así que decidió venderme a El Duque. Solo tenía seis años. —Empezó a deslizar la mano por mi cabello y después agarró un mechón en un puño—. Me recuerdas tanto a él...

El corazón se me encogió.

Me sentí dentro de ella, luchando con cada fibra de mi ser contra las esposas con las que me retenía, luchando contra la degradación a la que me estaba sometiendo. Todo para nada.

Me dio una bofetada con el dorso de la mano mientras reía entre dientes.

—Yo también luché, ¿sabes? Grité, arañé y me defendí, pero de todas formas él hizo lo que quiso conmigo. Siempre se salía con la suya. Yo también voy a hacer lo que quiera contigo.

Y así lo hizo. Todo lo relacionado con ella me revolvía el estómago. Sus gemidos, las cosas que decía... Cuando se dejó caer sobre mi cuerpo, jadeando, quise matarla.

—Cuando me convertí en vampiro le hice pagar caro lo que me había hecho. — Sus ojos se iluminaron—. Deberías haberle oído gritar y llorar. Era débil. Igual que tú. Ahora tengo el poder y nadie podrá volver a herirme jamás.

Cuando acabó conmigo aquella primera noche en La Sombra, estaba dolorido, magullado, sangrando y exhausto. Me dejó esposado a la cama con una mordaza en la boca.

Pasaron horas antes de que alguien entrara en la habitación. Me estremecí con el crujido de la puerta. El alivio me invadió cuando una linda muchacha con el cabello negro como el carbón me hizo señas para que me quedara callado. Me quitó la mordaza de la boca y empezó a forzar la cerradura de las esposas que me sujetaban a la cama.

—Tienes que estar callado como un muerto —susurró tan suavemente que apenas entendí lo que decía.

—¿Quién eres?

—Me llamo Eliza. —Miró mi cuerpo agotado—. ¿Puedes levantarte?

Asentí con un gesto.

—Estoy dolorido, más que nada.

—Entonces, de acuerdo. Vamos a salir de aquí.

Me quedé perplejo al ver lo rápido que me quitó las esposas. Me senté en la cama y me froté las muñecas mientras ella revolvía en el armario buscando ropa que pudiera ponerme.

—¿Cómo te llamas? —Me tiró un par de bóxers y una sudadera azul con capucha.

—Ben. —Me puse los bóxers—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Estaba siguiendo a Claudia. La vi acercarse a ti y sedarte en la playa. Te habría salvado pero fue demasiado rápida. —Me lanzó un par de jeans.

Me los puse, sorprendido por lo bien que me sentaban los pantalones.

—¿Salvarme? ¿Cómo habrías podido...?

—Ahora no hay tiempo para eso. Si logras salir de aquí sin mí, encuentra a Reuben. Es un cazador, como yo. Él te ayudara.

Me hizo memorizar un número mientras me ponía la sudadera. Nos escabullimos de la habitación con cuidado de que nadie nos siguiera.

Me quedé anonadado cuando me di cuenta de que el ático de Claudia descansaba sobre la copa de unos árboles gigantes. Había una vista impresionante.

Eliza señaló un elevador cercano. Nos arrastramos por detrás de un hombre que

llevaba una túnica de lana blanca. Estaba seguro de que nos descubrirían, porque las leyendas decían que los vampiros tenían los sentidos muy agudizados. Me sentí aliviado al dejar atrás al hombre, preguntándome si los vampiros estarían tan sincronizados con sus sentidos como dicen, o si tal vez se trataba de un humano.

Logramos entrar en el ascensor y pulsar un botón para llegar a la base del árbol. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, se me hizo un nudo en la garganta.

Claudia nos estaba esperando, riéndose entre dientes. Dos guardias vampiros hablaban con ella.

—¿De verdad pensaron que tenían alguna posibilidad de escapar?

Los dos guardias retuvieron a Eliza mientras Claudia me empujaba de nuevo al ascensor. Intenté sacar provecho de todo mi entrenamiento en artes marciales, e hice un movimiento para golpear a Claudia, pero ella lo bloqueó. Un golpe suyo bastó para estrellarme contra la pared del ascensor y arrojarme al suelo desvanecido.

Cuando desperté estaba en una habitación pequeña y oscura, sin ventanas, encadenado a una pared y desnudo de cintura para arriba. Había cadenas, látigos y artilugios diversos que me revolvieron las entrañas, dispuestos por toda la habitación. En un lateral de la habitación, montado sobre la pared, había un monitor de vigilancia que reproducía la imagen de una gran cama. Eliza yacía en medio de ella.

Claudia estaba sentada en una silla de metal en el lado opuesto, afilando una daga con aire relajado.

—¿Qué quieres de mí?

Claudia levantó la vista. Sus ojos se iluminaron.

—Ah, bien. Estás despierto. Eso significa que ya podemos empezar con tu entrenamiento.

Se levantó y caminó hacia mí. Empezó a deslizar la punta de la daga por mi pecho.

—Después de todo lo que hice para complacerte, ¿vas y me abandonas para marcharte con esa perra? —Hizo un gesto hacia la pantalla que parpadeaba—. Me has decepcionado mucho, Ben.

Con una mirada de locura en los ojos, empuñó la daga y me hizo un corte largo y superficial en la piel, justo debajo de mi clavícula izquierda. Apreté los dientes. Me negué a darle la satisfacción de oírme gritar. Ni siquiera quería que me viera retorcerme de dolor.

Parecía satisfecha.

—Toleras bien el dolor. Me gusta.

—Perra.

Me abofeteó y la cabeza se me quedó colgando grotescamente hacia un lado. La fuerza de su golpe fue tal que me sorprendió que no me rompiera el cuello. Saboreé la sangre de mis labios y sus ojos se abrieron como platos. Paseó su mirada maníaca alternando entre mi labio partido y el corte que acababa de hacerme en el pecho.

Lamió la sangre de mis labios y mi pecho antes de hacerme otro corte, esta vez un poco más arriba de la cintura.

Mi respiración se hizo cada vez más pesada, tratando de evitar darle la satisfacción de disfrutar con mi reacción al dolor a medida que me hacía tajo tras tajo, hasta que mi pecho se convirtió en una masa de carne sanguinolenta. El dolor era insoportable y rogué para que mi cerebro me hiciera perder la conciencia, pero mi cuerpo me negó aquella huida.

Cuando dejé de cortarme, albergué la esperanza de que eso significara que había terminado. Me equivoqué. Claudia me agarró por el cabello y me hizo mirar al monitor.

—No apartes los ojos de tu amiguita. Es una cazadora que dedica su vida a acabar con nuestra especie. Cuando te encontré en la playa sospeché que alguien me seguía. Nunca sabré cómo me encontró. Cuando te sedé, oí su respiración a un kilómetro de distancia. Pequeño gusano tonto e insulso. Pensó que se movía con sigilo mientras nos seguía hasta La Sombra, pero dejé que te ofreciera la ilusión de la huida para probar tu lealtad hacia mí. —Sonrió burlescamente—. Ahora que has probado tu deslealtad, puedo empezar a castigarte.

Lanzó una mirada llena de locura hacia mi pecho.

—¡Ah espera! Si ya lo hice. —Para mi sorpresa, se cortó en la palma de la mano y me la acercó a los labios, obligándome a jadear cuando me tapó la nariz de un pellizco. No tuve más opción que dejar que la sangre de su palma bajara por mi garganta. Me sujetó la cabeza con más fuerza—. Y, por supuesto, tu castigo está lejos de terminar. Te dije que quería que contemplaras a tu amiga.

Dirigí la mirada hacia el monitor de vigilancia. Un hombre alto se acercó al cuerpo inconsciente de Eliza. Parecía muy frágil cuando el hombre la levantó en sus brazos y la apretó contra su cuerpo. No había posibilidad de error en la expresión oscura de aquellos ojos mientras miraba el cuello de Eliza, blanco como la leche. Era la mirada de un depredador. Cuando sacó los colmillos y mordió el cuello de Eliza, quise apartar la vista, pero Claudia me sostuvo la cabeza y ya empezaba a notar el efecto de su sangre corriendo por mis venas. Mientras me forzaba a beber su sangre, Claudia también me forzaba a mirar cómo otro vampiro extraía toda la sangre de una mujer joven e inocente.

Cuando aquel vampiro terminó con Eliza, Claudia sacó su palma de mi boca. Luego contempló mi cuerpo que, para mi sorpresa, estaba empezando a cicatrizar.

No comprendí lo lejos que llegaba su locura hasta que dijo:

—Perfecto. Pronto estarás como nuevo, y entonces podré empezar a cortarte otra vez».

—Claudia es una sádica y está loca —le expliqué a Sofía. No quería continuar con los sangrientos detalles de la tortura y humillación a las que me había sometido

Claudia, y lo resumí diciendo—: Me hizo pasar por un infierno.

A continuación se hizo el silencio y los dos nos concentramos en nuestros propios pensamientos.

—¿Y entonces? —pregunté con una sonrisa amarga—. ¿Tu experiencia en La Sombra se parece en algo a la mía?

—No. —Sofía lo negó bajando la cabeza—. Derek no se parecía en nada a Claudia. Fue Lucas quien trató de hacer que aquello fuera un infierno en vida. De no ser por Derek, lo habría conseguido, pero él hizo todo lo que pudo para protegerme de su hermano mayor.

La forma que tenía Sofía de hablar de Derek me parecía enfermiza, como si fuera alguna clase de héroe. Aunque pudiera engañarla a ella, conmigo no lo conseguía.

Tenía los ojos anegados en lágrimas cuando por fin logró forzarse a mirarme a la cara.

—Lo siento mucho, Ben. Si yo no hubiera salido aquella noche, tú no... —Las palabras se le ahogaron en la garganta y comenzó a morderse el labio inferior. Me tomó las manos y las apretó con fuerza.

Quería consolarla. Ella no podía saberlo. Ella también era una víctima. Sin embargo, estaba muy preocupado, dándole vueltas a lo que no había sido capaz de contarle.

No podía decirle que después de lo que Claudia le hizo a mi cuerpo, mi sentido del tacto estaba tan entumecido que apenas podía sentir las manos de Sofía entre las mías. No quería que sintiera más lástima.

Tampoco pude decirle que Derek era el vampiro que mató a Eliza porque, a pesar de todo lo que habíamos pasado, ya no estaba seguro de su lealtad. Pensar que aún podía elegir a Derek por encima de mí me aterrorizaba.

Derek

«*No deberías haberla dejado marchar*».

Intenté todo para silenciar las palabras de mi hermana, pero fue imposible. Sofía ya no estaba allí, y no importaba de quién me rodeara o en qué actividad tratara de sumergirme, aún podía sentir su ausencia en cada fibra de mi ser.

Por supuesto, había vivido lo suficiente para enmascarar cuánto sufría mientras continuaba con mi estricto calendario de reuniones. Al acabar el día la noticia ya se conocía en toda la isla: *El príncipe está bien despierto. Acabó de descansar y se dedicará inmediatamente al maldito asunto de mantener segura La Sombra*.

Odiaba admitirlo, pero Vivienne tenía razón. Era todo una farsa, un espectáculo que tenía que montar para distraerme del vacío que había dejado la partida de Sofía.

Después de acabar la última reunión del día, llevé a Cameron a un lado.

—¿Puedo confiar en ti, verdad?

—Ya sabéis que sí —asintió.

—Quiero que encuentres a mi hermano mayor. Discutimos... —«*Casi mató a Sofía*»—. Tuvimos una pelea bastante grande y ahora está huyendo, asustado. Ya sabes lo cobarde que puede ser Lucas.

Una sonrisita apareció en la cara de Cameron. Era sabido por un puñado de vampiros que Lucas no era el tipo de *guerrero* junto al que nos gustaría luchar en el campo de batalla. Nos arrojaría a los brazos del enemigo si con ello pudiera salvar la vida.

—¿Qué queréis que haga, Derek? —preguntó Cameron.

—Necesito que lo encuentres. Se oculta en algún lugar de la isla, o quizás incluso esté fuera con los exploradores buscando nuevos esclavos. No lo sé... Solo necesito saber dónde está.

—¿Qué deseáis que haga cuando lo encuentre?

Dudé, pero afirmé:

—Enciérralo. En las Celdas. —«*No puedo arriesgarme a que vaya tras ella*»—. Luego infórmame de inmediato.

—Al rey no le va a gustar. Y a vuestra hermana tampoco.

—Vivienne lo entenderá. Siempre ha estado de mi lado. En cuanto a mi padre, me ocuparé de él cuando venga. Ahora mismo es de suma importancia tener localizado a Lucas en todo momento.

Cameron asintió.

—Empezaré a buscarlo.

Satisfecho al saber que la búsqueda de mi hermano mayor estaba en manos capaces, me retiré a mi ático para disfrutar de un merecido descanso. Sin embargo,

nada más entrar en mi casa me di cuenta de que mi día estaba lejos de terminar. Ashley, Paige y Rosa, las tres chicas que junto con Sofía formaban mi harén, me estaban esperando.

«Harén».

Hice una mueca al pensar en la palabra. Era otra de esas innovaciones que habían surgido en La Sombra durante mi sueño de cuatrocientos años. Mantener una casa llena de jóvenes y hermosas esclavas humanas era un capricho libidinoso y sin sentido del que disfrutaban la Elite y algunos Inquilinos, ciudadanos vampiros naturalizados de La Sombra. Nunca me gustó la idea, pero fue aquel capricho el que me trajo a Sofía.

Fruncí el ceño ante la vista de las tres adorables adolescentes de pie en medio del recibidor, esperando mi llegada. Solo mirarlas me recordaba a Sofía.

«Demonios, ahora todo este lugar me recuerda a Sofía».

—¿Dónde está Sofía? —fue la rubia, Ashley, la que habló. Siempre había sido la más valiente de las tres.

Deseaba pasar de largo y dirigirme directamente a mi dormitorio, pero ellas me seguirían, así que me senté en uno de los sofás de la sala de estar.

—No sé a dónde ha ido exactamente, pero ya no está aquí. —Hice un gesto para que se sentaran frente a mí. Las chicas intercambiaron una mirada mientras se sentaban juntas en el sofá más grande.

—¿Escapó? —preguntó Ashley.

—Sí. Ella y ese novio suyo... Ben.

—Ben no es su novio —dijo Rosa, la adolescente pequeña y bonita de cabello corto, negro y ondulado. Era la que siempre parecía que se iba a morir de miedo cuando yo andaba cerca. Tuve que felicitarla por hablar en voz alta por primera vez.

Molesto, solté un suspiro antes de agitar una mano en el aire.

—No me importa.

«Mentira».

Paige, la morena deportista, se burló de mí.

—Ya, seguro. Ella no te *importa*. Mira, conocemos a Sofía. Nunca se marcharía sin nosotras. No nos traicionaría así.

—Pero lo hizo, ¿de acuerdo? Ya no está aquí.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Ashley, con una mezcla de miedo y tono acusador en la voz.

—La ayudé a escapar. —Hice una mueca mientras lanzaba una mirada de ira a Ashley por osar interrogarme—. Mirad. Si os sirve de consuelo, Sofía me rogó que os dejara ir. No quise ni oír hablar de ello. No podía arriesgar La Sombra por dejaros marchar.

—¿Pero confías en Ben lo suficiente para dejarlo ir? —La voz de Paige traicionaba su frustración.

Yo era Derek Novak. No tenía por qué contestar a tres esclavas adolescentes y, sin

embargo, allí estaba, dando explicaciones.

—No tuve alternativa. Sofía no se habría ido sin él.

—Pero se fue sin *nosotras* —dijo Rosa.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte. —Hice un gesto de exasperación y me levanté.

—¿Qué piensas hacer con nosotras ahora? —La cara de Ashley estaba pálida.

Me volví a sentar de inmediato y las miré una por una. Podía hacer lo que quisiera con ellas... usarlas, romperlas o acostarme con ellas. Nadie pensaría mal de mí. Nadie excepto Sofía.

—En realidad no me importa lo que ocurra con ninguna de vosotras. Ahora mismo, todo lo que necesito de vosotras es asegurarme de que nadie se entera de la huida de Ben y Sofía. Nadie. Ya he advertido a Sam y Kyle que ellos tampoco deben dejar escapar una palabra de todo esto a nadie. Para los habitantes de La Sombra, aún están encerrados en algún lugar de esta casa, o muertos. En cuanto a vosotras tres, la única razón por la que me importabais era porque le importabais a ella.

—¿Qué te hace pensar que ya no le importamos?

—¿Qué es lo que no entiendes, Ashley? —solté—. ¡Ella ya no está aquí! Podría arrojarte a mi espalda, llevarte a mi dormitorio y hacerte las cosas más despreciables. Ella nunca lo sabría.

A continuación se hizo un silencio helado.

Fue Rosa quien rompió el silencio.

—Pero no lo harás, porque aún te importa lo que piense Sofía.

—A lo mejor es así, ¿y qué?

Ashley esbozó una sonrisa. Se reclinó en su asiento sacudiendo la cabeza mientras dirigía sus ojos almendrados hacia mí.

—Es gracioso.

—¿Sí? ¿Qué es gracioso?

—Pasaste mucho tiempo con ella, prácticamente exigiste que te dedicara todo su tiempo, y aún no tienes ni la menor idea de la clase de chica que es Sofía.

Me enderecé.

—¿De qué estás hablando?

—Quedando personas que realmente le importan aquí, nosotras, tú..., Sofía *querrá* volver. —Ashley se puso en pie y me miró fijamente—. Lo sabrías si te hubieras molestado en conocerla todas esas veces que la tuviste en tu dormitorio.

Ashley salió de la habitación como un vendaval. Paige la siguió. Sin embargo, fue Rosa la que alentó mis esperanzas de recuperar a Sofía. Intentó insinuar una media sonrisa y dijo:

—A Sofía le importabas mucho.

Quería creerlo, tener esperanzas, pero la voz omnipresente de la oscuridad me siseó. «*Y mira a dónde la condujo su cariño hacia ti*».

Aparté aquel pensamiento, desechando toda esperanza de tenerla una vez más

entre mis brazos.

«Teniéndola aquí solo conseguirías ponerla en peligro. Déjala marchar, Derek. Simplemente, déjala ir».

Sofía

La noche era el único momento en que Ben y yo nos quedábamos dentro del hotel. Elegimos una *suite* de una habitación, puesto que ya habíamos dormido en la misma cama como buenos amigos docenas de veces. Sin embargo, por alguna razón, las cosas habían cambiado, y me sentí incómoda con la idea de dormir en la misma cama que Ben, como si fuera una traición hacia Derek.

En La Sombra, después de que Lucas matara a Gwen, Derek me pidió que empezara a pasar la noche en su dormitorio. Así podía protegerme mejor. No podía explicar la razón, pero en ese momento me pareció lo más natural. Supuse que me sentiría incómoda al ser él un hombre joven y atractivo, y yo, bueno, una mujer joven. Pero me sorprendió lo bien que nos adaptamos. Era como un baile. Sabíamos cómo movernos el uno alrededor del otro. Él me tenía, y a mí me gustaba pensar que yo también lo tenía a él.

No entendía por qué, pero algo había cambiado entre Ben y yo. La relación que habíamos tenido ya no existía. Supuse que el problema era mío, y traté de apartar de mi mente cualquier pensamiento relacionado con el vampiro que me había tenido cautiva. Al fin y al cabo, fue así como Derek había logrado llegar a mi corazón la primera vez: cuando dejé de suspirar por Ben.

Mientras me sentaba en mi lado de la cama, di un pequeño bote sobre ella al agarrar la almohada, resoplé y le dediqué un mohín a Ben.

—¿Qué? —preguntó.

—Odio esto.

—¿Odias qué?

—¡Esto! La tensión. ¿Desde cuándo nos ponemos tan nerviosos cuando estamos juntos?

La expresión de sus ojos se suavizó. Supe que Ben no podría negar que había una cierta incomodidad, porque él apenas había hablado desde nuestro viaje al pasado de vuelta a la playa. Se sentó a mi lado y sonrió, ladeando la cabeza.

—No entiendo cómo puedes seguir teniendo la piel tan clara, tan suave y rosada, después de haber pasado todo el día bajo el sol.

—¿Clara, suave y rosada? Haces que suene como si fuera un cerdo.

—No. Eres bonita, Sofía. Es solo que me extraña que nunca te quemes con el sol.

—Eso también significa que nunca consigo ese bronceado perfecto que tienes tú.

No me había dado cuenta de cuánto extrañaba aquella sonrisa arrogante en su rostro.

—Sí, sí... El sol me adora. ¿Cómo me describiste aquella vez? —Me miró con los ojos entornados—. Creo que me llamaste dios griego.

Puse los ojos en blanco.

—Nunca te cansas de mencionarlo, ¿a que no? Estaba siendo sarcástica.

—De acueeerdo... Siempre te engañas igual. —Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios mientras se tumbaba boca arriba en la cama.

Era un atisbo del Ben que echaba de menos. Divertido, relajado, el que nunca se obsesionaba con ningún problema. Sonreí mientras lo observaba quedarse dormido y me reí cuando empezó a roncar. Me tumbé en mi lado, intentando dormir.

Cuando dieron las doce, me rendí. Me levanté, me puse una bata y tomé el sobre cerrado de la mochila. Deseaba que fuera de Derek. Después de todo lo que Ben me había contado sobre su experiencia en La Sombra, no quería que descubriera cuánto extrañaba a Derek. No quería sentirme culpable por no haber tenido una experiencia en la isla tan terrible como la suya.

Salí a la terraza y disfruté de la brisa fresca de la noche que sabía a salitre del océano. Abrí el sobre marrón y contuve las lágrimas.

El paquete no era de Derek. Era de Corrine, la bruja. Aquella mujer se había convertido en algo parecido a una hermana mayor para mí durante el tiempo que pasamos juntas. El paquete contenía el teléfono celular que había usado para enseñar a Derek, mi foto Polaroid favorita de nosotros dos juntos después de enseñarle a usar una cámara, un anillo de plata engarzado con lo que parecían rubíes, y una nota que decía:

El teléfono y la foto son para que nunca olvides. El anillo es un regalo de mi parte. Podría ayudarte a encontrar el camino a casa. La isla es varias tonalidades más oscura sin ti. Echaremos de menos tu luz. Con amor, Corrine.

Apreté el sobre contra mi pecho. Había pasado muy poco tiempo desde que abandonamos La Sombra y ya sentía un dolor abrumador en mi interior. Debería estar agradecida por haber escapado de La Sombra y, sin embargo, en lo único que podía pensar era en cuánto ansiaba regresar.

—¿Sofía?

La voz de Ben a mi espalda me hizo dar un salto, alarmada. Me sequé las lágrimas.

—¿Qué es eso?

—Es... Es solo... No es nada.

—¿Cómo que no es nada? Déjame ver. —Se acercó a mí e hizo un gesto para que le entregara el sobre.

—No te enojas. —Se lo entregué temiendo su reacción, especialmente por la foto en la que yo sonreía mirando directamente a la cámara mientras Derek tenía los ojos clavados en mí.

Ben se puso tenso cuando vio lo que había en su interior. Me lo devolvió, como si estuviera disgustado por su contenido.

—¿Dónde conseguiste eso?

—Vino en la mochila.

—No entiendo cómo puedes confiar en él.

—Me salvó muchas veces... Yo...

—¿No lo entiendes, Sofía? ¡No habrías necesitado que te salvaran si no hubiera sido por él! —Ese estallido fue el primero en mucho tiempo—. Fue Derek. Él era el vampiro que mató a Eliza.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago que me dejó sin respiración. Recordé la noche que Derek volvió al ático con sangre goteándole de los labios, el aspecto tan amenazador que tenía...

—No parece sorprendida.

—Algunos vampiros le ofrecían sus esclavos... para que se alimentara...

—¿Alguna vez se alimentó de ti?

—No, nunca.

—Entonces, ¿qué estás diciendo exactamente, Sofía? Mientras cuide de ti y estés a salvo, ¿no importa que sea un asesino que se alimenta de otras personas?

—No, Ben. No es así. Tú no lo conoces como yo. Tú no lo has visto luchando para mantener el control. —Mi razonamiento sonaba hueco.

—¿Cómo demonios puedes estar tan ciega para estas cosas, Sofía? ¿Cuándo te convertiste en la clase de persona que se queda mirando, instalada cómodamente en un ático, durmiendo con el enemigo mientras asesina a las personas que tienes alrededor?

—Nunca dormí con Derek de la forma que sugieres.

Ben me dedicó una risa sarcástica.

—De acuerdo, pero esa no es la cuestión realmente, ¿no? Si el príncipe vampiro aparece repentinamente, aquí mismo y en este preciso momento, te toma en sus brazos y te besa en la boca, ¿te resistirías?

Abrí la boca para responder, pero no me salió ninguna palabra.

—Ya me lo imaginaba —sonrió Ben con amargura—. Estás tan cegada por tu atracción hacia él que no ves lo que es en realidad. —Miró fijamente el sobre que todavía conservaba contra mi pecho—. Es un monstruo.

Ben regresó a la habitación.

—Nuestro hogar está en California, con la familia que te crio durante ocho años. No necesitas el anillo de una bruja para encontrar el camino. Volveremos en auto a primera hora mañana.

Esa noche Ben hizo una llamada a sus padres, contándoles dónde estábamos. La única explicación que les dio fue que quisimos saborear la independencia y decidimos escapar.

Tenía miedo de tener que decir mentira tras mentira con el fin de encubrir la historia, pero no quise preocuparme mucho por eso. La única mentira que me daba vueltas en la cabeza era la que seguía repitiéndome a mí misma. Quería que Ben se equivocara respecto a Derek y respecto a cómo yo había mirado para otro lado, pero

sabía que él tenía razón.

No sé si fue el instinto de supervivencia o algo más, pero en La Sombra me oculté en una pequeña burbuja, a salvo gracias a la protección y el cariño inexplicable que me profesaba Derek. Había visto cómo trataban los otros vampiros a los cautivos humanos y nunca me molesté en ayudar. Simplemente agradecí a los poderes que no fuera yo. Fui egoísta y ciega. Estaba tan concentrada en mi propia supervivencia que no fui capaz de ver la inmensidad de la oscuridad que impregnaba La Sombra.

Era natural odiar la isla de la forma que lo hacía Ben. Había estado cautiva. Casi me violan y asesinan. Una amiga mía había sido asesinada. Tenía todos los motivos del mundo para detestar La Sombra y querer destruirla.

Pero no la odiaba. Y no comprendía por qué.

Lucas

Ya sin aliento, Claudia y yo rodamos a nuestros respectivos lados de su enorme cama de dosel. Saqué la mano de debajo de su cuerpo desnudo para alargarla hacia la mesa donde había dejado un paquete de cigarrillos. Me recosté contra la cabecera de la cama antes de encender uno.

Podía sentir los ojos de Claudia fijos en mí. Era la chica a la que recurría cuando necesitaba un revolcón rápido en la cama. Servía bien para su propósito. Por supuesto, durante todo ese tiempo, no era Claudia la que ocupaba mi mente. Era Sofía.

La esclava de mi hermano se me había quedado grabada a fuego en el subconsciente desde el instante que puse mis ojos en ella, solo para darme cuenta de que nunca podría ser mía. Cuando finalmente conseguí probar su sangre, me convertí en una causa perdida. No podía quitármela de la cabeza.

«*Esa frágil ramita*».

—Dicen que Derek ha enviado a Cameron de cacería con todos los recursos disponibles. Te están persiguiendo mientras hablamos. —Claudia, la vampira de seiscientos años, hizo rodar su cuerpo de diecisiete sobre la cama y se quedó tumbada sobre el estómago. Antes de que pudiera empezar a fumarlo, agarró el cigarro que yo acababa de encender y dio una larga calada.

La miré con furia.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Sabes que sí. ¿Puedes culparme? Tú acechando a la pequeña y valiosa mascota de Derek... Derek cazándote a ti... Tú, príncipe de La Sombra, su mismísima Alteza Real, escondiéndote conmigo, preparado para mi cama siempre que lo desee. Cómo han caído los poderosos.

Fruncí el ceño, pero no estaba en posición de disentir. Tanto si me gustaba como si no, me encontraba a su merced. Odiaba deberle algo a Claudia, pero era la única persona de la Élite cuya depravación y egoísmo podían igualar, e incluso tal vez exceder, los míos. Nos habíamos cubierto las espaldas mutuamente durante siglos simplemente porque nos permitíamos complacer nuestro lado más oscuro. Demonios, ni siquiera estaba seguro de que Claudia tuviera un lado que no fuera pura maldad. No me traicionaría entregándome a Derek.

Encendí otro cigarrillo y me lo acerqué a los labios.

—¿De verdad crees que Derek sería capaz de matarte? —preguntó Claudia.

—Lo iba a hacer. Lo vi en sus ojos. La chica humana lo detuvo.

—Vaya, qué gracioso. Ella te salvó. Ahora le debes la vida.

—No le debo nada. —Molesto, solté el humo—. Fui yo quien encontró a Sofía. Se suponía que era mía. Tenía todo el derecho a hacer lo que quisiera con ella.

—Si tú lo dices. Sea como fuere, no puedes seguir escondiéndote aquí para siempre. ¿Qué piensas hacer ahora que te están dando caza?

—No lo sé.

—Siempre podrías escapar.

—Ah, ¿sí? ¿E ir a dónde? —Le di otra calada al cigarrillo. Claudia ya había tirado el suyo.

—Bueno, solo hay otro clan que lo tiene casi tan bien montado como nosotros. Me burlé.

—¡De ninguna forma!

—¿A qué otro lugar vas a ir? El Oasis es la única opción lógica.

Por unos instantes, barajé la idea en mi cabeza. En realidad, encontré la perspectiva atractiva por dos razones: ver el legendario Oasis, y conocer por fin a Ingrid, la mujer que era la mano derecha de Borys. Se rumoreaba que poseía una belleza sin igual.

—Aunque a la perspectiva de poner los ojos sobre la misteriosa mascota que Borys acaba de adquirir no carezca de encanto, debes haber olvidado quién soy, Claudia. Soy Lucas Novak. *Novak*. Los Maslen me cortarán la cabeza en cuanto mis pies se posen en El Cairo.

Claudia se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco es mi problema, ¿no? Todo lo que sé es que tienes que salir de aquí, porque si se entera de que estoy ayudando y encubriendo a un criminal, Derek no dudará en arrancarme el corazón.

Le lancé una mirada de odio.

«*Claudia... una amiga tan simpática*».

Tiré el cigarrillo a un cenicero que había cerca y me puse encima de ella.

—A veces me pregunto a quién eres leal, Claudia.

—Eso es fácil —sonrió con una mueca—. Soy leal a mí misma.

—Por supuesto que lo eres. —Puse los ojos en blanco—. Estaré fuera de aquí muy pronto, Claudia, pero por ahora... —La besé profundamente. Sabía a sangre y nicotina. Me distraje con los placeres que ella me ofreció una vez más. Todavía tenía un par de días. El peligro real empezaría cuando la vampira rubia loca e impetuosa que se retorció bajo mi cuerpo se aburriera por fin de mí.

Hasta entonces me mantendría a salvo. Hasta entonces, la huida podía esperar.

Derek

Escupí al suelo de tierra y lancé una mirada de disgusto a mi contrincante. Delante de mí en el círculo improvisado de los campos de entrenamiento, Xavier Vaughn intentaba recuperar el aliento. Su mano derecha colgaba sin convencimiento, agarrando la empuñadura de su katana como si su vida dependiera de ello. Estaba agotado, ensangrentado y magullado.

No soportaba verlo así. Antes de mi sueño, me habría vencido luchando con cualquier espada en nueve de cada diez ocasiones. Después de cuatro siglos, solo necesité media docena de golpes para acabar con él.

—Solo llevamos con esto diez minutos, Vaughn. —La herida fresca que mi katana le había infligido se cerró y cicatrizó rápidamente.

—Hace siglos que no hago esto, Novak. —Xavier nunca se dirigía a mí como su príncipe. Era una de las cosas que me gustaban de él—. Estoy un poco oxidado.

—¿Un poco? ¿Es una broma? ¿Dónde está el guerrero que conocí? Si hubieras luchado así durante la batalla de la Primera Sangre, ahora estaríamos todos muertos.

Un atisbo de diversión apareció en las comisuras de sus cansados ojos de color gris acerado. Levantó su katana y se lanzó hacia adelante para atacarme.

Me bastó un minuto para hacerle un feo tajo que atravesó su espalda y lo dejó tirado en el suelo boca abajo. La sangre que manó de su espalda ensució el suelo, mezclándose con la de los que habían luchado antes contra mí.

«¿A qué se han dedicado los últimos cuatrocientos años?».

Mi mirada despiadada siguió a Xavier mientras él salía a rastras del campo.

—Parece que tenemos mucho trabajo. ¿Quién es el siguiente?

Eli Lazaroff entró en el círculo, con un aspecto más cercano al de un bibliotecario que al de un guerrero. Sinceramente, sentí pena por una de las mentes estratégicas más valiosas de nuestra Élite, porque cuando Eli se acercó a mí estaba temblando como una hoja.

Flexioné los músculos del cuello antes de acercarme a él. Ese movimiento hizo que se estremeciera. Aquello fue suficiente para tragarme cualquier sentimiento de culpa por lo que estaba a punto de hacer. Levanté el arma y asesté el primer golpe.

Tanto si me gustaba como si no, como gobernante de La Sombra era mi obligación recordar a mis súbditos lo que era sentir dolor. Debían recordar lo que era luchar por sus vidas y sangrar por una causa.

«Corría el año 1512. Aquella batalla siempre sería recordada como la batalla de la Primera Sangre. Fue la primera que tuvo lugar en la isla el día que decidimos dejar de huir. Todos estuvimos de acuerdo en que era hora de luchar o morir.

Éramos un grupo bastante triste, acurrucados dentro de las cuevas que con el

tiempo se convertirían en las Cumbres Negras y darían cobijo a los prisioneros y esclavos de La Sombra.

Habían pasado dos años desde que naufragara en aquella isla, creyendo que había perdido a todos mis seres queridos a manos de otro cazador. La única compañía que tuve durante mi primer año allí fue una belleza de cabello negro, ojos castaños y piel aceitunada. Se llamaba Cora, y ella fue la única razón por la que conservé la cordura después de perder todo aquello por lo que valía la pena luchar. Por aquel entonces, no tenía ni idea de quién era o lo valiosa que llegaría a ser.

En aquella cueva me di cuenta de que aún teníamos mucho por lo que luchar.

Estaba sentado en el suelo de la cueva, apoyado contra la pared. Cora descansaba a mi lado. Mi padre, Gregor, estaba frente a nosotros. Lanzó una mirada voraz hacia Cora.

Ella era el único ser humano en una cueva llena de vampiros hambrientos. Nada de aquello la desconcertaba. Simplemente sonreía.

Liana Hendry estaba cerca de la entrada de la cueva. Tenía las rodillas apretadas contra el pecho, temblando por el frío. Su mirada vacía estaba fija en la entrada de la cueva. Unas horas antes, Cameron había abandonado la cueva junto con Lucas y Xavier para localizar la ubicación de los cazadores.

Al lado de Liana estaba sentada Vivienne con un aspecto desconcertantemente sereno. Su cabeza descansaba sobre el hombro de Liana. En lo más profundo de sus ojos de color azul casi violeta se ocultaban misterios que solo podíamos intentar adivinar, porque ni siquiera recordaba la última vez que había oído hablar a mi gemela.

A un metro más o menos, Eli estaba dibujando una especie de mapa en el suelo con un palo. Estaba tan concentrado que apenas se dio cuenta de lo molesto que parecía Yuri, su hermano pequeño, cuando Claudia comenzó a charlar y hacer gestos sugerentes hacia él. Al final Yuri se enfadó con Claudia, y fue la primera vez que vi esa mirada asesina en su precioso rostro.

El grupo se componía de solo algunos de los veinte clanes de vampiros ocultos conmigo en las cuevas de las montañas. La mayoría estaban aterrorizados por lo que traería el alba. Habían logrado llegar a la isla a duras penas, con los cazadores pisándoles los talones en su incesante caza. El sol estaba a punto de salir y no parecía que los cazadores fueran a darse por vencidos hasta destruirnos a todos.

En casos como este, el sol era nuestro mayor adversario. ¿Cómo íbamos a defendernos cuando teníamos que mantenernos ocultos en la profunda oscuridad de las cuevas?

El viento aullaba en el exterior de la cueva, pero entonces se oyeron unos pasos aproximándose. Me puse de pie y agarré la empuñadura de mi espada. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando Cameron, Lucas y Xavier aparecieron desde el claro. La expresión grave de sus rostros me dijo que no había motivos para sentir alivio.

—Se están acercando ahora mismo, mientras hablamos —anunció Cameron.

—¿Cuántos?

Intercambiaron miradas de preocupación.

—Entre cuatrocientos y quinientos —estimó Xavier—. Quizás seiscientos.

—¿Cuántos somos nosotros? —pregunté directamente a Eli.

Él ni siquiera levantó la vista.

—Setenta y seis. Setenta y siete, si la incluyo a ella. —Se refería a Cora.

Me erguí todo lo que pude, reuniendo todo el valor que poseía.

—¿Cuántos de nosotros podemos luchar?

—¡No hablarás en serio! —Lucas dio un paso hacia adelante—. Nos superan en número, por lo menos cinco a uno. No tenemos más remedio que huir.

—¿Huir? ¿Huir a dónde? —repliqué—. Por si se te ha olvidado, estamos en una isla. Si queremos llegar al barco que os trajo aquí, tendríamos que pasar justo por el medio los cazadores.

—La mayoría de nosotros no estamos entrenados para pelear —se opuso Lucas una vez más.

—Podrían quemarnos sin más —intervino Yuri.

—Eso es exactamente lo que harán si nos sentamos aquí a esperarlos.

—¿Qué estás diciendo, chico? —preguntó Cameron.

—No sé los demás, pero yo no puedo seguir huyendo. Propongo que luchemos por esta isla. Que la convirtamos en un refugio.

Los otros vampiros empezaron a arremolinarse a nuestro alrededor, escuchando con curiosidad.

—¿Cómo sugieres que hagamos eso, hermano? —Lucas escupió las palabras.

—Hagamos un ejemplo de estos cazadores. Enviaremos un mensaje claro a los demás. Ningún humano que entre en esta isla podrá salir jamás. —Nada más pronunciar esas palabras, vi la mirada de conmoción en los ojos de Cora. Intenté no preocuparme por ella. Había que tomar una decisión y estaba claro que yo era el único que lo haría. No había vuelta atrás para mí—. Tenemos que luchar.

—¿Y si fracasamos? —Esta vez fue mi padre el que habló mientras se ponía de pie—. ¿Y si el sol sale mientras luchamos? Será el fin para todos nosotros.

Me encogí de hombros.

—No sé los demás, pero yo prefiero morir luchando que huyendo.

Y así sucedió que, en la hora más oscura de la noche, pasamos al ataque y nos lanzamos directamente hacia los cazadores. La sorpresa jugó a nuestro favor, pero sabían que era imposible que ganáramos la batalla antes de que amaneciera. Sin embargo, mientras luchábamos por nuestras vidas contra algunos de los mejores y más temibles cazadores que jamás hubiera enviado su orden, nuestro miedo a la luz del sol resultó infundado. Luchamos durante horas, el tiempo necesario para destruir a todos los cazadores que se habían atrevido a invadirnos, pero el amanecer nunca llegó.

Después de la batalla de la Primera Sangre, la isla se vio envuelta en la

oscuridad permanente. La luna se convirtió en nuestro sol. Pasaron varios años antes de que adivináramos por qué. Incluso después de descubrir que Cora estaba detrás de aquello, no alcanzaba a entender por qué nos salvó a pesar de que eso significaba perder las vidas de cientos de cazadores.

Los demás acogieron el extraño suceso como un milagro. Creían que la isla estaba realmente destinada a ser nuestro santuario, y me felicitaron por descubrirlo y liderarlos en la lucha por su conquista.

Yo no lo veía de la misma forma. Me pareció un presagio oscuro.

Nunca olvidaré cómo Vivienne y yo mirábamos el cielo estrellado hasta bien entrada la noche mientras los demás dormían como bebés. El miedo de sus ojos de color violeta era inconfundible. Después de años de silencio, Vivienne miró al cielo nocturno, me agarró de la mano y dijo:

—Se acerca la oscuridad.

No le pregunté qué significaba aquello. Para muchos de nosotros, aquella había sido la primera vez que segamos vidas humanas intencionadamente. Fue la noche que extrajimos nuestra primera sangre».

Cuando por fin me sentí demasiado cansado para luchar, el suelo del campo de entrenamiento estaba teñido de sangre, un claro recordatorio de la batalla en la que habíamos luchado cuatrocientos años antes. Ninguno de los guerreros que había dentro del círculo era capaz de golpearme, y mucho menos herirme. Eran los mismos hombres y mujeres que extrajeron sangre conmigo por primera vez, solo que ahora eran más débiles, más orgullosos y menos resistentes. Apenas los reconocería en una batalla.

Tiré mi arma al suelo y comencé a alejarme del campo de entrenamiento, pero vi a Cameron acercándose.

—¿Listo para una pelea, Hendry?

—Hoy no, mi Príncipe. —Negó con la cabeza, y una divertida sonrisa se formó en su cara—. Vine para preguntaros si todavía queríais esa reunión con el consejo en la Gran Cúpula.

—Por supuesto. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué no habría de quererla?

Cameron se echó a reír.

—Si no fuéramos vampiros, habríais asesinado hoy a más de dos tercios del Consejo de Élite —sonrió—, Majestad.

Reprimí el impulso de romper a reír. El Consejo de Élite ahora consistía en un grupo bastante patético. Puse los ojos en blanco y me fui a cambiar rápidamente de ropa antes de dirigirme a la cúpula con Cameron.

—¿Qué sabemos de Ingrid Maslen? Algo en la idea de que Borys tuviera una chica nueva no me encajaba. Había estado detrás de Vivienne durante demasiado tiempo, empeñado en conseguir lo que le pertenecía. No podía creer que simplemente reemplazara a Vivienne por otra, a menos que hubiera algo más en Ingrid Maslen de

lo que sabíamos.

Cameron se encogió de hombros.

—Ni siquiera estoy seguro de que se le haya permitido salir de El Oasis desde que Borys la convirtió. Ella es su secreto mejor guardado.

—¿Alguna idea de por qué la mantiene en secreto?

—Solo rumores. Algunos dicen que Ingrid es para El Oasis lo que Vivienne es para La Sombra.

—¿Es una vidente?

—Tal vez. ¿Por qué otro motivo estaría Borys tan obsesionado con ella? Ambos sabemos lo malvado que es ese hombre, si es que se le puede llamar hombre. No convertiría a una humana como Ingrid y la haría parte de su clan a menos que hubiera algo especial en ella.

No pude evitar fruncir el ceño, preguntándome por qué aquello me molestaba tanto. Borys ya no iba tras mi hermana. Debería estar contento. Sin embargo, algo no encajaba. Tenía asuntos más urgentes en aquel momento, pero algún día volvería enfrentarme cara a cara con Borys Maslen.

Una extraña premonición me dijo que iba a lamentar ese día.

Sofía

«*Había sangre por toda la Sala del Sol. Las luces LED que imitaban los rayos solares estaban destrozadas. La única fuente de luz era el débil parpadeo de una lámpara empeñada en seguir luciendo. Me sujetaban contra una pared. No me podía mover. No podía oír nada. Mi sentido del tacto se había esfumado.*

Una presencia oscura entró en la sala. Una sombra. Intenté hablar, pero solo pude articular un chirrido áspero.

La sombra se acercó. Su presencia era tan fuerte, tan poderosa, tan oscura... Se detuvo frente a mí. La sangre comenzó a formar un charco en el suelo justo donde estaba la sombra. Esperaba ver a Lucas y ahogué un grito. Era Derek. Los ojos azules vacíos de vida. Los colmillos fuera. Preparado para devorarme. Se apoderó de mí. Sus colmillos estaban a punto de hundirse en mi piel. Después, nada. Nada más que un gran vacío y una voz femenina susurrando:

—Se acerca la oscuridad».

Me desperté en la habitación del hotel, sudando, tensa y sin aliento. Me aferré a las sábanas como si me fuera la vida en ello, temerosa de que, si las soltaba, me volvería a hundir en la pesadilla. Me estremecí cuando se abrió la puerta del baño. Podía oler la loción de afeitado de Ben mezclada con las fragancias del champú y el jabón. Me estiré en la cama, intentando alejar la pesadilla. Tenía miedo por mí. Tenía miedo por Derek.

—El desayuno está listo en la terraza —anunció Ben. Estaba secándose el cabello con una toalla, ajeno a mi temblor.

Me arrastré fuera de la cama.

«*No puedo seguir despertándome de esta manera».*

Había abandonado La Sombra, pero la isla y todos sus horrores aún me acompañaban.

Me recogí el cabello en un moño desordenado mientras caminaba hacia la terraza. Necesitaba la luz del sol. El desayuno consistía en *muesli*, café y macedonia de frutas. Habría preferido unas tostadas con mermelada y mantequilla, pero no me sentía particularmente exigente.

Ben se unió a mí poco después de sentarme.

—Mamá y papá están de camino para recogernos. Al final es posible que nos quedemos aquí un par de días más. Parece que montaron mucho revuelo con la policía cuando desaparecimos. —Se sentó frente a mí, con aire molesto.

Me encogí de hombros.

—Ya me lo temía. Tendremos que hablar con la policía, probablemente incluso

con un trabajador social...

—Entonces, ¿cuál va a ser nuestra historia? —Se reclinó en su asiento, haciendo rodar una uva por el plato—. ¿Nos escapamos? ¿Eso es todo?

—Supongo que podríamos hacer que fuera más simple manteniendo la boca cerrada. Nos escapamos. Punto. No hay necesidad de dar detalles.

—A no ser que... —Ben comenzó a tamborilear los dedos en la mesa.

—¿A no ser qué? —Aparté mi tazón. Parecía que ninguno de los dos tenía mucho apetito esa mañana.

—A no ser que les digamos la verdad. Toda la verdad.

Sabía que era una opción, pero algo en mi interior se oponía a gritos.

—No podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

—¿Qué les vamos a decir? ¿Qué nos raptaron unos vampiros y nos llevaron a una isla invisible para esclavizarnos? Ni siquiera sabemos dónde está La Sombra. Van a pensar que estamos locos.

—¿Y qué? Allí conocimos a otros cautivos. Seguro que alguien ha informado de su desaparición. ¿Cómo si no sabríamos detalles sobre ellos?

Negué con la cabeza.

—No podemos. Derek confió en nosotros. No podemos traicionar...

—Ahí está. La verdad. No quieres hablar sobre La Sombra por *él*. ¿Qué te hizo, Sofía? Es como si estuvieras poseída por un inexplicable impulso de complacerlo.

Las palabras me hirieron. No podía mirar a Ben a los ojos. No sabía por qué. Ojalá lo supiera.

—No es solo Derek. Lo siento, Ben, pero simplemente no puedo. No de esta manera.

Un golpe en la puerta interrumpió nuestra conversación. Los ojos de Ben parecían dos lanzallamas que amenazaban con perforarme el cráneo, pero finalmente se puso de pie y abrió la puerta. Desde la terraza oí a su madre, Amelia, sollozando.

—¿Dónde está Sofía, Ben? ¿Está contigo? —Había un tono de cautela en la voz de la pequeña Abby.

Si su padre, Lyle, estaba allí, ciertamente no hablaba mucho. Ben salió a buscarme.

—La policía está aquí. Quieren hacernos algunas preguntas.

—¿Y cuál va a ser nuestra respuesta?

Apretó los dientes con fuerza antes de responder:

—Nos escapamos.

Pasaron bastante tiempo intentando hacernos hablar. No hacían más que decirnos que podíamos contarles la verdad, que no teníamos nada que temer. Hicieron todo lo posible para sonsacarnos información acerca de dónde habíamos estado, cómo nos las arreglamos para mantenernos ocultos y cómo sobrevivimos. Ben ni siquiera llegó a insinuar nada sobre La Sombra. Al igual que yo, guardó silencio al respecto y se lo

agradecí. Sabía que no entendía por qué me negaba a delatar a La Sombra. ¡Demonios, ni siquiera yo lo entendía! Pero me apoyó y eso me llenó de admiración por él.

La policía finalmente se rindió. Escaparse no era un delito y, a menos que nos acusaran de algo, no teníamos por qué dar explicaciones.

Tardaron tres días en arreglar todo el papeleo necesario para que Ben y yo pudiéramos volver libremente a California. Los exámenes físicos provocaron una nueva avalancha de preguntas. No encontraron nada raro en mí, pero no había forma de ocultar las cicatrices del cuerpo de Ben.

Nunca olvidaré la mirada de los ojos de Amelia cuando vio las cicatrices. Parecía como si algo se le desgarrara por dentro cuando gritó:

—¿Quién te hizo esto? ¿Por qué no nos dices quién lo hizo?

Fue la primera vez que vi a Lyle tan enojado.

—Sofía, ¿dónde habéis estado? ¿Qué os ha ocurrido?

Los ojos de Ben fijos en mí me carcomían la conciencia.

—Lo siento muchísimo —fue todo lo que atiné a decir, con cabeza agachada y los ojos inundados de lágrimas.

Esperaba que Ben lo contara todo, pero se mantuvo firme. Lyle y Amelia intentaron sonsacarnos. Gritaron, rogaron y amenazaron. Ni Ben ni yo dijimos nada de los vampiros.

Finalmente, todo acabó cuando Ben suspiró con exasperación y dijo:

—¿Nos podemos ir a casa, por favor? Estoy exhausto.

Su afirmación pendía en el ambiente durante el viaje por carretera más tenso que jamás había vivido. Ben durmió durante la mayor parte del tiempo. Lo envidiaba; por más que lo intenté, fui incapaz de pegar ojo en toda la vuelta a casa.

«*Su casa. No la mía*».

Hasta que llegamos no logré apartar a Lyle a un lado y formularle la pregunta que me había inquietado desde que los vi.

—¿Sabía mi padre que había desaparecido?

«¿*Le importó?*».

La expresión en el rostro de Lyle me partió el corazón.

—Los cheques llegaron puntuales.

Comprendí lo que significaba aquello. Daba igual que mi padre lo supiera. En lo que concernía a Aiden Claremont, su obligación paterna hacia mí empezaba y terminaba con los cheques trimestrales que enviaba a los Hudson.

No sabía por qué me sorprendía. Desde el momento en que mi madre se volvió loca y él la envió lejos de casa, se había casado con su trabajo como fundador de una pequeña agencia de seguridad para el hogar que, con el tiempo, se había convertido en un negocio más grande. La verdad sea dicha, las sumas que enviaba a los Hudson eran tan solo retazos de su fortuna, teniendo en cuenta lo que valía realmente su empresa. Era una justificación miserable para un padre.

Lyle me acarició la espalda con un gesto de incomodidad.

—El Aiden que conocí te adoraba.

«¿Sí? Preséntamelo cuando vuelvas a encontrar esa versión».

Devolví la sonrisa a Lyle. No era justo que descargara mi frustración sobre él. También perdió a su mejor amigo el día que yo perdí a mi padre.

El resto de la tarde, Amelia me mantuvo ocupada preparando la cena con ella en la cocina. La velada fue tensa. Abby era la única que parecía estar de buen humor. Tratamos de complacerla, pero ninguno de nosotros fue capaz de aligerar la sensación de tensión que había en el ambiente.

Esa noche di muchas vueltas en la cama, incapaz de dormir. Mantuve los ojos cerrados. Mientras estuve en La Sombra, había pensado muchas veces en escapar. En el fondo de mi mente había barajado la vaga idea de desenmascarar a La Sombra y liberar a todos sus prisioneros humanos. Eso era lo que había creído que estaría haciendo ahora, después de salir de la isla. En cambio, regresé a California, cené con los Hudson y hablé, con mucha incomodidad, de volver al instituto.

Tuve que esforzarme para no reír cuando Amelia dijo que esperaba que Ben y yo regresáramos a las clases inmediatamente. Ben no había dicho nada. Parecía aturdido desde que habíamos vuelto.

Estaba convencida de que pasaría el resto de la noche obsesionada con volver a vivir con los Hudson los próximos años, cuando oí un golpe. Me senté en la cama y Ben abrió la puerta.

—Hola.

—Solo quería... —Parecía verdaderamente avergonzado—. ¿Te importaría dormir conmigo en mi cama? Preferiría no estar solo.

No hizo falta que insistiera más. Me levanté, agarré mi almohada y una manta, y seguí a Ben. Nos colamos por el pasillo hasta llegar a su habitación. Nos acurrucamos bajo las sábanas, pero no pude alejar el pensamiento de que aquello no me proporcionaba la seguridad y la comodidad que había disfrutado con Derek.

Incluso estando juntos, Ben y yo nos quedamos despiertos hasta bien entrada la noche, temiendo las pesadillas.

—Mamá quiere ir al instituto mañana y ver qué tenemos que hacer para ponernos al día.

—¿De verdad estás dispuesto a seguir adelante con esto de ir a clase?

—Creo que se lo debo a mis padres, incluso a mí mismo, supongo, y por lo menos lo intentaré. Además, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Era otra pequeña muestra del Ben que conocía, el Ben que amaba a sus padres y estaba encantado de ser el chico popular y atractivo del instituto. Ver de nuevo ese lado de su personalidad fue lo único que me impulsó a decir:

—Pues a clase.

Se hizo una larga pausa en la que dos reflexionamos sobre nuestros propios pensamientos.

Finalmente rompí el silencio.

—¿Ben?

—¿Sí?

—Gracias.

No preguntó por qué. Lo sabía.

—Ellos te hicieron algo en La Sombra, Sofía. No sé qué, pero espero que con el tiempo te liberes de lo que fuera que te hicieron y recobres la cordura. Esperaré hasta la graduación. Después de eso, voy vengarme de la isla, y lo voy a hacer tanto si estás conmigo como si no.

La frialdad de su voz me aterrizó, pero no tanto como el hecho de que, de repente, sentí el impulso de proteger La Sombra sin importarme cómo.

Ben tenía razón. Algo me habían hecho en La Sombra porque, por muy lejos que estuviera de la isla, seguía siendo su prisionera.

La Sombra se había convertido en una parte de mí y parecía que destruirla era como destruirme a mí misma.

Derek

La Gran Cúpula era un enorme salón redondo situado en el nivel superior de la torre oeste de la Fortaleza Carmesí. Debía su nombre a la forma de cúpula cavernosa de su estructura. Con el transcurso de los años se había convertido en el centro principal de todas nuestras reuniones gubernamentales, judiciales y militares.

La cúpula estaba diseñada para mostrar la superioridad de la Élite de La Sombra. Al otro lado de las grandes puertas de roble, justo en la parte delantera del salón, había un balcón con cuatro asientos. Sobre un pedestal que se elevaba un metro por encima del suelo, estaba el trono de mi padre, el rey. A su derecha, a medio metro del suelo, estaba mi asiento. A ambos lados del mío se situaban los asientos de Vivienne y Lucas, elevados unos veinticinco centímetros.

En el centro exacto del salón había un escenario circular que hacía las veces de estrado para aquellos que se dirigían al consejo o estaban siendo juzgados.

A cada lado del estrado, y mirando hacia el balcón, había veinte asientos destinados a los clanes de vampiros de la Élite. Por encima y alrededor de los asientos del consejo, había setenta y cinco asientos dispuestos en forma de anfiteatro, reservados para la Élite. Rara vez alguien que no perteneciera a la Élite era traído a la Gran Cúpula, a menos que fueran a juzgarlo.

Cuando visité por primera vez la Gran Cúpula apenas se había utilizado en años, lo cual decía mucho sobre cómo se había gobernado el reino en mi ausencia.

Encargué a Vivienne la responsabilidad de modernizar el salón, ya que íbamos a usar mucho más aquel lugar. Dado su buen ojo para el diseño y su habilidad para conseguir que se hicieran las cosas, logró realizar la tarea en cinco días y medio.

Era la misma estructura, pero trasladada directamente al siglo XXI, con monitores de pantalla plana y un equipo de sonido actualizado. Había remodelado completamente el salón; los tronos de aspecto antiguo fueron reemplazados por cómodos sillones que seguían teniendo un aspecto regio y elegante. Sin embargo, probablemente la mejor modificación del salón había sido reemplazar el techo ciego por vidrio transparente, de modo que la luna y las estrellas brillaran siempre en el salón.

Después de "asesinar" a la mayoría del Consejo de Élite en el campo de entrenamiento, como tan acertadamente lo había descrito Cameron, me encaramé a mi sillón reclinable sobre el balcón del trono, con la mirada puesta en el cielo oscuro. Estaba esperando a que el consejo apareciera para discutir los resultados del censo.

Eli estaba a cargo del censo y, dado que todavía estaba intentando recuperarse de la dura prueba física a la que lo había sometido, solicitó que se pospusiera una hora la reunión. La solicitud al principio me irritó, pero luego pensé que se merecía el

descanso. Sin saber qué hacer con ese tiempo y sin ganas de pasarlo en mi ático esquivando las preguntas de las chicas, había decidido adelantarme a los demás e ir directamente a la cúpula.

Solo llevaba allí un par de minutos cuando apareció Vivienne.

—Derek.

—Has hecho un gran trabajo con este lugar, Vivienne.

—Sí. Ya me lo has dicho varias veces. Subió de un salto al balcón para estar a la misma altura que yo.

Habría jurado ver una oscura neblina gris agitarse en el centro de sus pupilas. Profundamente preocupado, me levanté y le pasé una mano por el hombro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te preocupa?

Vivienne alzó la vista hacia el cielo nocturno. La última vez que había visto el mismo miedo en sus ojos había sido siglos atrás, después de la victoria de la Primera Sangre. Seguí su mirada. Todo lo que vi fueron cientos de estrellas iluminando el hermoso cielo nocturno.

Vivienne profirió cuatro palabras que desencadenaron un torrente de imágenes que me atormentaban: el naufragio, el faro, las cuevas, la Primera Sangre, los esclavos, el muro, las bestias, el levantamiento, la masacre, el hechizo y, por último, el santuario. Podía oír los gritos de los muertos chillando bajo los cimientos sobre los que se edificó La Sombra. El ruido ensordecedor precedía a la culpa de la que ni en mil vidas podría escapar.

Abandoné la contemplación de los vastos cielos y volví la mirada hacia la tormenta que rugía amenazadora tras los ojos de mi hermana. Solo entonces me di cuenta de que, cuando dijo esas cuatro palabras, ya no estaba mirando al cielo.

Estaba mirándome directamente a mí.

¿Sus palabras?

—Se acerca la oscuridad.

Sofía

«*Se acerca la oscuridad*».

Las palabras de mis pesadillas todavía resonaban en mis oídos. Fantasmagóricas y sobrecogedoras, aterrorizándome dondequiera que fuera. No tenía ni idea de quién las pronunciaba, pero estaban relacionadas con La Sombra, con Derek.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en una silla acolchada del exterior de la biblioteca escolar. Tenía los codos apoyados en la mesa de caoba oscura. Mis dedos tamborileaban sobre el libro que intentaba entender sin conseguirlo. Aparte del bibliotecario arrastrando los pies por el suelo enmoquetado y el crujido de las páginas de un libro un par de mesas más allá, la biblioteca estaba en silencio.

Antes me encantaba el silencio. Hubo un tiempo en que aquel lugar había sido mi refugio. Ese pequeño rincón de la biblioteca era quizás lo único que añoraba del instituto. Esa tarde, el silencio solo sirvió para liberar las voces que me perseguían en sueños todas las noches.

Mis labios se torcieron formando una curva amarga.

«*Vaya broma. La oscuridad no puede ir a La Sombra. La Sombra es la oscuridad*».

La idea me desconcertó. No tenía ni idea de lo que significaban las pesadillas o hacia quién se dirigía la oscuridad. No lo quería saber. Solo quería olvidarlo.

Pero eso, por supuesto, era imposible.

—Sabía que te encontraría aquí. —Ben se acercó una silla a mi lado. Le dio la vuelta de manera que el respaldo quedó apoyado contra el borde de la mesa y se sentó a horcajadas dedicándome una sonrisa.

Intenté devolvérsela, pero creo que fracasé miserablemente, porque me preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No se supone que estás en el entrenamiento de fútbol?

—Ya los alcanzaré. Solo quería decirte que Patrick confirmó que podemos reanudar las clases de artes marciales el viernes por la tarde a partir de la próxima semana, así que ese día iremos al gimnasio. No hagas ningún plan.

—De acuerdo. ¿Viene Tanya?

Los rumores decían que Ben había vuelto con Tanya, la preciosa animadora rubia.

—No. Acabo de romper con ella.

Busqué una reacción en mi interior. ¿Júbilo quizás? Nada.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Sobrevivirá.

Me quedé mirando el libro que tenía delante. *1984*, de Orwell. Me sentía muy

parecida a los personajes del libro, siguiendo una rutina marcada por otros.

Habían pasado varias semanas desde que Ben y yo habíamos vuelto a clase. Estábamos comenzando a caer en la normalidad. Él era el *quarterback* del equipo de fútbol del instituto, muy querido y popular. Y yo era su mejor amiga por razones que nadie excepto Ben entendía.

Sin embargo, algo había cambiado en la dinámica de nuestra relación. Antes era tan dependiente de Ben que rayaba en lo patético. Había sido prácticamente su sombra. Había adorado estar con él y me había molestado verlo con otras chicas, incluyendo a Tanya Wilson. Ahora, escucharle hablar de sus aventuras amorosas de adolescente me hacía sentir desconectada.

Si había una cosa que La Sombra había cambiado en mí era que me había hecho independiente de Ben. Lo quería (después de todo, seguía siendo mi mejor amigo), pero ya no suspiraba por él. Podía imaginar una vida sin él. Darme cuenta de eso era aterrador, pero a la vez me otorgaba un gran poder sobre mí misma.

—¿Qué son esos papeles? —Ben señaló varias hojas esparcidas por la mesa. Tomó una de ellas—. ¿Formularios de solicitud para la universidad? ¿Harvard?

Me encogí de hombros.

—Estaba pensando en ser abogada. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿realmente piensas ir a la universidad?

Arrugué la nariz.

—¿Por qué no habría de querer? ¿Qué más puedo hacer? Para eso estamos aquí, ¿no? ¿Tratando de volver a la normalidad? Ahí es a donde nos lleva todo esto, Ben. Nos graduamos. Vamos a la universidad.

Mis afirmaciones fueron recibidas con silencio.

—No conseguirás una beca de fútbol si no vas al entrenamiento. —Agarré mi mochila del suelo y saqué un bolígrafo. Tomé uno de los formularios para la universidad y empecé a rellenarlo.

«Toma la indirecta, Ben. Vete».

Ben agarró el formulario, lo arrugó y lo lanzó sobre la mesa.

—Eliza me dio un nombre y un número. Era la chica...

—Ya sé quién era —interrumpí. La sola mención de su nombre me hacía sentir culpable. Me sentía como un accesorio para un crimen que Derek había cometido—. ¿Qué nombre? ¿Qué número?

—Los cazadores. Es una persona de contacto. Se llama Reuben. Creo que es mi... *nuestro* billete de entrada.

Me enderecé, arrojé sobre la mesa el bolígrafo tenía en la mano y cerré el libro de un golpe.

—No puedes hablar en serio, Ben. ¿Estás diciendo que vas a unirte a ellos?

—No. Estoy diciendo que *vamos* a unirnos a ellos. ¿Cómo si no voy a vengarme de La Sombra, Sofía? No creo que pueda volver arrastrándome a la policía y cambiar nuestra historia.

—¿A qué viene todo esto, Ben? Apenas hemos hablado sobre la isla.

—Tenemos pesadillas todas las noches, Sofía. No me digas que no has estado pensando en ese lugar.

—Por supuesto que sí, pero creí...

—¿Creíste qué? ¿Qué habíamos pasado página? Vamos, Sofía. ¿El instituto? ¿La universidad? Me parece que se nos ha dado tan bien fingir que somos normales que tú misma te has convencido de que *realmente* lo somos. La Sombra nos robó eso y se lo robó a muchísimos otros. Tienen que pagar.

Cerré los ojos esperando que, si lo hacía, todo lo demás desaparecería también.

—Ben, créeme cuando te digo que pensé en desenmascarar la isla muchas veces mientras estuve allí, pero...

—¿Pero qué?

La última vez que hablamos de cómo vengarnos de La Sombra fue la primera noche que llegamos de México. Había pensado en ello de vez en cuando, pero no podría convertirme en cazadora y vivir una vida dedicada a la venganza.

—No creo que pueda vivir de ese modo, Ben.

—¿Y entonces? ¿Vamos a seguir con esto? ¿Fingiendo que no ocurrió nada? ¿Continuar con la vida normalmente? ¿Qué pasa con la gente que dejaste en La Sombra? Ashley, Paige y Rosa. ¿Y qué pasa con Gwen, Sofía?

Con esas palabras me puse de pie. Tenía los nudillos blancos de tanto apretarlos contra el borde de la mesa.

—No vayas por ahí, Ben. No ha pasado un solo día desde que nos fuimos que no haya pensado en ellas.

—Bueno, tal vez ha llegado el momento de dejar de pensar en ellas y empezar a hacer algo por ellas. ¿No te das cuenta de que es el único modo?

—No puedo aceptar que sea el *único* modo. No quiero pasar el resto de mi vida matando vampiros. Debe haber una forma mejor, una que no signifique tanto derramamiento de sangre.

Sus hombros se pusieron tensos mientras levantaba la cabeza.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua?

Al oír su pregunta, una avalancha de recuerdos inundó mi mente. Derek y Vivienne abrazándose después de pasar siglos separados... Derek tocando fascinantes melodías en su gran piano... Su decisión de permitirnos escapar... Su risa, su abrazo, su paciencia intentando entrenarnos a las chicas y a mí para el combate... la alegría de sus ojos cuando le enseñé la Sala del Sol...

Tal vez solo me estaba aferrando a la esperanza de que no me equivocaba con él. Quería creer que había visto bondad en Derek Novak, y que, si el príncipe y salvador de La Sombra aún era capaz de hacer el bien, entonces quizás había esperanza... para él y para los demás vampiros.

O tal vez Ben tenía razón.

«¿Cómo puedo ser tan ingenua?».

Ben

Estaba sentado frente a Sofía esperando que se explicara, pero ella permanecía en silencio con una expresión pensativa en sus ojos verdes mientras se apartaba un mechón de cabello de la cara.

Contuve la respiración al ver lo preciosa que estaba. Mi mejor amiga era la encarnación de Rosarroja. El cabello cobrizo, la complexión rosada, la figura de reloj de arena, aquellas piernas largas como el día... tenía que estar ciego para no ver lo encantadora que era. Supe que crecería para convertirse en una maravilla desde el primer momento en que mis ojos se posaron en ella. Fue el día que su padre la dejó en nuestra casa y nunca volvió.

«Maldito idiota».

Su padre la ignoraba del mismo modo que ella parecía ignorarse a sí misma. Sofía no se daba cuenta de cómo la miraban los hombres cuando salíamos. Era parte de su atractivo.

Eso y el hecho de que era mía.

Que yo fuera la única persona a la que había dejado entrar en su mundo me había ayudado enormemente. Era muy reservada, siempre sintiendo sobre ella la amenaza de convertirse en algo parecido a su madre y atenzada por la inseguridad que le produjo el abandono de su padre. Todo ello me facilitó la tarea de guardármela para mí. Los demás chicos sabían que estaba fuera de su alcance. Creo que incluso las chicas con las que salía yo sabían que eran aventuras pasajeras, y que Sofía era la elegida. Nunca lo dijimos en voz alta, pero nos pertenecíamos el uno al otro.

Mi confianza fue mi perdición, porque durante el tiempo que pasamos en La Sombra, ella dejó entrar a alguien más: Derek Novak. Él había conseguido atravesar todas sus defensas y no lograba entender cómo lo había hecho.

Sentado frente a ella en esa mesa de la biblioteca, todo lo que sabía era que la estaba perdiendo.

«Nunca sabes lo que tienes hasta lo pierdes, Ben. La trataste como basura y ahora intentas arreglar las cosas con ella».

—No estoy tratando de presionarte, Sofía... —empecé a decir.

—¿En serio? Pues eso es exactamente lo que parece.

No estaba acostumbrado a que fuera tan firme conmigo. Normalmente siempre me escuchaba; esa era otra de las cosas que habían cambiado desde que dejamos La Sombra.

—No puedo aceptar esto. —Me levanté de la silla—. Te veré después del entrenamiento. —Como siempre hacía cuando me metía en situaciones de las que no sabía cómo salir, hui.

Si hubiera sido cualquier otro chico me habría alegrado por ella, pero era Derek Novak. Lo vi matar a Eliza y extraer hasta la última gota de sangre de su cuerpo. Sin dudarle. Sin un ápice de culpa. La había devorado sin remordimientos. No me importaba si quedaba algo de esperanza para la bondad en él. Sofía se merecía a alguien mejor.

Y, sin embargo, sentía que la estaba perdiendo por él.

Mientras me apresuraba por los corredores del instituto, sorteando a la gente que me saludaba y me llamaba de camino hacia los vestuarios del equipo de fútbol, el enfado empezó a consumirme. La isla me lo había quitado todo. Tuve que romper con Tanya porque ni siquiera podía besarla sin pensar en Claudia. Incluso si hubiera podido, dudo que hubiera sentido algo. Apenas tenía sentido del tacto después de lo que aquella bruja vampira me había hecho.

Cuando llegué al vestuario estaba loco de rabia. Sofía y yo fingíamos que podíamos recuperar lo que habíamos perdido. Era mentira. No era posible regresar a nuestra vida anterior.

«¿Por qué no lo ves, Sofía?».

—Ah, hola. El entrenador te ha estado buscando. —Connor, uno de los chicos del equipo, se acercó—. ¿Estás bien?

Pasé de largo y fui directo a mi casillero.

—¡Ben! —gritó otro de los chicos mientras introducía mi combinación—. He oído que has roto con Tanya. No te importa si empiezo a salir con ella, ¿verdad?

Gruñí a modo de respuesta mientras abría mi casillero.

—Haz lo que quieras. Todos sabemos que Tanya le trae sin cuidado, amigo. Creo que finalmente está preparado para centrarse en Rosarroja. Así que, Hudson... —Jed, uno de los chicos más grandes del equipo, se inclinó contra el casillero al lado del mío—. ¿Por fin te vas a hacer un hombre y vas a ir a por Sofía?

Las bromas sobre mi actitud de no salir con Sofía eran habituales dentro del vestuario de chicos. Esta vez, sin embargo, me puso de los nervios.

Jed continuó parlotando.

—Espero que Rosarroja valga la espera, Ben, aunque solo con un vistazo sabes que será buena en la cama.

Apreté los dientes en un intento fallido de mantener el autocontrol, pero era una causa perdida. Cerré de un portazo el casillero y me enfrenté a Jed.

—No hables así de ella.

La cara de Jed conoció mi puño con una violenta presentación. Connor intentó intervenir, así que también le di un puñetazo.

Se acercaron a mí y no me importó si me estaban atacando o si solo trataban de sujetarme. Cada vez que lanzaba un golpe, iba dirigido a Claudia, a Derek y a todos los demás chupasangres de La Sombra. Los golpeaba por haberme quitado todo lo que me importaba.

Cuando todo acabó, estaba sangrando y lleno de moretones, y, aunque ardía de ira

por dentro, mi cuerpo estaba tan entumecido como mi alma era consciente de lo ocurrido.

Me daban igual los golpes y los cortes, mi cuerpo apenas podía sentir nada.

Sofía

—¿Sofía?

Todavía en la biblioteca, alcé la mirada para encontrar a una de las personas que menos esperaba ver allí: el defensa del equipo de fútbol, Connor James. El chico alto y moreno de último curso tenía un moretón fresco en su mejilla derecha.

—Hola —murmuré, no muy segura de por qué se acercaba mí—. ¿Qué te ha ocurrido? —Señalé con mi bolígrafo. Estaba distraída jugando con él mientras leía el mismo párrafo del libro por decimoquinta vez.

—¿Esto? No es nada. —Parecía casi tímido. Por lo general era uno de los más ruidosos y extrovertidos de la clase.

«¿Se está ruborizando?».

Estaba empezando a sentirme incómoda con la situación. Connor apenas me había dirigido una palabra antes de aquello.

—¿No se supone que estás en el entrenamiento de fútbol con Ben? ¿Ha pasado algo?

Giró su cuerpo hacia un lado, dejando ver su incomodidad en la expresión de su rostro.

—Por eso estoy aquí. Hemos tenido una pelea épica en el vestuario. Bueno, Ben está en la enfermería. Ha recibido bastantes golpes. Creí que te gustaría saberlo.

«¿En qué te has metido, Ben?».

Recogí rápidamente mis pertenencias y las guardé en mi mochila. Hacía años que Ben no se metía en una pelea. Había sido en Secundaria, cuando uno de los chicos de su clase, un matón que siempre trataba de evitar, intentó besarme contra mi voluntad. El matón salió de la pelea con algunos rasguños y una nariz rota. A Ben, por el contrario, le partió un brazo y una costilla.

Por supuesto, Ben encontró la manera de exprimir al máximo sus heridas y se hizo más popular que nunca, pero después de todos los sermones de Amelia, Ben nunca volvió a meterse en una pelea.

Ahí fue también cuando comenzó a ir a clase de artes marciales en el gimnasio local. No mucho tiempo después me arrastró a las clases de los sábados. Se lo debía, porque nunca podía negarle nada, pero en mi interior yo me sentía pacifista.

Mientras me apresuraba por los corredores, no pude evitar una sonrisa por lo inútiles que habían sido para mí esas clases.

«Ciertamente, nada útiles contra los vampiros».

Por otra parte, nunca habría tenido el suficiente valor para usar lo que había aprendido contra Derek o Lucas. Me detuve frente a la puerta de la enfermería, molesta al pensar que nunca me defendí.

«Por mucho que te sermoneabas a ti misma para no convertirte en la víctima, eso es lo que fuiste en *La Sombra*».

Giré el pomo de la puerta de la enfermería y la abrí. Dejé escapar un grito ahogado. Ben tenía un gran hematoma negro, púrpura y azul que ocupaba casi la mitad del lado izquierdo de su cara. También tenía un corte profundo en el lado derecho de su pecho.

—Ben... —la voz me salió como un susurro casi sin aliento. Quise agarrarlo por los hombros y sacudirlo hasta que le entrara algo de sentido común en la cabeza. Me puse a su lado y rocé la línea de su mandíbula con mi pulgar—. ¿En qué *demonios* estabas pensando?

Ben se negó a mirarme a los ojos.

El médico entró y me hizo un gesto brusco con la cabeza.

—Señorita Claremont, tenga la amabilidad de hacerse a un lado. No tardaré mucho.

Me quité de en medio y observé al médico mientras vendaba la herida de Ben.

—¿Puedo preguntar cómo se hizo este corte, señor Hudson?

—El entrenador ya se lo dijo, doctor. Me metí en una pelea.

—¿Y sus compañeros le cortaron?

—No. Uno de ellos me derribó contra el suelo... ni siquiera recuerdo quién... fue una locura. Estaba intentando alejarme de él y me golpeé contra uno de los bancos. Es solo un rasguño. Apenas lo siento.

Pacifista o no, súbitamente sentí la necesidad de golpearlo en la mandíbula. La vista de su pecho desnudo y el “rasguño” que acababa de añadir a todas las cicatrices que ya tenía me estaban revolviendo el estómago.

—¿Cómo te hiciste estos cortes tan feos? —El médico retrocedió cuando terminó de vendar la herida de su costado. Miró fijamente el cuerpo de Ben con la cara marcada por la preocupación—. ¿Qué sucedió durante tu ausencia, Ben?

—Preferiría no hablar de eso. —Ben exhibió su mejor sonrisa. Agarró su camiseta y se la puso sobre el cuerpo. Se levantó de la camilla, se dirigió hacia mí y me tomó de la mano—. Venga, Sofía. Vámonos a casa.

Quise apartarme de él, pero lo último que necesitaba era que lo arrastrara a una discusión conmigo. Hice un esfuerzo y sonreí al médico cuando pasamos a su lado.

—Gracias, doctor.

—Ah, sí. —Ben hizo un gesto en dirección al médico—. Gracias, doctor.

Estábamos fuera de la enfermería y a una buena distancia del estacionamiento cuando dejé de caminar y lo obligué a detenerse.

—¿Qué? Vamos a dejarlo pasar, ¿de acuerdo? No quiero hablar de ello.

—¿Desde cuándo has vuelto a meterte en peleas, Ben?

—¿Qué parte de “no quiero hablar de ello” no entiendes, Sofía?

Fruncí los labios con un gesto de desaprobación. Me solté de su mano y empecé a caminar.

—Entonces vámonos. —No perdí detalle de la mirada herida de su rostro cuando pasé de largo.

Llegamos a la camioneta negra que sus padres le habían comprado recientemente. La había estado deseando durante el verano y, al parecer, Lyle y Amelia pensaron que el mejor momento para regalársela era una semana después de regresar de México.

Ben me lanzó las llaves.

—Tú conduces.

Entré en el asiento del conductor y encendí el auto. Estaba retrocediendo cuando Ben me hizo una pregunta largamente pospuesta.

—¿Por qué regresaste conmigo? ¿Por qué me elegiste a mí antes que a él?

—¿Desde cuándo la elección era entre Derek y tú?

Me sobresalté cuando golpeó la guantera con frustración.

—¿Por qué tienes que ser *tan* complicada, Sofía?

—Volví porque era lo sensato. No tienes ni idea de lo que pasé allí, Ben. No hubo un día que no pensara en escapar. Demonios, incluso lo intenté en cuanto tuve oportunidad.

—¿Intentaste escapar?

—Sí... Pensé que ya te lo había contado. Llegué hasta los muros que bordean la isla antes de que dos guardias vampiros me atraparan.

—¿Qué ocurrió?

—Iban a matarme. Uno de ellos estaba lamiendo uno de mis rasguños cuando Derek apareció. —Ben se puso tenso ante la mención de Derek, pero lo ignoré. Era mi historia y él había abierto la caja de Pandora. «*Te aguantas, Ben*»—. Preguntó quién había saboreado mi sangre. Uno de los guardias lo admitió. Derek le arrancó el corazón y dejó marchar al otro.

—¿Y sigues creyendo que no es un asesino?

—No estoy diciendo que lo que hizo estuviera bien, pero hizo lo que creyó necesario para protegerme. Cuando un vampiro prueba la sangre de un humano, *deseará con avidez* la sangre de ese humano en particular. Derek sabía que, mientras yo estuviera cerca, el guardia habría tenido la necesidad de cazarme.

—Entonces, ¿por qué no hizo lo mismo con su hermano? Lucas se alimentó de ti, ¿no?

—Lo iba a hacer. —Recordé la mirada que brillaba en los ojos de los dos hermanos aquella noche. Sabía que Derek deseaba más que nada terminar con la vida de Lucas. Pero nunca podría perdonarse si lo mataba—. Yo lo detuve.

—¿Tú qué? Sofía, ¿por qué? Si me hubieran dado la oportunidad de acabar con la vida de Claudia, no habría dudado en hacerlo y tampoco sentiría ni una pizca de remordimiento por ello.

—Lucas sigue siendo el hermano de Derek. Eso significa algo para Derek. La familia significa *algo* para él.

Ante eso, Ben se quedó en silencio. Sabía que yo respetaría a Derek por dar valor

a la familia. Me detuve en un semáforo en rojo y me froté el cuello con la palma de la mano, intentando aliviar la tensión que sentía.

—Derek... alguna vez... —dudó Ben.

—No, nunca se alimentó de mí. Nunca se aprovechó de mí. —Sentí un gran alivio cuando la luz roja se volvió a poner verde. «*Cuanto antes llegemos a casa, antes terminará esta conversación*»—. Y para que conste, mi elección de dejar La Sombra no tenía nada que ver contigo o con él. Se trataba de mí. No quería vivir toda mi vida como una esclava, de Derek o de ningún otro. No era el futuro que quería para mí. Dejé la isla porque sabía que podía labrarme un futuro mejor aquí que allí.

—Lo siento. No lo sabía.

—Eso es porque nunca preguntaste, Ben.

Durante el resto del camino a casa, ambos permanecemos en silencio. Cuando llegamos a la entrada de los Hudson y terminé de estacionar la camioneta, permanecemos en su interior. Ambos odiábamos la tensión que había entre nosotros.

—Siento que te estoy perdiendo, Sofía.

No supe qué decir. Aquello provocó una cascada de recuerdos de todas esas veces que quise que me quisiera, todas las veces que había soñado que me tenía entre sus brazos.

«*¿Es posible que todo ese tiempo él sintiera algo por mí?*».

Consumida por el silencio, le tomé la mano y la apreté con fuerza.

—Estoy aquí. —«*Por ahora*».

Nuestros dedos se entrelazaron y un segundo después sus labios estaban sobre los míos. Suaves. Castos. Dulces. Adormecidos. Estaba demasiado sorprendida para responder y el beso acabó rápidamente. Nuestras miradas se encontraron por una fracción de segundo antes de salir torpemente del vehículo y dirigirnos a la puerta.

Amelia se quedó boquiabierta cuando vio a su hijo.

—Ben... ¿qué ha sucedido?

—No es nada, mamá.

Amelia me miró como si me culpara de los cortes y hematomas que tenía Ben.

Entramos en la casa y dejé que le explicara a su madre lo ocurrido. Estaba diciéndole que Lyle o ella tendrían que ir a hablar con el consejero escolar al día siguiente, cuando me retiré a mi habitación.

Me preguntaba dónde estaban Lyle y Abby, y recordé que Abby había quedado para jugar. Probablemente Lyle había ido a recogerla.

Estaba agotada, más en un sentido emocional que físico. Me desplomé sobre la cama. Mi teléfono empezó a vibrar dentro de la mochila. Lo saqué y encontré un mensaje de un número desconocido:

Para que conste, Ben se estaba peleando por ti. Connor.

Me pregunté si Ben lo había organizado para que me enviara el mensaje. De cualquier forma, estaba intrigada.

«*¿Peleaba por mí?*».

Me parecía confuso que Ben súbitamente mostrara, en el lapso de un día, ese tipo de interés por mí cuando nunca me había visto más que como una amiga.

«*¿Está haciendo esto para conseguir que me una en su ansia de venganza?*».

Abrí el armario y me cambié de ropa. Acababa de ponerme un top rojo y unos pantalones cortos cuando Ben llamó dos veces con los nudillos y abrió la puerta.

Cuando entró, me sentí desconcertada por su forma de mirarme.

—¿Ben?

Tan pronto como pronuncié su nombre, me agarró por la cintura y me empujó hacia él. Esta vez me besó profundamente. Me estremecí cuando le correspondí con gusto.

No estuvo desprovisto de pasión y nadie podría acusar jamás a Ben de no besar bien. De hecho, besaba muy bien. Aunque no es que tuviera muchos más con quienes comparar. Aún así, besarlo fue exactamente como siempre lo había imaginado. Excepto que no sentí nada. En realidad, todo el tiempo que duró aquel beso el único sentimiento que destacaba en mi interior era el dolor ya familiar que me producía la ausencia de Derek.

Derek

Me senté en un silencio anonadado mientras Eli Lazaroff empezaba a informar de los resultados del censo a todos los presentes en la cúpula. Aparte de recibir una imagen asombrosamente clara del estado del reino, la presencia de Vivienne y la ausencia de Lucas me preocupaban. Las palabras de Vivienne todavía resonaban en mis oídos, y Lucas era el recordatorio constante de cómo había perdido a Sofía.

Eli empezó con los números de la Élite.

—Ahora somos ciento diez. —Luego continuó desglosando los clanes de vampiros y a cuál pertenecía cada uno de los ciento diez.

Los clanes no estaban necesariamente compuestos por familiares de sangre. Se añadían nuevos miembros cuando uno de los vampiros del clan convertía a un nuevo vampiro.

Cuando me fui a dormir, solo sesenta y cinco vampiros, incluyéndome a mí, componían la Élite. Con el correr de los siglos, cuarenta y cinco humanos habían sido convertidos en vampiros. En mi opinión se trataba de un número enorme. El clan de vampiros más grande era el de Vaughn, con Xavier como jefe del clan y su representante en el consejo. En su clan eran quince. En el extremo opuesto se encontraba el clan más pequeño, el de Claudia. Su clan tenía un solo miembro: ella.

Después de su informe sobre la Élite, Eli continuó hablando de los Inquilinos, clanes de vampiros que no pertenecían a los veinte clanes originales. Habían jurado lealtad a La Sombra a cambio de la seguridad de convertirse en ciudadanos de la isla. El número que lanzó Eli hizo que mi mente reaccionara.

—Mil trescientos veintiséis.

—¿Qué? —exclamé sin poder contenerme—. No teníamos ni trescientos cuando me fui a dormir.

—Eso fue hace cuatro siglos, Derek —me recordó Vivienne—. Muchos han buscado refugio en La Sombra desde entonces.

Mantuve la boca cerrada, pero una pregunta me rondaba por la cabeza mientras Eli proseguía con su informe.

«¿Cuánta sangre humana ha de derramarse para mantener a todos estos vampiros?».

—De la Élite, veinticinco son Caballeros, mientras que entre los Inquilinos tenemos trescientos quince guardias y cincuenta exploradores. —Los guardias eran guerreros que pertenecían a los Inquilinos, mientras que los exploradores estaban autorizados a dejar la isla, específicamente para traer materiales del exterior o para conseguir esclavos humanos. Los exploradores solo tenían permitido salir de la isla bajo la supervisión de al menos un Caballero.

—Con eso acaba mi informe. —Eli me dirigió un gesto brusco de cortesía para indicarme que había terminado.

—¿Acabado? ¿Y los esclavos? ¿Cuántos humanos hay viviendo en La Sombra?

Eli se miró los pies con un gesto de incomodidad.

—No creí que hubiera que incluirlos en el censo.

—¿Por qué no? ¿No están bajo la jurisdicción del reino?

El silencio que se hizo a continuación hablaba por sí mismo. Después de todo, ¿para qué queríamos hacer un seguimiento de la población humana cuando cientos de ellos se perdían y se reemplazaban constantemente?

Xavier lo explicó mejor cuando se reclinó en su asiento del consejo y se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Mantener un registro de los humanos es comparable a mantener un registro del consumo de comida en La Sombra.

Era un retrato espantoso de lo depravados que nos habíamos vuelto con los años. Muchos de nosotros habíamos empezado a ver a los humanos como ganado. La culpa me golpeó en la boca del estómago, porque yo había participado en la cultura que habíamos creado en La Sombra. Por lo tanto, a pesar de que odiaba forzar al consejo y a mí mismo a sumergirnos de lleno en esa pesadilla logística, tampoco podía ignorar el problema.

—Quiero un recuento completo de la población humana que vive en La Sombra, empezando aquellos que residen en las Cumbres Negras y acabando por los esclavos que viven con los vampiros. —Otro invento de nuestro pasado que comenzaba a perseguirme—. No podemos permitirnos otro levantamiento.

—Creo que hay alguien que puede ayudarnos —intervino Vivienne.

Esperé a que siguiera hablando. Ella parecía dudar.

—Corrine.

Estaba sorprendido, pero si había algo que los vampiros tenían en abundancia era tiempo.

—Entonces haz que la traigan aquí.

En cuestión de minutos, uno de los guardias fue enviado al Santuario para que escoltara a la bruja hasta la cúpula. Cuando llegó Corrine, me revolví incomodo en mi asiento. Su misterioso parecido con su antepasada Cora siempre me dejaba sin respiración.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Vivienne dice que puedes ayudarnos con un dilema que tenemos respecto al número de humanos que viven actualmente en La Sombra.

Corrine arqueó las cejas.

—¿Quieres saberlo porque...?

—Es hora de que averigüemos el estado exacto de la isla y sus habitantes, ¿no crees?

Aquello pareció tomar a la bruja por sorpresa, pero se subió al estrado, se irguió y

comenzó a tratar el tema en cuestión.

—Los números fluctúan, como es de esperar. —Nos miró como si nos acusara a cada uno de nosotros por crímenes de los que, efectivamente, éramos culpables—. Sin embargo, el número de los Naturales no cambia demasiado. Son los Migrantes los que van y vienen dependiendo de los caprichos de vuestra naturaleza vampírica.

—¿Naturales? ¿Migrantes? —Por la mirada en las caras del consejo, ninguno de ellos tenía ni idea de lo que estaba diciendo Corrine.

—Por supuesto. —Corrine puso los ojos en blanco—. Los vampiros no prestan atención a la situación de los humanos que traen aquí, mientras se mantengan en su sitio. Nosotros, los humanos, nos hemos clasificado según los que nacieron en esta isla, los Naturales, y aquellos que son traídos del exterior, los Migrantes.

Me estaba empezando a impacientar, me enderecé y me incliné hacia adelante.

—¿Cuántos hay, Corrine?

—Según nuestro último recuento, la isla tenía siete mil quinientos treinta y dos Naturales, todos en las Cumbres Negras, y dos mil trescientos veintinueve Migrantes viviendo en las Residencias con sus amos vampiros. Por su puesto, es muy probable que ese número haya cambiado. ¿Quién sabe cuántos de ellos han muerto desde nuestro último recuento?

Las cifras de Corrine me dejaron conmocionado y sentí como mi mente bullía con pregunta tras pregunta.

«¿Cómo mantenemos todas esas vidas humanas? ¿Qué hacen todos ellos aquí en la isla? ¿Cómo creció tanto su población? ¿Qué pasa con los muertos?».

Luego la realidad me golpeó con fuerza.

«Nos superan en número, por lo menos cinco a uno. Si alguna vez descubren su fuerza, estamos acabados».

Me quedé mirando a la bruja, de cuya lealtad no estaba seguro. Todo lo que tenían que hacer para que La Sombra llegase a su fin era conseguir que Corrine se pusiera de su lado.

Lucas

Claudia abrió la puerta y atravesó el umbral de la habitación donde me ocultaba. Con los pies separados, las manos en jarra sobre sus caderas y mechones de cabello rubio cayendo en cascada sobre su cintura, aquel pequeño volcán tenía un aspecto increíble.

Sonreí.

«*Esto va a ser interesante*».

—¿Tu hermano va a volver locos a todos en La Sombra! —exclamó.

—¿Qué ha hecho ahora? —Acababa de salir de la ducha y todavía me estaba secando el cabello con una toalla.

—Pidió un censo de todos los humanos de la isla.

—Vaya pérdida de tiempo más grande.

—Eso es lo que pensé yo. Por supuesto, el poderoso príncipe Derek no quería ni oír hablar de ello.

—¿De qué? —reí—. ¿De tus pensamientos?

Me lanzó una mirada severa y tuve la certeza casi completa de que me acababa de ganar una discusión cuyo único propósito era que ella se pudiera quejar. Inclino los hombros.

—Nos hizo luchar contra él en el campo de entrenamiento. Fue agotador. No había sangrado tanto en mucho tiempo. Algunas veces me hace odiar a Cora.

—¿Qué tiene que ver la gran bruja muerta con que Derek haga que la Élite luche contra él? —La idea me pareció bastante divertida. Nunca pensé que Derek llegaría tan lejos para satisfacer su sed de sangre.

Claudia se frotó la palma de la mano contra el cuello mientras caminaba hacia la cama y dejaba que su cuerpo sinuoso se desplomara sobre ella.

—Cora es la razón por la que Derek es tan poderoso. ¿No fue ella quien se aseguró de que su sueño también lo fortaleciera con el paso del tiempo? Maldigo a esa bruja por enamorarse de tu hermano.

—Mi hermano y el extraño efecto que las mujeres tienen sobre él —me lamenté.

—Es más el extraño efecto que él tiene en las mujeres —suspiró Claudia, suavizando su rostro. No necesitaba leerle la mente para adivinar que una docena de fantasías sobre mi hermano acababan de cruzar por su cabeza de demente.

Tiré la toalla al suelo.

«*Si no fuera por Cora, Derek no gobernaría sobre mí*».

Fruncí el ceño. Por más que intentara negarlo, esa no era la razón por la cual estaba resentido hacia Cora.

Me recliné sobre un poste del dosel, contemplando a Claudia mientras ella

cambiaba de postura en la cama. El espectáculo que me estaba ofreciendo mientras jugueteaba con las puntas de su largo cabello rubio indicaba claramente lo que quería de mí.

«Ellas siguen eligiendo a Derek antes que a mí. Incluso Claudia».

Sentía resentimiento hacia Cora porque yo la había deseado, pero su corazón fue para Derek hasta su último aliento.

Deseaba apartar a Cora de mi mente y me uní a Claudia en la cama, pero algo surgió en su mente que la distrajo de sus artes de seducción. Maldije para mis adentros, porque parecía que estaba a punto de empezar a quejarse de mi hermano otra vez. A pesar de todos sus juegos mentales y su odio hacia los humanos, a veces dejaba salir a la adolescente quejumbrosa que llevaba dentro, aunque fuera cincuenta años mayor que yo.

Me sentí aliviado cuando no hizo ninguna mención más a Derek. En lugar de eso, tomó aire y giró el cuello hacia un lado para mirarme.

—¿Por qué estás todavía aquí, Lucas?

A veces era difícil seguir su comportamiento errático. Estaba a punto de soltar una ocurrencia sugerente cuando oímos unos golpes fuertes en la puerta principal. Un ceño se pintó en su rostro.

—¿Y ahora qué? —No hizo movimiento alguno para salir de la cama y pensé que iba a ignorar la llamada, cuando otra tanda de fuertes golpes hizo que se arrastrara fuera de la cama. Cerró la puerta tras ella.

Dominado por la curiosidad, la seguí. Claudia raramente tenía visitas. Aparte de mí, la mayoría de los miembros de la Élite la toleraban, pero la menospreciaban. Por eso su ático era un lugar fantástico para esconderme.

Acerqué el oído a la puerta cerrada y escuché.

—Hola, caballeros —ronroneó seductoramente Claudia.

—Cielos, Claudia. Ya no eres una prostituta. Deja de actuar como si lo fueras.

Traté de localizar la voz.

«Yuri Lazaroff».

—Estamos aquí para hacerte algunas preguntas. ¿Te importa?

«Acento escocés. El viejo Hendry, sin duda».

—No me importa. —Ahora su voz era plana. Yuri siempre sabía cómo molestarla —. Por favor, ponte cómodo, Cameron. Vete al infierno, Yuri.

—Es exactamente donde estoy ahora, Claudia.

—Vosotros dos, comportaos. —Cameron parecía un padre hastiado tratando de mantener a sus hijos adolescentes a raya—. ¿Has tenido algún contacto con Lucas Novak durante los últimos días?

—No.

—No, por supuesto.

—Cállate, Yuri —respondieron dos voces al unísono.

—¿Entonces no te importará que registremos la casa?

Fui presa del pánico. Siempre había sabido que no me podría ocultar en casa de Claudia para siempre. Simplemente no pensé que sería tan pronto. Traté de volver lo más rápida y silenciosamente posible a la habitación. Me vestí aprisa. Apenas había acabado de abrocharme los pantalones cuando empecé a oír pisadas y puertas que se abrían.

Claudia estalló con todas sus fuerzas.

—Todavía soy parte de la Élite. No podéis irrumpir así en mi casa.

—Claro que podemos —replicó Yuri—. Si tienes algún problema, ve y arréglalo con el Príncipe.

Un puñado de maldiciones escaparon de mi boca. Agarré una chaqueta negra con capucha de un perchero cercano a la puerta y me la puse. Saqué la mochila que tenía preparada para emergencias debajo de la cama.

Por el sonido de su interrogatorio, solo quedaban unos segundos antes de que abrieran la puerta de la habitación. Abrí las ventanas, sin importarme ya si lo oían, y salté.

Aterricé de pie. Corrí hacia el puerto. Iba gruñendo mientras corría, al darme cuenta de que no podía haber escogido peor momento para salir de la isla, porque daba igual a dónde fuera, el sol llegaría a su cenit antes de que pudiera buscar un refugio. Aun así, no iba a poner mi vida a merced de Derek.

Conocía a mi hermano y sabía que la oscuridad estaba dentro de él. No sabía qué había hecho Sofía para recurrir a su humanidad, pero no iba a quedarme para ver cómo desaparecía su efecto. Con toda seguridad, la oscuridad se apoderaría de él y, cuando eso sucediera, no dudaría en matarme.

Mientras corría a toda velocidad para escapar, tuve claro que prefería morir bajo los rayos del sol antes que hacerlo a manos de mi hermano. Después de todo, parecía más noble entregar la vida a la luz que a la oscuridad.

Derek

«*Se acerca la oscuridad*».

Mientras las palabras resonaban en mi cabeza, sentí una niebla oscura emergiendo de la profundidad de mi alma y apoderándose de todo mi ser. Desató tantos recuerdos reprimidos que, una vez más, la culpa se hizo abrumadora. Quería acallarla, pero después de dar por finalizada la reunión del consejo en la Gran Cúpula, Vivienne me recordó por qué no podía.

Me quedé en mi asiento mucho después de que el Consejo de Élite saliera, y Vivienne esperó conmigo.

—Me está matando —confesé.

Ella asintió, consciente de ello. Rara vez tenía que dar explicaciones a Vivienne. Ella lo entendía.

—Lo comprendo. La culpa puede ser un adversario difícil, pero también es tu aliado.

—¿Cómo puede ser así?

—Es lo único que impide que la oscuridad tome el mando absoluto.

Sus palabras, como me ocurría a menudo, me obsesionaron.

Antes de dejarme solo, se giró y dijo:

—Necesitas que vuelva. No podrás con todo esto sin ella.

Hice una mueca.

«*Sofía hizo su elección. Ahora los dos tenemos que vivir con ella*».

—No quiero que se la mencione. Nunca más. Ella no va a volver. Eso es todo. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Poco después volví a mi ático con la mente devorada por las advertencias de mi hermana. Vivienne era la Vidente de La Sombra. Era difícil ignorarla.

Al llegar al ático, todo volvió a recordarme a la chica que hizo soportable mi despertar en La Sombra después de cuatrocientos años.

Cuando crucé la puerta principal, la primera imagen que me recibió fue la de Ashley jugando una partida de cartas con Sam y Kyle en la sala de estar. En la cocina se oía el tintineo de platos y capté el olor de la cena preparándose. Me imaginé que Paige y Rosa estarían allí.

Los recuerdos de Sofía se arremolinaron en mi mente al ver a las chicas y los guardias. Sam y Kyle se levantaron al verme. Ambos parecían avergonzados de que los hubiera pillado jugando con las chicas mientras no estaban de guardia.

—Alteza —empezó a explicar Sam—, solo estábamos...

—No pasa nada —corté su explicación. A decir verdad, estaba intentando contener mi enfado.

Ashley lanzó una mirada extraña a los dos guardias mientras permanecía sentada en el sofá con la mano llena de cartas.

En gran parte debido a Sofía, dentro de mi propia casa no se daba mucha importancia a mi estatus de príncipe de La Sombra. Nunca me había relacionado mucho con las chicas. En lo que a mí respectaba, eran amigas de Sofía, y yo no tenía que molestarme siempre y cuando Sofía las mantuviera a raya. Sin embargo, al marcharse Sofía me di cuenta de que no podía dejarlas encerradas sin hacer nada. Otra cosa más en mi creciente lista de cosas por hacer.

Lancé una mirada de curiosidad a los dos guardias. Parecían haber desarrollado una buena relación tanto con Sofía como con las chicas.

«A lo mejor podría darles las chicas. Al menos me los quitaría a todos de encima».

Me sorprendió mi propia reacción negativa ante la noción de dejar que las chicas se fueran.

«La casa se quedaría vacía y no podría dejar de pensar en ellas».

Irritado, decidí ignorar a todos los que parecían estar pasándolo tan bien en mi sala de estar y me fui. Temeroso de la oscuridad, busqué la luz.

—¿A dónde vas? —me gritó Ashley.

—A la Sala del Sol.

La Sala del Sol era la única habitación del ático que Sofía había diseñado por su cuenta. Una vez le mencioné que echaba de menos el sol, y ella diseñó una habitación con un mural de una playa en una de las paredes y la ilusión de la luz del sol derramándose desde el techo.

Cuando abrí la puerta, la sala estaba casi intacta, exactamente igual que la noche que Lucas había atacado a Sofía y había bebido su sangre. Había vidrios rotos por el suelo. Las grietas surcaban la pared contra la que había arrojado a Lucas. Aún se podían ver restos de sangre en varias zonas de la habitación: de Ben, de Lucas, de Sofía, mía.

Me trajo a la memoria uno de los períodos más oscuros de la historia de La Sombra. El Levantamiento. Los recuerdos comenzaron a agolparse y, de repente, toda la luz que la Sala del Sol representaba se convirtió en una noche completamente negra.

«Los gritos eran ensordecedores, el sonido de los cañones alarmante. Desde las almenas de la fortaleza, contemplé cómo cientos y cientos de esclavos humanos que habíamos mantenido cautivos en La Sombra para terminar el Muro luchaban por la oportunidad de escapar de la isla y de la vida que los obligábamos a llevar.»

—¿Qué hacemos ahora? —siseó Lucas mientras se inclinaba sobre la fortaleza con el terror asomándole en los ojos.

Me tragué la culpa. Aquella fue la primera vez que me había permitido ser indulgente. Conocía las medidas drásticas que debíamos tomar, porque ningún

humano podía escapar. Ni uno solo.

—Tenemos que matarlos a todos.

De un salto me planté en el suelo y con un golpe rápido de mi espada maté a tres de los hombres que iban a atacarme. Habían marchado contra nosotros, violentos y enojados, porque ya no estaban dispuestos a seguir siendo nuestros esclavos. Intentamos convencernos de que no teníamos otra opción pero, al final de la batalla, de pie en medio de la sangrienta tumba cavada por nuestra voluntad de mantener a salvo nuestro santuario, sabía que el precio que había pagado por La Sombra era demasiado alto.

Cora se acercó a mí. Estaba callada, claramente afectada.

—¿Cuántos más han de morir? —Mi voz salió rota, con sangre aún goteando por las comisuras de mis labios—. Eran inocentes.

—Nadie es inocente. —Cora negó con la cabeza con la mirada distante—. Todos estamos mancillados.

—No puedo seguir haciendo esto.

Cora me tomó la mano.

—No tendrás que volver a hacerlo jamás».

Me pregunté si lo que me había dicho Cora era mentira porque, cuando unos instantes de lucidez me devolvieron a la realidad, estaba de pie en medio de la Sala del Sol con Vivienne sujetándome por los hombros.

—¿Qué has hecho, Derek?

Tenía sabor a sangre en los labios.

—No lo sé —mascullé—. Creo que me desmayé.

Detrás de Vivienne vi el cuerpo inerte de Ashley en el suelo, con marcas de mordiscos míos a un lado de su cuello. Sam y Kyle gemían mientras trataban de levantarse del suelo. Había grietas recientes en las paredes contra las que los había arrojado.

Como si todo eso no fuera ya demasiado, apareció Cameron por la puerta y se quedó con los ojos abiertos.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Por qué estás aquí? —le respondí con un siseo amenazador.

—Lucas. Se escapó. Yuri y yo tratamos de detenerlo. Casi mató a Yuri... si no hubiera... —La voz de Cameron se desvaneció mientras mis ojos se volvieron de nuevo hacia Vivienne.

—Derek, si Lucas está ahí fuera, entonces...

Levanté un dedo para hacerla callar. No quería ninguna mención a Sofía.

—No, Vivienne. —Contemplé el sangriento caos que me rodeaba. La culpa se apoderó de mí cuando vi a Ashley en el suelo, pero el daño ya estaba hecho—. Que la atiendan en todo lo que necesite. O llevadla a su dormitorio, no me importa. Pero quitadla de mi vista.

Se levantaron atropelladamente para hacer lo que les había ordenado. Solo Vivienne permaneció en la habitación conmigo.

—¿No vas a ir a buscarla? No pretenderás quedarte aquí sin hacer nada y...

Antes de que pudiera contenerme, la palma de mi mano se encontró de lleno con su cara y Vivienne tropezó y cayó. Al instante me arrepentí de haberla golpeado. Quería ayudarla a levantarse, pero algo me detuvo. Después de despertar del sueño que me había provocado Cora, había sido reacio a asumir de nuevo el liderazgo de La Sombra. Eso había cambiado.

—Te dije que no hablaras de ella jamás.

Acariciándose el rostro con las manos, mi hermana levantó la mirada hacia mí. Sus ojos violetas no contenían ira ni acusación o condena alguna... solo resignación y una profunda tristeza que me dolió en lo más profundo.

—Parece que la oscuridad ha llegado.

Como de costumbre, Vivienne tenía razón.

Lucas

Escapé casi de milagro. Lo único que pude llevarme fue mi mochila llena de bolsas de sangre, un cambio de ropa y mi billetero. Al llegar al puerto, me dirigí inmediatamente hacia una de las lanchas rápidas. Tenía que salir de allí antes de que Cameron se presentara para arrancarme el corazón o, peor aún, me apresara para que pudiera hacerlo Derek personalmente.

Mientras la lanzadera en forma de tubo recubierto de vidrio elevaba la lancha rápida hasta mar abierto, me di cuenta de que tenía que actuar con rapidez. En cuanto la lancha alcanzara los límites de La Sombra, quedaría expuesto al sol. Sin embargo, cuanto más tiempo permaneciera cerca de La Sombra, más posibilidades tendrían los guardias de hacerme retornar.

Inspeccioné rápidamente la embarcación. Todo lo que contenía era una caja de herramientas, un botiquín de primeros auxilios y un toldo utilizado para cubrir la lancha cuando no se usaba. Aquello era exactamente lo que necesitaba. Desenrollé el toldo, que acabó convirtiéndose en mi salvación.

Me protegía de los rayos del sol pero no de su sofocante calor. Me sentía dentro de un horno, flotando en medio del océano con el toldo sobre mí mientras los rayos del sol me abrasaban. Me costó mucho esfuerzo encender el motor y, cuando me movía en la dirección equivocada y quedaba expuesto, el sol atravesaba mi piel y parecía quemarme hasta los huesos.

Se rumoreaba que no había muerte más dolorosa que quemarse bajo los rayos del sol. En realidad, nunca había visto morir a un vampiro debido a la exposición al sol, pero de momento no estaba dispuesto a hacer la prueba. Además, las pocas veces que mi carne había estado expuesta al sol, el dolor había sido suficiente para convencerme de que el rumor era cierto.

Al final tuve que detener la lancha para esperar hasta que el sol se pusiera. No podía alcanzar la orilla en mi estado. Me parecieron días, pero esperé.

Finalmente, el sol se desvaneció en el crepúsculo. Los pensamientos sobre Sofía no abandonaron mi mente. Prácticamente podía sentir su sangre corriendo por mis venas, con su dulzor aún fresco en mis labios. La deseaba demasiado y solo pensar en ella me causaba dolor, pero se había quedado en la isla. Más adelante la buscaría, pero, por el momento, debía apartar todo pensamiento relacionado con ella. Lo que tenía que hacer era llegar hasta la única persona que tenía alguna posibilidad de dominar a mi hermano menor.

Nuestro padre. Gregor Novak.

Sofía

La sensación de extrañar tantísimo a Derek se desvaneció cuando los labios de Ben se separaron de los míos. La forma en que me miraba, como si fuera lo más precioso para él, me hizo olvidar cualquier duda que pudiera albergar con respecto a sus intenciones. Temblorosos, nos miramos el uno al otro hasta que sus mejillas comenzaron a ruborizarse.

Me llamaron la atención las magulladuras que tenía de la pelea. Me pregunté cómo podía besarme y que no le doliera cuando rozaba accidentalmente el moretón de su mejilla y la herida de su costado.

Sus ojos se posaron en mis labios ligeramente hinchados.

—Increíble, Sofía. Realmente eres Rosarroja.

Su respiración entrecortada me pareció entrañable. Me hizo sentir querida, deseada, algo que no recordaba que me hubiera hecho sentir antes. Todavía tenía las manos en su cuello. Apoyé la frente contra uno de sus anchos hombros. Ben tenía sus manos en mi cintura y acariciaba suavemente mi vientre plano con sus pulgares.

—¿Rosarroja?

—Ya sabes... la del cuento de hadas... —Se separó un paso de mí, guiñándome un ojo—. ¿La hermana de Blancanieves?

—Sí, sé quién es Rosarroja. ¿Y por qué soy Rosarroja?

—Bueno, ¿no es igual que Blancanieves pero con el cabello rojo? —Me dedicó una amplia sonrisa. Me tomó la mano y comenzó a acariciar mi brazo—. La piel blanca como la nieve... —Plantó un beso suave en mis labios, sonriendo sin separarlos de los míos—. Los labios de color rojo sangre...

Nunca antes había visto este lado de Ben. Me temblaban las rodillas.

—No soy *tan* blanca. Mis labios no son *tan* rojos.

Sus fuertes brazos sostenían mi peso.

—Sofía, eres tan blanca como se puede ser, y realmente deberías ver tus labios justo después besarlos. —Miraba mi boca como si se tratara de la golosina más sabrosa que hubiera tenido el placer de probar.

No pude evitar una sonrisa.

«*No me extraña que las chicas se desmayen*».

—Ben y Sofía sentados en un árbol...

Los ojos de Ben se abrieron en el momento que escuchó el tono agudo de la voz cantarina de Abby. Nuestras miradas se desplazaron rápidamente hacia la puerta donde estaba de pie la niña de cinco años.

Tenía la palabra travesura escrita en su carita, y una sonrisa petulante elevaba las comisuras de sus labios. Todavía vestía la falda y la blusa rosa con botones que había

llevado a la escuela. Había plantado firmemente la mano derecha en su cadera, y su brazo izquierdo colgaba a un lado mientras agarraba con la mano un brazo de Colin, su elefante de peluche. Sus rizos rubios bailaban de izquierda a derecha al ritmo del balanceo de su cabeza a la vez que terminaba su canción:

—¡B-E-S-Á-N-D-O-S-E!

—Enana. —Ben la miró fijamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Gigante desagradable. —Abby le sacó la lengua a su hermano mayor—. Vine para ver a Sofía, como siempre hago cuando vuelvo de la escuela. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí, Ben? —Su ceño desapareció y puso cara larga cuando vio de cerca el rostro de Ben—. ¿Qué te ha pasado, Ben? ¿Por qué te siguen dando palizas?

—Venga, vamos. —La expresión de su rostro se suavizó rápidamente, mostrando preocupación—. No llores, Abby. No es nada. Un grupo de chicos del instituto estaban diciendo cosas malas sobre mí y Sofía, así que tuve que golpearlos. —La tomó en sus brazos y comenzó a acunarla en su pecho.

—Pero parece que *ellos* son los que te han dado la paliza, Ben.

—Bueno, eso es solo porque todavía no los has visto a ellos, enana.

Aquellos eran los momentos que me recordaban por qué Ben merecía la pena. Me conmovió tanto lo dulce que era con Abby que pasaron varios minutos antes de que las preguntas comenzaran a inundar mi mente.

«¿Qué dicen los chicos de Ben y de mí? ¿Era eso de lo que hablaba Connor en su mensaje de texto? ¿Acaso Ben le dio la idea?».

Abby se estaba acurrucando contra la herida del costado de Ben.

«¿Cómo es posible que no sienta dolor?».

Ben depositó a Abby en el suelo. Ella levantó la vista hacia su hermano, con los rizos cayéndole sobre la espalda.

—Deja de recibir golpes, ¿de acuerdo? Hace llorar a mami.

Cuando dijo aquello, Ben y yo intercambiamos una mirada. Vi la culpa en sus ojos bajo el tono divertido que adquirió cuando le dio unos golpecitos a Abby en la cabeza con los nudillos.

—Claro, enanita.

Abby dio un pisotón en el suelo.

—Yo sé lo que vi. —Abby posó en mí sus ojos azules de bebé. Tragué saliva. Abby podía convertirse en un verdadero quebradero de cabeza cuando se lo proponía—. ¡Vi cómo os dabais un beso! —Era casi como si la hubiera traicionado—. ¿Cómo has podido hacerlo, Sofía? —Arrugó la nariz—. Es asqueroso. Te has besado con un ogro gigante.

—Oye. —Ben frunció el ceño.

No pude reprimir una risita.

En ese momento, Amelia asomó la cabeza por la puerta.

—Sofía, si no estás muy ocupada, me gustaría que me ayudaras a preparar la cena.

Todavía me estaba riendo cuando llegué al pasillo, pero cualquier atisbo de diversión se desvaneció cuando Ben le dijo a Abby:

—Ríe lo que quieras, enana, pero te lo advierto: no puedes contarle a mamá y papá lo nuestro. ¿Lo entiendes?

«¡Ay!».

Me mordí el labio inferior mientras bajaba las escaleras de camino a la cocina.

«¿Se avergüenza de mí? ¿Voy a terminar siendo su gran secreto?».

Permanecí callada durante la cena. Tampoco es que hubiera mucho que decir, teniendo en cuenta que la conversación consistió principalmente en Lyle regañando a Ben por pelearse. Amelia, por supuesto, no dudó en aportar su granito de arena. Por su parte, Abby se dedicó a lanzarnos miradas a Ben y a mí. No pudo dejar de soltar risitas durante toda la velada.

Después de la cena, Amelia acostó a Abby, y Lyle quiso tener unas palabras en privado con Ben. Yo me quedé despejando la mesa y lavando los platos. Agradecí la soledad. Me permitió ordenar mis pensamientos.

Ya estaba vaciando el lavavajillas y guardando los platos en su lugar cuando sentí las manos de Ben en mi cintura. Me empujó hacia él y sus labios se posaron en mi nuca.

Me detuve.

—¿Qué hay entre nosotros, Ben?

—¿Qué quieres decir?

—Esto. Los besos... Rosarroja... Es todo muy confuso. Va demasiado rápido. Me cuesta seguir el ritmo.

Se puso a mi lado y se apoyó contra la encimera de granito. No pude mirarlo a los ojos, así que continué secando los platos y guardándolos en su sitio.

—Primero discutimos en la biblioteca y luego te metes en una pelea enorme, aparentemente por comentarios referidos a mí, y ahora esto. Acabas de romper con Tanya, por Dios. No quiero ser el rebote, Ben.

Permaneció en silencio mientras yo terminaba de ordenar la cocina. Cuando todo estuvo recogido, me agarró por los hombros y me hizo mirarlo a la cara.

—Eres demasiado importante para mí como para ser un rebote. Métete eso en la cabeza, Sofía. Estoy cansado de ser solo tu amigo y quiero que *nos* demos una verdadera oportunidad.

—¿Por qué ahora?

—Porque, como te dije en la camioneta, siento que te estoy perdiendo. Y no quiero que suceda eso, Sofía.

No me pareció una buena razón para empezar una relación que tenía demasiadas probabilidades de acabar hiriéndonos a los dos.

—Tengo miedo —admití—. ¿Y si no funciona?

—Mira, no tenemos por qué ir deprisa. Nos lo tomaremos con calma si es necesario. —Su mirada era esperanzada... expectante... desesperada—. Empecemos

con una cita y después veremos a dónde vamos a partir de ahí.

—Una cita —acepté—, pero con una condición.

—Lo que sea.

—No se hablará de La Sombra.

Solo mencionar la isla nubló la expresión de su cara, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Por mí de acuerdo.

—Y una cosa más —añadí—. Si vamos en serio, no quiero ser tu pequeño secreto sucio, Ben. Se lo decimos a Lyle y Amelia.

No parecía contento con esa última condición y aquello me dolió, pero de nuevo aceptó.

—Por supuesto.

Cuando nos separamos, teníamos una sensación incómoda. No hablamos de ello pero, por primera vez, dormir en la misma cama con él me pareció mal. Nos dimos las buenas noches y nos fuimos por caminos separados. Pasé buena parte de la noche debatiendo en mi interior si debía colarme en su habitación, aunque solo fuera por si tenía otra pesadilla.

Justo cuando me había hecho a la idea de dormir sola, mi puerta chirrió al abrirse. La cama se movió y Ben se sentó en el borde. No hacía falta que explicara nada. Le hice un sitio y me acurruqué contra él. Sus labios encontraron mi frente. Un beso de buenas noches.

Hasta aquel día, la relación que teníamos Ben y yo había sido sencilla. Éramos los mejores amigos. Sabíamos lo que teníamos el uno con el otro. Un par de besos, unas cuantas bromas sugerentes y acordar una cita fueron más que suficiente para echar a perder la comodidad de la que habíamos disfrutado estando juntos.

Esa noche, antes de quedarme dormida tumbada a su lado, solo podía pensar en lo que se complicarían las cosas a partir de entonces. Aún así, una sonrisa se apoderó de mis labios porque, fuera lo que fuese que tenía con Ben, me pareció un paso hacia adelante.

Fue solo un deseo porque, cuando por fin llegó el sueño, las pesadillas vinieron con él.

Derek

Después de perder el sentido, la oscuridad comenzó a consumirme y no me quedaba suficiente fuerza de voluntad para luchar contra ella.

El primer paso hacia el abismo fue cuando decidí que Sofía ya no era responsabilidad mía.

Pedí a Cameron y a Yuri que se reunieran conmigo justo después de haber atacado a Ashley y golpeado a Vivienne. Estaba en la sala de música. Había atenuado las luces y tocaba una melodía triste en el piano de cola. Los Caballeros se acercaron con vacilación. Tal vez mi rostro traicionaba que no estaba de humor para tener compañía.

—Buscad un asiento y contadme qué pasó. ¿Cómo es posible que mi hermano se os haya escapado? —Seguí tocando la misma pieza melancólica.

Cameron tomó la iniciativa y se acomodó en uno de los bancos acolchados. Yuri lo imitó poco después. Parecía estar al límite, retorciéndose los dedos. Yuri nunca tenía aspecto relajado cuando yo estaba delante.

—¿Y bien? Hablad.

—Encontramos a Lucas en casa de Claudia —admitió Cameron—. Al parecer, se había estado escondiendo con ella todo este tiempo. Huyó rápidamente. Lo más probable es que nos oyera venir y saltó por la ventana justo antes de que lo atrapáramos.

—Corrí tras él... —intervino Yuri.

—Y Lazaroff también es condenadamente rápido. Siempre lo ha sido.

Cameron lanzó una mirada a Yuri para indicar al vampiro más joven que le dejara hablar a él. Cameron era el más viejo de los tres, tanto en años naturales como en años de vampiro. Sin embargo, me había mostrado más reverencia y respeto que Yuri.

—Yuri alcanzó a vuestro hermano —continuó Cameron después de una breve pausa—, pero Lucas lo venció. Si yo no hubiera llegado a tiempo, el príncipe le habría arrancado el corazón. Al verme llegar, Lucas huyó. Cuando llegué al puerto, ya había dejado inconscientes a los guardias y había escapado en una de las lanchas rápidas.

—¿Las lanchas rápidas? —Dejé de tocar—. ¿No tomó un submarino?

—Los submarinos son nuevos y mucho más lentos que las lanchas rápidas. No habría sabido cómo conducirlos —explicó Yuri—. De todos modos, nunca ha mostrado ningún interés por navegar en los submarinos.

—¿Entonces se fue de la isla a plena luz del día? —Me giré en el banco para ponerme frente a ellos—. Con toda seguridad, morirá.

—Yo no apostaría por ello. —Cameron sofocó una risa—. Si hay algo que admiro

de vuestro hermano es su voluntad de sobrevivir.

Cameron tenía razón. Conociendo a mi hermano, tenía un plan en la manga que lo ayudaría a sobrevivir incluso bajo el sol.

—¿Por qué estaba Yuri allí?

—Él fue quien me avisó de que Lucas se ocultaba en casa de Claudia.

Miré a Yuri pensativamente. No sabía por qué me sorprendía. Pensaba que, después de los siglos que habían transcurrido, lo que hubiera existido entre Claudia y Yuri habría terminado. Nunca había entendido la dinámica de su relación o el evidente desprecio, y sin embargo aparente fascinación, que sentía Yuri por Claudia.

—¿Cómo obtuviste esa información exactamente?

Yuri me dio la respuesta. Una muy elaborada, como era su costumbre. Me perdí su explicación, porque mi mente rápidamente se centró en el bienestar de Sofía. Decir que no me importaba lo que le pasara era mentira. Solo imaginar que podría estar en peligro me hacía sentir enfermo. Si Lucas sobrevivía, y probablemente lo haría, supondría una amenaza temible para su vida. Si aún no sabía que Sofía ya no estaba en La Sombra, tendría mucho tiempo y medios para descubrir que Sofía ya no disfrutaba de mi protección.

Una parte de mí quería seguir el consejo de Vivienne e ir tras ella, pero no lograba convencerme a mí mismo para arrastrarme a un viaje por tierra firme a la búsqueda de una adolescente. Sofía había elegido irse sabiendo perfectamente que, al abandonar La Sombra, ya no estaría bajo mi protección. Si Lucas la perseguía, tendría que soportar su propia cruz. Ya no era mi problema. Ella había dejado de ser mi obligación en el momento que eligió escapar.

—¿Y? ¿Qué hacemos ahora? —inquirió Cameron.

Tuve que parpadear varias veces para sacudirme el ensimismamiento.

—Quiero que Claudia sea arrestada y llevada a juicio.

Yuri abrió los ojos.

—Mi Señor, con el debido respeto, nadie de la Élite ha sido juzgado por un delito en toda la historia de La Sombra. Es inaudito.

—Es llevarla a juicio o matarla por desafiarme. Me escupió a la cara al esconder a mi hermano cuando yo había ordenado que me fuera entregado a mí. No puedo tolerar eso si voy a gobernar.

—Derek... —Cameron intentó débilmente razonar conmigo.

Me aparté de ellos.

—Que se haga de inmediato. El juicio comienza mañana. —Seguí tocando el piano.

Mi siguiente error lo cometí cuando me deshice de todo lo que pudiera recordarme a Sofía.

No mucho después de que Cameron y Yuri se fueran, hice una visita a Ashley en la habitación que compartía con las chicas. Aún estaba inconsciente.

—¿Por qué no ha sanado? ¿No se la ha alimentado con sangre? —me quedé

mirando su cuerpo inerte. Busqué en mi interior un sentimiento de culpa, pero el ansia de chupar su sangre hasta dejarla seca era incontenible. Matar era parte de mi naturaleza, y el depredador que llevaba dentro deseaba más de ella.

—La alimenté con mi sangre, Majestad —comenzó a explicar Kyle—. Hace falta tiempo para que haga efecto.

Las ocasiones en las que tuve que sanar a Sofía con mi sangre, cicatrizó inmediatamente. Me desentendí. Sofía era diferente. Lo supe desde el momento en que la vi. Mis instintos se debatían entre el anhelo que tenía de Sofía y el hambre que sentía por Ashley.

Mis ojos se centraron en la zona del cuello de Ashley donde había hincado los colmillos. El dolor interior, el hambre, era casi insoportable.

—Sácala de mi casa. —La orden surgió profunda y amenazadora.

—¿Mi Señor? —Los ojos de Kyle se clavaron en mí.

—Ya me has oído. Sácala de aquí. Llévala a tu casa. Si sigue aquí, no podré contenerme y la devoraré.

Kyle asintió.

—¿Y las otras chicas?

—Llévatelas también. Haz que Sam tome una o ambas bajo su protección. Simplemente las quiero fuera de aquí.

Me encaminé a la puerta de la habitación antes de perder todo el control. Con todas las fuerzas que me quedaban, me detuve y di una última orden a Kyle.

—Destruye la Sala del Sol. La quiero despojada de todo lo que contiene. Conviértela de nuevo en un lienzo en blanco. No quiero nada en esta casa que me recuerde a ella.

Vivienne tenía razón. Había sucumbido a la oscuridad.

Cuando me senté en mi lugar de la Gran Cúpula, preparándome para el juicio de Claudia, la única emoción que todavía me conectaba con mi humanidad era la culpa. Nunca me abandonaba. La tentación de aliviar mi dolor apagando mis emociones era fuerte, pero no podía hacer eso. No podía perder lo poco que me quedaba de humanidad, aunque fuera muy doloroso.

Claudia fue llevada al estrado. Decir que parecía arrepentida era simplemente un eufemismo. Sus ojos me lanzaron destellos dorados de fuego.

Eli, encargado de presidir el proceso, arrastró los pies hasta ocupar su lugar al lado de Claudia. No dejó de mirarla de soslayo, como si tuviera miedo de que se lanzara sobre él. Claudia parecía una leona y Eli un ratón; era muy probable que Claudia terminara devorando al vampiro delgado y desgarbado.

—Acabemos con esto. —Mis ojos se posaron en el asiento vacío donde se suponía que debía estar Vivienne.

«¿Dónde demonios está?».

Tomé nota mentalmente para no olvidar ir a buscarla después del juicio.

Eli comenzó con los preliminares, anunciando el motivo del juicio y los cargos en

contra de Claudia. Ninguno de nosotros estaba seguro de qué hacer. Habían pasado siglos desde se juzgara a una persona en La Sombra. Y esta era la primera vez que un miembro de la Élite iba a ser juzgado.

Cuando terminó con los preliminares y se volvió hacia la acusada, Eli movía nerviosamente la mandíbula.

—¿Cómo se declara?

—Inocente. —Claudia mantuvo sus ojos fijos en mí.

Arqueé las cejas.

—¿Niegas haber escondido a mi hermano en tu casa?

—No.

—¿Sabías que yo, tu Príncipe y superior, ordené que debía ser entregado a mi custodia?

—Sí, lo sabía.

—Entonces, ¿por qué te declaras inocente? ¿No está claro que me desafiaste?

—Dejemos esta farsa, Alteza Real —dijo entre dientes—. Todos sabemos que dejasteis La Sombra sin ley antes de sumiros en vuestro descanso de cuatrocientos años. No podéis acusarme de un delito si no existen leyes que quebrantar.

Apoyé un codo en el reposabrazos del sillón de cuero reclinable. Una de las comisuras de mis labios se elevó con una media sonrisa divertida.

—Ya ves, ahí es donde te equivocas, Claudia. En esta isla, no hay más que una ley y tú la infringiste: la palabra de aquellos que gobiernan sobre ti. Y, en ausencia de mi padre, esa palabra es la *mía*. —Recorrí con la vista a todos los miembros de la Élite presentes en la sala—. Recordad mis palabras. En La Sombra, mientras yo gobierne, mi palabra es la ley. Aquellos que me desafíen sufrirán las consecuencias. ¿Alguien osa oponerse?

El silencio estaba cargado de electricidad. Esperaba que Claudia se defendiera pero, para mi sorpresa, se encogió de miedo. Sonreí con una mueca.

«*Incluso las leonas temen al rey de la manada*».

—¿Alguien de los presentes desea hablar a favor de la acusada? —grité.

Claudia no contaba con demasiados aliados en La Sombra, y me sorprendió que Yuri hablara a su favor. Entre todos aquellos que podía pensar que defenderían a Claudia para salvarle el cuello, desde luego no estaba él.

Yuri subió al estrado, mirando a Claudia antes de dirigirse a mí.

—No es un secreto lo mucho que esta zorra y yo nos detestamos. Incluso me parece repugnante estar aquí a su lado. Sin embargo, tampoco es un secreto que si hay un ciudadano en esta isla capaz de soportarla, ese era el *hermano mayor* de vuestra Alteza, Lucas. —Hizo una pausa para tomar aliento y dirigió a Claudia una mirada cargada de intención.

Los ojos de Claudia se humedecieron con las lágrimas. Descubrí que la extraña relación que tenían Claudia y Yuri me intrigaba aún más.

—No podemos excusar su desafío a la voluntad de su majestad el Príncipe, pero

desde aquí apelo a la misericordia más que a la justicia. Nos convertimos en la Élite porque sangramos juntos en batalla. En los peores momentos, nos mantuvimos firmes como hermanos y hermanas, como una *familia*. Para Claudia, Lucas era tal vez un amigo, probablemente un amante, familia en el mejor de los casos. ¿Debemos castigarla por proteger a la persona de La Sombra que considera su aliado?

—Mi respuesta al alegato de Yuri causaría conmoción y lo sabía.

—Tus palabras me parecen muy emotivas. Sin embargo, un desafío es un desafío y no voy a tolerarlo. A menos que alguien me pueda dar una razón más convincente para otorgarle el indulto, Claudia servirá de advertencia para todos los ciudadanos del reino. —Me erguí cuan alto era para dar más énfasis a mis palabras—. *Nadie* más me desafiará jamás.

Vi miedo pintado en los ojos de Claudia. Era extraño verla temblar y disfruté cada segundo que duró.

—Te condeno a treinta latigazos y seis meses en las Celdas con efecto inmediato.

A continuación se desató el caos, pero mi mensaje se recibió alto y claro. La Sombra ya no era un reino sin ley. Yo era la ley.

Sofía

«*Corría a través de los bosques oscuros cubiertos de niebla de La Sombra. Tenía cortes y moretones. Notaba el sabor de la sangre en mis labios. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Una presencia oscura me perseguía. La esperanza me invadió cuando vi el claro que me conduciría a la huida. Iba a conseguirlo. Aceleré.*

El terror reemplazó cualquier esperanza cuando caí al borde de un gran pozo oscuro. Inmediatamente sentí náuseas a causa del hedor, la visión, el silencio y la sensación de estar rodeada por la muerte. Había innumerables cadáveres a mi alrededor, y algunos de ellos tenían rostros familiares. Ashley. Paige. Rosa. Sam. Kyle. Ben. Yo».

Todo mi cuerpo estaba en tensión. No podía mover ni un músculo, pero era dolorosamente consciente del incontrolable temblor de mi cuerpo.

—¿Sofía?

Los brazos de Ben me rodearon desde atrás, con su aliento cálido y errático en mi nuca. Por un momento pensé que estaba tratando de consolarme y me apoyé sobre él. Ben también estaba temblando, incluso más profusamente que yo.

Era otra noche más sin descansar.

Lentamente, recuperé el control de mi propio cuerpo y, después de permanecer tumbados unos minutos con nuestras siluetas moldeadas la una contra la otra a causa los temblores, logré darme la vuelta en la cama para ponerme frente a él. Todavía no podía sacudirme de encima aquel sueño aterrador y, en lugar de intentar calmar a Ben, me acerqué inclinando mi mejilla contra su ancho hombro.

Me pareció que pasaron horas antes de que nuestros cuerpos dejaran de temblar. El latido de su corazón que resonaba en mi rostro se calmó y abandonó el ritmo frenético y errático. Jadeé con respiración entrecortada. Ben tenía su mano en mi muslo y lo recorrió hasta las caderas, subiendo mi ropa de noche con la palma de la mano. Me levantó hacia el cabecero de la cama para que nuestras caras estuvieran frente a frente. Posó su boca en mí. Al principio en la comisura de los labios, luego en la barbilla, el hombro... me quedé helada cuando sus manos recorrieron mi cuerpo de la misma forma que lo habían hecho las de Lucas.

—Ben —carraspeé.

Su boca encontró la mía y ya no pude hablar ni oponerme. Finalmente, lo aparté.

—No Ben, no podemos hacer esto.

Sus ojos se enfrentaron a los míos y la ira refulgía en ellos.

—¿Tienes alguna idea de la cantidad de veces que me usó?

«*Claudia*».

Era como un nubarrón, siempre cerniéndose sobre él.

—¿Cuántas veces te uso *él*?

—Ya te lo he dicho: ninguna. —Recordé todas las noches que había pasado en la cama de Derek—. Él nunca me puso la mano encima. —Me sorprendió caer en la cuenta de que nunca había ocurrido. No recordaba que Derek me hubiera tocado ni una sola vez mientras estuve en su cama, al menos no de manera sensual. Siempre hubo esta distancia de seguridad entre nosotros.

Pero luego vino el recuerdo de yacer en su cama con las manos sujetas sobre la cabeza y Derek agarrándome las muñecas. Aquella había sido la primera vez que me hacía algo así desde el incidente en el Santuario cuando despertó. Tenía que admitir que Derek no estaba tan libre de faltas como mi corazón lo quería pintar.

—No podemos seguir haciendo esto. —Sacudí la cabeza y salí de la cama.

—¿No podemos seguir haciendo qué?

—Dormir en la misma cama. No si queremos tener una relación. Estamos pisando arenas movedizas.

—Nunca tuviste problemas por dormir en la misma cama que *él*.

—¿A qué viene esto? —dije, agitando las manos. Hice un gesto enérgico con la cabeza—. ¿Sabes qué? Déjalo. Te voy a hacer un favor y voy a olvidar que ha ocurrido. Regreso a mi habitación.

Desde el exterior de la ventana de Ben, una tenue tonalidad púrpura y roja indicaba la cercanía del amanecer. Era la mañana de nuestra primera cita. Habíamos acordado salir ese fin de semana, después de que decidiéramos dar una oportunidad a nuestra relación un par de días antes. No era la mejor forma de empezar la primera cita.

Me escapé de su habitación y volví sigilosamente a la mía. El sueño se había esfumado y me quedé mirando por ventana, contemplando la salida del sol.

Durante el desayuno, las bolsas bajo los ojos de Ben dejaban claro que tampoco había podido dormir mucho. Fiel a mi palabra, estaba decidida a olvidar lo que había ocurrido esa mañana y culpar a las pesadillas que todavía lo atormentaban. Así que le sonreí y le di un puñetazo en broma en el hombro antes de colocar un plato de tostadas francesas frente a él. Él me miró con sorpresa, pero pareció aliviado de que no hubiera tensión entre nosotros.

—Vosotros dos os habéis levantado pronto —comentó Lyle mientras tomaba un sorbo de café con los ojos puestos en un artículo de las noticias que estaba leyendo en su tablet—. Es sábado. Sois adolescentes. ¿No se supone que dormís hasta tarde?

Amelia y Abby todavía estaban en la cama. Siempre se levantaban tarde los fines de semana.

Me limité a sonreír mientras untaba mantequilla y mermelada de fresa sobre mi tostada francesa.

—Tal vez no somos adolescentes normales, Lyle.

Me lanzó una mirada prolongada, lo suficiente para molestarme.

Levanté en el aire el tenedor que sostenía.

—¿Qué?

—No es nada. —Sacudió la cabeza.

—En realidad —intervino Ben, arrastrando las palabras mientras se servía una cucharada generosa de sirope de arce sobre la tostada—, Sofía estaba deseando levantarse para estar conmigo.

Mis mejillas se ruborizaron. No podía ignorar la forma en que Lyle nos miraba a Ben y a mí alternativamente. El padre de Ben normalmente se guardaba sus pensamientos para sí mismo. Rara vez le oí levantar la voz, ni siquiera cuando regañaba a los niños.

—Deberíais tener cuidado —advirtió—. Haya lo que haya entre los dos —dijo, mirando fijamente a Ben—, creo que los tres sabemos que tu madre no está preparada aún para hacerse a la idea de que estáis juntos. Avanzad con precaución.

—Sí, papá. Claro que sí. —Ben tenía esa mirada de cervatillo atrapado ante las luces de un auto.

Ben y yo intercambiamos una mirada.

—¿*Cómo lo sabe?* —murmuré entre dientes en cuanto Lyle volvió a centrar su atención en la lectura de las noticias.

Ben se encogió de hombros mientras jugaba con la comida de su plato. Lyle terminó el resto de su café y guardó su tablet en la funda.

—Me voy a trabajar. Disfrutad del día y, por favor, no hagáis nada que podáis lamentar.

Ben se echó a reír mientras veía salir a su padre.

—Parece que no tiene nada en contra de que salgamos juntos. Supongo que eso es bueno.

—Sí. Supongo.

—Dicho esto... —Me miró de pasada—. Vístete, Sofía. ¿No tienes una cita hoy?

—Pssss. —Le lancé un papel de cocina arrugado—. Estaba pensando en saltármela. Un hombre sabio me dijo una vez que debería tener cuidado y *avanzar con precaución*. —Traté de imitar la forma en que Lyle había dicho esas tres últimas palabras.

—Correcto —se burló Ben. Se apoyó en la mesa del comedor mientras yo me levantaba para retirar los platos—. Como si pudieras escaparte de *mí*.

Arqueeé las cejas.

—¿Qué te hace pensar que no puedo?

Se encogió de hombros, fingiendo confianza en sí mismo.

—¿Qué te hace pensar que puedes? —Me levantó la barbilla con el dedo índice y estaba a punto de inclinarse para besarme cuando entró Amelia, con su mata enredada de cabello y con aspecto de estar medio dormida.

—Buenos días, mamá —dijo Ben. Amelia, que nunca había sido una persona mañanera, se limitó a gruñir y se dirigió directamente a la nevera—. Sofía y yo

vamos a pasar el día fuera, ¿de acuerdo? Estaremos en casa para la cena.

—Ajá —asintió Amelia con la cabeza todavía dentro de la nevera. Estaba bastante segura de que no había asimilado nada de lo que había dicho Ben. Se sirvió un vaso de jugo de naranja y salió de la habitación.

Comencé a recoger los platos, pero Ben me agarró por el brazo.

—Déjalo. Te atrapé —sonrió, echando un vistazo a mi pijama—. Tienes que vestirte. No pueden verme contigo si tienes este aspecto.

—¿Esto es lo que les haces a todas las chicas con las que sales? —Puse los ojos en blanco.

—No —dijo, negando a la vez con la cabeza—. Solo a las que se presentan en pijama.

Me acompañó a mi habitación y me dio tiempo para arreglarme mientras él se vestía. No sabía lo que tenía en mente para nuestra cita, y me quedé más de cinco minutos mirando el armario sin saber qué ponerme.

«¿Por qué no vas y le preguntas, Sofía? Por amor de Dios, que es Ben».

Sin embargo, quería tener la sensación de una cita de verdad y tomarme la molestia de elegir la ropa adecuada.

Como era sábado por la mañana y estaba segura de que Ben no me arrastraría a algo muy formal, decidí ponerme una blusa con la parte superior de encaje blanco sin tirantes y la inferior de gasa fina de color rosa. Lo combiné con *jeans* negros ajustados. Pensé recogerme el cabello en una cola de caballo, pero decidí llevarlo suelto y resaltarlo con una cinta de cristal.

Acababa de terminar de aplicarme un poco de maquillaje ligero cuando Ben llamó a mi puerta. Guardé el teléfono, el maquillaje y la cartera en el bolso y lo tomé. Cuando abrí la puerta, sus ojos se iluminaron.

Lo había conocido casi la mitad de mi vida y todavía era capaz de cautivarme con un aspecto de su personalidad que nunca antes me había mostrado.

—¿Y? ¿Supongo que ahora sí estarás dispuesto que te vean conmigo? —bromeé. Me miró de arriba abajo.

—Mmm. Servirá.

Hice un gesto de incredulidad y lo abofeteé sin fuerza en el lado sano de su cara.

—¡Vaya! Está bien —concedió—. Estás perfecta, Sofía.

Salimos al camino y nos montamos en su camioneta.

—¿Y ahora? —pregunté mientras me acomodaba en el asiento del pasajero—. Señor Hudson, ¿qué tiene en mente para nuestra primera cita exactamente?

—Bueno... —Encendió el vehículo. Parecía genuinamente emocionado—. He pensado que tenemos recuerdos muy desagradables de los últimos tiempos, así que creo que valdría la pena recordar los buenos.

Sonreí.

—Suena interesante. Entonces, ¿a dónde?

—Espera y verás.

Transcurrieron diez minutos antes de llegar a nuestra primera parada: una cadena de tiendas que no recordaba haber visitado antes.

«¿Qué tipo de recuerdos tendría yo de un lugar como este?».

Nos bajamos de la camioneta. Ben me tomó la mano y me llevó a una juguetería. Dejó atrás los estantes de juguetes mientras caminaba con determinación hacia la parte posterior de la tienda.

No soportaba la curiosidad por más tiempo.

—¿Por qué estamos en una juguetería, Ben? Nunca había estado aquí antes.

—Yo tampoco —admitió con diversión, arrugando las comisuras de los párpados mientras continuaba examinando cada estante que pasábamos, con sus dedos aún entrelazados con los míos—. ¡Ahhh... ahí está!

Se detuvo en un estante que contenía una impresionante variedad de pistolas de agua. Me miró y sonrió.

—¿Te acuerdas de la primera vez que jugamos juntos?

—¿Llamas a eso jugar juntos? —estallé en risas—. ¡No hacías más que dispararme con una pistola de agua... en plena cara!

—Fue la primera pistola de agua que me regalaron. Yo tenía nueve años. Pensé que era un juguete genial y luego apareciste tú, y no podías quedarte sentada en un lugar ni siquiera un segundo... ¿Qué? ¡Es cierto! No parabas quieta y no hacías más que molestarme con preguntas estúpidas. —Se encogió de hombros—. Estaba enfadado.

—Así que tu solución fue dispararme agua cada vez que abría la boca para hablar. Acercó su rostro al mío y entornó los ojos.

—Hacía que te callaras, ¿no?

—Para que conste, mis preguntas no eran estúpidas. Simplemente no sabías las respuestas.

—No importa. Era molesto.

Puse los ojos en blanco una vez más. Sin embargo, los recuerdos de la pistola de agua de Ben siempre conseguían dibujar una sonrisa en mi cara. Así fue como empezamos a unirnos. Siempre andaba persiguiéndome, porque yo no podía quedarme quieta. Yo estaba siempre a la búsqueda de algo y Ben tenía curiosidad por saber a qué nueva aventura me dirigía. Cada vez que me alcanzaba, yo comenzaba a parlotear acerca de lo que había descubierto, o hacía preguntas que, al parecer, él encontraba molestas. Llegó un momento en que solo con ver la pistola de agua mis labios se sellaban.

—¿Qué fue de esa cosa? —pregunté en voz alta.

—Siempre pensé que la escondiste en algún lugar.

—No lo hice, de verdad.

—Bueno, el caso es que se perdió. Por eso estamos aquí. La pistola de agua era un regalo de mi tío Bob, así que lo llamé y le pregunté dónde la había comprado, y bueno, aquí estamos.

—¿Vas a sustituir la pistola? —¿Por qué? ¿Para volver a dispararme en la cara con ella?

Ben soltó una carcajada, y siguió dándome la mano mientras hablábamos.

—Por muy tentador que sea, Sofía, no. Pensé que una guerra de pistolas de agua en la piscina sería divertido, en caso de que... ya sabes...

—¿En caso de qué?

—En caso de que avancemos a una segunda cita.

«*Vaya. Sutil, Ben. Muy sutil*».

Recogimos las pistolas hidráulicas que habíamos elegido, pagamos y fuimos hacia la camioneta. Antes de comenzar a conducir, me hizo una advertencia.

—Cuando veas a dónde vamos después, promete que no me matarás, ¿de acuerdo?

—Trataré de no recurrir a la violencia. ¿A dónde diablos me llevas ahora?

—Ya verás.

Cuando estacionó el auto delante de nuestro siguiente destino, sentí una gran vergüenza. Allí había tenido lugar el momento más embarazoso de mi vida. Le lancé una mirada asesina.

—Prometiste no matarme.

—No hice tal cosa.

Todo lo que conseguí fue esa sonrisa suya que tanto realzaba su encanto y le ayudaba a caminar por la vida.

—Vamos, Ben... —gruñí—. ¿Cómo puedo guardar ningún buen recuerdo de este lugar? —Estábamos estacionados delante de una tienda de ropa, mi favorita cuando tenía trece años y donde me habían cazado robando.

—¿Qué? ¡Es la escena de tu primer crimen!

—¿Y eso cómo se convierte en un buen recuerdo? Y, para que lo sepas, me tendieron una trampa.

—Sí. Nos has contado esa historia muchas, muchas veces. Fue Jenna quien puso el vestido en tu bolso.

—Es cierto. —Me crucé de brazos y e hice un mohín.

—No voy a rebatir eso. —Ben levantó los brazos en señal de rendición—. Pero este lugar guarda un buen recuerdo para mí, porque aquí es donde por primera vez me di cuenta de que yo te gustaba.

—¿Y cómo se produjo esa revelación exactamente? ¿No estabas allí porque estabas acechándonos a Jenna y a mí? —Me cubrí la cara con las dos manos—. Me da muchísima vergüenza. ¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía.

—Así que todo este tiempo, ¿sabías que sentía algo por ti? ¿Cómo podrías siquiera...?

—No importa cómo. Simplemente lo sabía. —Se reclinó en su asiento con los ojos mirando al frente.

—Pero nunca estuviste interesado en mí. Por lo menos, no de esa forma.

Ben soltó una risa irónica.

—¿Que nunca estuve interesado en ti? Sofía, siento algo por ti desde la primera vez que te vi. ¿Tienes idea de lo preciosa que estabas cuando te disparé en la cara con la pistola de agua? Siento algo por ti desde entonces.

—Entonces, ¿por qué nunca dijiste nada? Tuve que ver cómo tenías todas esas aventuras amorosas y salías con todas esas chicas. No lo entiendo.

—Siempre he pensado en ti como la chica con la que al final iría en serio. La única explicación que realmente te puedo dar es que aún no estaba preparado para sentar la cabeza. Pero sé que te he hecho mucho daño y no tengo excusa. He sido un completo idiota.

«¿Entonces llegó Derek y probaste tu propia medicina? ¿Por eso que estás tan interesado en mí de repente? Definitivamente, no es porque quieras "sentar la cabeza"».

—De todos modos —Ben tamborileó con los dedos sobre el volante—, estamos aquí porque pensé que este sería un gran lugar para buscar un vestido para el baile de graduación.

—¿Un vestido para el baile de graduación?

—Sí. Vamos.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunté con una mueca.

—No puedes ir al baile de graduación conmigo si no tienes un vestido, Sofía. — Me tomó de la mano y me persuadió para salir de la camioneta—. Además, ya es hora de que tengas un buen recuerdo de este lugar.

Mientras caminábamos hacia la puerta de la tienda, bromeé:

—¿Quién ha dicho que voy a ir al baile contigo?

Las carcajadas se escaparon de sus labios.

—Por supuesto que vas a venir. Esa va a ser la cita número tres.

Después de recoger mi vestido y su traje para el baile de graduación, me llevó a nuestra heladería favorita. Ben sabía qué pedir sin necesidad de preguntarme: helado de chispas de chocolate de menta. Él odiaba ese sabor, siempre me decía que sabía a pasta de dientes. En realidad su favorito era el de fresa, pero no lo admitió hasta el instituto, y cuando era niño siempre pedía helado Rocky Road. Pensaba que la fresa era demasiado femenina porque era rosa.

Cada lugar que visitamos contenía un recuerdo de los ocho años que habíamos sido los mejores amigos. Era un recordatorio de lo bien que nos conocíamos, de lo familiarizados que estábamos con los gustos y peculiaridades del otro. Era como si Ben me estuviera recordando por qué todavía me importaba, por qué *nosotros* importábamos.

Nos colamos en nuestra antigua escuela de secundaria y tonteamos en los columpios. Recordamos la primera pelea en la que se metió Ben. Nos habríamos quedado más tiempo, pero el viejo guardia de seguridad, Enrique, nos echó.

Luego almorzamos en el restaurante donde ambos habíamos trabajado un verano. El gerente que había sido nuestro jefe todavía trabajaba allí. Conseguimos un postre gratis. Finalmente, dimos un sinuoso paseo por el parque, cerca del hospital donde Ben había estado ingresado cuando contrajo apendicitis.

—Tú estuviste conmigo todos los días hasta que salí —recordó Ben. Estábamos sentados en un banco del parque y él me sostenía las manos, jugueteando con mis dedos—. Solo quiero que sepas que me daba cuenta de todo, Sofía. Te agradezco todo lo que has hecho por mí.

No hay palabras para describir cómo me hizo sentir. Todavía quedaban muchas preguntas, muchas dudas cruzando por mi mente, pero a pesar de todas las desavenencias que teníamos a causa de La Sombra, Ben había sido lo único constante en mi vida en los últimos ocho años. Había estado a mi lado cuando no había nadie más. Ni siquiera La Sombra podría quitarle eso.

Cuando Ben se inclinó para darme un beso, fue el primero que compartí con él sintiendo que era completamente suya. Mientras nuestras bocas se exploraban, ni una sola fibra de mi ser prestaba atención a Derek Novak. Ese día en particular fui de Ben, y solo de Ben.

Derek

Si mi objetivo final era olvidar a Sofía Claremont, lo logré en el momento que la sangre de Ashley comenzó a correr por mis venas. Después de alimentarme de ella, no pasaba un solo día que no tuviera a Ashley metida en la cabeza.

Traté de distraerme en los campos de entrenamiento o perderme en mi música. Nada funcionaba. Nada me podía distraer del hambre animal que tenía por la preciosa rubia. Agradecía haber tenido el suficiente sentido común para hacer que Kyle y Sam alejaran a las chicas de mí. Sabía que tenía que mantenerme lejos de ellas (de *ella*), o no sería capaz de controlarme. No dudaría en probar una vez más su dulce manjar.

Fue el dilema que tenía con la adolescente guerrera lo que me llevó al ático de Vivienne. Por supuesto, también estaba el asunto de que Vivienne no había aparecido en las reuniones del consejo desde nuestro enfrentamiento en la Sala de Sol. Teníamos previsto un importante debate acerca de la creciente población humana de La Sombra, y no podía permitirme no contar con Vivienne en las reuniones.

Cuando llegué a su ático, la encontré en el invernadero, cuidando amorosamente sus preciosas rosas, lirios, tulipanes y orquídeas.

—Es increíble cómo la vida ha logrado florecer en La Sombra, incluso sin el sol —dijo en cuanto sintió mi presencia. Me apoyé en el umbral de la puerta, contemplándola—. Los poderes de Cora nunca dejarán de sorprenderme.

—Se están discutiendo asuntos de gran importancia para La Sombra, ¿y tú estás aquí, cultivando plantas?

—¿A qué has venido, hermano? —Su respuesta carecía de emoción.

—He venido a buscarte. Tu deber está en la Gran Cúpula, participando en las decisiones sobre el destino de la población humana del reino, no en este invernadero tuyo.

—¿Eso es todo lo que has venido a decir?

La estudié, preguntándome si sabría lo que pasaba por mi cabeza incluso antes de hablar. Nunca había comprendido plenamente el alcance de lo que mi hermana era capaz de ver. Me pregunté si alguna vez lo entendería.

—¿Tu deseo por Ashley te está dando problemas?

La pregunta era retórica, así que la miré fijamente, con la esperanza de que sintiera mi impaciencia. Nada. Los minutos pasaban y ella permanecía en silencio. Seguía concentrada en la planta que estaba podando. Su indiferencia hacia mí comenzaba a molestarme.

—Todavía mando yo, hermana. Quiero toda tu atención cuando te estoy hablando.

Vivienne dejó caer sus herramientas y me miró directamente a la cara. En cuanto

el iris violeta de sus ojos se detuvo en mí, deseé no haber reclamado toda su atención. Su mirada contaba una historia de desesperación que yo quería desentrañar y arreglar, pero me sentía impotente.

—La única pregunta que me viene a la mente, mi *Príncipe*, es por qué tienes ese dilema. —Vivienne dio un paso hacia mí. Un desafío—. ¿Por qué no se la arrebatas al guardia y haces con ella lo te plazca? No es más que una esclava. Tienes todo el derecho a doblarla, quebrarla, usarla de la forma que te parezca conveniente. Es solo otra chica humana. Recuerdo un tiempo en que no habrías dudado en tomar la vida de alguien como ella. ¿Por qué dudas ahora?

Un latigazo de tensión me recorrió la espalda mientras buscaba una respuesta a su pregunta. Sentí un sabor amargo cuando su nombre brotó de mi boca.

—Sofía.

«*Ashley le importaba a Sofía. Por eso no quiero hacerle daño*».

Me molestaba la astucia de mi hermana. Le había prohibido que hablara de Sofía y, sin embargo, sin desafiarme siquiera, había conseguido que reflexionara sobre el poder que la exquisita pelirroja tenía sobre mí.

Su desafío permanecía en mi interior mientras celebrábamos la reunión del consejo en la Gran Cúpula. Me vi abocado a una elección: continuar viviendo en la confusión o sucumbir a mi naturaleza depredadora. De alguna manera, aunque lo segundo parecía tentador, una parte de mí todavía se resistía. Era la parte consciente de que *tenía* una opción y, por lo tanto, una responsabilidad por las consecuencias de mis decisiones.

—¡Derek! —Vivienne me sacó de mi monólogo interior—. Todo el mundo está aquí. Estamos esperando a que empieces.

Como de costumbre, Eli se encontraba en el estrado presidiendo la sesión. Al parecer ya había hecho las presentaciones, y todos los ojos estaban puestos en mí para que comenzara a hablar.

Me enderecé en mi asiento, tratando de centrarme.

—La población humana de La Sombra es demasiado grande. ¿Cómo se ha llegado a esta situación?

—Con todo el debido respeto —dijo Xavier desde su asiento—. No veo cuál es el problema. No están entrenados para luchar. No tienen armas ni medios para conseguirlas. Podemos sofocar fácilmente cualquier intento que hagan de desafiarnos. El último levantamiento humano fue hace más de cuatrocientos años y *aquello* fue una masacre.

—¿Y estarías dispuesto a vivir otra masacre? ¿No tenemos ya suficiente sangre en nuestras manos? —Fue Liana, la esposa de Cameron, quien tomó la palabra.

—Somos vampiros, Liana —sonrió Xavier—. Todos los días se derrama sangre humana en esta isla. Así es como sobrevive nuestra especie. No pretendamos indignarnos justamente. No nos lo podemos permitir.

—No podemos sufrir otro levantamiento. —Mi voz silenció a todos los presentes

—. Ya estamos amenazados por fuerzas externas; otros aquelarres de vampiros quieren lo que tenemos aquí en La Sombra, y los cazadores prosiguen su incesante búsqueda. Teniendo en cuenta el número de humanos que hemos estado secuestrando, los cazadores no tardarán en descubrirnos. No podemos correr el riesgo de una rebelión en el interior de nuestros propios muros.

—Entonces, ¿qué es lo que el Príncipe sugiere que hagamos? —Eli se inclinó sobre la barandilla de metal que rodeaba el estrado.

—Por ahora, los secuestros deben cesar. Se llamará a todos los exploradores y se los entrenará como guardias. Toda la sangre humana que necesitemos vendrá de los humanos que ya están en la isla. No podemos arriesgarnos a que nos encuentren los cazadores. —Mientras aquellas palabras salían de mi boca, todo me recordaba el riesgo que había corrido al dejar escapar a Sofía y a su amigo.

«¿Me he cegado tanto que he olvidado mi obligación de proteger La Sombra a toda costa?».

El ruido que estalló por todo el salón circular acalló mis pensamientos.

—¿Y entonces cómo sobrevivimos? —gritó una voz—. Tenemos que alimentarnos.

Una imagen de Ashley me cruzó la cabeza y se me hizo un nudo en el estómago.

«Sí. Debemos alimentarnos, es cierto».

—¿De dónde proceden los vasos de sangre? —Desde que me desperté, me habían dado una ración diaria de sangre. No eran tan succulentos como la sangre fresca directamente bombeada por el latido de un corazón, pero servían para satisfacer la ansiedad de un vampiro. Hasta ese momento no se me había ocurrido preguntar de dónde provenían.

De nuevo cerraron la boca para oírme hablar. Era algo que siempre me había desconcertado: cómo yo, más joven que la mayoría de ellos, tanto en años naturales como de vampiros, era capaz de imponer ese respeto en la Élite.

Esta vez, sin embargo, el silencio no era solo a causa de mí. Era mi pregunta.

—¿Y bien? ¿Cómo conseguimos un suministro de sangre así?

Los nudillos de Eli empalidecieron mientras se aferraba a la barandilla de metal. Vivienne se agarró con más fuerza a los reposabrazos de su sillón reclinable.

—¿Vivienne?

Ella giró su sillón hacia mí.

—La población humana actual es mucho menor que hace medio siglo. Hubo rumores de rebelión y los humanos estaban agitados y descontentos con sus condiciones de vida.

Con un gesto de la mano, le indiqué que continuara hablando.

—Padre ordenó un sacrificio.

Por la expresión en la cara de Vivienne, el incidente no traía recuerdos agradables. Me preguntaba qué pasaba por su mente.

«Mi hermana gemela, siempre un enigma».

—¿Un sacrificio?

Eli intervino en su ayuda.

—Todos los humanos que no demostraron ser de algún valor, los débiles, los enfermos, aquellos que no podían servir, fueron sacrificados, y su sangre extraída y conservada en cámaras frías para su futuro consumo.

—¿Tantos se mataron que la sangre dura aún hoy?

—Se perdió un gran número, sí —rio Xavier entre dientes—. Pero nunca hemos hecho mucho uso de la sangre conservada, ya que siempre se nos proporcionaba un nuevo suministro procedente de los secuestros.

—Bueno, ahora la usaremos, ¿de acuerdo? —lo desafié—. Mi decisión es firme. No habrá más secuestros. Si necesitáis alimentaros, lo haréis con la sangre de los muertos.

—¿Y cuando se acabe? —Xavier nunca se había sentido intimidado por mí y no tenía miedo de mostrarlo.

La barbilla de Vivienne se crispó cuando mis ojos se encontraron con los suyos. Me miró como si contemplara a un hombre moribundo, como si estuviera a punto de perderme. Me hice fuerte.

—Si se acaba la sangre, tal vez tendremos que hacer otro sacrificio.

Ben

No podía apartar los ojos de ella.

Sofía me atrapó con su hechizo mientras descendía por las escaleras, luciendo un aspecto absolutamente impresionante con el vestido que habíamos elegido durante nuestra cita. Parecía tímida y reservada mientras mi madre y mi padre comenzaban a tomarnos fotos.

Mi madre no se sintió precisamente emocionada al oír que Sofía y yo íbamos al baile de graduación juntos, pero le explicamos que ninguno de los dos habíamos estado saliendo con nadie recientemente y, ya que éramos los mejores amigos, ir juntos nos supondría mucho menos esfuerzo que buscar una pareja. Mi madre hundió los hombros con resignación antes de besarme en la mejilla y susurrar:

—Si eso es lo que te hace feliz, Ben.

Y eso me *hacía* feliz. Sofía me hacía feliz.

Desde nuestra primera cita, todo había sido mucho más divertido e informal. Para evitar disputas, nos esforzamos en no hablar del futuro, aunque yo todavía pensaba unirme a los cazadores y ella todavía se oponía a destruir La Sombra, algo que no podía comprender.

Pasamos juntos prácticamente todo el tiempo que estuvimos despiertos. Como Sofía y yo nos dábamos la mano por los pasillos y nos besábamos siempre que teníamos oportunidad, no pasó mucho tiempo antes de que todos en el instituto se enteraran de la nueva pareja del momento. Sofía y yo ya no éramos solo los mejores amigos. En palabras de Connor, estábamos juntos *por fin*. Yo sentía que aquello era real, o al menos esperaba que lo fuera.

Todavía había momentos en que veía a Sofía con la mirada extraviada, sumida en sus pensamientos. Siempre empezaba con una expresión oscura y pensativa, y luego algo surgía dentro de ella, como una luz que se esparcía por todo su ser. Sus mejillas se ruborizaban con un brillo rosa y sus labios formaban una suave sonrisa con algún recuerdo desconocido para mí.

A veces sentía la tentación de preguntar qué pasaba por su mente en esos momentos, pero tenía miedo. Algo me decía que aquellos recuerdos estaban relacionados con cierto vampiro.

Los pocos días que había estado con ellos en su ático habían sido suficientes para darme cuenta de cómo veía ella a Derek Novak. A mí nunca me miró de la forma que lo miraba a él. Ella nunca respondió a mis caricias de la forma que respondía al tacto de él.

Esa noche, cuando escapamos de La Sombra... en el bosque... aquello todavía me obsesionaba. Ver sus labios en los de Sofía, sus brazos alrededor de ella... la

conocía lo suficiente para saber, solo por la mirada de sus ojos, que ella deseaba quedarse. No había palabras para explicar lo agradecido y aliviado que me sentí al verla en la playa junto a mí a la mañana siguiente. Había temido encontrarme completamente solo.

Mientras viajábamos en la limusina hacia el baile de graduación, me distraje con las payasadas de Connor, origen de todas las risas, celebraciones y carcajadas en el interior del vehículo. Sofía estaba sentada a mi lado, mirando por la ventana. Tenía esa mirada distante, ese brillo sonrosado, esa sonrisa. Su mano izquierda se movía por encima de sus rodillas, como si estuviera tocando una melodía en un piano.

Ella nunca había tocado un instrumento. Pero Derek sí.

Apoyé mi mano sobre la suya.

—Oye, ¿estás bien?

Ella volvió a prestarme atención y se giró para mirarme. Un brillo de culpa apareció en sus ojos verdes antes de que apretara mi mano y sonriera.

—Sí. Estoy fenomenal.

—Quédate aquí conmigo, Sofía.

«*No en La Sombra. No con él*».

Ella respondió a mi petición con perplejidad.

—Estoy aquí, ¿no?

Sus dedos acariciaron mi barbilla. Odiaba no sentir apenas sus manos. Ninguna otra chica me había hecho desearla con tanto anhelo. Cuando sus suaves labios descansaron en la comisura de los míos, me aproveché y me giré para besarla profundamente. Si había algo que podía sentir por completo, eran los besos.

También sentí su sorpresa. A lo largo de los últimos días, probablemente ya había notado que los besos superficiales rara vez me satisfacían. Yo quería más, exigía más, y me complacía cuando ella respondía, como en ese momento.

A diferencia de los besos que había compartido con Tanya, los besos de Sofía no me traían visiones de Claudia.

—¡Rosarroja y el Príncipe Azul atacan de nuevo! —anunció Connor con una risotada. Había sido el primero al que le había confiado lo que sentía por Sofía, allá en nuestro primer año de instituto.

Me reí, alejando mis labios de los de Sofía. Las otras dos parejas de la limusina tenían sus ojos clavados en nosotros.

—Lo siento —dije con una sonrisa. Las mejillas de Sofía brillaban con un rubor carmesí—. No pude evitarlo.

—No te preocupes. —Connor hizo un gesto con la mano—. Después de todos estos años intentando convencernos de que sois solo amigos, no podemos culparos por besuquearos siempre que tenéis oportunidad. Tenéis mucho tiempo que recuperar.

—¿No terminó Blancanieves con el Príncipe Azul? —preguntó Alyssa, la pareja de Connor. Lanzó una rápida mirada a Sofía antes de mirarme a mí—. ¿En lugar de Rosarroja?

No podía culpar a Alyssa por detestarme. Ella y Tanya eran muy amigas. Lo que no me gustaba era su animosidad hacia Sofía. Me encogí de hombros.

—Ni idea.

—En realidad, Rosarroja termina con el hermano del Príncipe Azul —informó Sofía, con sus ojos burlones clavados en mí—. ¿Tienes algún hermano escondido en alguna parte?

Alyssa se cruzó de brazos lanzando una mirada de desdén a Sofía.

—Creo que hay una variación de la historia en la que Rosarroja termina con la Bestia.

Alyssa no podía saber lo cerca que sus burlas estaban de la realidad. Molesto, coloqué un mechón del cabello cobrizo de Sofía detrás de su oreja.

—Puedo ser el Príncipe Azul o su hermano... o incluso la Bestia. Seré quien haga falta para que Sofía esté conmigo.

El brillo de las mejillas de Sofía ya se había desvanecido cuando sus ojos de color esmeralda se encontraron con los míos. Interrogadores. Vacilantes. Asustados. No tenía ni idea de cómo asegurarle que iba en serio con ella.

«*Con suerte, después de esta noche lo sabrá*».

Me sentí aliviado cuando finalmente llegamos al baile, impaciente por tener a Sofía solo para mí. El baile de graduación discurrió tan bien como era de esperar. Fui coronado rey del baile y tuve que alejarme de Sofía para bailar con Tanya, que resultó ser la reina del baile.

Cuando volví con Sofía, la encontré sentada en una de las mesas, dibujando distraídamente algo en una servilleta de papel. Connor tropezó conmigo antes de llegar hasta ella.

—Parece que Rosarroja solo tiene ojos para ti. Un montón de chicos ya le han pedido bailar y los ha rechazado a todos.

Por fin llegué a su mesa y extendí mi mano hacia ella.

—¿Un último baile, Sofía?

Cubrió su dibujo con la palma de la mano, arrugando la servilleta de papel y metiéndola en la pequeña cartera que llevaba. Tomó mi mano y la conduje a la pista de baile. Ella puso sus manos en mis hombros, y mis manos se deslizaron hasta su cintura.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí —asintió.

—Seguro. —Volví los ojos con incredulidad—. Estás mintiendo.

Sofía se echó a reír.

—Bueno, está bien. Jamás me imaginé que asistiría al baile. Me conoces. Este no es precisamente mi mundo. Demasiada gente, demasiado ruido.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—Porque tú querías estar aquí. —Entonces bajó la vista hacia su vestido e hizo un mohín—. Y este vestido es demasiado lindo para desaprovecharlo.

—¿Quieres salir de aquí? —sugerí.

Sus cejas se arquearon.

—¿Seguro que quieres ir a casa tan temprano?

—¿Quién dijo nada de ir a casa? —La tomé de la mano—. Vamos. Tengo una sorpresa para ti.

Abandonamos el baile y nos encaminamos hacia el estacionamiento, donde nos esperaba mi camioneta negra. Había pedido a uno de los chicos de segundo año del equipo de fútbol que la llevara hasta allí.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Ya verás.

Tardamos media hora en llegar a Los Ángeles. Desde allí, unos kilómetros más adelante tomamos la carretera Cresta de Ángeles hasta llegar a un lugar desde el que se divisaba toda la cuenca de Los Ángeles.

—En realidad, este lugar habría estado mejor si hubiéramos venido antes de la puesta de sol, pero supongo que la noche estrellada tendrá que ser suficiente.

Ella se echó a reír.

—Solo espero que podamos ver las estrellas a pesar de la nube de contaminación.

Detuve la camioneta de modo que la parte trasera quedara frente a la panorámica de la ciudad. Quité la cubierta de la parte trasera y encendí una linterna para buscar la manta, un montón de cojines y una cesta de picnic. La sola visión de esa sonrisa radiante en su rostro hizo que valiera la pena el esfuerzo.

Sofía empezó a colocar todos los cojines en el borde de la camioneta para que pudiéramos acomodarnos.

—Vamos demasiado elegantes para algo así —comentó ella.

—¿A quién le importa? Los dos tenemos un aspecto increíble.

—Nunca me acostumbraré a tu modestia, Ben.

—La gente tan guapa como yo no necesita modestia. —Abrí la cesta de picnic y saqué las velas, distribuyéndolas por el borde de la camioneta. Le lancé los fósforos—. Enciéndelas, preciosa.

Cuando hubo terminado de encender las velas, yo ya había sacado el champán, el cuenco de fresas y el chocolate derretido. Sofía empezó a reírse tontamente de algo.

Cuando le dirigí una mirada inquisitiva, ella me lo explicó:

—Mira todas estas velas. Simplemente me preguntaba desde cuándo el peligro de incendio se ha convertido en algo romántico.

—¿Así que lo encuentras romántico? —Arqueé una ceja.

—Sí, pero no dejes que se te suba a la cabeza. Soy bastante fácil de complacer.

—¿Fácil? ¿Crees que fue fácil organizar todo esto? ¿Tienes idea de lo difícil que fue planearlo todo, mantenerlo en secreto y ocultárselo a mamá y a ti?

La dicha de su rostro se borró ante la mención de mi madre.

—Sofía, entiendes por qué no podemos decírselo todavía a mamá, ¿verdad? No creo que estemos preparados para lidiar con todo el melodrama que provocaría, y...

—Sí, lo entiendo, Ben —me interrumpió—. No te preocupes por ello.

Abrí el champán, bebimos y comimos el postre. Luego nos relajamos en un cómodo silencio, concentrados en la vista de la ciudad.

Cuando finalmente Sofía rompió el silencio, deseé que no lo hubiera hecho.

—He querido hacerte una pregunta, Ben... —Inmediatamente sentí su vacilación—. Mientras estabas preparando la comida, te toqué en la espalda para atraer tu atención. No respondiste. Eso ya me ha pasado muchas veces. Cuando te golpearon, seguí rozándote por accidente los hematomas y nunca te estremeciste siquiera. —Su voz estaba llena de preocupación—. ¿Por qué?

No quería hablar de ello, no quería admitirlo, pero ya había sacado el tema.

—Creo que Claudia enredó en mi sistema nervioso o algo así. No estoy seguro de lo que hizo. Todo lo que sé es que mi sentido del tacto está adormecido.

—Ben... yo...

No quería su lástima. Ya me había tenido yo suficiente lástima.

—Por eso deseo unirme a los cazadores, Sofía. No quiero ir por la vida pretendiendo que puedo volver a la normalidad. Claudia me robó esa posibilidad.

Su silencio fue suficiente respuesta. Dudaba que cualquier cosa que pudiera decir la convenciera de que debía unirse a los cazadores.

La sola mención de Claudia fue suficiente para arruinar mi buen humor. Estaba usando mi historia como arma arrojadiza para convencer a Sofía para que se uniera a los cazadores, y aquello bastó para estropear también el suyo.

—Salgamos de aquí —sugerí—. Tengo una sorpresa más.

—Vayamos.

Volvimos a la ciudad. Había reservado una habitación en un hotel. Sin el conocimiento de Sofía, ya les había dicho a mis padres que íbamos a ir a una gran fiesta con nuestros amigos para que no nos esperaran en casa esa noche.

No sabía qué esperaba conseguir. Tal vez era un intento desesperado de asegurarme que Sofía era mía. Pensé que si dormíamos juntos le resultaría más difícil dejarme.

En cuanto abrí esa puerta de hotel, con los pétalos de rosa repartidos por toda la cama tenuemente iluminada, y vi la expresión de su rostro, supe que había cometido un enorme error.

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy preparada para esto, Ben. Lo siento. —Su voz dejaba entrever que estaba a punto de estallar en lágrimas. Tenía la mano agarrada al bolso, temblando ligeramente.

—No pasa nada. Lo entiendo —mentí—. No tenemos que hacerlo. Me basta con pasar la noche contigo.

La atraje hacia mi pecho y la abracé. Nos besamos. Aun así, no pude evitar sentir que se me escapaba entre las manos.

Pasé la noche contemplándola mientras dormía.

«Tan pacífica. Tan hermosa».

Me pregunté si otra pesadilla acabaría por echar a perder su semblante tranquilo. Me pregunté qué horrores la esperarían en sus sueños agitados. ¿Estaría yo en ellos? ¿Estaría *él*? Me pregunté si ella todavía pensaba en él. Me pregunté si había estropeado lo que estaba tratando de construir con ella con la estúpida puesta en escena que había intentado montar esa noche.

Por encima de todo, me pregunté si alguna vez sería realmente mía.

Sofía

El estadio había comenzado a llenarse. En las gradas reinaba un sentimiento colectivo de entusiasmo. Por un lado, varios estudiantes, antiguos jugadores de fútbol, gritaban y vitoreaban para animar a su equipo. Las animadoras hacían lo que mejor se les daba, y estaban ejecutando un ejercicio nuevo muy impresionante. En las gradas que estaban sobre nosotros se oían más de una docena de conversaciones. Una de ellas era la de Lynn y Amelia, que comentaban con entusiasmo lo magnífico que era que Ben estuviera de vuelta en el equipo.

Él era el único motivo por el que yo estaba aquí. Nunca me había gustado ese deporte y solo entendía lo que pasaba gracias al marcador. Mientras la mayoría de las personas que me rodeaban estaban impacientes porque el juego comenzara, yo estaba deseando que terminara y que el equipo de Ben ganara para no tener que escucharlo, ya que era un mal perdedor.

—¿Dónde está Abby? —Amelia tiró de la manga de mi chaqueta.

—Creía que estaba con Lyle... —El padre de Ben la había llevado en brazos hasta nuestros asientos.

—Lyle fue a por comida. Me dijo que Abby estaba contigo. Se supone que la estabas cuidando.

En el asiento de al lado, Colin, el elefante de peluche de Abby, estaba sentado donde tendría que estar la niña de cinco años. El pánico empezó a bullir en mi interior.

—Voy a buscarla —le aseguré a Amelia antes de abandonar mi asiento y buscar a la niña zigzagueando entre las gradas—. ¡Abby!

—¡Sofía! —me respondió una voz masculina.

Me giré rápidamente. Suspiré con alivio al ver que Abby estaba sentada en el regazo de Kendra James. Su esposo, Mike, me estaba llamando. Eran los padres de Connor y muy amigos de los Hudson.

—¡Abby, nos has dado un susto de muerte! —exclamé mientras me acercaba.

—Creí que habías pedido permiso —la regañó Kendra en un tono demasiado suave y dulce para que la niña se lo tomara en serio.

Abby mostró su sonrisa encantadora, y su coleta de rizos rubios saltaba arriba y abajo mientras aleteaba sus pestañas de una forma que me recordó a su hermano mayor. Soltó una risita.

—Lo hice. Solo que Sofía no me oyó.

Hice un gesto de desesperación con los ojos.

«Si esta niña se vuelve solo un poco más mona, será capaz de librarse hasta de una acusación de asesinato».

Mike y Kendra sentían un cariño especial por Abby, principalmente porque de sus cuatro hijos, Connor era el menor y no tenían ninguna hija. Kendra se emocionó muchísimo cuando Amelia le pidió que fuera la madrina de Abby. Adoraban a la preciosa diablilla y no podía culparlos. Abby era encantadora, igual que Ben.

—Creo que deberíamos volver a nuestros asientos antes de que a tu mamá le dé un ataque cardíaco, Abby —la conminé.

—Discúlpalos Sofía —dijo Mike—. Nos vio y vino con nosotros. No pretendíamos preocuparte.

—No importa —sonreí. Por supuesto, por la cara de Amelia cuando me había preguntado dónde estaba Abby, sí que importaba. Amelia y yo no nos llevábamos precisamente bien en ese momento. No me había hablado mucho desde que Ben y yo volvimos. Tendí mi mano a Abby, y ella la tomó a regañadientes, y solo después de haber recibido una golosina de Kendra.

—Dale las gracias, Abby —dije.

Abby volvió un poco la cabeza, haciendo que algunos rizos resbalaran sobre su carita.

—Gracias Kendra.

Por supuesto, al matrimonio le pareció tiernísimo. Medio empujé, medio arrastré a Abby hasta nuestros asientos, ya que seguía haciéndose amiga de todos los que nos cruzábamos. Sería muy fácil secuestrarla.

«*Amelia va a tener que vigilarte muy de cerca, Abby. Te acabarás metiendo en problemas*».

—¿Dónde estaba? —la voz de Amelia sonaba fría y sin emociones.

—Con Mike y Kendra.

—No sé qué tienes, Sofía, pero mis hijos siempre se meten en problemas cuando están contigo. —Empezó a revisar a su hijita para comprobar que estaba bien.

—No es culpa de Sofía, mami. —Abby salió en mi defensa—. No le pregunté si podía ir.

No podía culpar a Amelia por preocuparse. Tendría que haber prestado atención a Abby. La verdad era que estaba celosa de Ben y de Abby por tener una madre que se preocupaba por ellos. Los únicos recuerdos que yo tenía de la mía eran de cuando me encerraba en el armario por comportarme mal. Amelia no se parecía en nada a ella en su trato con sus hijos. Los quería de verdad y lo demostraba. Se me partía el corazón cuando veía cómo sus ojos azules brillaban con lágrimas al mirar a Ben. Nunca dejó que su hijo lo viera, pero lo que le había pasado a Ben la desgarraba por dentro.

—El partido va a empezar en unos minutos. —Lyle salió en mi rescate—. Tranquilízate. No te preocupes, Sofía.

Sonreí y me fui a mi asiento. Mi teléfono comenzó a vibrar dentro del bolso y lo rebusqué para comprobar quién era. Encontré varios mensajes de Ben, contándome lo nervioso que estaba. Después de todo, era un partido muy importante. Le envié un mensaje asegurándole que iba a jugar muy bien.

Los equipos entraron en el campo y Ben me localizó en las gradas mientras corría. Me guiñó un ojo.

Le dediqué mi mejor sonrisa y le mandé un beso, esperando que Amelia no hiciera ninguna escena. Cada vez era más difícil ocultarle a Amelia que Ben y yo estábamos juntos. Sabía que ya había notado que Ben y yo nos tratábamos diferente cuando estábamos en casa. La verdad sea dicha, estaba empezando a creer que tal vez era mejor que no lo supiera.

Después de lo que había intentado en la habitación del hotel la noche del baile de graduación, había empezado a pensar seriamente en qué consistía mi relación con Ben. Me hacía sentir bien y mal a la vez. Después de todo lo que habíamos sufrido, nos debíamos a nosotros mismos una oportunidad para el romance. Pero a veces parecía que estaba con él porque de alguna forma se lo *debía*, e intentaba hacer que nuestra relación funcionara.

Sabía que él me deseaba. Después de todo, Ben era extrovertido, lo proclamaba a los cuatro vientos y nunca era reacio a mostrar sus sentimientos. Por otro lado, yo sabía que lo quería, pero todavía no estaba segura de si aquel sentimiento podría crecer y ser algo más que una amistad.

A pesar de todo lo que Ben hacía por mí, Derek seguía siendo la última persona en la que pensaba cuando me iba a dormir y la primera en la que pensaba al despertarme. Quería apartarlo de mi mente, pero me obsesionaba a cada instante cuando estaba despierta, y siempre que besaba a Ben la culpa me comía por dentro.

Esa misma punzada de culpa y vergüenza me invadieron cuando vi a mi novio correr al centro del campo. Yo era la envidia de todo el equipo de animadoras y de algunas chicas más, pero los días en los que aquello me importaba habían quedado atrás.

Ahora tenía lo que había deseado durante toda la Secundaria. Estaba con Ben y, sin embargo, había algo en salir con él que no me parecía bien, y me preguntaba si él también lo sentía.

El partido empezó y miré a Abby para asegurarme de que estaba bien. Estaba sentada en el regazo de Lyle, con el elefante Colin entre sus bracitos. Parecía que se estaba divirtiendo como en su vida, y sus ojos brillaban mientras miraba el partido. Amelia también tenía un aspecto mucho más relajado. Pensé que le hacía bien ver a Ben en su elemento, de regreso al fútbol.

Me recliné en el asiento, sin estar segura de entender lo que estaba pasando en el campo, pero una mirada rápida al marcador me indicó que nadie iba ganando, todavía no.

—Hola, Sofía. ¿Puedo hablar contigo en privado?

Giré la cabeza. Me quedé pálida como la muerte. Sentada a mi lado, en el asiento vacío de Abby, estaba Vivienne Novak.

Chillé, pero un grito de júbilo estalló en las gradas y ahogó mi reacción. El marcador mostraba que el equipo de Ben iba en cabeza. Tenía motivos para estar

contenta, pero ¿cómo podía alegrarme cuando tenía un vampiro sentado justo a mi lado?

Me quedé helada. Por mucho que lo intenté, no pude apartar los ojos de ella. Se me había cortado la respiración. No podía tomar aire ni exhalarlo. La multitud que nos rodeaba comenzó a calmarse.

Vivienne agarró mi mano y me estremecí con la frialdad de su piel.

—No tengas miedo. No voy a hacerte daño, Sofía. No tengo mucho tiempo. Por favor. ¿Podemos hablar?

Más allá de la sinceridad que se leía en sus ojos de color azul violeta, me conmovió un sentimiento que jamás creí que vería en la princesa de La Sombra. La traicionaron el temblor de su mano sobre la mía y el ligerísimo estremecimiento de su labio inferior. Miedo. Tenía miedo, y no pude evitar preguntarme a qué podría temer alguien como ella.

Por alguna razón, su miedo me tranquilizó y me permitió volver a respirar. Estaba en territorio humano, en *mi* terreno. Aquí no tenía ningún poder sobre mí. Hice un gesto de negación.

—No voy a ir a ningún lado sola contigo, Vivienne.

—Sofía, ¿va todo bien? —preguntó Lyle desde atrás, apoyando una mano en mi hombro.

—Por favor... —La mano de Vivienne apretó la mía con más fuerza, y la expresión de su rostro dejaba traslucir nueva emoción: desesperación.

Volví ligeramente la cabeza para responder a Lyle.

—No pasa nada. Es una chica de mi clase. Ha venido a preguntarme por las solicitudes de ingreso para las universidades.

Lyle miró a Vivienne con desconfianza, pero asintió.

—De acuerdo.

Volví a mirar a Vivienne.

—Hay una cafetería justo al lado de la salida oeste. Me reuniré contigo allí en cinco minutos.

Asintió y se fue. Era como si estuviera deseando irse. Observé cómo conseguía que un par de *jeans*, una camisa suelta de cuadros y una gorra de béisbol en la cabeza parecieran sensuales y femeninos.

«Una agencia de modelos haría una fortuna con ella. —Aparté aquel pensamiento—. ¿Qué está haciendo aquí y qué querrá de mí?».

Cinco minutos más tarde, después de rogar a Lyle y a Amelia que me dejaran ir, esperaba la respuesta a esa pregunta sentada enfrente de Vivienne en una cafetería abarrotada. Sostenía la taza de café con leche con ambas manos, disfrutando del calor antes de dar un pequeño sorbo. Acababa de aceptar tomar café con un vampiro.

«¿Tienes un último deseo antes de morir o algo así, Sofía?».

Los ojos de Vivienne iban de una esquina de la cafetería a otra, como si sospechara que alguien la estaba siguiendo. Por fin pudo dejar de moverse

nerviosamente.

—Gracias por haber aceptado hablar conmigo. —Su voz era ronca, como si no hubiera bebido en bastante tiempo.

Pensar que estaba sedienta no hizo mucho por tranquilizarme. Dejé la taza de café en la mesa que había entre nosotras.

—¿Qué ocurre, Vivienne?

Juntó las manos y las apoyó en su regazo. Cerró los ojos durante unos segundos y tomó aliento un par de veces antes de volver a abrirlos.

—No es nada. Es solo que no había salido de La Sombra desde hace cientos de años. Estoy un poco al límite. En cualquier caso, no sé de cuánto tiempo dispongo, pero responderé a todas las preguntas que tengas hasta donde me sea posible.

«¿Preguntas sobre qué? —No tenía ni idea de qué estaba hablando—. Habla como si en cualquier momento fuera a desplomarse y morir».

En La Sombra Vivienne siempre me había parecido calmada y serena. Tenía esa mirada que parecía saberlo todo y que me hacía sentir inquieta a su lado, como si pudiera leer mi alma. Verla hecha un manojo de nervios era definitivamente intrigante.

—¿Podrías empezar por decirme por qué estás aquí? Te comportas de forma extraña y me estás poniendo nerviosa.

Un destello de interés cruzó por sus impresionantes ojos.

—No me extraña que estuviera tan enamorado de ti. He venido a pedirte que vuelvas a La Sombra.

Me quedé con la boca abierta, y una risa seca se escapó de mis labios.

—Tienes que estar bromeando —dije antes de hacer un movimiento para levantarme.

—Espera. Por favor. Escúchame.

Vivienne aún apestaba a miedo y desesperación, pero había algo más, algo que no podía identificar.

Me senté de nuevo.

—Espero que sea importante.

Se removió en su asiento y arrugó la nariz, como si estuviese sopesando cuidadosamente sus palabras. Empecé a tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras esperaba que dijera algo.

—¿Y bien? Estoy esperando.

Vivienne dejó escapar un profundo suspiro antes de encontrar por fin las palabras adecuadas.

—No esperaba que sobrevivieras.

Los ojos se me abrieron.

—Eso no es precisamente un buen comienzo, Vivienne.

—Quizás —admitió—, pero es la verdad. —Bajó la voz para que solo yo pudiera escucharla—. Aquella noche, cuando os llevamos a las chicas y a ti ante Derek, justo

después de que despertara, no creí que fuera capaz de contenerse y no devoraros a todas.

Recordaba bien aquella noche. Lo asustada que estaba. Cómo sostuve la mano de Gwen con la esperanza de dar y recibir un poco de consuelo. Cómo por algún motivo atraje la atención de Derek. Cómo me inmovilizó contra una columna de mármol.

—Si era eso lo que pensabas, ¿por qué nos llevaste ante él? Nos condujiste al matadero. Es enfermizo, Vivienne.

—Así son las cosas en La Sombra.

—De nuevo... no es un argumento muy convincente para regresar. ¿A dónde pretendes llegar?

—Hace mucho tiempo se pronunció una profecía sobre Derek. La profecía dice que él gobernará y que llevará a nuestra especie a un verdadero santuario.

—¿Vuestra especie? ¿Te refieres a los vampiros? —No me preocupé por bajar la voz. No me importaba quién pudiera escuchar. Vivienne no me estaba dando muchos motivos para protegerla.

La sorpresa de su rostro demostraba que no estaba ni un poco acostumbrada a mi audacia, pero se recuperó.

—Sí. Nuestra especie. Derek pidió a Cora, una gran bruja antepasada de Corrine, que lo durmiera con un hechizo. Quería escapar de todo lo que habíamos hecho para mantener La Sombra a salvo. La culpa lo estaba matando.

—¿Por qué? ¿Qué hicieron los tuyos exactamente para que se sintiera tan culpable?

Vivienne se revolvió en su asiento.

—Esa pregunta deberías hacérsela tú misma.

Me encogí. Su declaración me hizo sentir una punzada de nostalgia. Sonreí con amargura y asentí.

—Adelante. ¿Qué estabas diciendo?

—Derek pensó que ya había cumplido la profecía cuando nos establecimos en La Sombra. Pensó que la isla era nuestro verdadero santuario. Cora sabía que no era así. Sabía que Derek aún no había terminado, y por eso, y sin que él lo supiera, dispuso que su hechizo tuviera un final. Derek despertaría cuando llegara el momento de encontrar a la chica que lo ayudaría a cumplir su destino.

Hizo una pausa y me miró buscando alguna reacción, pero yo aún estaba asimilando sus palabras.

—Fue Corrine quien advirtió que estaba a punto de despertar, y dejó bien claro que las chicas capturadas una noche determinada estaban reservadas para él.

—Mi cumpleaños. —Recordé cómo me había sentido aquella noche. Ben se había olvidado de mi cumpleaños y había pasado la mayor parte del día coqueteando con Tanya.

—Sí. Tu cumpleaños. Derek no se había alimentado de sangre humana en cuatro siglos. No creo que puedas entender lo difícil que fue para él no alimentarse de ti.

Cuando te arrojó contra aquella columna pensé que era tu final.

Recordé el cuerpo grande y viril de Derek presionado contra el mío, sus fuertes brazos sujetándome contra la columna, su respiración helada erizándome la piel del cuello... Estaba aterrorizada.

—Pero te perdonó. No sé lo que le dijiste, pero llegaste a él de una forma que nadie antes había sido capaz. Ni nuestro padre, ni nuestro hermano ni yo misma, ni siquiera Cora fue capaz de llegar a él como lo hiciste tú.

Tragué saliva. No podía aceptar lo que sugería.

—No soy la chica de la que hablaba Cora.

Vivienne me miró con lo que casi podría parecer afecto.

—Sofía, mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mi hermano gemelo.

Fruncí los labios y la mandíbula se me crispó. Aunque intentara mentir, sabía que no podía engañarla. No había pasado un día desde que abandoné La Sombra en que no hubiera pensado en Derek.

La sonrisa de Vivienne era amarga.

—Ya me lo imaginaba.

Apreté con fuerza los reposabrazos del sillón y me acomodé en el borde. No iba a dejar que ganara así de fácil.

—Derek me importa, Vivienne, pero eso no significa nada. Eso no prueba que sea la chica destinada a ayudarlo a cumplir algún tipo de profecía. —Una risa sarcástica se escapó de mis labios—. Además, ¿por qué demonios iba a ayudar a Derek a salvar a los de tu especie? Después de todo lo que me hicisteis pasar, después de todo lo que hicisteis sufrir a Ben y a tantos otros...

—Porque, como dijiste, Sofía, él te importa. —Sus ojos de color violeta relucían—. Te necesita.

Vivienne era su gemela, lo conocía mucho mejor de lo que yo lo conocería jamás. Sus palabras pesaban, pero no logré que mi mente aceptara la idea de que Derek pudiera necesitar a alguien como yo.

«¿Quién soy yo?».

Y aun así, sus palabras desencadenaron todo el anhelo reprimido, y me descubrí preguntando:

—¿Cómo está?

—La oscuridad vino a por él en cuanto te fuiste. Se está llevando al hombre en que se había convertido cuando tú estabas allí.

Sentí cómo mi rostro perdía el color y mis labios se abrían para tomar aliento.

—La oscuridad se acerca —murmuré entre dientes.

Las palabras parecieron significar algo para Vivienne, porque sus ojos centellearon al reconocerlas.

—¿Qué has dicho?

Sacudí la cabeza.

—Nada. —No me atraía mucho la idea de contarle todas las pesadillas que tenía.

Mi teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa de la cafetería. Lo miré de reojo, pero decidí no comprobar el mensaje. Tomé otro sorbo de mi café con leche, que ya no estaba tan caliente. Me sentía abrumada de preocupación por Derek.

«Si mis pesadillas tienen algún significado, entonces...».

Tragué saliva.

—¿Cómo están las chicas? —La culpa me dominó al pensar en Ashley, Paige, y Rosa. Eran mis amigas y las había abandonado.

Cuando Vivienne me dijo que Derek había atacado a Ashley en la Sala del Sol, que había bebido su sangre hasta casi matarla, no tenía ni idea de cómo me iba a recuperar, tanto de la culpa como de la conmoción. Creí que en parte era culpa mía, porque nunca hice nada para sacar a Ashley y a las otras chicas de La Sombra, pero siempre había tenido la seguridad de que Derek las mantendría a salvo. No podía aceptar la idea de que fuera capaz de hacer algo así.

«No es en absoluto el Derek que conocí».

—No sé durante cuánto tiempo mi hermano podrá contenerse sin tocarla. — Vivienne seguía abriendo y cerrando los dedos una y otra vez—. Ahora que ha probado su sangre, estoy segura de que la desea. Aunque Ashley esté viviendo con Kyle, sigue estando muy cerca. Puede sentirla.

—¿Por qué me estás contando esto, Vivienne? —Las lágrimas amenazaban con surcar mis mejillas.

—¿Recuerdas la noche en que llegaste? ¿Cuándo estabas en el calabozo? Te dije que no eras más que un peón.

Aún podía recordar sus palabras exactas y lo aterrizada que me hicieron sentir.

«Entiende, niña, que aquí tú no eres nada. No eres más que un peón, una pieza que se usa para hacer que el tablero se mueva. Tu mejor oportunidad de sobrevivir y probar tu valor es ganarte el afecto de Derek. Teniendo en cuenta todo lo que sé de mi hermano, ni siquiera estoy segura de que sea posible».

—¿Cómo podía olvidarlo? —sonreí con amargura.

—Me equivoqué. —Vivienne, con toda su gracia y belleza, me miró a los ojos y dijo—: No eres un peón, Sofía. Eres la reina.

Antes de que pudiera comprender sus palabras, los ojos de la vampira se abrieron con horror, como si hubiera visto algo detrás de mí. Miré a mi espalda pero no vi nada más que un grupo de gente tomado café.

—Vivienne, ¿qué ocurre? Has estado actuando de forma extraña desde...

—No importa —me interrumpió—. Los cazadores están aquí. Tienes que regresar a La Sombra, Sofía. No hay otra salida. Te puedes quedar en mi casa. No vas a volver como una esclava. Te voy a dar algunos de mis recuerdos junto con instrucciones sobre cómo llegar a La Sombra. Ellos sabrán que te envié.

—¿Cómo demonios vas a darme tus recuer...?

Me tomó las manos, y tuve que cerrar los ojos mientras me inundaba un diluvio de imágenes.

Vampiros quemados en la hoguera... Una sonrisa y el beso de un apuesto joven en la mano... El mismo hombre gritando mientras alguien lo torturaba... El símbolo de un halcón marcado con hierro candente en la espalda desnuda de Derek...

Las imágenes, algunas dulces, otras confusas y la mayoría de ellas terroríficas, cruzaron por mi mente en una oleada tras otra, hasta que finalmente vi el camino de vuelta a La Sombra y la oscuridad me engulló.

Cuando me libré del influjo de aquellos recuerdos que no me pertenecían, abrí los ojos y encontré a Lyle frente a mí, sosteniendo mi cara entre sus manos.

—¿Estás bien Sofía? —Percibí pánico en su voz—. ¿Qué te ha hecho?

Detrás de él, el cuerpo inconsciente de Vivienne yacía en el sillón que estaba frente a mí. Dos hombres que parecían paramédicos se apresuraron hacia ella. Uno de ellos le clavó una jeringuilla en el brazo antes de sacarla de la cafetería.

«¿A dónde la llevan?».

Quise preguntar, pero me di cuenta de que Lyle estaba moviendo los labios y yo no oía lo que decía. Abrí la boca para hablar, pero no me salió ninguna palabra. Luego mi visión se hizo borrosa y todo se volvió negro.

Derek

«¿*Qué diablos estoy haciendo aquí?*».

Las Cumbres Negras eran el último lugar donde esperaba estar. Odiaba las cuevas de la montaña y su red de oscuros túneles. Me traían recuerdos de tiempos desesperados.

Aún así, seguí a un guardia a través de corredores de piedra bien iluminados hasta la celda donde estaba prisionera Claudia. Las Celdas habían cambiado drásticamente desde la última vez que las había visitado. Se había hecho mucho para acondicionar las cuevas. Suelos planos de cemento, electricidad, puertas... esas eran solo algunas de las modificaciones que lograban que el lugar se pareciera más al interior de un edificio de verdad que a cuevas húmedas y oscuras, vacías de vida y luz.

El guardia se detuvo delante de lo que parecía la puerta de una celda. En lugar de barrotes, unos rayos de luz blanca azulada mantenían prisionera a Claudia.

—¿Qué son? —pregunté, señalando los barrotes.

—La estructura de estos barrotes es compleja, pero creo que se componen en parte de rayos UV, Alteza —respondió el guardia.

—¿Cuántas celdas de este tipo tenemos? —Sentí curiosidad.

—Tres. Rara vez tenemos prisioneros vampiros.

«*Por supuesto. Después de todo, las Celdas son fundamentalmente para los humanos*».

Apretó un botón y los rayos se retrajeron. Entré en la celda y encontré a Claudia sentada con las piernas cruzadas sobre un pequeño catre. La melena rubia hacía que su rostro redondo pareciera pequeño. Tenía sus ojos azules clavados en mí. Vestía una sencilla bata blanca, muy diferente de sus llamativos conjuntos. El sencillo atuendo y la falta de maquillaje hacían que pareciera una adolescente normal.

«*Una chica de diecisiete años con ojos viejos, ojos que han visto demasiado...*».

Los barrotes se cerraron detrás de mí, encarcelándome con ella.

—Solo tenéis que llamar cuando deseéis salir, Alteza.

Asentí y le despedí con la mano. Me concentré en la hermosa rubia que tenía ante mí.

—El todopoderoso príncipe me hace una visita. ¿Qué he hecho para merecer tal honor? —Si estaba resentida conmigo, lo ocultó. Sus pestañas doradas revoloteaban mientras una sonrisa juguetona aparecía en sus labios.

—Quería hacerte una pregunta.

—¿Sí? —Claudia ladeó la cabeza—. Entonces preguntad lo que deseéis.

Dudé.

«*¿Por qué estoy aquí?*».

Se puso de pie y se acercó a mí, estudiándome.

—Siempre estáis tan tenso, príncipe Derek. Ese es vuestro principal problema. No sabéis relajaros, no como vuestro hermano mayor. —Deslizó varios dedos por mi mejilla.

Me alejé de ella, asqueado de su tacto.

—¿Cuándo fue la última vez que yacisteis con una mujer?

«*Una cada noche desde que Sofía se fue*».

Había ordenado a Vivienne que me enviara una chica o dos para que me hicieran compañía en el dormitorio. Sin ellas, el olor de Sofía en mis aposentos era demasiado fuerte. Incluso teniendo otras mujeres para distraerme, todavía la tenía dentro de mi cabeza.

—Podría ayudaros a relajaros —se ofreció Claudia.

La aparté de un empujón antes de que pudiera poner una mano sobre mí.

—No estoy aquí por eso. Siéntate, Claudia. Me gustaría hablar de algo privado contigo.

Sus cejas se arquearon.

—Algo privado. —La idea, obviamente, le encantaba—. Esto va a ser interesante. —Me dio la espalda para volver a su catre.

Me sorprendió ver que la parte baja de su bata estaba llena de manchas de sangre. La agarré del brazo.

—Las heridas de los latigazos... ¿No han cicatrizado todavía? Ya han pasado varios días desde que...

Claudia se escurrió de mi mano y se sentó de nuevo en el catre.

—Mi querido príncipe —siseó—, deberíais averiguar el alcance de vuestros castigos antes de imponerlos. Me inyectaron un suero para retrasar la curación antes de asestarme los latigazos. Mientras el suero esté en mi sistema, no sanaré.

Tragué saliva.

—Oh, no os preocupéis demasiado por esto. —Sonrió con amargura—. Alguien ha estado viniendo a tratarme las heridas.

—¿Quién? —No se por qué lo pregunté. Ya sabía la respuesta.

—Yuri. —Una chispa de placer apareció en sus ojos—. ¿Lo vais a castigar por ayudarme? Deberíais. Sus "tratamientos" duelen como demonios. Estoy empezando a pensar que en realidad le gusta oírme gritar de dolor.

Estaba a punto de preguntar por el Lazaroff más joven, pero decidí no hacerlo. La idea de explorar la retorcida mente de Claudia no era muy atractiva y no había ido para eso.

—En cualquier caso, decidme por qué estáis aquí, príncipe Derek. Me muero por saberlo.

—Ben. —Sus ojos brillaron al oír aquel nombre—. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto. Era especial, era... difícil de olvidar. Me arrepiento de haberlo llevado conmigo cuando os visité, pero ¿cómo iba yo a saber que vuestra pequeña y

fogosa mascota lo conocía? En cualquier caso, ¿qué tal está ella?

—Doy por sentado que saboreaste su sangre desde la primera noche que lo tuviste contigo. ¿No es así?

Claudia asintió.

—¿Cómo te las arreglaste para beber de él durante tanto tiempo sin acabar con su vida? ¿Cómo lograste ese tipo de control?

Se quedó pensativa, como si también ella estuviera sorprendida.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Deseo la sangre de una chica. He probado su sangre y ahora estoy desesperado por terminar la matanza.

—¿Vuestra encantadora pelirroja? Una cosita tan hermosa desperdiciada en una matanza...

—Responde a mi pregunta.

«Primero Vivienne. Ahora Claudia».

La constante mención de Sofía me estaba alterando los nervios.

—Siempre tan enérgico —protestó Claudia con un mohín—. Nunca pude controlarme y no terminar con un humano en más de una semana o dos.

—Pero él estuvo contigo muchas semanas. Lo trajeron a La Sombra no mucho después que a Sofía. —Su nombre me dejó un sabor amargo en la boca.

—Ben me recordaba a alguien. Alguien del pasado. —Algo oscuro y malvado empañó el rostro de Claudia—. Como os dije, él era especial. Quería conservarlo tanto tiempo como fuera capaz. —Se encogió de hombros—. Tal vez la rabia hacia un humano nos da algún tipo de control.

Sacudí la cabeza, comprendiendo lentamente.

—No la rabia, un sentimiento.

—Quizás. ¿Eso es todo lo que vinisteis a preguntar? —Estiró la espalda e hizo una mueca de dolor. Me lanzó una mirada fugaz llena de rabia.

«Yo le he hecho eso».

—Pequeña y bonita Sofía. —La mirada de Claudia estaba ahora en blanco, y sus palabras rezumaban veneno—. Ben hablaba de ella en sueños. ¿Qué tiene ella que lo tenía tan atrapado a él, e incluso a vos? ¿Recordáis la expresión de sus ojos cuando se vieron? Cómo se abrazaron... tan jóvenes, tan enamorados... ¿Por qué no os molestaba?

Tragué saliva. Un torrente de imágenes no muy gratas de Ben y Sofía uno en brazos del otro se precipitaron por mi mente. Me pregunté si Claudia me estaba provocando, pero la ira que ardía en sus ojos me dijo que ella también estaba reviviendo los celos que había sentido al verlos juntos. Su rabia no iba dirigida a mí, sino a él, a ella.

Recordaba muy bien aquel día. Claudia vino a rendirme pleitesía y Sofía volvía de dar un paseo al aire libre. Era sencillo ver que ella y Ben se tenían afecto, y pedí a Claudia que me diera a Ben, para complacer a Sofía. Recordé cómo había sostenido

el cuerpo de Claudia y lo había atraído hacia el mío cuando le di la orden. Había utilizado a Claudia solo para ver cómo reaccionaba Sofía al verme poner las manos encima de la seductora vampira rubia.

No me lo había imaginado. Estaba seguro de haber visto celos en la verde mirada de Sofía.

No supe qué espíritu se apoderó de mí para hacer aquello, pero en lo único que podía pensar era en vengarme de Sofía por dejarme. Deseaba ponerla celosa de nuevo. Antes de que pudiera entender qué estaba pasando, había permitido que Claudia me tirara al catre y su cuerpo se retorció bajo el mío.

Durante un corto periodo de tiempo, Claudia, Ben y Sofía consumieron mi mente y no dejaron espacio para mi deseo por Ashley, pero era consciente de que, al acostarme con Claudia, acababa de hundirme aún más bajo. Cuando me separé de ella y comencé a vestirme, me di cuenta de que Claudia estaba sollozando. Tenía la espalda vuelta hacia mí. Las heridas frescas que laceraban su espalda hicieron que se me revolviera el estómago.

Atrás quedaba la furiosa vampira que intentaba impartir venganza sobre Ben y Sofía. En su lugar había una niña rota.

La culpa que sentí me recordó los restos de humanidad que todavía me permitía tener. En mi deseo de aliviar mi culpa, hice lo peor que podía hacer. Le dije que reduciría su sentencia por el servicio que me había prestado.

La mirada de odio que me lanzó deseaba infligir un dolor horrible antes de matar la presa. Me di cuenta de mi error de inmediato, recordando lo que Claudia había sido. Acababa de ofrecerle un pago por sexo y sabía que nunca me lo perdonaría.

Ben

En el momento que el equipo marcó el touchdown final que nos hizo ganar el partido, mis ojos volaron a las gradas en busca de Sofía. Era un partido para el campeonato y ella sabía lo mucho que significaba para mí. Quería que mi novia corriera a mis brazos y me felicitara, apretando sus labios contra los míos. Pero no la encontré por ningún sitio. En cambio, mi madre se acercó llevando a Abby en brazos.

—¡Ben! ¡Estoy tan orgullosa de ti! —canturreó mientras me daba un beso en la mejilla.

Abby lanzaba vítores que no tenían mucho sentido. Me imaginé que estaba tratando de imitar a las animadoras pero no recordaba los cánticos, así que lo coreaba a su manera.

—Gracias, mamá, y gracias, Abby. —Miré a mi alrededor—. ¿Dónde están papá y Sofía?

Mi madre torció los ojos.

—Sofía salió del estadio con una amiga poco después de que comenzara el juego. Como no regresaba, tu padre fue a buscarla. No sé nada de ellos desde entonces. ¿Lo llamo mientras te duchas?

Algo iba mal y lo sabía.

«*Da igual que el atractivo del fútbol se le escape totalmente, Sofía, no se marcharía durante un partido que sabe que es tan importante para mí*».

—¿Sabes quién es esa amiga suya?

—No, no la había visto nunca. Alta, joven y bonita, con el cabello negro.

Busqué en mi mente a alguien que encajara en esa descripción y sacudí la cabeza.

—Intentaré llamar a Sofía.

Caminé hacia el banquillo donde había dejado mi teléfono con uno de los reservas más jóvenes. Mi madre y mi hermana me siguieron. Marqué el número de Sofía. Varios tonos más tarde, alguien contestó.

—¿Hola?

Tardé un par de segundos en reconocer la voz familiar.

—¿Papá? ¿Dónde está Sofía? ¿Está bien?

—Sí. Está bien. Estamos de vuelta en casa. —Intentó que el tono de su voz sonara ligero—. ¿Ganaste el partido?

—Sí, lo logramos. ¿Puedo hablar con Sofía, por favor?

—Ahora mismo está inconsciente, pero no te preocupes. Ella está...

—¡Inconsciente! ¿Por qué está inconsciente? ¿Qué ha ocurrido? Voy ahora mismo.

—Ben. —La voz de mi padre era a la vez firme y tranquilizadora—. Confía en

mí. Ella está bien. Toma una ducha y disfruta de una cena de celebración con tu madre y tu hermana. No te preocupes por Sofía. Estará esperándote cuando regreses.

—Es mi novia, papá. ¿Cómo no me voy a preocupar?

La sorpresa en el rostro de mi madre no me pasó desapercibida. No me importaba. Ya era hora de que se enterara. Ni siquiera esperé a la respuesta de mi padre. Colgué el teléfono y corrí a los vestuarios para cambiarme, sin molestarme en explicárselo a mi madre, que se había quedado boquiabierta.

Ya estábamos conduciendo a casa cuando sacó el tema a relucir.

—Sofía y tú... —Agarró el volante con más fuerza—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Los vi besarse —dijo Abby, metiendo baza desde el asiento trasero.

—Cállate, Abby.

—No le hables a tu hermana de esa manera. Responde a mi pregunta.

Miré furioso a Abby mientras ella me sacaba la lengua.

—Empezamos a salir un par de semanas antes del baile de graduación.

Mi madre tragó saliva antes de disparar su siguiente pregunta.

—¿Dormisteis juntos la noche del baile de graduación?

«*Qué manera de ir directa al grano*».

—No, mamá. —Apreté los dientes—. Bueno, sí, pasamos la noche juntos en la misma habitación, pero no ocurrió nada.

—Sofía trae problemas, Ben.

—¿Lo ves? Ahí lo tienes. Por eso te lo ocultamos, porque sabíamos que ibas a reaccionar así. Siempre me has protegido demasiado, mamá... y Sofía no tiene por qué sufrir que la rechaces.

—No la conoces.

—Es mi mejor amiga y ahora es mi novia. La conozco mucho mejor de lo que tú la conocerás jamás. Y si te hubieras molestado en pasar tiempo con ella durante los últimos ocho años, sabrías lo increíble que es. Papá sí lo hizo.

Una llamarada de ira apareció los ojos de mi madre.

—¿Tu padre lo sabía?

—Sí. Nosotros no se lo dijimos. Lo adivinó.

—¿Y si Sofía acaba como su madre, Ben?

—Eso es un golpe bajo, mamá. Sofía no se parece en nada a la loca de su madre.

Amelia sonrió con amargura.

—Tú no conociste a Camilla. Nunca la viste. Era exactamente igual que Sofía. Hermosa, dulce, encantadora, con voz suave... Ambas tienen ese aire arrebatador, y ninguna de las dos es consciente del efecto que tienen sobre los demás. Mira lo que pasó con Camilla, Ben. Confinada por su propio marido para no verla nunca más.

—Sofía no terminará así.

—Adelante, sigue repitiéndote eso. —Mi madre pisó el freno y respiré aliviado al ver que ya estábamos en casa.

Salté fuera del vehículo, ansioso por alejarme lo más posible de mi madre. Corrí a la puerta y me lancé escaleras arriba, directo a la habitación de Sofía.

Contuve el aliento cuando la vi tendida en la cama con los ojos cerrados. Se movía ligeramente. Inmediatamente me subí a su lado a la cama y sostuve su mano. Deslicé mi brazo por debajo de su hombro para colocar su cabeza sobre la almohada. El movimiento hizo que la almohada se moviera. Alcancé a ver algo que había debajo. Aquello despertó mi curiosidad, pero los ojos de Sofía se abrieron y, en cuanto se posaron en mí, acapararon toda mi atención.

Odiaba la forma en que me miraba. Había mil disculpas en sus ojos y temí conocer el motivo.

—Sofía... ¿Qué ocurrió?

—Vivienne —dijo con voz entrecortada.

«Vivienne».

Hasta varios segundos después, mi mente no registró quién era Vivienne.

«*La princesa de los vampiros. La hermana de Derek*».

Me quedé mirando a Sofía como si me acabara de traicionar.

«¿Por qué demonios dejaría Vivienne La Sombra y vendría a buscar a Sofía?».

El temor a perderla comenzó a abrumarme.

—¿Por qué te atreves siquiera a estar en cualquier lugar a solas con ella, Sofía?
¿En qué estabas pensando?

—Me rogó que hablara con ella.

—¿Por qué?

Sofía se humedeció los labios con la duda pintada en los ojos.

—La tienen los cazadores.

«Entonces, allá se pudra».

Miré a Sofía buscando algún signo de victoria por la noticia. En cambio, fue como si le hubieran dicho que alguien muy querido acababa de morir.

—¿No es una buena noticia?

—Es mi amiga. Estoy preocupada por ella. —Lentamente, Sofía se levantó de la cama y se sentó en el borde, pasándose una mano por la frente—. Me aterra pensar en lo que los cazadores van a hacer con ella.

«¿Una amiga?».

Que llamara amiga a la princesa de La Sombra era una bofetada en toda la cara.

—¿Qué te dijo Vivienne, Sofía?

Sofía hizo una pausa.

—Me pidió que regresara a La Sombra.

—¿Ella hizo qué?

—Ben...

Los ojos se me abrieron como platos.

—Sofía, no estarás pensando en volver, ¿verdad?

—Esta habitación es sofocante. Necesito espacio para pensar. —Sofía se levantó

de la cama—. Voy a salir a dar un paseo.

—No vas a ninguna parte, Sofía. Vamos a hablar de esto.

—No, Ben. No vamos a hablarlo. Al menos, no ahora.

Giró el pomo, abrió la puerta y se alejó, dejándome aturdido. Una parte de mí quería correr tras ella y arrastrarla de vuelta a la habitación, pero mi padre se asomó a la habitación.

—Parece que ya está levantada. Te dije que no había de qué preocuparse.

«¿Nada de qué preocuparme?».

Papá siempre tenía una manera de poner luz en las cosas. Supuse que había heredado de él mi tendencia a evitar los problemas.

—¿Qué le pasó a Sofía, papá? ¿Por qué estaba inconsciente?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. La encontré en una cafetería con esa amiga suya que estaba murmurando algo mientras sostenía las manos de Sofía. Me acerqué y, de repente, la otra chica tuvo una especie de ataque y luego Sofía perdió la conciencia. Fuimos al hospital y dejaron salir a Sofía, alegando que solo necesitaba un poco de descanso.

—¿Y su amiga?

—No se me ocurrió ver cómo estaba. ¿Has hablado con Sofía? ¿Te ha dicho algo?

«No me contó casi nada».

—Sí... dice que solo necesita dar un paseo.

—Bueno, probablemente lo mejor sea para darle un poco de tiempo. Y Ben.

—Sí.

—Lo que pasó realmente cuando desaparecisteis... Algún día tendrás que hablar de ello. Entiendo que deseas rehuirlo, pero cuando ocurren cosas como estas, empiezo a preguntarme si...

—Estoy bien, papá. Sofía está bien.

—De acuerdo entonces. Buenas noches, Ben.

—Buenas noches, papá.

Me quedé allí de pie, sin saber qué hacer. Entonces me acordé de que había algo escondido bajo la almohada de Sofía que había llamado mi atención. Cedí a mi naturaleza curiosa y fui a ver qué era aquello, e inmediatamente deseé no haberlo hecho.

Aparte de sentirme como si me partieran en dos, lo único que consiguió fue sellar mi decisión.

«Ya he tenido suficiente. Buscaré a los cazadores mañana a primera hora. Tanto si viene conmigo como si no».

Sofía

Una fría brisa me levantaba mechones de cabello en el aire mientras daba un paseo por las aceras de cemento del barrio residencial en el que vivíamos. Por toda la zona se extendían hilera tras hilera de villas idénticas. Todas las casas parecían iguales por fuera, pero probablemente eran totalmente distintas por dentro.

«A veces ocurre lo mismo con las personas. Crees que sabes lo que son basándote en los indicios que ves, pero cuando miras en el interior, no se parecen en nada a lo que esperas que sean».

Eso era lo que ocurría con Vivienne. Por supuesto, nunca la entendí de verdad. Siempre se mostró fría y distante conmigo mientras estuve en La Sombra. No porque yo no le gustara. Parecía sencillamente indiferente, como si yo no mereciera que malgastara su tiempo o el de Derek.

Entonces me permitió atisbar su mente, compartiendo conmigo recuerdos de su pasado, y supe que nunca más la vería del mismo modo. Era inquietante ver lo mucho que temía a los cazadores.

«Por eso actuaba de forma tan extraña. Probablemente los había sentido. Y, sin embargo, se quedó. Lo arriesgó todo solo para convencerme de que regresara a La Sombra».

Todavía recordaba la noche del despertar de Derek, lo unidos que parecían estar. Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en cómo recibiría Derek la noticia de la captura de Vivienne. Me pareció todavía más inquietante pensar en lo que los cazadores tenían preparado para ella.

Era más de lo que podía asimilar y, mientras metía las manos en los bolsillos de la sudadera que llevaba puesta, la que tenía el número ocho de la camiseta de Ben, seguía preguntándome qué era lo mejor para Derek.

Vagué sin rumbo por todo el barrio, pensando en qué hacer hasta que, finalmente, mis pies me llevaron de vuelta a la casa que me había dado cobijo durante ocho años. Ben me estaba esperando sentado en los escalones de la puerta principal. Cuando me vio acercarme, levantó los ojos y supe que lo había herido profundamente.

—Ben... —Di un paso hacia adelante y vi lo que aferraba con sus manos. El corazón me dio un vuelco—. Puedo explicarlo.

—No tienes que hacerlo. —Se levantó y me entregó las cosas que tenía escondidas bajo mi almohada.

Me sostuvo por los hombros y me besó en la frente.

—Me voy al alba a buscar a los cazadores. Si te importo siquiera un poco, te unirás a mí. Si no, lo tomaré como una despedida.

—Ben, no lo hagas. —Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. No podía

soportar la idea de perderlo.

Me secó las lágrimas con sus pulgares, me sostuvo por la cintura y me empujó hacia él antes de reclamar mis labios una vez más, con suavidad al principio y después con más violencia, más hambriento, más exigente mientras el beso continuaba. Cuando nuestros labios se separaron, jadeé y tomé aliento, y su mirada se clavó en mis labios, aún palpitando por su beso.

—Un ultimátum, Rosarroja. Esta vez, la opción que te doy es muy clara. —Miró con amargura los objetos que aferraba contra mi pecho—. O estás con él o estás conmigo.

Me dejó allí, de pie en los escalones de la entrada principal. Las lágrimas me nublaron los ojos al mirar lo que tenía en las manos. La foto Polaroid que Corrine me había enviado, esa en la que Derek tenía los ojos clavados en mí, y un cuaderno de bocetos lleno de páginas y páginas de retratos del vampiro que todavía me tenía cautiva.

El agotamiento se apoderó de mí. Había sido una tonta al pensar que podía enviar solicitudes a universidades y seguir con mi vida como si La Sombra nunca hubiera existido. Estaba cansada de Ben y su ultimátum, y de toda la presión a la que me sometía. Por encima de todo, estaba cansada de sentirme culpable por desear regresar a La Sombra, aunque solo fuera para volver a ver a Derek.

En muchos sentidos, la desaparición de Vivienne y el ultimátum de Ben me empujaron hacia Derek. Puse en duda mi cordura, incluso cuando volví a mi habitación y preparé una bolsa. Había logrado algo que nunca antes había conseguido nadie. Había escapado de La Sombra y ahí estaba yo, dispuesta a regresar.

Y aún así, en cuanto tomé la decisión de volver, me envolvió una paz que trascendía toda comprensión, una paz que no había experimentado desde que abandoné La Sombra.

No tenía sentido, pero me parecía lo correcto. Sonreí mientras guardaba las últimas pertenencias que atesoraba lo suficiente para llevármelas a La Sombra. Comprobé el reloj de la pared. Era casi medianoche. Si quería seguir el camino que Vivienne me había preparado, no tenía mucho tiempo.

Entré con sigilo en el dormitorio de Ben. No tenía más opción que tomar las llaves de su camioneta. Era el único modo de llegar al punto de encuentro a tiempo. Me colé solo para encontrarlo completamente despierto. Echó un vistazo a mi ropa y supo que ya había hecho mi elección.

—Ben... —Las palabras brotaron rotas.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Lo siento, Ben.

—Las llaves de la camioneta están en el bolsillo de mis pantalones.

Me sorprendió que me ayudara, pero en cierto modo lo comprendía. Era él, que me dejaba marchar y me apoyaba en mi decisión incluso si lo hería con ella.

Llegados a ese punto, no importaba lo segura que estuviera de haber tomado la

decisión correcta, era muy doloroso.

—Ben...

—No, Sofía. Simplemente, vete.

Las lágrimas me anegaban los ojos mientras tomaba las llaves de su bolsillo.

—Te enviaré un mensaje para decirte dónde la he dejado. Yo...

—Supongo que Alyssa tenía razón. Rosarroja en realidad termina con la Bestia...

Sus palabras me hirieron profundamente, pero no lograron disuadirme.

—Consuélate sabiendo que la bestia resultó no ser muy bestia, después de todo.

Solo obtuve el silencio por respuesta. Fui hacia la puerta.

—Espero que sepas lo mucho que significas para mí, lo mucho que te quiero. Espero que sepas que siempre serás mi mejor amigo.

—Eso es lo que más me duele, Sofía... saber que nunca seré *nada más* que tu mejor amigo.

Estaba empezando a ahogarme con las lágrimas, así que me apresuré hacia la puerta, porque no quería derrumbarme frente a él.

Todavía necesitaba otro favor antes de irme. Sabía que no tenía derecho a pedírselo, pero me sentí obligada a hacerlo. Por el bien de Vivienne.

—Cuando te reúnas con los cazadores, Ben, hazme un favor. Encuentra a Vivienne. E intenta asegurarte de que no le hagan daño.

La respuesta de Ben fue escalofriante.

—No cuentes con ello. No podría importarme menos cuánto le hagan sufrir.

Me volví hacia él. Su rostro estaba envuelto en sombras. La oscuridad se cernía sobre sus ojos. Mi corazón sufría por él y me estremecí al pensar en qué lo había convertido La Sombra.

—Eres mejor que todo eso, Ben. No tienes ni idea de quién es Vivienne Novak, y si no puedes creer en ella, cree en mí. Hay bondad en ella, así que por favor, si puedes hacer algo para ayudarla...

—Adiós Sofía.

La tristeza me cubría pesadamente mientras asentía y respondía:

—Adiós, Ben.

Finalmente me fui, sintiendo con profundo dolor que podría ser la última vez que viera a Ben.

Más de una hora más tarde, había conducido hasta una zona apartada de la playa de Santa Mónica, en Los Ángeles. Dejé la camioneta y caminé unos minutos por la playa. Pronto distinguí una cara familiar que caminaba hacia mí.

«Kyle».

—¡Sofía! —exclamó mientras me atraía hacia un cariñoso abrazo—. Estaba empezando a pensar que no ibas a venir. ¿Vivienne está contigo?

Sacudí la cabeza.

—Los cazadores se la han llevado.

Su rostro se ensombreció y había temor en sus ojos.

—No tengo ni idea de cómo se va a tomar eso el príncipe.

—Supongo que pronto lo averiguaremos —sonreí con amargura.

Tomó mi bolsa y me sonrió tímidamente mientras acercaba una jeringuilla a mi cuello.

—Ya conoces el procedimiento.

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo.

Lo cierto es que los recuerdos de Vivienne me habían revelado la ubicación exacta de la isla, uno de los secretos más grandes de La Sombra, mostrándomela rodeada por un círculo en un mapa. Era una señal de la confianza que Vivienne había depositado en mí, un gesto que no podía tomarme a la ligera.

Así que, por tercera vez, un vampiro clavó una jeringuilla en mi cuello. Mientras el sedante me atraía hacia la inconsciencia, me permití una pequeña sonrisa. Sentí como si estuviera a punto de regresar a casa.

Derek

Estaba en los campos de entrenamiento. Xavier, que había mejorado significativamente con la espada después del régimen de entrenamiento diario al que le había sometido, acababa de hacerme un tajo en el hombro. Mi herida ya estaba cicatrizando cuando se apoderó de mí una sensación de malestar acompañada por la necesidad de averiguar dónde estaba mi hermana.

—¿Eres consciente de que los cazadores, y posiblemente los demás aquelarres, ahora están equipados con pistolas y no espadas, verdad? —preguntó Xavier—. ¿Por qué tenemos que luchar con *esto*? —Blandió su espada en el aire y yo me erguí cuan alto era.

—Agilidad. Fuerza. El honor de mirar a los ojos de tu adversario antes de herirlo. El combate con espada no es para cobardes —expliqué, aunque mi mente seguía ocupada por la necesidad de encontrar a Vivienne.

—¿Honor? —Arqueó una ceja—. ¿Es así como lo llamamos ahora? —Se colocó en posición para reanudar la lucha—. Tal vez quisiste decir *horror*.

Con mi oponente listo para otro combate, retrocedí por primera vez.

—¿Cansado, Novak?

Me burlé.

—Ni remotamente. Es solo que parece que no puedo alejar mis pensamientos de Vivienne.

«Entre otros...».

Mi hambre por Ashley estaba lejos de saciarse y ella nunca andaba muy lejos de mis pensamientos.

—¿Vivienne? ¿Por qué?

No era ningún secreto que Xavier había tratado de cortejar muchas veces a mi gemela y había acabado humillado por su rechazo.

—No lo sé. No la he visto en varios días.

«No desde que emití la orden que allana el camino para otro sacrificio humano».

Por detrás de Xavier vi que Liana Hendry se aproximaba. Una mirada a sus preocupados y afligidos ojos de color ámbar dorado me lo dijo todo.

«Algo no va bien. Algo va mal, muy mal».

Se detuvo en el límite del círculo en el que estábamos Xavier y yo.

—Liana —llamé a la mejor amiga de mi hermana—, ¿ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a Vivienne?

No era ningún secreto que Vivienne y yo a menudo presentíamos cuándo le había ocurrido algo al otro. La última vez que me había sentido así fue cuando Borys Maslen la capturó. Pasaron varios días antes de que nos la devolviera, y cuando

volvió nunca dijo una palabra a nadie, salvo a Liana, que era la única persona al corriente de sus suaves susurros.

Liana tomó aliento antes de cambiar de lado su peso sobre el suelo de grava.

—Me temo que podría haber sido capturada por los cazadores.

Sus palabras fueron como una daga retorciéndose dolorosamente en mi corazón. Mi respiración se hizo más pesada. Me envolvió un temor que nunca imaginé volver a sentir. Pensar en lo que le estarían haciendo a Vivienne para descubrir los secretos de La Sombra me provocó un vértigo que me atravesó el cuerpo.

—Derek, intenté convencerla de que no lo hiciera, pero ya la conoces. Cuando decide algo...

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—Dejó la isla para ir a buscar a Sofía.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Por qué lo...? —Me detuve, sabía muy bien por qué.

«*Vivienne fue a buscar a Sofía por mí*».

—Me dijo que iba a enviar un mensaje a cierta hora si no había problemas. Incluso antes de ir me confió que temía que la atraparán los cazadores, y...

—Y sin embargo, fue. —«¿*Qué te provocó ese repentino deseo de morir, Vivienne?*»—. ¿Cómo iba a enviar el mensaje?

—Se hizo con un teléfono de Corrine. Su señal traspasa el blindaje del hechizo de la bruja.

El hechizo que protegía la isla bloqueaba incluso cualquier comunicación que tratara de entrar o salir de ella.

—¿Corrine conocía sus planes?

Liana negó con la cabeza.

—La bruja rara vez se entromete en nuestros asuntos personales.

«*Se entrometió con Sofía*».

—¿Cuándo se suponía que Vivienne se iba a poner en contacto contigo?

—Hace horas.

—¿Hace *horas*? ¿Y no pensabas decírmelo hasta ahora?

—Esperaba que tal vez algo distinto podría haber causado su retraso.

El dorso de mi mano se estrelló contra la mejilla de Liana, haciendo que se desplomara en el suelo de grava que había bajo nuestros pies.

—¡Derek! —Xavier corrió a su lado.

—No pasa nada —le aseguró Liana mientras Xavier la ayudaba a levantarse.

—Encontraremos a mi hermana. Recorreremos todas las ciudades de todas las naciones del mundo si es preciso. No descansaré hasta que esté de vuelta sana y salva.

—¿Vas a marchar contra los cazadores? —Los músculos de Xavier se pusieron rígidos—. Eso es un suicidio y lo sabes. Vas a conseguir matarnos a todos si sales de caza para buscarla.

—He luchado todos estos años y derramado toda esa cantidad sangre por una sola razón: ¡para salvar a mi familia! ¿Y dónde están? ¿Ves a alguno de ellos ahora? ¡No tengo a ninguno a mi alrededor! ¡Perder a Vivienne me roba todo propósito en la vida!

—Si los cazadores en verdad la tienen, entonces es como si estuviera muerta, Derek.

Sabía que Xavier decía la verdad, pero no estaba preparado para oírlo. Me abalancé hacia adelante, arrojando todo mi peso contra él, y ambos caímos al suelo.

—¡Derek! ¡Detente! —gritó Liana.

Tenía a Xavier clavado al suelo con las rodillas sujetando sus brazos mientras atacaba su cara con un puñetazo tras otro. Liana intentó detenerme desde atrás rasgándome la camisa, pero mi codo golpeó su abdomen y la dejó sin respiración.

No sabía cuántos puñetazos le había dado o cuánto tiempo me dediqué a castigar a un camarada por un crimen en el que no había tomado parte, pero cuando Cameron llegó, me agarró por un mechón de mi cabello y me golpeó en la cara. Por desgracia, el rostro de Xavier ya era una masa sangrienta.

—¡Todos nos preocupamos por ella! —gritó Cameron—. ¡No castigues a tu propia gente por su pérdida!

«*Pérdida*».

Pensar que había perdido a Vivienne era demasiado difícil de aceptar. Dejé escapar un grito que helaba la sangre y me puse en pie mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas sin que pudiera detenerlas. No soportaba estar con ellos y busqué refugio en casa de mi hermana.

Como era de esperar, estaba vacía. Ella nunca tenía esclavos y odiaba que hubiera guardias; alegaba que era perfectamente capaz de protegerse a sí misma. Mi hermana disfrutaba de la soledad.

«*¿Cómo no noté que se había ido?*».

Me encaminé al invernadero, su lugar preferido de todo el mundo, un lugar donde la vida prosperaba incluso cuando la muerte nos rodeaba. Nada más entrar, me dejé caer en el suelo, mesándome los cabellos mientras cedía a las más oscuras posibilidades.

Mi hermana soportaría todo lo que fuera para proteger la isla. Ellos harían todo lo necesario para romperla, pero iban a fallar. La persona por la que yo daría la vida si así pudiera protegerla pagaría ese fracaso a un precio atroz.

La noche nunca me pareció tan oscura como en aquel momento, llorando la pérdida de Vivienne sentado en el suelo su invernadero. No sé cuántas horas pasé allí. Me parecieron días. Al principio conservé la esperanza de que Vivienne pudiera volver ilesa. Me engañaba a mí mismo pensando que oiría sus pasos adornando los suelos de madera del exterior. En algún momento, sin embargo, la negación dio paso a la realidad, e inevitablemente a la ira.

«*Alguien es culpable por lo ocurrido a Vivienne*».

Un solo nombre me vino a la mente. Un solo nombre era merecedor del castigo por la desaparición de mi hermana.

«Sofía».

La ira que no había sentido en cientos de años me consumía y, por primera vez en mucho tiempo, aparté todo sentimiento de culpa para rendirme al monstruo en que me había convertido. Haría que Sofía pagara.

Iba a castigar a las personas que le importaban.

«Ashley... después Paige... y luego Rosa».

Sin perder tiempo, me dispuse a saciar el hambre que llevaba días atormentándome para que lo alimentara.

No tardé mucho en llegar desde el ático de Vivienne a la residencia de Kyle, de un tamaño bastante menor. Sabía que estaría en el puerto, de guardia con Sam. Deseaba luchar contra ellos para llegar a Ashley, pero tendría que conformarme solo con ella. Derribé la puerta.

—¡Ashley! —llamé a gritos—. ¡Ashley!

Sentí su miedo. Su pulso se aceleró y su corazón latía al doble de velocidad.

«Muy bien. Ten miedo. Ten mucho miedo».

De pie en el exterior, miré a través de las ventanas de la pequeña sala de estar y distinguí su silueta mientras corría por una pasarela de cristal. Sonreí con una mueca. No tenía intención de prolongar la persecución. La deseaba e iba a tenerla.

Me transporté a la velocidad del rayo desde donde estaba hasta la pasarela por donde ella corría. La alcé contra una pared y sujeté su mandíbula con una mano, mientras con la otra agarré su cabello hasta que la oí jadear de dolor. Ladeé su cabeza para exponer su cuello, listo para hincar mis colmillos. Con su cuello desnudo justo delante mí, no vacilé ni un instante en morder y beber su sangre en profundidad. Ashley gritó, suplicándome que me detuviera. Aquello solo atizó aún más el fuego que la pérdida de mi hermana había encendido dentro de mí.

Bebí hasta que su muerte estuvo próxima. Me detuve. Claudia tenía razón. La ira nos daba control. Ashley apenas estaba consciente cuando cargué su cuerpo flácido sobre mi hombro. Iba a prolongar su sufrimiento.

En cuestión de minutos, estábamos de vuelta en el ático y la sujetaba boca abajo sobre mi cama. Mientras intentaba defenderse, mis garras habían rasgado la espalda de su vestido. Los ojos se me abrieron con horror y placer cuando descubrí un halcón tatuado en su espalda, la marca de un cazador. Empujé su cabello rubio a un lado mientras me inclinaba para susurrarle al oído:

—No tenía ni idea de que fueras uno de ellos. La venganza va a ser muy dulce.

Débil por la pérdida de sangre, Ashley solo pudo gemir bajo mi peso. Montado a horcajadas sobre sus caderas, estaba a punto de morder su carne de nuevo cuando la puerta del dormitorio se abrió a mi espalda.

Me di la vuelta y me encontré con la persona que menos esperaba.

«Sofía».

Sofía

Lo primero que vi al abrir la puerta fue el símbolo de un halcón en la espalda de Derek, justo debajo de su hombro derecho. Los recuerdos de Vivienne eran exactos y, por una fracción de segundo, me quedé como hipnotizada.

Hasta que no se giró hacia mí, no me di cuenta de lo que estaba haciendo. La sangre del cuello de la joven inconsciente me hizo desfallecer de la conmoción.

Mis mejillas se tornaron pálidas mientras me apoyaba contra el marco de la puerta para sostenerme.

—Derek, cómo has podido... —Mi voz se apagó cuando vi cómo me miraba, como si fuera un fantasma, un fantasma que detestaba.

Un gruñido profundo y desgarrador salió de sus labios, y en cuestión de segundos me tenía contra la pared de su habitación, sosteniendo mi peso con sus caderas y aferrando mi brazo derecho con su mano izquierda, manteniéndolo presionado contra la pared mientras su mano derecha sujetaba mi cuello.

—¿Cómo has vuelto? —siseó.

La historia se estaba repitiendo: la mirada depredadora de sus ojos de color azul acerado, el frío de su aliento, mi impotencia y mi vulnerabilidad, lo pequeña y frágil que me sentía atrapada entre su cuerpo y la pared... todo eso ya lo había vivido antes, pero esta vez no era la misma chica. Ya no era una víctima asustada y temblorosa que gemía bajo su cuerpo.

—Este no eres tú, Derek. —Fue un susurro suave, pero no carente de convicción. Envolví suavemente mis dedos alrededor de la muñeca de la mano que aferraba mi garganta.

Los músculos de su mandíbula se retorcieron con mi tacto. Tenía una mirada homicida y, sin embargo, parecía debatirse con furia en un conflicto interior. Su mano se cerró, amenazando con asfixiarme.

—Elige bien tus palabras, porque tal vez sean las últimas. ¿Cómo encontraste el camino de vuelta?

Mantuve mi mano sobre su muñeca y acaricié su piel con mis dedos.

—Vivienne me mostró el camino.

La niebla de sus ojos se aclaró y la oscuridad se levantó para mostrarme una vez más una chispa de su brillante mirada azul. Se alejó de mí, apartando su muñeca de mi mano como si le quemara.

—¿Cómo conseguí...?

Su pregunta se desvaneció en un segundo plano en el instante que vi alzarse en el aire una estaca de madera sujeta por un par de manos temblorosas, dispuestas a traspasar a Derek por la espalda y llegar directamente hasta su corazón.

—¿Ashley? ¡No!

Empujé a Derek a un lado y conseguí que se moviera, tal vez por la sorpresa más que por mi fuerza.

La estaca de madera que Ashley pretendía clavarle se hundió en mi hombro.

Grité de dolor cuando mi piel se desgarró y la sangre brotó. Sujeté la estaca. El dolor palpitante hacía que la cabeza me diera vueltas.

Los ojos de Ashley se abrieron con sorpresa.

—¡Dios mío, no! ¡Sofía!

Levanté la mirada para ver con horror cómo Derek se acercaba a ella. La estaca provenía de su arsenal personal. Todas teníamos una. Él nos había enseñado cómo matar a un vampiro antes de irme de La Sombra. Recordé cuando nos advirtió que, si alguna vez las usábamos contra él, nos mataría.

Cuando sus manos se alzaron en el aire, a punto de agarrar a Ashley por el cuello, solté un grito ahogado. Iba a romperle el cuello.

—Derek, no.

Con una mano agarró un mechón de su cabello rubio, mientras la otra aferraba su mandíbula con fuerza.

—Iba a matarme.

—¡Estaba defendiéndome a mí, por Dios!

Me quedé sin aliento cuando Derek tiró de su cabeza hacia atrás y agarró su mandíbula con más fuerza.

—Es una cazadora.

Agonizaba con la estaca clavada en mi hombro, pero no sobreviviría a la visión de Derek matando a una querida amiga justo delante de mí. Desesperada, me tambaleé hacia adelante y agarré su muñeca con gentileza.

—Por favor.

Derek me apartó la mano de un empujón y me tiró al suelo. Para mi alivio, arrojó a Ashley en dirección a la cama.

«No con mucha suavidad, pero al menos vivirá».

Cayó en la cama boca abajo. Entonces vi el halcón en la parte baja de su espalda. El suyo estaba tatuado y no era una marca de hierro candente como la de Derek, pero era exactamente el mismo símbolo.

«El halcón... ¿qué significa?».

Derek se arrodilló ante mí. Apretó la mandíbula con firmeza cuando vio la sangre que brotaba de mi hombro.

—Esto te va a doler.

Antes de que pudiera reaccionar, extrajo la estaca con un movimiento rápido. Grité con la certeza de que me desmayaría, pero no se me concedió ese alivio.

Me habría gustado poder bloquear mis sentidos, pero la extrema *sensibilización a los estímulos* a veces parecía una maldición con la que siempre tendría que vivir.

—Tienes un ligamento perforado y el hombro desplazado —me informó Derek,

inspeccionando de cerca mi lesión—. Tendré que colocarte el hombro antes de sanarte.

Me colocó el hombro en su lugar con un fuerte tirón. Me mordí el labio hasta que dolió, negándome a gritar. Aparentemente satisfecho, Derek se puso de pie y se dirigió a la cama. Ashley se alejó de él cuanto pudo, hasta que su espalda golpeó la cabecera de la cama. Derek la miró con odio, pero el alivio nos inundó a las dos cuando se giró para mirarme y sacó la navaja suiza de su bolsillo. Sabía para qué era.

—No. No quiero beber tu sangre.

—¿Por qué diablos no quieres? —Haciendo caso omiso, se hizo un corte en la mano y la puso delante de mi rostro—. Bebe, Sofía. —Su voz sonaba más autoritaria que nunca.

Sellé mis labios y lo miré con furia. Era mi acto de desafío. Era mi forma de decirle que no había regresado a La Sombra para ser su esclava.

—Estás acabando con mi paciencia. —Retiró la mano y me miró como si fuera la criatura más exasperante en la que alguna vez hubiera posado sus ojos—. Entonces, ¿la sangre de quién quieres beber? ¿O preferirías desangrarte hasta morir? Si se trata de lo último, entonces podrías dejar que me alimente de ti. De esa forma, tu muerte al menos serviría para satisfacer mi hambre.

Derek no hacía ningún esfuerzo por ocultar su irritación. Tragó saliva ante la visión de mi sangre, y me pregunté cuanto autocontrol necesitaba para no probarla.

—Primero ayuda a Ashley.

La sangre seguía goteando del cuello de Ashley y estaba pálida como un fantasma. La expresión de su rostro dejaba traslucir lo horrorizada que estaba ante la idea de beber la sangre de Derek.

—Estás bromeando.

Negué con la cabeza. Mantuve una mano sobre mi herida, aplicando presión.

Murmuró varias maldiciones entre dientes antes de agarrarme por el brazo ileso y tirar de mí para ponerme de pie. La brusquedad del movimiento me aturdió demasiado para sostenerme y caí contra él. Me condujo a la cama, mitad a rastras mitad en sus brazos, sentándome de forma no muy amable sobre el borde antes de extender su palma hacia Ashley.

—Bebe —ordenó—. Hazlo rápido. Sofía está perdiendo mucha sangre.

Ashley le lanzó una mirada asesina antes de sostener su muñeca con una mano y sus dedos con la otra. Luego bebió. El color rosado volvió a la piel de Ashley, en contraste con el blanco pálido que tenía unos segundos antes.

Las marcas de mordiscos de su cuello no se estaban cerrando.

—¿Por qué no está sanando?

—Sí está sanando —me aseguró Derek mientras alejaba su palma de Ashley. La herida de la palma de su mano ya estaba cerrándose—. Ashley necesita más tiempo para cicatrizar que tú.

—¿Por qué?

—No tengo la menor idea. —Sacó la navaja suiza y se hizo otro corte en la palma de la misma mano—. Te toca. —Me ofreció su mano—. Ahora bebe.

Me quejé mientras tomaba su mano en la mía. Había un destello de diversión en sus ojos cuando empecé a beber su sangre.

—Chica testaruda.

Me hizo falta medio minuto bebiendo su sangre para que mi ligamento perforado se reparara. La herida estaba casi cerrada cuando Kyle asomó por la puerta. Había una sonrisa en su rostro. Probablemente esperaba mi feliz reencuentro con Derek. Su sonrisa se esfumó, y una expresión de dolor la reemplazó cuando vio a Ashley dentro de la habitación con la ropa desordenada.

—Llévala a las celdas —ordenó Derek—. Mañana será sometida a juicio ante el consejo por intentar matarme.

Los ojos de Kyle se abrieron, sorprendido.

—Por supuesto, Alteza. —Se acercó a Ashley y la levantó con gentileza. Noté la mirada de dolor en sus ojos cuando vio las marcas de mordiscos en su cuello.

—Espera. —Sentí la mirada furiosa de frustración de Derek cuando me puse en pie. Ignorándolo, me apresuré hacia Ashley y la abracé con los ojos húmedos. Quería reconfortarla, pero no encontré las palabras.

Ella se mantuvo rígida mientras la abrazaba, negándose a devolverme el gesto.

—¿Ahora regresas?

—No podría permanecer lejos aunque quisiera —respondí en un susurro.

Nos alejamos la una de la otra. Me miró con frialdad, con una expresión demasiado cercana al odio. Afectada, me giré para mirar a Derek.

—Deja que antes se cubra con algo abrigado. Hace frío allí. —Casi podía sentir el aire helador al despertar en una de las mazmorras.

Derek se lo pensó unos instantes. Parecía molesto, pero hizo un gesto brusco de asentimiento a Kyle.

—Vigila que así sea.

Ambos abandonaron la habitación. Me dejaron a solas con Derek y con todas las preguntas sin respuesta que había entre nosotros. Incluso de espaldas a él, podía sentir sus ojos clavados en mí. Con solo estar en la misma habitación que Derek, una oleada de sensaciones desconocidas me recorrían las venas. Mi respiración se hizo más pesada a medida que él se acercaba. Cuando atrajo mi espalda contra él aferrando mi cintura con sus grandes manos, su aliento me heló la nuca y solo respirar se convirtió en una tarea difícil.

—Estás aquí.

—¿Eso es bueno?

—Dímelo tú.

Todo aquello era demasiado para mí. Me había consumido por él desde el instante que abandoné la isla. No sabía qué esperar a mi regreso, pero ciertamente no esperaba encontrar a Derek a punto de matar a una de mis amigas. Sus manos en mí,

sosteniéndome, sus labios rozando mi nuca, aspirando mi aroma... era demasiado en tan poco tiempo.

—Hazme un favor, Sofía —su voz traspasó mi silencio—. No sé si puedes pero, por favor, solo por unas horas... intenta olvidar lo que acabas de ver. Olvida lo que acaba de ocurrir. Aunque sea por poco tiempo, quédate conmigo. *Por favor*. —Con voz ronca y ahogada, admitió— te he echado tanto de menos.

Su ruego me proporcionó lo que necesitaba para escapar de los pensamientos que me acosaban. Una sola emoción destacó sobre las demás, y era el profundo anhelo de estar entre sus brazos. Tomé sus manos de mi cintura y me envolví con sus fuertes brazos.

—¿Aún eres el hombre que dejé atrás, Derek? —me atreví a preguntar.

Sus brazos me apretaron con fuerza, aferrándose a mí.

—No.

El corazón se me hundió. No esperaba que fuera tan contundente.

—Entonces, ¿quién eres?

Sus labios se apretaron contra mi nuca antes de sujetarme por los hombros y obligarme a mirarlo a la cara. Detrás de sus ojos azules vi una miríada de preguntas sin respuesta, dudas sin resolver, culpa y vergüenza profundamente sentidas.

—¿Quién quieres que sea, Sofía?

Vi tanta angustia en su hermoso rostro que apenas pude comprender su pregunta. En ese momento, no era el príncipe de La Sombra, el fuerte y poderoso Derek Novak. El hombre que tenía delante de mí estaba agotado por las batallas diarias que libraba. Era un ser roto que temblaba en mis manos. Agachó la cabeza, presionando su frente contra la mía mientras yo acariciaba sus musculosos brazos.

—Quiero que seas *tú*, Derek.

Ambos comenzamos a balancearnos suavemente con la música que yo no oía, pero que sabía que sonaba en su mente. Sus manos abarcaban mi cintura mientras me guiaba en el baile. Estábamos intentando volver a lo que éramos antes, bailando una música que solo él escuchaba.

Cuando sus labios encontraron los míos, el dolor que había en mi corazón era demasiado grande y no pude evitar alejarme de él.

—No puedo hacerlo. Lo siento.

—No lo sientas —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza—. Lo comprendo.

Me miró con un anhelo que parecía empequeñecer lo que yo sentía por él. Intenso. Arrollador. Doloroso. Quería explicarle que rehuí su cuerpo no porque no quisiera estar con él, sino porque no podía cerrar los ojos a lo que estaba haciendo cuando entré.

—Voy a ganarte de nuevo, Sofía.

Depositó un beso suave en su mejilla.

—No entiendo por qué, pero de alguna manera... nunca me perdiste.

Derek

Sentado en el borde de mi cama mientras esperaba a que Sofía saliera del baño, me preguntaba si tendría alguna idea de lo que sus palabras significaban para mí.

«*Nunca me perdiste*».

Era la confesión de que, después de todo lo que había pasado, después de todo lo que había visto, ella aún era mía. Aquello eclipsaba la desaparición de Vivienne, algo que debería hacerme sentir culpable. Sin embargo, todo lo que sentía era agradecimiento porque Sofía hubiera regresado a La Sombra conmigo. No mucho antes de que llegara, estaba decidido a castigarla por ser el motivo por el que había perdido a Vivienne. Ahora que estaba aquí, todo en mi interior me gritaba que expiara la culpa por lo que había estado haciendo desde que se fue.

La puerta del baño se abrió y ella salió con una toalla alrededor de su esbelta figura y su largo cabello castaño rojizo aún chorreando agua. Me quedé sin respiración.

«*¿De verdad es tan ajena al efecto que tiene sobre mí?*».

—No he podido encontrar el secador de cabello.

Fruncí el ceño.

—Hice que se lo llevaran.

«*Junto con todo lo que me recordaba a ti*».

Sofía arrugó la nariz.

—Tendré que secarme con la toalla.

Se dirigió a la cama y tomó la ropa que había puesto allí antes de darse el baño. Su cercanía estaba poniendo a prueba todo mi autocontrol. Recordándome lo cómodos que estábamos antes el uno alrededor del otro, fue directamente al armario para vestirse. No pasó mucho tiempo antes de que reapareciera luciendo una blusa roja de botones y unos *jeans* ajustados, y peinándose el cabello con los dedos. A medida que se acercaba, sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos y se sentó a mi lado.

Suspiró profundamente.

—¿Ahora qué, Derek Novak?

Incapaz de mantener mis manos lejos de ella, recorrí su pierna desde la rodilla hacia el muslo mientras le retiraba un mechón de cabello todavía húmedo de la cara.

—No lo sé. Sinceramente, todavía estoy intentando averiguar si estás realmente aquí o si todo esto es solo un sueño.

Ella sostuvo el dorso de la mano con la que le estaba acariciando la cara, como si estuviera saboreando la sensación.

—Vivienne me convenció para venir.

Aunque era doloroso escucharla pronunciar el nombre de mi gemela, aquello no tuvo el efecto exasperante que pensé que tendría. Tener a Sofía conmigo hacía que todo lo que estaba ocurriendo pareciera mucho más ligero, mucho más fácil de soportar.

Sofía debió notar mi malestar, porque su mano libre apretó la mano que yo tenía sobre su muslo.

—Lo siento mucho, Derek. Sé lo mucho que ella significaba para ti.

—Aún no sé si está viva o no. De todos modos, haré que los cazadores lo paguen.

Sus mejillas palidieron.

—Este ciclo de venganza entre cazadores y vampiros... ¿terminará alguna vez?

Dejé de acariciarla. Me pasé una mano por el cabello y puse la otra sobre mi rodilla. —No puedes convencerme de eso, Sofía. Vivienne es demasiado preciosa para mí para no vengarla.

—No estoy intentando convencerte de nada, Derek. Dudo que pudiera obligarte a hacer algo que no quieres.

Contuve el deseo de burlarme.

—Te subestimas, Sofía. Continuamente demuestras ser capaz de obligarme a hacer cosas que normalmente no haría.

Ella se echó a reír.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—Acabo de perdonar la vida a Ashley, ¿no?

Sofía se quedó en silencio ante la mención de su amiga. El estómago se me encogió al pensar en lo que estaba haciendo cuando apareció Sofía.

Acaricié su rostro ligeramente pecoso con mi pulgar. Sus mejillas se ruborizaron una vez más en cuanto la toqué.

—Todavía no puedo creer que hayas vuelto.

—Vivienne fue muy convincente.

—Dime lo que pasó, Sofía. Entre Vivienne y tú.

—¿Podríamos hablar en otro lugar? ¿Por favor? Miro alrededor y lo único en lo que puedo pensar es... —hizo una pausa.

«Ashley».

Asentí y me levanté de la cama. Ella tomó mi mano al salir de la habitación.

—¿A dónde quieres ir? —pregunté cuando llegamos a la sala de estar.

—¿La Sala del Sol, tal vez? —me miró esperanzada.

El corazón se me rompió al contarle la verdad.

—La hice destruir y la dejé vacía.

—¿Por qué?

—Me recordaba demasiado a ti. Pensé que nunca te tendría de vuelta, Sofía. Quería olvidar.

Sofía se detuvo, decepcionada, antes de preguntar:

—¿Funcionó? ¿Olvidaste?

—No pude, daba igual lo que hiciera.

—Bien. —Me hizo un gesto brusco de asentimiento—. No deberías olvidarme nunca.

Algo parecido al placer destelló en sus ojos cuando vio mi sonrisa. Para mi sorpresa, se lanzó sobre mí y apretó sus labios contra los míos. Durante unos segundos me quedé paralizado de sorpresa, disfrutando de sus labios en los míos, y después rodeé su cintura con mis brazos y la levanté para que no tuviera que ponerse de puntillas. Devolví su beso con fervor, liberando todo el deseo reprimido que tenía por ella. Empecé a caminar hacia adelante hasta que la tuve contra la pared, y mis manos comenzaron a moverse por su cintura, sus caderas y sus muslos.

Cuando ella se apartó de mí, los dos estábamos intentando recobrar el aliento.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté entre jadeos.

—No he podido evitarlo. No debiste besarme antes de que me fuera de La Sombra. He deseado el sabor de tus labios en los míos desde el momento en que me desperté en esa maldita playa de Cancún —admitió con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados y rojos—. Lo siento.

—No te disculpes. Puedes besarme cuando quieras.

Ella se mordió el labio y sonrió.

—¿En cualquier momento?

Esbocé una sonrisa y asentí. Para mi sorpresa, me empujó y volvió a posar los pies en el suelo.

—¡Es tan difícil pensar cuando te tengo cerca!

Luché contra las ganas de reír cuando me golpeó en el hombro, haciendo una mueca porque ella había sentido más dolor del que me había infligido.

—¿Te has vuelto loca, Sofía?

—Se *supone* que estoy enfadada. Después de lo que he visto, después de lo que has hecho... Atacaste a Ashley. Tardé semanas en acabar la Sala del Sol y destruiste mi obra maestra en pocos días. —Me golpeó de nuevo. Estaba adorable—. Debería estar *ardiendo* de furia.

—¿Y supongo que así es como eres cuando *no* estás enfadada?

Comenzó a caminar de un lado a otro delante de mí mientras sacudía la cabeza.

—No estoy enfadada, pero debería estarlo.

—¿Y por qué no lo estás?

Soltando un profundo suspiro, dejó de caminar y me miró con ardientes ojos de color esmeralda.

—Porque eres tú. ¿Cómo puedo enfadarme contigo cuando estás aquí con ese aspecto, distrayéndome?

Empecé a reír a carcajadas.

—¿Así que te estoy distrayendo de estar enfadada conmigo?

Sofía hizo un puchero antes de que una risita se escapara de sus labios. Ella había regresado hacía muy poco, y ya había conseguido que riera y sonriera más que

durante todos los días que estuvo lejos. En ese corto período de tiempo había logrado hacerme olvidar todas las preocupaciones que pesaban sobre mí.

Pellizqué sus mejillas con las dos manos.

—Te adoro, Sofía Claremont. —Deposité un beso suave en su frente, conteniendo el aliento cuando sus brazos se deslizaron alrededor de mi cintura.

Hundió la cara en mi pecho.

—Salgamos de aquí.

—Tú guías.

Dejamos el ático y vagamos sin rumbo por el bosque, disfrutando del silencio y la intimidad. Nos quedamos callados la mayor parte del tiempo, hasta que encontré el valor suficiente para formular la pregunta que me pesaba en la mente.

—¿Qué te dijo mi gemela para hacerte regresar?

—Estábamos en el partido del campeonato de Ben. Fútbol. Vivienne llegó y me pidió que hablara con ella.

La mención de su mejor amigo me produjo una sensación de malestar en la boca del estómago. Pensar que había estado con él todo ese tiempo me hizo experimentar algo que solo sentía con Sofía: celos.

—Nos encontramos en una cafetería cercana y me dijo que tenía que regresar, que me necesitabas. Me dijo que te dirigías hacia un camino oscuro.

—¿Eso es todo?

Ella dudó y después asintió.

—Eso es lo esencial.

Parecía que ocultaba algo.

—¿Y eso es lo que te hizo regresar? ¿Solo porque ella dijo que yo te necesitaba?

Sofía se detuvo, con los ojos fijos en el suelo mientras apoyaba una mano en un sicomoro.

—Supongo que podría decirse que volví porque deseaba que fuera verdad. Que Vivienne en persona viniera a convencerme significó mucho para mí. No creo que fuera una de mis mayores admiradoras.

Sonreí con amargura.

—No conoces a mi hermana. Ella tenía muy buen concepto de ti. —Vivienne había creído que Sofía era lo suficientemente importante como para sacrificarse a sí misma a los cazadores. No estaba dispuesto a tomar ese sacrificio a la ligera.

—La conozco mejor de lo que crees. —Sofía continuó con su historia mientras continuábamos nuestro paseo sin rumbo por los bosques—. Justo antes de que llegaran los cazadores, creo que los presintió. Ella me hizo algo. No estoy muy segura de qué, pero dijo algo sobre compartir recuerdos conmigo y mostrarme el camino de regreso aquí. Y luego me agarró y los recuerdos vinieron, simplemente.

—¿Ella compartió sus recuerdos contigo?

Sofía asintió.

—Sé que parece una locura, pero es la verdad.

—No pongo en duda que estés diciendo la verdad. Solo estoy sorprendido de que se arriesgara a hacerlo con una humana. Se sabe que la transferencia de recuerdos ha dejado a muchos receptores en coma. El cerebro humano no puede soportar el flujo repentino de información. El subconsciente humano no está hecho para contener y absorber los recuerdos de otros.

—Me desmayé después de aquello. —Sofía se encogió de hombros—. Vi cómo la capturaban los cazadores antes de perder el conocimiento.

A continuación se hizo un silencio, ninguno de los dos sabía qué decir. Simplemente seguimos caminando, disfrutando de la compañía mutua. Envuelto en la oscuridad de la noche, metí las manos en los bolsillos de mis *jeans* e hice una pregunta mucho más ligera.

—¿Cómo era el sol?

Ella sonrió con el recuerdo.

—Cálido. Caliente. Todo lo que la luna no es. Los primeros días de regreso en Cancún, Ben y yo no podíamos permanecer lejos del sol.

«*Otra vez Ben*».

Los celos asomaron su fea cabeza una vez más.

—¿Qué fue de él? —me atreví a preguntar.

—Preferiría no hablar de él, si no te importa.

Asentí.

El resto del paseo continuamos en silencio hasta que apareció una vista familiar.

—¡El Santuario! —exclamó Sofía, con la emoción iluminando sus ojos mientras me obligaba a seguir—. ¡Quiero ver a Corrine!

El Santuario, que hacía honor a su nombre, se encontraba al suroeste de la isla. La blanca estructura de mármol, con sus altas columnas circulares y su cúpula, se construyó originalmente en honor y como residencia de Cora, y más tarde se convirtió en el hogar de cada bruja que la sucedió. Una de sus cámaras también fue mi mausoleo durante mi sueño de cuatro siglos. Alrededor del edificio había frondosos jardines con un laberinto, un cenador y una fuente.

El regocijo asomó a los ojos Corrine cuando vio a Sofía, pero no parecía sorprendida en lo más mínimo.

—¡Sofía! —exclamó—. Qué bueno tenerte de vuelta.

Esa fue una de las pocas veces que recordaba haber visto sonreír a Corrine.

Inclinó bruscamente la cabeza hacia mí.

—Príncipe.

Las manos de Sofía encontraron las mías.

—Me gustaría hablar con Corrine en privado.

—Por supuesto. —Adelante. No me importa.

«*Mentiroso*».

Me importaba. Me quedé solo, sentado en un banco junto a la fuente, esperando durante lo que me parecieron horas.

La fachada de mármol blanco puro brillaba bajo la luz de la luna llena. Era un espectáculo digno de contemplarse, pero el precio pagado por una estructura tan lujosa disminuyó su valor a mis ojos.

«Aquí, en La Sombra, todo lo hermoso y valioso tiene un precio».

Estuve allí lo que me pareció una eternidad, y fue un alivio ver a Sofía encaminándose hacia el cenador por el sendero de piedra. Iba del brazo de Corrine mientras la mujer mayor le hablaba. Solo podía intentar imaginarme lo que estaban diciéndose. Verlas pasear una junto a la otra me provocó una extraña sensación de nostalgia, en gran medida debido a la extraña semejanza de Corrine con su antepasada Cora. Sentí como si estuviera viendo a dos de las mujeres más importantes de mi vida conversando juntas.

La mirada esmeralda de Sofía me encontró. Ella asintió y dio las gracias a Corrine, que me lanzó una mirada rápida y preocupada antes de regresar al edificio.

«Por fin».

Me levanté y me acerqué a ella. Cuando nos encontramos, Sofía me tomó la mano y la sostuvo con fuerza. Caminamos hacia adelante en silencio, alejándonos del Santuario en dirección a los bosques que finalmente nos conducirían a El Valle, la ciudad de la isla.

Iluminada por la luz de la luna, era una vista digna de contemplarse. Los ojos de Sofía estaban abatidos. Se detuvo y me obligó a mirarla a la cara con un apretón de su mano.

—Tus pocas horas han transcurrido. Tenemos mucho de que hablar.

Sofía

De regreso, caminando por el ya familiar camino de grava del bosque que conducía desde el Santuario hasta El Valle, estaba preocupada por las cosas que Vivienne me había contado sobre el viraje de Derek hacia su lado oscuro. Ya había presenciado aquello de primera mano. La conversación que había mantenido con Corrine acrecentó mi ansiedad, al relatarme que parecía estar preparándose para la guerra, el censo, la prohibición de más secuestros...

No sabía qué pensar de todas las cosas que me habían dicho.

«¿Qué influencia cree Vivienne que podría ejercer yo aquí?».

Cuando levanté la vista hacia Derek, las lágrimas habían empezado a humedecer mis ojos. Necesitaba hablar de lo que había ocurrido. Quería entender a Derek de nuevo, porque el tiempo que había pasado alejada de La Sombra parecía una grieta entre nosotros.

—¿Por dónde quieres empezar? —Parecía nervioso.

—Ashley... Estabas a punto de... —dije con voz entrecortada.

Apartó su mirada de la mía. No dijo nada.

—Vivienne me contó que atacaste a Ashley en la Sala del Sol.

Sus ojos se oscurecieron y, una vez más, se centraron en mí. Algo había desatado su ira y caminó hacia adelante hasta que me acorraló contra el tronco de un sauce gigante.

—Vivienne es la razón por la que lo hice. Cuando me enteré de que los cazadores tenían a mi hermana y que tú eras el motivo por el que había abandonado La Sombra, no lograba entenderlo. No entendía por qué arriesgaba su propia vida solo para traerte de vuelta.

Tragué saliva. No sabía cómo responder a eso.

«Yo tampoco lo entiendo. No completamente».

—No veo cómo eso justifica lo que le hiciste a Ashley.

—Soy un *vampiro*, Sofía. El único motivo por el que estaba intentando controlar mi impulso de matar a Ashley después de haberme alimentado de ella era porque a ti te importaba. Después de perder a Vivienne por tu culpa, quería castigarte. No estabas aquí, así que en tu lugar castigué a alguien que te importaba.

Su razonamiento me hizo bullir de furia. No podía creer que él pensara que aquello era motivo suficiente para hacer daño a una criatura inocente e indefensa. Incapaz de controlar mi ira, me dejé llevar por los instintos e hice lo impensable.

Le lancé la mirada más desafiante que pude.

—Ahora estoy aquí, ¿no? Soy la razón por la que los cazadores se llevaron a tu hermana. —Temblando, solté los dos botones superiores de mi blusa y me bajé la

manga derecha por debajo del hombro.

—¿Sofía? ¿Qué estás haciendo? —Su voz sonaba ahogada y tenía los ojos muy abiertos.

Me recogí el cabello sobre el hombro izquierdo e incliné la cabeza para que mi cuello quedara expuesto. Su cuerpo se puso tenso cuando apretó los puños al darse cuenta de lo que hacía.

—Sofía...

—¿Y bien? ¿A qué esperas, Derek? Bebe. *Es a mí* a quien quieres castigar, ¿verdad? ¡Cóbrate tu justicia por Vivienne!

El silencio estaba cargado de electricidad, conmigo de pie frente a él.

«*Su turno*».

El corazón se me cayó a los pies cuando me empujó hacia atrás, aplastándome contra el árbol. Con su mano derecha me sujetó la mandíbula, forzando mi cara a girar en un ángulo que le permitía acceder mejor a mi cuello. Ahogué un grito y mis ojos resbalaron en la distancia, sin atreverme a mirar en su dirección.

—Ya deberías saber que no debes provocar a un vampiro —me gruñó. Sus colmillos comenzaron a sobresalir y el blanco de sus dientes refulgía a la luz de la luna. Estaba aceptando mi desafío.

—No estoy provocando a un vampiro —me burlé. «*Mi turno*»—. Te estoy provocando *a ti*. —Adelante. Muéstrame cuánto he perdido del Derek que conocía.

El breve jadeo que salió de sus labios me dijo que había conseguido llegar a él. Los colmillos se retrajeron y los dedos que tan dolorosamente sostenían mi mandíbula se aflojaron antes de que Derek se alejara de mí.

Había logrado una gran victoria, pero el partido aún no había acabado. Puse ambas manos sobre su pecho y volví a empujarlo hacia mí.

—¿Por qué te detienes? ¿Quién soy yo para que me perdones y no perdonaras a Ashley? —Las preguntas me brotaron atropelladas y subrayé cada una de ellas con un empujón—. Si hubiera estado aquí, ¿habrías hecho conmigo lo que hiciste con ella? ¿Me habrías chupado suficiente sangre para llevarme casi al borde de la inconsciencia? ¿Me habrías llevado a la cama y me habrías hecho sufrir mientras yo yacía allí, indefensa? ¿Me habrías tratado de la misma manera?

—¡No! No lo habría hecho. —Me agarró por las muñecas para evitar que lo golpeará. Un escalofrío me recorrió la columna cuando vi cómo me miraba—. No puedo ni soportar la idea de hacerte lo que le hice a ella.

—Entonces, ¿cómo soportaste hacérselo a ella?

Derek apartó la vista. Sus motivos sonaban patéticos. Yo lo sabía y él lo sabía.

—No pude controlarme.

Hice un gesto de negación con la cabeza mientras intentaba escapar de sus manos.

—Eso es una estupidez y lo sabes. Estuve contigo durante *meses*. Lo mismo que Ashley, Paige y Rosa. Nunca nos tocaste ni nos heriste. No me digas que no pudiste controlarte, Derek. No digas eso.

Intenté moverme para alejarme, pero él me mantuvo fuertemente sujeta por las muñecas.

—Déjame ir —susurré.

—No —insistió—. Tú te vienes conmigo.

Lo último que quería era ir con él a ninguna parte. En este momento, solo deseaba estar sola para poner orden en las emociones contradictorias que me provocaba Derek y que me estaban volviendo loca.

Pero no. A pesar de mis protestas, me tomó en brazos y aceleró. Nunca había conseguido acostumbrarme a la velocidad del rayo a la que viajaba, pero aquella era la menor de mis preocupaciones, porque cuando nos detuvimos grité de terror.

Estábamos en la parte superior de una de las almenas de la Fortaleza Carmesí. Un potente viento soplaba contra nosotros, y el sonido de las olas del mar rompiendo contra las sólidas rocas era aterrador. No podía decirlo con seguridad, pero parecía que Derek estaba a punto de saltar desde lo alto de la almena hacia las rocas que había abajo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —grité con los brazos aferrados a su cuello—. ¿A dónde me llevas?

—Te llevo a mi santuario. Agárrate fuerte.

Antes de que pudiera musitar una palabra de protesta, dio un salto que nos lanzó a ambos a una caída libre de treinta metros hacia los escarpados acantilados que teníamos debajo. Mientras me aferraba a él para salvar la vida, mi único pensamiento era:

«*Derek Novak se ha vuelto loco*».

Ben

Dejar a mi familia fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer, pero mi camino se decidió cuando abrí los ojos en la costa de Cancún la mañana después de escapar de La Sombra. Aunque traté de volver a una vida normal, en lo único que podía pensar era en vengarme.

Sofía era el último hilo de esperanza que tenía, pero cuando se alejó de mí aquella noche, sentí que me habían robado todo y solo podía culpar a La Sombra.

No mucho después de marcharse Sofía, me levanté de la cama y agarré la bolsa que había preparado la noche anterior. El corazón me pesaba y se me formó un nudo en la garganta, pero me colé en la habitación de Abby primero. Sonreí al ver su lamparita de noche rosa con forma de estrella y su forma de aferrar a Colin, su peluche. A su edad todavía se chupaba el pulgar cuando dormía. Me acerqué a su cama y enrosqué un mechón de su cabello rubio en mi dedo índice.

—Te voy a echar de menos, enanita.

Me habría abofeteado a mí mismo por ponerme tan melodramático. No era como si los cazadores fueran a apresarme e impedirme volver a ver a mi familia, pero sabía que la elección que estaba haciendo les rompería el corazón. Mi siguiente parada fue la habitación de mis padres. Los miré a hurtadillas, abrazados en la cama, un recordatorio de lo enamorados que seguían estando después de todos aquellos años, algo que creía que yo nunca tendría ahora que Sofía me había dejado. Me deslicé por la puerta y me colé dentro de la habitación, teniendo cuidado de ser lo más silencioso posible. Vi las llaves del auto de mi padre encima de su cómoda y las tomé. Eché una última mirada a mis padres y susurré:

—Lo siento.

Me dirigí al vehículo y conduje hasta el aeropuerto. No tenía ni idea de a dónde ir o qué hacer. Todo lo que tenía era un nombre y un número, y estaba preparado para volar a cualquier destino al que me pidieran ir.

Cuando llegué al aeropuerto de Los Ángeles, fui a la cafetería más cercana y pedí una taza de café muy cara. Sentado en uno de los lujosos sofás, por fin encontré el valor para llamar al número que Eliza me había dado.

—Allá vamos —murmuré mientras marcaba el número.

—¿Hola? —respondió una voz profunda y grave.

—Hola. ¿Eres Reuben?

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy Ben Hudson. Una chica llamada Eliza me dijo que te buscara. —Hice una pausa, preguntándome si parecería un loco—. Quiero unirme a los cazadores.

—¿Eliza? —Hubo un silencio. Solo se oía su pesada respiración—. Perfecto.

Estamos encantados de conocerte, Ben. Esperaba que te pusieras en contacto con nosotros.

«¿Lo esperaba? ¿Cómo sabe siquiera que existo?».

—Estupendo.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto de Los Ángeles.

—Eso no servirá. Uno de nuestros hombres tendrá un avión privado esperando en el aeropuerto Van Nuys dentro de tres horas. ¿Te va bien?

—Sí —asentí—. Por supuesto.

—Hasta la vista, Ben.

Colgué y fruncí el ceño, confundido por la conversación que acababa de mantener. Tomé un sorbo del café y lo dejé en la mesa antes de volver al auto. No tardé mucho en cruzar los límites de Los Ángeles y llegar a Van Nuys, desde donde volaban pequeños aviones comerciales y aviones privados o alquilados.

Había llegado temprano, así que estuve esperando un rato antes de que un hombre alto y delgado se acercara a mí. Los tatuajes le cubrían los brazos y tenía la cabeza completamente afeitada.

—¿Eres Ben Hudson? —preguntó.

—Ese soy yo.

—Me llamo Fly. ¿Preparado para irnos?

Asentí y me hizo señas para que lo siguiera a la pista de aterrizaje donde un avión privado ya nos estaba esperando. Me quedé impresionado al ver el cómodo interior del avión; lo primero que captó mi atención fueron los asientos reclinables de cuero blanco, un televisor enorme de pantalla plana y un pequeño bar.

—Nos darán vía libre para despegar en unos minutos. Ponte cómodo —me aconsejó Fly antes de dirigirse a la cabina.

Cuando habían transcurrido unas tres horas de vuelo, me levanté y fui a la cabina para preguntar a Fly a dónde nos dirigíamos.

—Todo lo que necesitas saber es que vamos al cuartel general Halcón. Cualquier otra cosa se te dará a conocer en su momento.

Volví a mi asiento y miré por la ventana. Estábamos a punto de aterrizar. Abajo, en tierra, distinguí una gran finca privada en algún lugar del país. Hectárea tras hectárea de huertos bordeaban un lateral de la finca, y un viñedo serpenteaba a lo largo del otro. Varias hileras de casas se alineaban en otra zona de la finca, y supuse que una serie de edificios conectados entre sí con una gran cúpula en el medio era el centro del cuartel general. No mucho después aterrizamos en la pista privada de la finca.

Nada más bajar del avión y pisar tierra, fui recibido por la amplia sonrisa de una mujer joven y menuda que tenía el cabello corto de color negro con un mechón azul.

—¡Tú debes ser Ben Hudson! —exclamó—. ¡Estamos muy contentos de que por fin estés aquí! Me llamo Zinnia Wolfe.

Al darnos la mano, noté inmediatamente que tenía una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda. Iba a preguntar por ello, pero decidí no hacerlo. La cálida bienvenida me desconcertó un poco.

«¿Por qué me esperan? ¿Por qué me conocen siquiera?».

—Me presentaría, pero parece que ya me conoces.

—Bueno... —ella se encogió de hombros—. ¿Y quién no?

Fui a recoger mi equipaje, pero ella hizo un gesto con la cabeza.

—No te preocupes por el equipaje. Lo llevaran a tu habitación más tarde.

Empezamos a caminar juntos hacia el cuartel general Halcón.

—Después de que Vivienne Novak fuera capturada, Sofía y tú habéis estado en boca de todos.

Al escuchar aquello saltaron todas las alarmas en mi interior y me detuve antes de llegar a una de las secciones de la finca. Los muros exteriores eran de color gris acerado y tenía grandes ventanales de vidrio de suelo a techo. Lancé una mirada cautelosa al edificio.

«¿Quiénes son estas personas? ¿En qué me he metido?».

—¿Por qué conoces a Sofía? —La sola mención de su nombre me produjo un gran dolor que anidó en mi pecho.

Zinnia sonrió, con sus pestañas largas y oscuras revoloteando alrededor de grandes ojos color avellana.

—Creo que ya he hablado demasiado... —Sus pupilas rodaron hasta el borde de los párpados superiores mientras se reprendía a sí misma—. Me pasa muchas veces.

—¿Y bien? —pregunté, dispuesto a no dejar que evadiera de la pregunta.

—Todo lo que sé es que Sofía Claremont y tú habéis estado en nuestra lista de vigilancia durante algún tiempo. —Su cadera se balanceó hacia un lado mientras cargaba todo su peso sobre una pierna—. Especialmente después de que desaparecierais y volvierais a aparecer por arte de magia, algunos de nuestros mejores cazadores fueron desplegados para manteneros bajo vigilancia las veinticuatro horas.

—¿Por qué? —Me adelanté con los puños cerrados y el ceño fruncido—. ¿Por qué entramos en vuestra lista de vigilancia?

—Sinceramente, no lo sé. Sin embargo, menos mal que los dos estáis en la lista de vigilancia, porque de otro modo nunca habríamos cazado a Vivienne Novak. —Tenía una forma de hablar sobre las cosas importantes como si la mejor manera de hacer frente a todo fuera reírse de ello. Me recordaba mucho a mí mismo, a mi antiguo yo.

—Así que, si nos teníais a Sofía y a mí bajo vigilancia, ¿sabes dónde está ahora?

Zinnia sacudió la cabeza.

—Por desgracia, estábamos demasiado ocupados trasladando a Vivienne aquí. Cuando volvimos a situar a los cazadores para vigilaros, Sofía ya se había ido y tú estabas conduciendo hacia el aeropuerto de Los Ángeles.

Le dediqué mi mirada más amenazadora, molesto porque fuera incapaz de darme

más información.

—¿Siempre eres tan serio e intenso? —Me lanzó un puñetazo juguetón a la mandíbula—. Relájate, guapo. Reuben responderá a todas tus preguntas más tarde.

«*Serio e intenso*».

Nunca pensé que nadie me describiría de esa manera.

«*Tranquilízate, Ben. Lo tienes bajo control*».

—De acuerdo —cedí, mientras un lado de mis labios se curvaba esbozando una sonrisa—. Entonces, ¿cuándo voy a conocer a Reuben? Tengo la impresión de que es el ¿líder todopoderoso de los cazadores?

—Yo no diría todopoderoso, pero sí... está bastante cerca. —Zinnia se echó a reír—. Y sí, es el que lleva la voz cantante. En el cuartel general de Estados Unidos al menos.

—¿Cuartel general de Estados Unidos? —pregunté—. ¿Así que hay más cuarteles generales? ¿Fuera del país?

Zinnia arrugó la nariz.

—Creo que voy a meterme en problemas si sigo respondiendo a tus preguntas, así que por favor... deja de hacerlas. Ya te he contado demasiado.

—Entonces, ¿para qué *estás* aquí exactamente, Zinnia?

—Soy tu comité de bienvenida. Voy a llevarte a tu dormitorio de la residencia. Y hasta que Reuben esté listo para verte, soy la persona a la que acudirás si necesitas algo.

—¿Cualquier cosa? —La miré sugerentemente mientras las puertas de cristal se deslizaban delante de nosotros para permitirnos entrar en la enorme finca privada.

Zinnia me miró con curiosidad mientras nos dirigíamos hacia otra puerta. Sacó una tarjeta metálica y la pasó por la cerradura. A continuación se oyó un bip y pasamos.

—Algo me dice que causarás un montón de problemas, Hudson.

—No tienes ni idea.

—Entonces vamos a llevarnos bien.

Giramos varias veces, dejando atrás numerosos corredores antes de dirigirnos a uno que se abría a un gran atrio acristalado. Había hombres y mujeres enfundados en monos negros idénticos practicando artes marciales.

«*Judo*».

—El atrio funciona como una de las muchas áreas de entrenamiento de la academia. Esos son algunos de los nuevos reclutas.

—¿Academia?

—Todo aquel que quiera convertirse en cazador ha de pasar primero por la academia. Además del entrenamiento básico para el combate, es la herramienta principal que tiene la organización para asignar a los reclutas. Se evalúan sus habilidades y, después de pasar por lo menos un año de entrenamiento, son asignados a un puesto en la organización.

Me quedé impresionado ante el nivel de organización que tenían los cazadores. Siempre los había imaginado como un grupo clandestino que vivía en sótanos, cazando y matando vampiros. Sin embargo, lo que había allí parecía una organización mundial de asesinos de vampiros altamente capacitados.

Zinnia y yo entramos en un ascensor con grandes cristaleras que nos permitían contemplar una panorámica del atrio. Me sujeté a la barandilla de metal que bordeaba las paredes del ascensor mientras subíamos tres plantas. Salimos del ascensor y Zinnia me condujo a través de un laberinto de corredores y pasarelas que conectaban un edificio con otro, hasta que llegamos a la residencia.

Se detuvo frente a una puerta que tenía un número ocho de bronce que identificaba la habitación.

—Es una de las *suites*. Son para los invitados. Cuando seas un recluta oficial, serás trasladado a uno de los dormitorios normales. —Abrió la puerta—. Por ahora, tendrás que conformarte con esta.

Al entrar en la *suite* me quedé impresionado. Los fríos tonos azules y blancos combinados con paneles de madera oscura daban a la habitación una sensación de brillante amplitud, especialmente a través de los ventanales que cubrían una de las paredes. Un amplio televisor de pantalla plana, un sofá semicircular, una vista espectacular de lo que parecía un extenso viñedo y las obras de arte moderno que decoraban las paredes ofrecían una impresión clara:

«*Los cazadores tienen algunos partidarios asquerosamente ricos*».

Zinnia comenzó a señalar las dependencias de la *suite*.

—El dormitorio está allí. Terraza. Cocina, aunque no creo que necesites cocinar. Más tarde puedes almorzar con todos nosotros en el comedor. Cualquier cosa que necesites, puedes llamarme. —Me tomó la mano, sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y garabateó su número en mi palma. Apenas había terminado de escribir el último dígito cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién diablos puede ser? —murmuró.

Fue a abrir la puerta mientras yo me acomodaba en el sofá de la sala. Zinnia intercambió unas palabras con un hombre que tenía una voz profunda y grave. No pude oír mucho, aunque escuché decir al hombre:

—Pensé que sería mejor acabar de una vez cuanto antes. El tiempo es esencial.

Dejé de escuchar mientras terminaban su conversación. Me concentré en la vista del exterior.

«*Me pregunto cómo le irá a Sofía*».

Alejé aquel pensamiento inoportuno. Todavía me dolía su traición.

No me había dado cuenta de que era imposible olvidar a Sofía, aunque solo fuera por esa mañana, hasta que Zinnia volvió de la puerta y dijo:

—Ben, me parece que no tendrás que esperar mucho tiempo. Este es el señor Reuben Lincoln, también conocido como El Jefe.

Tenía un tono de diversión entrelazado en su voz, pero no había ni rastro de eso

en la cara de él o en la mía. Comenzó a hervirme la sangre ante la vista del hombre que se hacía llamar Reuben.

—Ha pasado mucho tiempo, Ben.

—Demasiado tiempo —repliqué, apretando los dientes y mirando la mano que se extendía hacia mí.

Su presencia respondió a muchas de mis preguntas, pero también añadía varias docenas más. De pie frente a mí, alto, imponente y con unos ojos verdes que me recordaban a la chica que había amado y perdido, estaba el padre de Sofía.

«*Aiden Claremont*».

Derek

Cuando mis pies aterrizaron en una de las rocas situadas fuera de la fortaleza, lo primero que se me grabó en la mente fue la esbelta figura de Sofía temblando entre mis brazos.

Se agarró a mí con fuerza, aferrándose a mi pelo con ambas manos. Su rostro cosquilleaba mi cuello, desprendiendo calor contra mi piel con su respiración irregular. Incliné la cabeza hacia atrás para verla mejor y encontré sus ojos firmemente cerrados a causa del terror. Se mordía el labio con tanta fuerza que temí que se hiciera sangre.

«Como si todo lo relacionado contigo no fuera suficientemente tentador... Lo último que necesito es el olor de tu sangre».

No pude evitar sonreír al ver lo mucho que temblaban sus rodillas mientras la ponía en pie. Abrió los ojos, respirando ásperamente mientras paseaba la vista por el entorno. Cuando vio la sonrisa de mi cara, me soltó y me empujó en el hombro con una mano. Rompí a reír. Aquello pareció molestarla.

—¿Estás loco? ¡Si quieres suicidarte saltando desde un acantilado, no me arrastres contigo!

Su arrebató solo sirvió para divertirme más.

—En primer lugar —señalé al muro—, eso no es un acantilado. En segundo lugar, ¿no te dije que iba a llevarte a mi santuario? El salto fue un atajo. En tercer lugar, estás viva, ¿no es así?

—¡A duras penas! —Sus labios de color rojo rosado formaron un mohín mientras cruzaba los brazos sobre el estómago aferrando los codos con las manos. Tenía los ojos húmedos, parecía que estaba a punto de llorar. Me miró con furia.

—Deja de reírte. Todavía estoy enojada contigo.

Intenté poner una cara seria. Nunca fue mi intención burlarme del estallido que había protagonizado en el bosque. A decir verdad, el encontronazo seguía carcomiéndome.

Sin embargo, eché un solo vistazo al rubor de sus mejillas y a la forma en que se abrazaba y no pude contenerme. Era un espectáculo demasiado precioso como para no sonreír al menos. Me golpeó en el brazo con la mano, algo que las adolescentes parecían disfrutar haciendo. Esta vez, sin embargo, su boca se torció. Hizo un gesto de desesperación con los ojos y ahí estaba. Se rindió. Apareció esa radiante sonrisa suya iluminando su rostro.

No me di cuenta de lo mucho que había echado de menos ese momentáneo destello de alegría en su cara cada vez que me miraba hasta que tuve el privilegio de presenciarlo una vez más. Nos miramos a los ojos por una fracción de segundo antes de que ella golpeará con el pie el saliente de piedra en el que nos encontrábamos.

—Se supone que estoy enojada contigo.

—Puedes volver a enojarte más tarde. Hay mucho tiempo para eso. Pero ahora ven conmigo. —Sostuve la mano con la que me había golpeado y la ayudé mientras cruzábamos las rocas escarpadas—. El faro no está lejos de aquí.

—¿El faro?

—Es el único lugar de la isla situado fuera de los muros de la fortaleza. Aparte de mí, creo que solo Vivienne sabe que aún existe.

Salté desde un peñasco particularmente alto para descender al camino de rocas que discurría más abajo. Sostuve a Sofía por la cintura y la ayudé a bajar. Agradecí que la luna llena iluminara lo suficiente para que ella viera a dónde íbamos. Vivir en una isla sin mañanas tenía sus desventajas.

Cuando sus pies se posaron en el suelo una vez más, Sofía me dirigió una mirada extraña. Compasiva. Después una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Afectuosa.

Tragué saliva, preguntándome qué sería lo que había visto en mí.

«¿Cómo puedes mirarme de esa manera, Sofía?».

Volví los ojos al frente, centrándome en el camino que teníamos por delante. Apretó mi mano con más fuerza a medida que avanzábamos por un estrecho sendero pedregoso por el que era mucho más fácil caminar que sobre las rocas resbaladizas que acabábamos de dejar atrás. Lo único que podía hacer era adivinar lo que pasaba por su cabeza.

—¿Sabes? Sería mucho más sencillo si me llevaras a toda velocidad directamente a tu faro —susurró—. Eres tan amigo de los atajos... ¿Y te estás perdiendo este?

—¿Este?

Apreté su mano, disfrutando del calor que emanaba. La miré y asentí brevemente con la cabeza, señalando a la vez.

—Este.

Esa sonrisa. Ese rubor.

«Las cosas que me haces. Las cosas que me haces hacer».

Continuamos el paseo en silencio. No pasó mucho tiempo antes de que llegáramos al faro. Su visión hizo que me dolieran todos los recuerdos que me traía.

«Me desperté aferrándome a un tablón de madera. Regresó a mi mente el recuerdo de las explosiones, el fuego abrasador, los gritos y el caos. El barco se había marchado. Lo último que recordaba era la expresión de horror en los ojos de mi hermana antes de que alguien me dejara inconsciente y me arrojara por la borda».

El mar estaba mucho más tranquilo y me mecía en sus olas como si tratara de consolarme por todas las vidas que se había tragado la noche anterior. Miré el horizonte y me estremecí.

«El sol saldrá pronto».

Busqué a mi alrededor y lo vi. Un faro entre los escarpados acantilados. El único

refugio que podía protegerme del sol abrasador. Había al menos un kilómetro nadando. No tenía mucho tiempo. Aparté el tablón que me mantenía a flote y me apresuré hacia la costa. Cuando alcancé la orilla comenzaban a verse los primeros rayos del alba, y sentí de inmediato su efecto debilitante.

Estaba a punto de correr hacia el faro a toda velocidad cuando lo escuché. Un gemido seguido de un gruñido sonoro y escalofriante. A pesar de mi necesidad de encontrar refugio, no pude ignorar aquel sonido. Oculta tras una roca enorme había una mujer semiinconsciente que estaba recuperando lentamente la conciencia. Unos pasos más allá se erguía una pantera negra, lista para devorarla.

Mi instinto tomó el control. Me lancé hacia la bestia antes de que pudiera saltar. Los dientes de la pantera se hundieron en mi bíceps y me desgarraron la carne. Grité de dolor. El sol impedía que sanara. Debía terminar la pelea cuanto antes. La sangre fluía entre los dientes de la pantera mientras sus afiladas garras me desgarraban el pecho. Lanzando mi propio gruñido, me lancé a su pecho y le arranqué el corazón. De pie sobre el cuerpo sin vida de la bestia, arrojé su corazón al suelo y me enfrenté a la desconocida.

Ella me miraba con un odio que no intentaba ocultar, algo que me sorprendió, teniendo en cuenta que acababa de salvar su vida. Aparté todas las dudas. No tenía tiempo para presentaciones o para averiguar por qué me miraba con tanta ira. El sol estaba saliendo y tenía que refugiarme en la oscuridad. Corrí hacia el faro, dejándola en la orilla. Pronto alcancé la cúpula del faro. Después de cerrar las pesadas cortinas de las ventanas, busqué refugio en los rincones más oscuros de la sala octogonal.

Las heridas que la pantera me había infligido no estaban cicatrizando. La sangre me cubría la ropa y las manos. Temblaba mientras me preguntaba cómo se recuperaría mi cuerpo del daño que incluso el más tímido de los rayos solares producía en una criatura de la oscuridad como yo.

Apenas escuché los pasos que se acercaban a mí. Pasos dubitativos.

—Eres un vampiro —dijo una voz femenina y sensual.

—Sí. Lo soy. —Odiaba admitir la verdad. Había sido un cazador, el mejor que jamás habían tenido. Ahora me había convertido en su presa y, llevados por su odio hacia la criatura en la que me había transformado, habían destruido a mi familia.

Se detuvo frente a mí y levantó la mano, sosteniendo algo. Una estaca de madera. Apuntó a mi corazón con el extremo afilado. Levanté la vista y la miré directamente a los ojos. Unos ojos grandes y castaños que me observaban a través de unas pestañas largas y espesas. Era de una belleza exótica, con piel aceitunada, bello rostro en forma de corazón, labios carnosos y cabello castaño, largo y ondulado...

—Eres una cazadora —dije. Era una afirmación retórica. Me preguntaba qué le impedía atravesarme directamente el corazón con la estaca.

«¿Es porque acabo de salvar su vida de la pantera? Allá en la orilla ni siquiera pareció agradecida por ello».

—Estás maldito.

—Lo estoy —me burlé.

Empujó la estaca hacia adelante, lo suficiente para rasgarme la piel y provocarme sangre.

—Acabas de matar a una pantera con las manos desnudas. ¿Qué te impide acabar conmigo?

—Nunca en mi vida he matado a un ser humano. No voy a empezar hoy. Si tu conciencia puede soportar terminar con mi vida, entonces adelante, acaba de una vez.

En mi época de cazador no habría dudado ni un instante en arrebatarse la vida a un vampiro, y había terminado con muchos. Los veía como malditos, despiadados, criaturas malvadas que quitaban la vida sin refrenarse lo más mínimo, como aquel que se la arrancó a mi madre. Veía a los vampiros como seres inmortales con la conciencia muerta. Nunca pensé que fueran capaces de sentir emociones hasta que me convertí en uno de ellos.

Contemplé los ojos castaños de aquella joven y me pregunté qué habrían sentido todos los vampiros que había asesinado cuando me miraron a los ojos. ¿Se sintieron como me sentía yo en ese momento? ¿Habían anticipado el momento en que la estaca atravesaría su corazón? ¿Estaban rogando que los liberase de su inmortalidad maldita?

Parecía que había pasado una eternidad cuando nuestros ojos se apartaron y ella se derrumbó en el suelo, retirando la estaca de mi pecho. Vio cómo cicatrizaba la herida producida por la estaca.

—No soy una cazadora —admitió.

Hice una mueca.

—Ya lo veo. Si fueras una cazadora, ya estaría muerto.

—Tú no eres lo que dicen que eres, no lo que yo esperaba que fueras.

No encontré una respuesta adecuada a esa afirmación, así que, en lugar de contestar, me presenté.

—Me llamo Derek Novak.

Se quedó mirándome durante un par de minutos antes de decidir finalmente que merecía saber un nombre con el que dirigirme a ella.

—Puedes llamarme Cora.

El faro se convirtió en mi refugio durante todo el terror y el derramamiento de sangre que tuvieron lugar en esta isla abandonada los primeros cien años. Solo entraron en el faro aquellos en los que confiaba lo suficiente para dejar que penetraran por completo en mi vida. Únicamente dos personas habían traspasado sus muros: Cora y Vivienne.

Esa noche, una tercera persona estaba a punto de entrar en mi santuario. Mientras depositaba con delicadeza una mano en la parte baja de la espalda de Sofía para guiarla por la escalera de caracol que conducía a la sala superior, me di cuenta de que

sentía algo que no me había ocurrido en mucho tiempo: estaba aterrorizado.

Sofía

Levanté por encima de mi cabeza la linterna que Derek me había entregado mientras continuábamos ascendiendo por el faro. Habría jurado que la mano que Derek tenía sobre mi espalda estaba temblando.

«¿Derek Novak? ¿Nervioso? ¿No cesarán nunca las sorpresas?».

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, era obvio que este lugar significaba mucho para Derek, y yo ardía en deseos de averiguar por qué, pero también tenía una especie de presentimiento, como si el faro albergara también algo oscuro e inquietante.

Me sentí aliviada, aunque también sin aliento, cuando finalmente llegamos a la cúpula del faro. Derek, que había estado detrás de mí todo el tiempo, se adelantó en los últimos peldaños. Sacó una llave maestra de metal del bolsillo lateral de sus *jeans* y abrió la puerta de palisandro rematada en forma de arco.

Con la mano ya en la cerradura, tomó aliento varias veces antes de abrirla finalmente.

—¿Derek? —pregunté mientras me acercaba a su lado—. ¿Estás bien?

Aquella fue la primera vez desde que había regresado que me sentí atemorizada por su apariencia. Era por lo menos quince centímetros más alto que yo. Su cabello era tan negro como la noche y su piel tan pálida como la nieve. Sus ojos azules cambiaban de tonalidad con su estado de ánimo. Esta vez tenían un tono intenso azul oscuro, como si una tormenta se estuviera gestando en ellos y sus pupilas estuvieran justo en el centro de la tempestad.

Me miró a la cara y me dedicó una pequeña sonrisa. Amarga. Desconsolada. Perturbada. Asustada. No dijo nada. Simplemente se hizo a un lado para que tuviera una panorámica mejor de la sala.

Aquella sala octogonal tenía cuatro grandes ventanales en paredes alternas. Por encima de cada ventanal colgaban pesadas cortinas rojas recogidas a los lados, que permitían disfrutar de la vista del cielo nocturno estrellado. Desde nuestro punto de vista privilegiado, se veía claramente dónde se detenía la noche y dónde se iniciaba el día. A kilómetros de nosotros había un día brillante y soleado, y allí la luz que emitía la linterna del faro era totalmente innecesaria.

Me di la vuelta para encontrar a Derek de pie en el centro de la sala. Sus ojos comenzaron a humedecerse y me di cuenta de que nunca lo había visto llorar.

—Vivienne. Mantuvo la sala todos estos años.

Di pequeños pasos sobre el suelo de madera mientras examinaba el resto de la sala. De todas las paredes colgaban fotografías enmarcadas. Había velas sin encender rodeando la sala. En un lateral descansaba un sofá modular de terciopelo, justo

enfrente de una chimenea montada sobre una pared ciega. Había una mesa de centro delante del sofá, y sobre ella destacaba un libro encuadernado en cuero de gran tamaño que parecía remontarse al siglo xv.

Para mí, la sala era un lugar bien decorado que ofrecía el refugio perfecto para todo el que deseara escapar de los confines de La Sombra. Para Derek, sin embargo, parecía que la sala significaba mucho más.

Me detuve delante de él y lo miré a la cara, sin apenas poder respirar por la intensidad de sus emociones.

—¿Qué es este lugar, Derek?

—Te lo dije... Es mi santuario. —Sus labios esbozaron una sonrisa mientras me llevaba hacia el sofá. Se sentó y tiró de mí para que me sentara a su lado. Irguió la espalda, apoyando los codos sobre las rodillas mientras tomaba el libro que estaba encima de la mesa y lo colocaba en su regazo.

—Si te vas a quedar aquí, necesitas conocer mejor La Sombra y el precio que se pagó para que fuera lo que es ahora. —Se detuvo, con una expresión pensativa asomando a su rostro—. Más que eso, necesito que me conozcas. *Que lo sepas todo* sobre mí.

Y me di cuenta de que ese era el motivo por el que estaba tan aterrorizado.

Derek

Abrí el libro encuadernado en cuero que contenía páginas y páginas de palabras escritas con tinta.

—Estas páginas contienen las crónicas de la historia de La Sombra —expliqué—. Básicamente es un registro de cómo se creó La Sombra. —Lo cerré suavemente y se lo entregué—. El libro no puede abandonar el faro, así que, si quieres leerlo, debes venir aquí.

Pensar que ella estaba leyendo los secretos más recónditos de La Sombra me revolvió el estómago. Solo imaginar cómo me miraría después de leer esas páginas me desgarraba por dentro. Una lágrima rodó por mi mejilla antes de que pudiera detenerla.

—Derek... —Rozó mi pómulos con sus delicados dedos, usando su pulgar para secarme la lágrima.

No soportaba mirarla.

—Si piensas que lo que le hice a Ashley era malo, Sofía, averiguarás que he hecho cosas mucho peores para proteger a mi familia y a La Sombra. —Volví mi mirada al libro que sostenía en su regazo—. Lee, Sofía.

Ella abrió el libro por la primera página. Me estremecí cuando empezó a leer en voz alta.

Me pareció que pasamos horas en el faro mientras ella leía página tras página, ahogando un grito en ciertos pasajes, llorando en otros. En ciertos momentos levantaba la vista hacia mí con un millón de preguntas en sus ojos, cuestionándose cómo era capaz de vivir conmigo mismo habiendo cometido tales atrocidades.

«No pude vivir conmigo mismo, Sofía. Por eso le pedí a Cora que me durmiera en un sueño del que nunca debía despertar. Todavía no entiendo por qué rompió su promesa e hizo que me despertara cuatrocientos años más tarde».

Quería explicarme, pero mantuve la boca cerrada durante toda la lectura.

A veces hacía una pausa y me miraba con algo que creí que era admiración. Me engañaba a mí mismo al albergar siquiera la idea de que ella pudiera admirarme después de leer la espeluznante historia de La Sombra.

«El naufragio, el faro, las cuevas, la Primera Sangre, los esclavos, el Muro, las bestias...».

Cuando empezó a leer el relato del levantamiento y la posterior masacre, las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro y empezó a sollozar. En aquel momento estaba convencido.

«Eso es todo. La he perdido».

Dejó de leer y continuó llorando, lamentando la pérdida de todos aquellos

esclavos que se atrevieron a rebelarse contra nosotros.

Me senté muy quieto, y mis dedos acariciaban con suavidad su cabello mientras esperaba a que sus sollozos se calmaran. Cuando el sonido se volvió insoportable, retiré la mano. Apenas pude decir las palabras, asfixiado por mi propia culpa.

—Supongo que ahora sabes exactamente lo que soy.

Tomó la mano que yo había retirado y presionó mi palma sobre un lado de su rostro, acariciando con sus dedos el dorso de mi mano.

—Creo que siempre he sabido exactamente lo que eres, Derek. Lo que ocurre es que... no creo que *tú* lo sepas.

No tenía ni idea de lo que quería decir, pero si su tacto era ya de por sí un bálsamo curativo, su aparente aceptación de mi ser me devolvió la esperanza.

Cerró el libro y lo volvió a colocar en su sitio de la mesa.

—Estoy horrorizada —admitió—. No alcanzo a entender cómo fuiste capaz de tomar esas decisiones...

Mis labios temblaron. Me sentí encoger ante el peso de su mirada, sabiendo que sus reproches eran amables comparados con lo que me merecía.

—... Pero sé de primera mano que eres mejor que las decisiones que tomas a veces. No creo que el hombre retratado en esas páginas sea el mismo que despertó en *mi* época.

La miré a los ojos y vi sinceridad y esperanza... esperanza en que todavía podía haber algo de bondad en mí. En aquel momento, la adoré más de lo que había adorado a ninguna otra mujer en toda mi vida. No creía que tuviera la más ligera idea del efecto que sus palabras tenían en mí cuando dijo:

—Puedes ser mejor que esto.

Cuando se inclinó para acercarse y sus labios tocaron los míos, todavía no podía crérmelo. Sostuve su cintura y la atraje más, prácticamente cargando con ella para depositarla en mi regazo mientras bebía una vez más de los placeres que sus dulces labios proporcionaban.

Aquella noche, en el faro, todo lo demás se desvaneció y Sofía Claremont se convirtió en mi mundo.

Ben

Me senté completamente rígido sobre el sofá circular, contemplando a aquel hombre carismático y seguro de sí mismo que se hacía llamar Reuben Lincoln. Zinnia estaba sentada en el mismo sofá con una mirada curiosa brillando en sus ojos mientras nos observaba a uno y a otro alternativamente. Reuben, por su parte, estaba frente a mí en un sillón reclinable de cuero. Adoptó una postura más relajada, recostándose sobre el respaldo con los codos apoyados en los reposabrazos del sillón.

—Tiene aspecto de haber visto un fantasma, señor Hudson —apuntó.

—Eso es porque creo que acabo de ver uno. —Había amargura en mi voz. Mientras miraba al padre que la había abandonado durante ocho años, comprendí que el hecho de que pudieran herirme a causa de Sofía era un frío recordatorio de que ella todavía significaba para mí más de lo que estaba dispuesto a admitir—. Eres Aiden Claremont.

Esperaba que lo negara, por eso me sorprendí cuando una sonrisa de satisfacción asomó en su rostro y dijo:

—Me imaginé que me reconocerías. Ya tenías edad suficiente para recordar.

—¿Recordar qué? ¿Qué abandonaste a tu propia hija?

Zinnia se revolvió incómoda en el asiento. Me preguntaba si ella sabría siquiera que su reverenciado líder era en realidad el padre de Sofía.

—Realmente no tengo por qué responderte, Ben. —Sacó un cigarro puro del bolsillo trasero de su traje y tomó un encendedor. Estaba a punto de encenderlo cuando me miró—. ¿Te importa?

—Sí. Me importa.

Él se burló.

—Menos mal que a mí no me importa un carajo. —Encendió el cigarro y tomó una bocanada—. Solo preguntaba por cortesía.

—Qué amable de tu parte —respondí entre dientes. Así que, ¿ahora eres Reuben Lincoln?

—Para los cazadores, sí. Así es como me conocen. Para el resto del mundo todavía soy Aiden Claremont.

—¿Cuál de las dos identidades eres en realidad?

—Ambas. —Lo pensó por unos instantes—. Ninguna. —Se encogió de hombros—. ¿Importa?

—Sofía te necesitaba.

Sus labios se tensaron mientras depositaba su cigarro en un cenicero cercano. Me miró con una intensidad que nunca había visto en los ojos verdes de Sofía.

—Como he dicho, no necesito responderte, muchacho. Vamos a cortar por lo

sano. ¿Por qué quieres convertirte en cazador? ¿Por qué está aquí, señor Hudson? ¿Cómo llegaste a conocer a Eliza? ¿Y cómo pudo ella hablarte de mí?

Al oír aquel nombre, Zinnia ahogó un grito. Sus ojos castaños me traspasaron, anticipando mi respuesta.

—Era mi hermana mayor.

La miré sorprendido.

—Lo siento.

Las lágrimas le nublaron el iris de color avellana.

—¿Está muerta?

Asentí solemnemente.

—Casi no la conocía, pero sentí que era como mi alma gemela. Podría haber intentado escapar sin mí, pero se arriesgó para ayudarme. Lo siento de veras, Zinnia.

—Todos hemos perdido a alguien a manos de los vampiros. O si no, hemos sido víctimas, como tú. Por eso somos cazadores —aclaró Zinnia entre sollozos.

—Eliza siempre fue difícil de refrenar. Estaba muy ansiosa por probarse ante nosotros y era demasiado impulsiva, actuaba antes de pensar bien las cosas. La enviamos a Cancún principalmente para sacarla de aquí. Se suponía que iba a ser un viaje de placer, unas vacaciones. La última vez que supimos algo de ella, estaba pidiendo refuerzos porque había descubierto a una vampira del aquelarre Novak. Le ordenamos que nos esperara, pero supongo que actuó por su cuenta. No hemos sabido nada de ella desde esa noche.

Me armé de valor y dejé de lado los prejuicios personales que tenía en contra de Reuben. Estábamos hablando de negocios. Comencé a desabotonarme la camisa mientras hablaba.

—Quiero vengarme de la vampira que me hizo esto. —Les mostré las cicatrices de mi pecho—. Eliza fue capturada por la misma vampira. Trató de ayudarme a escapar, pero nos apresaron. El nombre de la vampira es Claudia.

Los oídos de Reuben se animaron.

—¿Claudia? ¿Pertenece al aquelarre Novak, tal y como nos dijo Eliza en su mensaje?

—Sí, supongo. Derek Novak era su príncipe o algo así. Él fue quien mató a Eliza. Claudia se la ofreció como una especie de tributo.

Mi voz se fue apagando, al darme cuenta de que me estaban mirando fijamente.

Comencé a cuestionar mi decisión de revelarles tanto.

«*Apenas conozco a esta gente*».

—Queremos que nos digas todo lo que sabes de su aquelarre, *especialmente* dónde están. Eres la primera persona en cientos de años que ha sido capturado por el aquelarre Novak y ha logrado salir con vida. La mayoría de ellos simplemente desaparecen, ni siquiera hay cuerpos, nunca más sabemos de ellos. —Reuben se sentó en el borde de su asiento—. Adelante, Ben. Cuéntanos lo que sabes.

Me negué.

—No, ya he dicho suficiente. Por cierto, no confío en ti, *Aiden*. No después de lo que le hiciste a Sofía. No diré nada hasta que obtenga respuestas.

El hombre me lanzó una mirada asesina.

—Mira, niño. Estoy aquí por una razón y solo una, y es encontrar a Sofía. No me importa lo que pienses de mí. La última vez que mi hija y tú desaparecisteis, prácticamente volví el mundo del revés tratando de encontrarla. Llegué a un callejón sin salida tras otro, y luego vosotros dos aparecéis de la nada, contando a las autoridades esa historia de mierda sobre la huida, sin explicaciones, sin informes, nada. —Empezó a maldecir en voz alta—. ¡Y ahora Sofía desaparece de nuevo, justo después de una conversación en privado con Vivienne Novak! —Otra blasfemia escapó de sus labios—. ¡Vivienne Novak! Después de siglos sin rastro de ella ni de nadie de su clan, reaparece y va tras mi hija. Si no quieres que Sofía acabe como Eliza, vas a decirme todo lo que sabes.

Tenía un aspecto de lo más intimidante y Zinnia parecía aterrorizada, pero su estallido solo consiguió relajarme. Su reacción me mostró lo importante que era yo para ellos. Me recosté en el sofá y ladeé la cabeza.

—¿No tienes a Vivienne bajo tu custodia? ¿Por qué no vas y simplemente le preguntas lo que quieres saber?

—Obviamente, nunca has intentado quebrar a un vampiro —musitó Zinnia.

Levanté la barbilla con desdén.

—Estoy dispuesto a aprender.

—Ahora no es el momento. —Reuben se tambaleaba de ira—. Dime dónde está mi hija.

—Volvió a La Sombra.

—¿La Sombra? —preguntaron ambos al unísono.

Como no quería decirles nada acerca de la isla, pronuncié unas palabras que me dejaron un sabor amargo en la boca.

—Sofía es la amante de Derek Novak.

A continuación se hizo el silencio mientras asimilaban mi declaración. Mis ojos se quedaron fijos en Reuben, viendo cómo la sangre se agolpaba en su rostro y sus nudillos se tornaban blancos de aferrarse a los reposabrazos.

—¿*Amante*? —La forma de pronunciar la palabra hizo que sonara asquerosa y repugnante—. ¿Cómo pudo ocurrir algo así? ¿Cómo es posible que mi propia *hija* caiga presa de un Novak?

Me sorprendió la angustia que vi en su cara. La ira aumentaba su aspecto amenazador y, sin embargo, una profunda tristeza se mezclaba con la furia.

—Intentaba protegerla, mantenerla oculta de vampiros y cazadores, lejos de todo este derramamiento de sangre. No sé qué harían con ella si descubren que soy su padre... —Se levantó de su asiento y comenzó a caminar arriba y abajo por el suelo de madera delante de nosotros. Aquello no contribuyó a rebajar la tensión.

No pude evitar decir lo que pensaba.

—¿Protegerla? ¿De qué demonios estás hablando? ¡La abandonaste!

—¡Para mantenerla alejada de todo esto! Estaba más segura sin mí.

—¿Más segura? —me burlé—. ¿En serio? ¿Quieres decir más segura que como está ahora? ¿Más segura como esclava del príncipe de los vampiros?

—¿Esclava? Me había dado la impresión de que se marchó por su propia voluntad. —Algo oscuro brilló en los ojos de Reuben.

Supe entonces que Reuben arrasaría el mundo entero para mantener a Sofía lejos de Derek Novak.

Eso fue lo que le ganó mi confianza. Eso fue lo que lo convirtió en mi aliado.

Respiré profundamente.

—Tú no conoces a Sofía. Es ingenua. Confía demasiado en la gente. Tal vez has oído hablar de lo que estaba sucediendo cuando llegaron los cazadores para alejar a Vivienne de Sofía. Era casi como si la vampira estuviera hipnotizando a Sofía. No sé... le hicieron algo en esa isla. Es muy leal a Derek por razones que ni siquiera alcanzo a comprender. Después de volver de La Sombra, intenté razonar con ella lo mejor que pude, pero fue inútil. Él *la tenía*. No sé si hay algo que podamos hacer al respecto.

Una determinación feroz acrecentó las arrugas del rostro de Reuben mientras volvía a sentarse en el sillón reclinable.

—Vamos a sacar a mi hija de allí, y tú vas a decirme *todo* lo que sabes sobre La Sombra.

Derek

«Año 1509.

Una ligera llovizna había comenzado a caer sobre los tejados de paja y los muros de piedra de nuestro pequeño pueblo. El aire puro del campo era un cambio bienvenido frente a la atmósfera de la ciudad a la que me había acostumbrado desde que me uniera a los cazadores. Sin embargo, ni siquiera el consuelo de visitar nuestra querida y unida comunidad de granjeros logró aliviar la pesada carga que traía conmigo al volver a casa.

Aunque nuestros vecinos me saludaban con asentimientos y sonrisas, se mostraban cautelosos conmigo, algunos incluso temerosos. Después de que nuestra madre fuera asesinada en el interior de nuestra propia casa dos años antes, me habían tachado de loco porque estaba convencido de que un vampiro se había cobrado la vida de mi madre. No mucho tiempo después ya no pude soportar trabajar en los campos. Necesitaba alejarme. Corrían rumores sobre una orden conocida como "El Halcón". Eran cazadores, decididos a librar al mundo de los vampiros. Los encontré y me uní a ellos.

De las varias veces que había regresado desde que me uní a los cazadores, esta resultó ser la más difícil, porque con el regreso traía una misión que temía no poder cumplir.

Al llegar a las paredes de ladrillo y el tejado de paja de nuestra casa, la primera persona que deseaba ver era mi gemela. Vivienne me había acompañado durante mi primer año de cazador. Ella no se hizo cazadora, pero me ayudó en más de un sentido gracias a sus premoniciones. Sin embargo, pasado un tiempo tuvo que regresar a nuestro hogar debido a una enfermedad. Esperaba encontrarla en la puerta para saludarme, y me sorprendí al ver a nuestro hermano mayor en su lugar.

Era mediodía, y aun así estaba claro que Lucas había estado bebiendo. Tenía un brazo sobre una risueña moza de taberna escasamente vestida y una frasca de vino en la otra mano.

—¿Dónde está Vivienne? —pregunté.

—¿Derek? —Parpadeó varias veces.

Lo pasé de largo y entré en la casa.

—¡Vivienne!

—No está aquí. —Lucas tragó saliva.

—¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido? —Mi pulso se aceleró y el corazón comenzó a latirme al doble de velocidad.

Se frotó la nuca con una mano e hizo un gesto a la moza para que desapareciera. Incluso con el estupor de la borrachera, la culpa era evidente.

—¿Qué has hecho?

—¡No he hecho nada! Derek, debes entenderlo... No había nada que se pudiera hacer...

—¿Hacer sobre qué? ¿Entender qué? ¿Dónde diablos está Vivienne?

—Lord Maslen la mandó llamar. Se la han llevado a sus dominios esta misma mañana.

La sangre me latía con fuerza en las venas. Lord Maslen era el barón de las tierras en las que vivíamos. Su hijo mayor, Borys, había tenido el ojo puesto en Vivienne durante años. Me había contado muchas veces que no lo soportaba. El estómago se me revolvió al pensar lo que probablemente deseaba de Vivienne.

—Sabes en qué problemas podríamos meternos si desafiamos a los Maslen. ¿Cómo íbamos a decir que no?

—Es fácil, Lucas. Acabas de pronunciar la palabra. No. —Me quedé mirando a mi hermano mayor con incredulidad. Era inaudito comprobar la clase de cobarde que siempre demostraba ser.

—¡Como si eso hubiera servido de algo! Estamos hablando de los Maslen. Podrían cortarnos la cabeza. No creo que pudiéramos negarles a Vivienne.

—¿Por qué no, demonios? ¡Es nuestra hermana! No es una propiedad que puedan poseer a su antojo. ¡No somos sus esclavos!

—Ellos tienen todo el poder.

—Solo el poder que nosotros les damos, Lucas. Nada más.

—No es así de simple. —Lucas movió los pies incómodo—. Es la prometida de Borys. Ya es mayor de edad. Me dijeron que era el momento de dar a Borys lo que era suyo.

—¿Prometida? —escupí una retahíla de maldiciones.

—Sin nuestro conocimiento, y sin el suyo siquiera, Padre la prometió a Borys Maslen a cambio de una generosa dote.

Me quedé paralizado. Cuando nuestra madre murió, estábamos llenos de deudas y a punto de perder la granja. Intenté contribuir trabajando como músico en la taberna local. Vivienne también trabajó de aprendiz de un comerciante. Incluso Lucas hizo algo más que el mínimo habitual en él en las tareas en la granja. Pero aunque todos ayudamos a tirar del carro, seguíamos a punto de perder la granja. Entonces, de repente, Padre volvió con una suma enorme para pagar nuestras deudas. Se negó a decirnos de dónde había salido el dinero. Ahora ya sabía de dónde lo sacó. Había vendido a su propia hija a ese demonio.

—Derek, no teníamos otra opción.

—Al diablo con eso. Siempre hay una elección. —Salí como un vendaval, decidido a encontrar a mi padre. Sabía que solo había un lugar donde buscar. Con los músculos en tensión y los puños cerrados, preparados para asestar un golpe, marché a través de los caminos enlodados de nuestro pueblo. Quería estrangular a mi padre.

El miedo y la preocupación me estaban destrozando. La incertidumbre de lo que mi hermana estaría sufriendo a manos de Borys Maslen abrumaba mis sentidos. Los transeúntes que me crucé en camino se hacían rápidamente a un lado. A mis dieciocho años ya me había labrado una reputación, y mi actitud cuando me abalancé sobre la puerta de la taberna del pueblo distaba mucho de ser cordial.

Empujé la puerta y de inmediato clavé los ojos en nuestro padre. Cuando lo encontré, achispado y riendo con algunos de sus camaradas, me puse rojo de furia. Me abalancé sobre él, lo derribé al suelo y comencé a golpearlo en la cara.

—¿Cómo te atreves a hacerle eso a tu propia hija! ¿Cómo pudiste enviar a Vivienne allí!

Ya había lanzado varios puñetazos cuando mi padre consiguió devolvérmelos. Con unos pocos movimientos rápidos, logró rodar sobre mí y me inmovilizó contra el suelo.

—Cuidado con quién eliges pelear, muchacho. —Escupió la sangre al suelo, justo a mi lado—. Ahora tu hermana pertenece a Borys Maslen. Hay lugares mucho peores para una mujer joven. Ser la esposa de un futuro barón, uno muy rico de hecho, no es tan malo, ¿no crees?

Miré fijamente a mi padre, luchando contra las lágrimas que pugnaban por brotar.

—Dices eso porque no conoces a Borys Maslen. Acabas de entregar a tu hija al diablo.

Al decir aquello, mi padre simplemente se rio de mí.

—¿Por qué estás tan profundamente herido, hijo? —Me abofeteó sin fuerza y me soltó para ponerse de pie tambaleando—. El chico puede ser un mocosito egocéntrico, pero no es un diablo. Toma un trago, Derek. A ver si te relaja.

Mientras me levantaba del suelo, me prometí a mí mismo que iba a rescatar a Vivienne de los Maslen. No podía explicarle a mi padre por qué imaginar a Vivienne junto a Borys Maslen me revolvía el estómago. Sabía que se limitaría a reírse de mí y me tacharía de loco, igual que lo había hecho la última vez que intenté hablarle de mis teorías sobre cómo había muerto nuestra madre.

No podía decirle a mi propio padre que acababa de entregar a su hija a un vampiro. Un vampiro que me habían asignado matar».

La había rescatado de las garras de Borys Maslen quinientos años atrás. Y, sin embargo, no era capaz de salvarla ahora. Era muy consciente de lo que los cazadores hacían con los vampiros cuando los capturaban. Ningún vampiro había vuelto jamás. Daba igual lo mucho que quisiera creer que Vivienne estaba viva, tenía que asumirlo.

Nada que pudiera decir serviría para defender de forma racional ante los demás la decisión de reunir nuestras fuerzas para traer a mi hermana de vuelta. Incluso Xavier y Liana, dos de los amigos más íntimos de Vivienne, no hacían más que decirme que los cazadores nunca mantenían a un vampiro con vida por mucho tiempo. Me

limitaría a arriesgar la vida de muchos de nuestra especie si seguía adelante y arremetía contra los cazadores, dondequiera que estuvieran, en un vano intento por rescatar a Vivienne.

Ella ya no estaba. Y tenía que aceptarlo.

Como era costumbre hacer en honor de aquellos de los nuestros que caían a manos de los cazadores, celebramos un servicio fúnebre en la plaza. Habían pasado siglos desde la última vez que La Sombra había sufrido una pérdida así, y que esa pérdida fuera Vivienne Novak provocó un profundo dolor en todos los ciudadanos de La Sombra.

Fue Liana quien se encargó de todos los preparativos. Yo no quería tener nada que ver. Solo pensar en la pérdida ya era demasiado doloroso. Nuestro padre mandó decir que no podía acudir. Parecía que otros asuntos siempre tenían preferencia sobre su familia. Incluso esperaba que Lucas se presentara, pero sabía que siempre había sido demasiado cobarde para enfrentarse a mí. Ni siquiera la muerte de su propia hermana, si es que lo sabía, haría que arriesgara su propia vida.

No podía sacudirme de encima la ira que sentía mientras todos los presentes recibían un farolillo volador para soltarlo en el aire frío de la noche.

«Debería haber estado allí. Podía haberla salvado».

Pero no estuve allí. Estaba tan ocupado protegiendo La Sombra que había sido incapaz de proteger a mi hermana.

Mientras miraba el farolillo que sostenía en la mano, no pude evitar sentir una punzada de dolor al pensar en lo que representaba. Vivienne siempre había sido especialmente aficionada a los farolillos. Me pareció que soltarlo significaría dejarla ir.

Sofía estaba de pie, a unos pasos de mí, con los ojos bajos mientras sostenía el farolillo en la mano y le susurraba algo. Me estiré para oír lo que estaba diciendo:

—Donde quiera que te encuentres, Vivienne, espero que estés bien.

Después de soltar los farolillos, no pude apartar los ojos de Sofía. No tenía ni idea de lo que habría hecho sin ella. En los últimos días había adoptado nuevamente el papel de mi esclava, a pesar de que era todo lo contrario. Era la única persona que me mantenía cuerdo.

Recorrí la distancia que nos separaba y admiré la mezcla de dolor y fascinación que se reflejaba en su rostro mientras los farolillos se elevaban hacia el cielo estrellado. Al notar mis ojos en ella, me miró y me dirigió una sonrisa afligida. Sus delicados dedos rozaron suavemente mi brazo antes de que su mano encontrara la mía. Me la apretó firmemente, era su manera de decir que estaba ahí para consolarme.

Indiferente a los que nos rodeaban, pasé mi brazo por su hombro y presioné mis labios contra su sien.

—No puedo explicarte lo mucho que significa para mí que estés aquí —susurré a su oído.

Acarició suavemente mi mano antes de que sus ojos se centraran en los farolillos

que se elevaban salpicando el cielo de la noche.

—Siento que hayas perdido a Vivienne, Derek.

«*He perdido a Vivienne*».

Las palabras eran dolorosas. La idea de pasar aquella noche a solas me pareció más de lo que podía soportar.

—Quédate conmigo esta noche, Sofía.

Como Lucas ya no era una amenaza, había estado durmiendo en uno de los dormitorios vacíos de mi apartamento desde que volvió. Paige y Rosa ya se habían mudado de vuelta a mi ático para acompañarla. Me habían preguntado qué iba a suceder con Ashley, pero yo ni siquiera me atrevía a pensar en la chica.

—Derek... —Su cara palideció ante lo que le estaba sugiriendo: que se quedara en mi dormitorio como antes.

Las dudas eran comprensibles. Las chicas se lo estaban haciendo pasar mal a causa de su lealtad hacia mí, pero yo quería estar cerca de ella. Ansiaba su calor. Era el bálsamo para curar la herida dejada por la desaparición de Vivienne.

—Sofía, por favor. —Podría habérselo exigido simplemente. Todavía era el príncipe de La Sombra y, a los ojos de todos los demás, seguía siendo mi esclava, pero su aprobación me importaba, tal vez más de lo que debería. Nada me habría gustado más que pensar que estaría conmigo por su propia elección.

Desvió la mirada desde el cielo nocturno hacia mí antes de soltar un suspiro.

—De acuerdo —asintió.

El servicio fúnebre seguía su curso. Se pronunciaron palabras agradables en memoria de Vivienne. Cuando me pidieron que hablara, me negué. No quería pensar en la pérdida que estaba sufriendo, y mucho menos hablar de ello. No me quedé a recibir las condolencias.

Esa noche el único alivio fue Sofía. Sus besos, sus susurros de consuelo, su sonrisa, sus brazos alrededor de mi cuerpo y la calidez que emanaba... Por primera vez en mucho tiempo me permití ser vulnerable frente a otra persona. Con Sofía entre mis brazos me derrumbé, y ella no dijo nada para consolarme. No tenía que hacerlo. Simplemente me abrazó con fuerza.

Cuando el sueño finalmente se la llevó, contemplé su pacífica silueta dormida y me permití abstraerme pensando en Vivienne, solo lo suficiente para dar las gracias a mi querida hermana por pagar el precio más alto para devolverme a Sofía.

Sofía

Abrí los ojos y lo encontré mirándome fijamente. Sentí que despertar junto a él estaba bien de una forma que nunca había sentido al despertar junto a Ben. Me relajé en sus brazos. Su pecho me había parecido suficientemente cómodo para ser mi almohada durante la noche. Sonreí. Era la primera vez que recordaba no haberme despertado por una pesadilla en mitad de la noche.

—Lamento que vieras así. —Nunca pensé que lo vería tan avergonzado.

Tardé unos segundos en darme cuenta de por qué se estaba disculpando. Sacudí la cabeza y me acurruqué más cerca de él.

—No lo lamentes, Derek. No tienes que fingir delante de mí.

Juraría que sentí cómo se aceleraba su corazón. Sus brazos se apretaron a mi alrededor. Nos quedamos allí cómodamente tumbados unos pocos minutos más antes de volver a la rutina y vestirnos. Había olvidado lo natural que nos resultaba. Sabíamos cómo movernos, cómo actuar, cuándo quedarnos fuera de los espacios privados del otro y cuándo entrar.

Sin embargo, algo había cambiado en nuestra rutina. Después de vestirnos, a menudo iba a la cocina a preparar mi desayuno. Normalmente ya había un vaso de sangre esperándolo en la mesa del comedor. Eso no había cambiado. Lo que cambió, sin embargo, fue el hecho de que empezara a hablarme de verdad, y no solo acerca de cosas sin importancia, sino que me contara cómo iba a pasar el día, cuáles eran sus planes para La Sombra, cosas de las que nunca me enteraba cuando todavía era su “esclava personal”.

—Hoy iré a los campos de entrenamiento —me informó—. El entrenamiento debe continuar para los vampiros de La Sombra.

—Corrine me habló del reclutamiento. —El tema me dejó un poso amargo en la boca—. Dijo que querías que todos los vampiros estuvieran preparados para la batalla. ¿Por qué?

—Nos hemos vuelto débiles. Si los cazadores nos atacan, no tendremos ni una sola oportunidad. No puedo ni imaginar los avances tecnológicos que habrán desarrollado a lo largo de los años. Han avanzado a pasos agigantados desde hace cuatrocientos años.

—Tal vez, ¿pero cómo demonios van a encontrar la isla los cazadores, Derek?

—Es solo cuestión de tiempo, Sofía. Nuestras defensas se debilitan por momentos. Me sorprende que hayamos sido capaces de mantener el secreto tanto tiempo.

Miré largo rato el pedazo de tostada que acababa de untar con mermelada y mantequilla antes de admitir finalmente lo que me preocupaba.

—Ben se unió a los cazadores, Derek. Quería que fuera con él, pero me negué. Derek se puso rígido. Tomó un sorbo de su vaso de sangre y alzó la vista hacia mí.

—¿Por qué no lo hiciste?

«*Por ti*».

Me encogí de hombros.

—No me parecía bien.

Tuve la sensación de que quería hacerme otra pregunta, pero se lo pensó dos veces. En lugar de eso, asintió.

—Tengo que irme pronto. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero visitar a Ashley en las Celdas. Estoy pensando en visitar las Catacumbas también.

—¿Las Catacumbas? —Sus ojos azules se abrieron sorprendidos.

—¿Supone algún problema?

Derek hizo una pausa y lo pensó por unos instantes.

—No. Me encontraré allí contigo más tarde. Me aseguraré de que un guardia te acompañe.

—¿Cuándo va a celebrarse ese juicio contra Ashley, Derek? No puedes seguir atrasándolo.

Su cara se ensombreció.

—Es una cazadora, Sofía.

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. ¿Cómo sabes...?

—El tatuaje de su espalda. El halcón. Es la marca de los cazadores.

—Pero...

—Mira, te ofrezco un acuerdo. Si puedes hacer que ella coopere y nos dé toda la información que conoce acerca de los cazadores, la liberaré.

—Eso no es justo, Derek. Me estaba defendiendo de ti...

—No vayas por ahí, Sofía. —Su tono era firme y dejaba claro que estaba a punto de cruzar la línea—. Sé lo que hice y me arrepiento profundamente, pero soy el príncipe de La Sombra. Ella iba a matarme. Casi te mata a *ti*. Mi oferta de liberarla es más generosa de lo que imaginas.

Estaba desconcertada. Era la primera vez que lo recordaba utilizando su título conmigo. Mi familiaridad con él a menudo me hacía olvidar quién era. Cada vez que alguien de La Sombra lo trataba con deferencia, me parecía de lo más extraño. La idea de llamarlo “Alteza” o incluso “Príncipe” me parecía ridícula, pero mientras estaba allí sentada, la realidad me golpeó con toda su fuerza: los vampiros reconocían a Derek como su príncipe.

Las palabras que Ben me había dicho mientras estábamos todavía en La Sombra me obsesionaron.

«*No seas tonta, Sofía. Ambos necesitamos salir de aquí antes de que decida que se ha cansado de ti y nos mate a los dos*».

Mis inseguridades comenzaron a resurgir.

«¿Quién creo que soy?».

Pensar que algún día Derek se daría cuenta de que no me necesitaba me carcomía mientras me dirigía a las Celdas. El trato que había acordado con él me pesaba en el corazón.

Entré en la celda de Ashley y la encontré sentada en el borde de su catre con un aspecto completamente desamparado. Levantó sus ojos hacia mí, probablemente esperando a Paige, a Rosa o a uno de los guardias. Su cara mostró su abatimiento cuando me vio.

—Ah. Eres tú.

Se me encogió el estómago. Desde mi llegada, las chicas me habían hecho el vacío. Hasta Sam y Kyle se mostraban únicamente corteses conmigo. No podía culparlos. Éramos amigas y las dejé en La Sombra sin ni siquiera despedirme. Por si fuera poco, no hice nada para ayudarlos a escapar mientras estaba fuera de La Sombra. Habíamos planeado la huida juntas muchas veces, prometiéndonos que, cuando una de nosotras lograra salir, rescataría a las demás. Yo no lo había cumplido. Peor aún, a mi regreso me había encontrado a Derek con una Ashley semiinconsciente en su cama, y aún así le había perdonado. Esa última parte, creo, fue lo que a ellas les pareció la mayor traición.

Tenían motivos para odiarme. Eso explicaba la sensación de pesadumbre que me embargaba al acercarme a Ashley. La última vez que la visité no había sido muy amable conmigo, especialmente cuando se enteró de que me quedaba de nuevo en el apartamento de Derek.

—¿Cómo puedes soportar estar con él? —me había preguntado.

No sabía cómo responder. Sonó patético cuando respondí:

—Lo veo diferente. Todavía hay esperanza para él. No quiero rendirme.

Después de eso, Ashley me había pedido que me marchara.

Para ser sincera, no me alegraba que todavía me vieran como la esclava de Derek, pero él me había dejado claro que era la única forma. Después de que Derek tomara infinitas medidas para mantener en secreto mi huida, la mayoría de los vampiros ni siquiera sabían que me había ido.

—La única manera de la que puedo protegerte, Sofía, es manteniéndote bajo mi ala. No te tocarán si saben que eres mía. Tú sola no eres más que carnada fresca —me dijo, y por mucho que protesté, sabía que en La Sombra la única manera de estar a salvo era bajo su protección.

Intenté explicar a Paige y a Rosa por qué no pude dar información sobre La Sombra después de nuestra huida, pero mis palabras sonaron huecas frente al trauma que Derek les había hecho vivir mientras yo no estaba. A sus ojos, me estaba aliando con el enemigo. Ojalá recordaran lo que Derek había hecho para protegernos antes de que todo se estropeará.

Al entrar en la celda de Ashley por segunda vez, me di cuenta de que no había

tenido muchas amigas durante la adolescencia. Todo había girado siempre alrededor de Ben y los Hudson. Incluso de niña había preferido estar sola y disfrutar de mis locas aventuras antes que quedarme con las niñas de mi edad. Me mataban de aburrimiento. Por eso valoraba tanto a las chicas, y ahora que me guardaban tanto rencor, me di cuenta de cuánto las echaba de menos.

—Hola, Ashley. —Me aproximé a ella llena de dudas. Crucé los dedos esperando que cooperara.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sofía?

Me senté a su lado en el catre. Ella se alejó de mí.

—¿Cómo estás? —comencé. De pronto, sentí que se me secaba la garganta y no tenía ni idea de qué decir—. ¿Te han tratado bien?

Ashley soltó un bufido.

—Tan bien como lo harían con cualquier prisionera, supongo. ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —Sus labios tiritaron y su cuerpo temblaba—. ¿Cuándo será ese juicio? La espera me está matando.

—No creo que vaya a haber juicio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Derek ha ofrecido un trato. Está dispuesto a liberarte.

—Ah, ¿sí? ¿A cambio de qué?

—Información.

Ashley abrió los ojos.

—No puedo creerlo, Sofía. ¿Vienes aquí como su lacaya, intentando sacarme información? ¿Después de lo que hizo? ¿Qué pasó con eso de cuidarnos entre nosotras, eh?

—Por eso he venido, Ashley. Para cuidar de ti. ¿Preferirías que viniera él en mi lugar? ¿Sabiendo cuánto desea tu sangre?

La idea obviamente la asustó. Sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres saber?

—El tatuaje de tu espalda... ¿significa que eres una cazadora?

Su mandíbula se tensó.

—Sí. ¿Y qué? —Comenzó a enroscar las puntas de su cabello rubio, algo que hacía cuando estaba nerviosa.

—Vivienne fue capturada por los cazadores.

—¿La hermana de Derek?

Asentí.

—Abandonó La Sombra para traerme de vuelta.

—¿Por qué? ¿Por qué arriesgaría a eso? Están a salvo en esta isla burbuja. ¿Por qué pasaría por todo eso para traerte a *ti* de vuelta? ¿Por qué eres tan importante para estas personas, Sofía?

Las palabras de Vivienne cruzaron por mi mente.

«No eres un peón. Eres la reina».

—Ash, entiendo tu odio hacia los vampiros. Lo vi en los ojos de Ben. De alguna manera, yo también compartí ese odio. Ellos nos quitaron tanto... Derek intentó matarte y, fuera cual fuera su excusa, no es razón suficiente para lo que hizo, pero estamos aquí y no hay forma de cambiar eso.

—No estás respondiendo mi pregunta, Sofía. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué su princesa se arriesgaría a ser capturada por los cazadores para traerte a ti de vuelta?

Le conté lo que Vivienne me había dicho en la cafetería. La profecía y el papel que ella creía que yo tenía en ella. Esa era la parte que había ocultado a Derek. Solo contárselo en voz alta a Ashley me hizo sentir presuntuosa.

«¿*Realmente creo que soy tan importante? ¿Que mi presencia aquí podría suponer una diferencia?»*».

Cuando terminé, la cara de Ashley se suavizó.

—¿Y la crees?

—Al principio no, pero luego me dio algunos de sus recuerdos, algunos al azar que me contaron su historia y las cosas por las que tuvo que pasar para proteger esta isla. Después, cuando llegué aquí, Derek me mostró la historia de La Sombra... el precio que pagaron *ellos* para lograr lo que tienen. Y sé con seguridad que Vivienne era sincera. —Tomé aire y lo expulsé, esperando que de alguna manera estuviera llegando al corazón de Ashley—. No te estoy pidiendo que lo perdones, Ashley. Te hizo sufrir demasiado para eso. Te estoy pidiendo que confíes en mí, porque éramos amigas. *Somos* amigas, y las cosas no eran tan malas cuando estábamos aquí, y...

Para mi sorpresa, Ashley me atrajo hacia ella en un abrazo. Me susurró al oído:

—Sabía que volverías, Sofía. Deseaba que volvieras para sacarnos de aquí, por eso me decepcioné al enterarme de que habías vuelto principalmente por *él*. Eso no significa que no te extrañáramos. Y si tengo que quedarme en este agujero negro de isla, preferiría que estuvieras aquí. —Se echó a reír—. Después de todo, estaba mucho más a salvo de él cuando tú estabas aquí.

Le sonreí, esperando que aquello fuera el inicio de la reconciliación. Cuando dejó de abrazarme, sentí alivio al ver que también había una sonrisa en su rostro.

—¿Qué quieres saber, Sofía? Si me saca de aquí, te lo diré.

—Queremos que nos des cualquier información que tengas acerca de los cazadores. Eras una de ellos.

—No hay mucho que te pueda decir, pero lo que sé con seguridad es que si los cazadores la han tenido más de veinticuatro horas, está muerta. Nunca mantienen a los vampiros vivos demasiado tiempo.

—¿Qué razón tendrían para mantener a uno vivo?

Ashley se encogió de hombros.

—Para sonsacarle información. Me imagino que Vivienne habrá sido una gran captura, teniendo en cuenta que es la princesa de esta isla. Probablemente ahora la estén torturando.

—¿Cómo la podemos encontrar?

Una sonrisa triste se formó en su rostro.

—Estás preguntando por la ubicación del cuartel general de los cazadores. Te lo diría, Sofía, pero no lo sé. Mira, pertenezco a una familia de generaciones y generaciones de cazadores. Ni siquiera sé a cuándo se remonta la pertenencia de nuestra familia a la orden. Nuestros padres nos criaron en el odio a los vampiros y con mi hermano funcionó, pero no conmigo. No podía hacerme a la idea de odiar a criaturas que habían herido a algún antepasado lejano y ahora, muchas generaciones después, ¿se supone que tengo que odiarlos? —Ashley soltó un profundo suspiro—. No quería vivir la vida que ellos estaban viviendo, así que, cuando nos enviaron a mi hermano y a mí a los cazadores para entrenarnos, le rogué que no dijera nada a mamá y papá, y no fui. Me hice el tatuaje del halcón solo para poder mostrarlo cuando preguntaran por el entrenamiento, pero nunca puse un pie en el cuartel general de los cazadores, así que no sé dónde están o cómo se organizan.

—¿Cómo ibas a llegar hasta allí?

—Nos enviaron a una pista de aterrizaje donde nos recogería un cazador en un avión privado. Esa es toda la información que nos dieron.

Asentí.

—De acuerdo. Eso es todo lo que tengo que preguntar por ahora, Ash. Creo que Derek dispondrá que otro de los vampiros te haga más preguntas. Espero que te libere pronto. —Tomé su mano y la apreté, aliviada de que no la apartara.

—Gracias, Sofía.

Sacudí la cabeza.

—Estoy feliz de tenerte de vuelta.

Cuando dejé su celda, me sentí bastante bien. A pesar de que Ashley no me había dado información relevante, estaba dispuesta a contarme lo que sabía, y eso tenía que ser suficiente para Derek.

Pero algo más me preocupaba. Un poco antes, Derek había hecho valer su título. Era el príncipe de La Sombra y tenía todo el derecho a hacer lo que deseara. Sin embargo, eso no quería decir que tuviera razón. Ashley era solo una humana que había sufrido abuso a manos de Derek. Mientras mis pies me llevaban a las Catacumbas, me estremecí al pensar en el tipo de atrocidades que iba a encontrar.

En el faro, Derek me había revelado qué era La Sombra en realidad y cómo había llegado a serlo.

«Estoy a punto de descubrir qué es La Sombra y en qué podría convertirse».

Ben

La oficina de Reuben olía a menta con ligeros matices de ron y tabaco. El suelo estaba enmoquetado y las paredes blancas estaban adornadas con algunas pinturas selectas, creando un ambiente minimalista en el amplio interior de la oficina. En el centro había un gran escritorio de cristal, alrededor del cual estábamos sentados Reuben, Zinnia y yo, mientras me presionaban una vez más para que les diera información relativa a La Sombra.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que sabes? —Decir que Reuben me miraba disgustado era un gran eufemismo—. Tiene que haber algo más que nos puedas decir.

—Te he dicho todo lo que sé. —Me encogí de hombros. «*Aparentemente, no sé tanto*»—. La mayor parte del tiempo que pasé en La Sombra fue en el interior de la casa de Claudia, en su habitación o en una de sus mazmorras. La única vez que salí fue cuando me llevó a casa de Derek. Conocía el camino al puerto, pero cómo salir de la isla o cómo volver allí estaba más allá de mis conocimientos. Reuben estaba lívido.

—Básicamente, no sabes nada. No me importa lo que haya en la isla o cómo permanece invisible y protegida. Lo que me importa es cómo llegar.

Reuben Lincoln no era un hombre paciente, especialmente en lo que se refería a su hija.

—Bueno, ¿qué hay de Vivienne? ¿Has conseguido sacarle alguna información? —Dirigí a Zinnia una mirada cargada de intención.

Desde que llegué, ella había estado conmigo todos los días, asegurándose de que estaba bien informado y sometido a los niveles de entrenamiento adecuados. Dada mi experiencia en artes marciales y el tiempo que pasé en La Sombra, ya había superado en varios niveles a los reclutas que habían llegado antes que yo.

Zinnia sacudió la cabeza.

—No hablará.

—Es una Novak. No se derrumbará fácilmente. Su hermano gemelo es un héroe de leyenda —dijo Reuben como si estuviera pensando en voz alta—. Derek Novak era alguien a tener en cuenta mientras fue uno de los nuestros. Es una amenaza incluso mayor ahora que es vampiro, un vampiro de quinientos años. Si pensábamos que los Maslen son una amenaza, ahora él es mucho peor.

—¿Los Maslen?

—Un clan que dirige el mayor aquelarre de vampiros que conocemos —explicó Zinnia—. Los hemos seguido la pista durante años. Al igual que los Novak, son difíciles de encontrar.

—Por la forma en que lo dices, parece que los Novak lo han hecho incluso mejor que los Maslen durante todos estos años... —Los engranajes de la mente de Reuben

se habían puesto en marcha—. ¿Cómo han sido capaces de escapar a nuestra búsqueda durante tanto tiempo? Tiene que haber algún resquicio en alguna parte. — Algo brilló en sus ojos y apareció un destello de esperanza—. La bruja... la que protege la isla... ¿cómo se llamaba?

—Corrine.

—Eso es. Así lo hicieron. Zinnia, quiero toda la información que puedas conseguir sobre las brujas que trabajaban con los cazadores en el año 1500. Busca específicamente brujas que fueron enviadas para encontrar a los Novak antes del naufragio. Y asegúrate de que toda la información que encuentras esté correctamente documentada.

Zinnia asintió y abandonó la oficina. Reuben se giró hacia mí.

—En cuanto a ti, tal vez haber estado en La Sombra te haya equipado mejor para obtener información de Vivienne Novak. Ven conmigo.

A medida que desentrañábamos nuestro camino por la red de pasillos y corredores, el gran tamaño de la finca y su fastuosidad me abrumó. Ya estaba asombrado por las cosas que había visto en La Sombra, pero la isla parecía incluso primitiva comparada con el cuartel general de los cazadores. Zinnia me hizo darme cuenta de en qué medida los cazadores eran realmente una amenaza para los vampiros.

—Hemos eliminado numerosos aquelarres de vampiros a lo largo de los años. Muchos de ellos están en la clandestinidad. La mejor defensa de los vampiros contra nosotros es que no los encontremos —explicó—. Eso es lo que los Novak parecen hacer mejor. Lo último que supimos de ellos fue hace cuatro siglos. Después ninguno de los que enviamos a encontrarlos volvió. Enviamos a nuestros mejores cazadores, algunos de ellos habían trabajado con Derek Novak cuando todavía era cazador. Ninguno regresó.

Sus palabras resonaron en mis oídos. Estaba poseído por mi propio deseo de destruir La Sombra, y cuando Reuben se detuvo, me sorprendió ver en sus ojos algo más aparte de determinación. Pena. Dolor. Añoranza.

—Tú conocías bien a mi hija, ¿no, Hudson?

Asentí.

—Fuimos los mejores amigos durante años.

—¿Qué pudo provocar que se enamorara de un monstruo como Derek?

La angustia que vi en sus ojos hizo que por primera vez recordara a Reuben como Aiden Claremont, alguien que se preocupaba por Sofía. Me dolió no tener respuesta para su pregunta.

—No lo sé. Esperemos que algún día se lo puedas preguntar a ella.

Sus ojos se oscurecieron.

—Averigua qué le hizo Vivienne. La quiero de vuelta.

Asentí. Tardamos varios minutos en llegar finalmente a la zona más segura y fuertemente custodiada de la mansión, la celda donde estaba prisionera Vivienne.

Primero entramos en lo que parecía una sala de interrogatorios. A través de una ventana tintada que solo permitía ver en una dirección, vi a Vivienne encadenada a la pared con la espalda contra ella y las piernas flácidas sobre el suelo. Su mirada era distante. Tenía cortes sangrientos, muy similares a los que Claudia me había infligido, por los brazos, el cuello y la cara.

La estaban torturando.

—Como te dije —Reuben respiró profundamente—, no es fácil romper a un vampiro. —Señaló hacia la puerta que me conduciría a ella—. Adelante.

Tragué con fuerza, sin estar completamente seguro de lo que se suponía que tenía que hacer o decir a la vampira. Me dirigí a la sala y cerré la puerta detrás de mí. Arrastré una silla de metal y me senté delante de ella. Solo cuando ya estaba sentado, ella levantó los ojos hacia mí. El horror llenó esos ojos de color azul violeta en el momento que me reconoció.

—¿Ben?

—Hola, Vivienne. —Me sorprendió descubrir tanto temor.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Sofía? —La preocupación resaltó la expresión de su rostro.

Le sangraba la boca. Le habían arrancado los colmillos. Me pregunté por qué no sanaba. Claudia siempre sanaba instantáneamente cuando se cortaba accidentalmente mientras me torturaba.

—Ben... Tienes que decirme dónde está Sofía.

La preocupación que sentía por mi mejor amiga era desconcertante.

—Sofía no te concierne.

—Se supone que tiene que estar con Derek. —Su voz era como la de una niña. Sus palabras eran lo último que quería oír.

Me lancé sobre ella y la agarré por la mandíbula, forzándola a que me mirara a los ojos. Los tonos azul claro y violeta de sus ojos se convirtieron en un violeta intenso y me sorprendí cuando vi miedo en sus profundidades.

—¿Qué quieres decir con que *se supone* que tiene que estar con Derek?

Deseaba ver una chispa de Claudia en ella. Quería encontrar la maldad que había visto en el rostro de mi carcelera, una perra fría y sin corazón en un momento y una niña rota y llorosa al siguiente. Sin embargo, al mirar directamente al rostro de Vivienne, no vi ni rastro de Claudia. Al contrario, encontré una motivación y una profunda tristeza.

—Nunca pensé que vería a mi hermano enamorarse. Estaba demasiado roto, demasiado hastiado... pero él la ama y ella lo ama. Y creo que ni siquiera se han dado cuenta.

Sus palabras fueron como verter ácido sobre mis heridas aún frescas. Antes de que pudiese pensar correctamente, le abofeteé la cara con el dorso de la mano. Ella se estrelló contra el suelo. Siempre que había golpeado a Claudia, ella se había limitado a reírse de mí.

Me puse de pie encima de Vivienne mientras empezaba a toser sangre. La culpa me inundó y empecé a justificar mis acciones. Era una vampira. No era una inocente cualquiera. Tenía todo el derecho, incluso la responsabilidad, de quebrarla.

Intenté apartar las palabras de Sofía.

«Encuentra a Vivienne, por favor. Y asegúrate de que no le hacen daño».

Me armé de valor contra mi propia conciencia. Vivienne tenía información que yo necesitaba, y haría todo lo posible para conseguirla.

—¿Cómo llegamos a La Sombra, Vivienne?

—¿Por qué no vas y simplemente le preguntas a Sofía? Le mostré el camino. Sabe todo lo que hace falta para llegar.

Me imaginé a Vivienne como si fuera Claudia, y su cabello oscuro se convirtió en una masa de rizos dorados, su rostro en forma de corazón se transformó en la cara redonda de Claudia, y su silueta de copa alta de cristal parecía la figura esbelta de Claudia.

«Son lo mismo» —me dije a mi mismo antes de golpearla en el estómago.

Tosió antes de levantar los ojos hacia mí. Una sonrisa desmayada cruzó su rostro.

—Sofía regresó, ¿verdad? ¿Volvió con él?

Apreté los puños y estaba a punto de golpearla de nuevo cuando vi una lágrima brotando de sus ojos. No importaba qué justificación tuviera ni qué tormento me hubiera hecho pasar Claudia, Vivienne era una mujer rota e indefensa y yo la estaba golpeando por crímenes que no había cometido.

—Por favor. —Las lágrimas rodaban por el rostro de Vivienne mientras intentaba levantarse del suelo—. Suficiente.

Me senté delante de ella y otra vez le agarré la mandíbula.

Ella gimió ante el movimiento repentino. Probablemente había sido sometida a tortura desde que la trajeron aquí. Cualquier movimiento le causaba dolor.

—Solo tú puedes terminar con esto, Vivienne. Simplemente dinos lo que queremos saber. Dinos donde está La Sombra. Y todo esto terminará.

—Dime, Ben. Si supieses que un grupo de matones tiene la intención de asesinar a tu familia y destruir tu hogar, ¿qué tendrían que hacerte para que les proporcionaras la dirección de tu familia?

Torcí la boca.

—Exacto. Nunca podré renunciar a mi familia, Ben.

Aflojé la mano que agarraba su mandíbula, incapaz de aceptar que un vampiro pudiese cuidar de nadie que no fuera él mismo. Claudia había conseguido que me resultara difícil pensar que el concepto familia significaba algo para ellos.

—Sofía es mi familia, Vivienne. La apartaste de mí. Si tuvieses a alguien que hubiese lavado el cerebro de alguien de tu familia para que aceptara convertirse en esclavo, ¿qué le harías a esa persona para recuperar a tu familia?

—Sofía volvió a La Sombra por voluntad propia y ambos lo sabemos.

La verdad de sus palabras me escoció. De mala gana le solté la mandíbula. Ni

siquiera podía mirarla, pero sentía sus ojos clavados en mí, estudiándome.

—La amabas, ¿verdad?

Se suponía que era mía. Se suponía que no lo iba a elegir a él.

Vivienne levantó una mano temblorosa y acarició mi cabello con la punta de sus dedos.

—Lo siento, Ben. Lo siento por todo lo que La Sombra te ha costado. Pero solo estábamos haciendo lo que teníamos que hacer para sobrevivir.

—No me digas eso. Lo que Claudia me hizo no tenía nada que ver con la supervivencia.

—Tienes razón. Tenía todo que ver con la venganza. Le recordabas al hombre que abusó de ella.

—Yo no soy ese hombre.

Ella asintió.

—Y yo no soy Claudia.

Esa aclaración fue como una patada en el estómago, pero fue bien recibida. Por fin la miré a los ojos. Para mi sorpresa, después de un par de segundos, el violeta de su iris se tornó azul claro. Cuando sus ojos volvieron a su color original azul violeta, me miró como si yo fuera alguien completamente nuevo.

—Ben...

Me estremecí cuando su pulgar acarició amablemente la línea de mi barbilla. Agarré su muñeca y aparté su mano de mí.

—¿Qué pasa? —¿Qué has visto?

Una lágrima solitaria rodó desde la comisura de su ojo hasta su barbilla, y después cayó al suelo.

—No tienes ni idea de lo mucho que significas para ella. Un día, Ben, mirarás más allá de ti mismo y verás a Sofía tal como es. Cuando veas el mundo a través de sus ojos, lo entenderás. Podrías ser grande, Ben. Y por todo lo que merece la pena, te doy las gracias.

—¿Qué? ¿Qué estás dicien...?

La puerta se abrió de repente y Reuben entró.

—¡Suficiente! —bramó—. Está claro que no vamos a conseguir nada de ella. Haremos los preparativos para la ejecución lo antes posible.

El rostro de Vivienne se cubrió de alivio. La culpa ensombreció el mío. Sus últimas palabras me perseguirían el resto del día.

«¿Por qué me dio las gracias?».

Se lo mencioné a Zinnia ese mismo día.

—Probablemente solo estaba trastornada, Ben. Olvida lo que te dijo.

Sacudí la cabeza.

—Cuando alguien te dice algo así, no puedes olvidarlo, especialmente cuando ese alguien es la Vidente de La Sombra.

Sofía

Las Cumbres Negras era una gran cordillera que se extendía por el norte de la isla. En su interior había una intrincada red de cuevas que contenía las Celdas al oeste y las Catacumbas, la morada de los humanos que no estaban bajo el cuidado de un vampiro, en la parte oriental.

A medida que recorría las Cumbres Negras por el camino que discurría de oeste a este, el encuentro que había mantenido con Ashley pesaba más en mi corazón. No podía cerrar los ojos ante lo que ocurría en La Sombra. Mi afecto por Derek me había cegado, pero no podía seguir así.

Crucé la entrada de la red de cuevas y me dirigí a la abertura de la cueva que conducía a las Catacumbas. Me sorprendió encontrar a Derek esperándome, apoyado contra una pared de roca maciza.

—Te dije que enviaría un guardia, pero supuse que era mejor enviarme a mí mismo. Xavier puede hacerse cargo del entrenamiento. Después de todo, él es mejor con las armas de fuego que yo.

Lo miré con los ojos entrecerrados y luegoforcé una sonrisa.

—Por supuesto.

—¿Ha ido todo bien con Ashley?

—Aceptó tus condiciones. ¿La vas a soltar de inmediato?

Derek llamó a un guardia que había cerca.

—Encárgate de que una de las prisioneras humanas sea liberada y enviada a mi casa. Se llama Ashley. Asegúrate de que esté adecuadamente protegida. La quiero bajo vigilancia.

Esperé hasta que el guardia se fue para decir lo que pensaba.

—¿Es realmente necesario? ¿Tenerla bajo vigilancia como a un halcón?

—Es un halcón.

Aquello no me divertía.

—Vámonos.

Cruzamos un túnel largo y estrecho, iluminado con pequeñas bombillas incandescentes que se alineaban en las paredes rocosas. Tuve que controlar mi respiración para superar el miedo a los espacios cerrados. Sentí la mano de Derek en mi cintura.

—Pareces muy tensa, Sofía.

No sabía si era él o la claustrofobia pero, de cualquier modo, lo único que quería era dejar atrás el túnel. Cuando vi la claridad delante de mí, un suspiro de alivio se me escapó de los labios. Estaba a punto de acelerar el paso hacia la claridad cuando Derek me agarró por el brazo y me dio la vuelta para mirarme a la cara.

—¿Estás bien?

—Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Derek sintió la tensa formalidad con la que me dirigía a él. Avanzó un pie, afirmando su dominio.

—¿Qué ocurre, Sofía?

¿Cómo podía explicarle la lucha que mantenía conmigo misma para confiar en lo que sentía por él a pesar de lo que veía a mi alrededor? Si iba a seguir con él, si yo era la chica de la que hablaba la profecía, algo tenía que cambiar. Pero no estaba en absoluto preparada para discutir eso con Derek, y me limité a respirar profundamente. Hice un gesto de con la cabeza.

—Estoy bien, Derek. Solo quiero salir de este túnel. Los espacios cerrados me ponen nerviosa.

Él entornó los ojos antes de asentir.

—Entonces salgamos de aquí. —Descansó su mano en la parte baja de mi espalda, empujándome suavemente hacia adelante, y nos acercamos más y más a la pequeña abertura que conducía a las Catacumbas.

Todo lo que sabía acerca de aquel lugar era que se trataba de la morada de los humanos. No estaba preparada para lo que vi al poner un pie en la claridad. Justo delante de mí había una comunidad próspera, con gente arremolinándose alrededor de un foso redondo gigante cuyo fondo no alcancé a ver cuando me incliné sobre la barandilla de madera que bordeaba los laterales del foso.

El foso tenía varios niveles con entradas a cuevas que conducían a otras áreas de las Catacumbas. Había escaleras en las paredes que permitían acceder de un nivel a otro, además de puentes contruidos para ir de un lado del foso al opuesto. Miré hacia arriba y calculé que había al menos otros dos niveles por encima de nosotros. Apenas podía contar los niveles inferiores.

Vi a dos niños en el nivel inmediatamente inferior al nuestro: un niño y una niña. Pelirrojos, con grandes ojos castaños. El niño parecía mayor que la niña. Estaba consolándola. Supuse que eran hermanos. Era la primera vez que veía niños en La Sombra.

Derek estaba de pie a mi lado, también apoyado en el pasamanos. Se les quedó mirando con fascinación en los ojos.

—No tenía ni idea de que las Catacumbas tuvieran este aspecto —admitió.

—¿No has estado aquí nunca? —pregunté, encontrando extraño que el príncipe de La Sombra no se molestara nunca en visitar una parte tan importante de su reino.

«*¿No reina también sobre los humanos? ¿Es que no le importan en absoluto?»*».

Derek sacudió la cabeza.

—No. Nunca tuve motivo para hacerlo.

«*¿Nunca tuviste motivo para hacerlo? ¿No son estas personas tus súbditos tanto como los vampiros?»*».

—¿Sofía? —una voz familiar me llamó desde un nivel superior.

Seguí el sonido de la voz y reconocí a Corrine. Ella vio a Derek y parecía estar conteniendo la respiración.

—¿Lo has traído a él?

Vi cómo Derek se ponía tenso. No era ningún secreto para mí que Corrine y él no eran precisamente los mejores amigos, y siempre me sorprendía lo abierta que era Corrine mostrando su desdén.

—Espérame. Bajo enseguida.

Corrine desapareció y Derek me miró.

—¿Así que fue la bruja quien te dio la idea de venir aquí?

—Cuando fui a visitarla, me dijo que debía venir para hacerme una idea más clara de cómo viven los Naturales.

—Los Naturales y los Migrantes —pronunció cada palabra con amargura, incluso con una pizca de desprecio. No pude evitar preguntarme por qué. Alcancé a ver una vez más a los niños del nivel inferior. Ambos tenían sus grandes ojos castaños clavados en nosotros. La niña se aferraba fuertemente a su hermano. Me di cuenta de que ambos miraban a Derek. Estaban aterrorizados. El niño susurró algo al oído de la niña y retrocedieron lentamente antes de girarse y correr al interior de un túnel.

—Deberías haber avisado de que su Alteza Real iba a venir. Habríamos preparado algún tipo de cálida bienvenida. La Élite raramente visita las Catacumbas.

Me giré ciento ochenta grados y me encontré a Corrine de pie detrás de nosotros.

Derek fue más reacio a mirar a la cara a la hermosa bruja. Se dio la vuelta lentamente antes de lanzarle una mirada fulminante.

—Hola a ti también.

Se batieron en un duelo de miradas antes de que ambos dirigieran su atención hacia mí.

—Así que finalmente decidiste visitar las Catacumbas —me reprendió suavemente Corrine.

—Bueno, fui al servicio fúnebre de Vivienne. Me estaba adaptando al regreso... Yo...

—Suficiente, Sofía. Cuando intentas defenderte, divagas. —Corrine me miró fijamente antes de dedicar otra mirada recelosa a Derek—. Sígueme. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras.

Mientras Corrine nos conducía por la cornisa que había bajo nuestros pies, sentí la incomodidad de Derek. Me pregunté si le resultaba difícil estar rodeado de todos esos humanos. Instintivamente agarré su mano y la apreté. Él me la apretó con más fuerza. Contemplé aquel lugar envuelto por la oscuridad.

—¿Cómo son capaces de soportar la falta de luz solar? —Durante los meses que había vivido con Derek antes de dejar La Sombra, nos habían dado dosis de vitamina D junto con otros nutrientes, y me preguntaba si a todos los humanos se les proporcionaba el mismo tratamiento.

—La mayoría de las personas que viven en las Catacumbas han nacido aquí —

explicó Corrine. Es difícil echar en falta algo que en realidad nunca han tenido. Obtienen la vitamina D de los suplementos. La falta de luz solar los debilita en algunos aspectos que los nutrientes artificiales nunca podrían compensar. La esperanza de vida de los humanos de esta isla no es muy alta.

Miré brevemente a Derek, recordando la Sala del Sol y todo el esfuerzo que empleé para ofrecerle un atisbo del sol. La fastuosidad de su ático parecía una extravagancia excesiva en comparación con las oscuras condiciones de vida de los esclavos humanos de La Sombra.

Corrine continuó bajando por una escalera de caracol de madera que conducía al nivel inferior. La seguimos. Podía sentir los ojos curiosos clavados en nosotros mientras marchábamos tras Corrine, que ni siquiera se molestó en comprobar si todavía la seguíamos.

—Un vampiro y su Migrante —susurró una mujer joven a una anciana de cabello cano.

—Una mujer joven y bella —replicó la anciana—. Pobrecita.

Derek me agarró la mano con más fuerza, lo suficiente para que yo percibiera su tensión, pero no tanto como para que fuera doloroso.

Continuamos caminando detrás de Corrine mientras se desviaba a un túnel más ancho que el primero por el que habíamos entrado. Era el mismo túnel por el que habían huido los niños. Pasamos varias puertas rematadas con arcos. Me estiré para ver lo que había tras ellas, pero solo vi oscuridad. Corrine siguió caminando hasta que se detuvo frente a una de las entradas. Cruzamos el umbral y encontramos a los dos niños que habíamos visto antes agarrados a su madre, una mujer hermosa con el cabello cobrizo oscuro y una sonrisa triste. El dolor llenaba sus ojos. Dentro de lo que supuse que era su casa, había tres catres muy similares a los que había en las Celdas. Una vieja mesa estaba colocada en una esquina de la habitación, y sobre ella parpadeaba una vela solitaria.

Corrine debió notar que miraba fijamente a la vela.

—No todas las áreas de las Catacumbas tienen electricidad, a pesar de que la planta de energía de La Sombra ni siquiera existiría sin el trabajo humano. Aquellos que no tienen electricidad obtienen una ración de velas cada semana, velas que también fabrican los *humanos*. —Sus ojos estaban clavados en Derek.

Lancé una mirada a mis dos compañeros y cambié mi peso de un pie al otro.

—¿Cómo generan electricidad?

Esta vez me respondió Derek.

—Se hizo un gran esfuerzo para garantizar que La Sombra fuera lo más autosuficiente posible. La isla cuenta con su propia planta de energía, granjas y fábricas, todo ello posible debido a los humanos que viven en la isla.

—Cuando la isla necesita alguna habilidad específica —agregó Corrine—, los vampiros secuestran a alguien que la tenga. Ningún humano secuestrado ha sido capaz de salir de la isla. Solo Ben y tú.

Al oír eso, dediqué una mirada de agradecimiento a Derek. Él ni siquiera miró en mi dirección. Corrine se encogió de hombros y entró en la habitación. La mujer de cabello cobrizo estaba susurrando palabras de consuelo a sus hijos antes de levantar la vista hacia nosotros. Había miedo en sus ojos, un miedo que se multiplicó por diez cuando vio a Derek de pie junto a la puerta.

—Corrine... —hizo un gesto con labios temblorosos—. Por favor...

—No te preocupes, Lily. No está aquí por ti o por los niños.

Derek se encogió. Soltó mi mano. Levanté la vista hacia él y le acaricié el codo antes de seguir a Corrine al interior. Él se quedó junto a la puerta.

—Me llamo Sofía —me presenté, con los ojos fijos en los dos niños pequeños.

—Lily. —Ella sonrió débilmente, pero todavía parecía alterada y sus ojos revolotearon de mí hacia Derek—. Estos son mis hijos. Rob y Madeline.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté.

La mujer no pareció apreciar mi interés por sus hijos. La mayoría de las madres que conocía, como Amelia, no perdían una oportunidad de hablar de sus hijos. Lily no. Los rodeó con sus brazos y tragó saliva antes de responder:

—Rob tiene siete. Madeline cinco.

—Relájate, cariño. Es la chica de la que te hablé —trató de calmarla Corrine. La información la puso aún más nerviosa. Sus ojos se posaron en Derek.

—Eso significa que él es...

Corrine asintió.

—Derek Novak.

Las lágrimas comenzaron a asomar a los ojos de Lily.

—¡No puedo perder a mis hijos!

—¿Por qué ibas a perder a tus hijos, Lily? Nadie va a quitártelos...

La mirada de lástima que me lanzó primero a mí y luego a sus hijos me silenció.

—Tú no lo entiendes, Sofía. Eres una Migrante. No naciste aquí. No sabes cómo es. Temo por mis hijos porque, al igual que mi esposo, son hermosos. La belleza no es algo que desees para tus hijos. No aquí en La Sombra. La belleza garantiza la muerte.

Lancé una mirada inquisitiva a Corrine, sin saber muy bien qué pensar de lo que acababa de decir. ¿El esposo de Lily... estaba...?

—Después de que el príncipe ordenara la suspensión de todos los secuestros humanos, una vampira vio al esposo de Lily trabajando en una fábrica. Se encaprichó de él y lo tomó como su esclavo. El cadáver le fue devuelto a Lily a los pocos días. El hijo mayor de Lily, Gavin, ha tomado el lugar de su padre en la fábrica. —Corrine acarició con delicadeza el cabello de Lily—. Nadie va a quitarte a Rob y Madeline. Hoy no. Por ahora, quédate tranquila.

Lily asintió, pero no sin mirar de nuevo a Derek.

Contemplé una vez más a los dos niños. Lily tenía razón. Eran hermosos. Mientras asimilaba la información, respirar se convirtió en una tarea difícil.

«Esto está mal. Así no es como debe ser».

Agarré la mano de Lily.

—Voy a hacer todo lo que pueda para asegurarme de que nadie ponga la mano en tus hijos, Lily.

—Gracias. —Me abrazó.

Me puse rígida al oír las palabras que ella me susurró al oído. Expresó mi peor temor.

—No seas ingenua, Sofía. Los vampiros siempre se cansan de sus mascotas. El príncipe acabará cansándose de ti. ¿Y entonces qué?

Derek

Allí de pie, mientras escuchaba a la mujer expresar su temor por la seguridad de sus hijos, recordé por qué nunca me había molestado en visitar las Catacumbas. El lugar me hacía sentir incapaz de hacer algo para solucionar la difícil situación de los humanos que vivían en la isla.

Éramos vampiros. Nos alimentábamos de sangre para sobrevivir. Esa era nuestra maldición.

«*Rob y Madeline*».

Ciertamente eran niños hermosos que un día crecerían para convertirse en jóvenes espléndidos. Lily tenía motivos para tener miedo.

«*Demonios... también debería temer por sí misma*».

Me di cuenta de lo adorable que parecía.

Arrastró a Sofía a un abrazo y le susurró algo al oído. Sofía se puso rígida ante Lily. Se apartó de la mujer joven y se estremeció cuando Corrine depositó suavemente una mano sobre su hombro. Fruncí el ceño.

—Fue un placer conocerte, Lily. —La voz de Sofía sonaba ronca y quebrada.

Cuando se dio la vuelta y me miró con una expresión tan dolorida, se me formó un nudo en la garganta y tuve que dar un paso atrás. El miedo, una profunda tristeza y un millón de dudas, ninguna de las cuales me sentía capaz de aliviar, se mezclaban en sus brillantes ojos verdes.

Sofía caminó hacia mí en silencio. Ni siquiera miró en mi dirección. Pasó de largo, con sus delgados dedos apretados en forma de puños mientras caminaba. Corrine y yo seguimos tras ella.

—¿Qué buscas conseguir animándola a venir aquí y conocer a estas personas? —le espeté a la bruja con voz tensa.

—Si este va a ser su hogar, no puede estar ciega a lo que ocurre dentro de sus muros. —Corrine me hablaba con acertijos como hacía siempre, pero sabía que sus palabras estaban llenas de intención. Hablaba con una sabiduría que nadie más tenía—. Lo que haga después de esto marcará la diferencia entre lo que ella es y lo que eres tú.

Respondí apretando los dientes:

—¿Y qué quieres decir exactamente con eso, bruja?

—Fuiste capaz de hacerte a un lado y ver sacrificar a miles de humanos en el transcurso de los siglos. Estamos a punto de averiguar si ella puede hacer lo mismo.

Sus palabras fueron como un duro golpe en el estómago que hizo palpar mi sangre a medida que me subía a la cabeza.

—¿Y después qué? ¿Cuál es el objetivo, Corrine?

Sofía caminaba varios pasos por delante de nosotros. Mirando el balanceo de sus caderas y la gracia que emanaba, me enfermaba la idea de perderla.

«¿Esa era la intención de la bruja? ¿Que yo perdiera a Sofía?».

—La profecía de Vivienne sobre ti no podrá cumplirse nunca a menos que la joven de la que habló Cora haga su parte. Si esa joven es Sofía, no podrá lograr lo que se le ha encomendado con los ojos cegados por el afecto que siente hacia ti.

La cabeza empezó a darme vueltas.

«¿De qué está hablando?».

—¿Cora habló acerca de una joven?

—He dicho suficiente.

—No, no lo has hecho, Corrine. Has dicho demasiado y demasiado poco a la vez. No puedes decir algo así y no continuar.

—Todo se desvelará a su debido tiempo. —Corrine se detuvo cuando vio a dónde se dirigía Sofía—. Creo que querrá tener una conversación en privado contigo.

Sofía caminaba con paso firme y decidido hacia el exterior de las Catacumbas. Iba con la cabeza gacha. Me pregunté si estaría sollozando. Molesto con la bruja, aceleré con el fin de alcanzar a Sofía antes de llegar al túnel que nos sacaría de las moradas de los esclavos humanos.

—Sofía...

Sostuve su brazo, pero se encogió alejando mi mano. La idea de que estuviera enojada conmigo me deprimía. Mantuve el ritmo con ella hasta que llegamos al final del túnel y Sofía se dirigió directamente a la salida de las Cumbres Negras. Nada más llegar al bosque y respirar el aire fresco de la noche, Sofía se giró para mirarme. Sentí sobre mi pecho el peso de la mirada de dolor que había en sus ojos. Tragué saliva.

—Eres el gobernante de La Sombra, Derek. Un vampiro poderoso. Temido por todos. Los he visto temblar ante ti. —Señaló en dirección a las cuevas—. ¿Cómo pudiste permitir esto? ¿No son tus súbditos también?

Algo se me atragantó y me quedé en silencio por un momento.

«¿Por qué debo defenderme ante ella? Sofía no es nadie aquí. Puedo doblarla a mi antojo, lo mismo que a todos los demás de la isla».

Reprimí esos pensamientos antes de que camparan a sus anchas.

«No seas tonto, Derek. Vivienne se sacrificó por Sofía, y Corrine insinuó claramente que la chica tiene más importancia de lo que pensaste inicialmente. Ella vale mucho más que todos los humanos juntos».

La miré insistentemente, tomando nota de la agitación que arruinaba su compostura.

«Ella vale mucho más que todos los ciudadanos de La Sombra juntos».

El pensamiento hizo que la cabeza me diera vueltas. Tener a alguien que significara tanto para mí era una emoción totalmente nueva.

—¿Y bien? —Todavía estaba esperando una respuesta de mi parte.

—¿Qué esperas que haga, Sofía?

—No lo sé... ¡Algo! ¡Cualquier cosa!

—No soy todopoderoso, Sofía. No puedo impedir que los vampiros satisfagan sus ansias y se alimenten de los humanos. ¡Apenas puedo impedírmelo a mí mismo! —Di un paso adelante, deseando que lo entendiera.

Ella agitó las manos en el aire como si quisiera alejarme.

—En las crónicas de La Sombra, cuando estábamos en el faro, estaba escrito que la primera vez que la mayoría os alimentasteis de sangre humana fue en la batalla de la Primera Sangre. ¿Cómo pudisteis sobrevivir antes de aquello?

—Sangre de animal. —Agaché la cabeza.

—Sobrevivisteis con eso antes de que los cazadores os obligaran a tomar este camino asesino, ¿por qué no lo podéis hacer de nuevo?

—Tú no lo entiendes, Sofía. La sangre animal nutre, pero nunca satisface. No muchos pueden aceptar ese tipo de vida.

—¿Vida? —Sofía estaba lívida—. ¿Cómo puedes llamar a eso vida? Continuáis matando incluso cuando hay una alternativa a todo este derramamiento de sangre.

No se me ocurrió ninguna defensa.

—¿No hay un solo vampiro aquí que viva solo de sangre animal?

—Vivienne. Ella nunca se alimentó de un humano... por lo menos no que yo sepa. —Anhelaba la compañía de mi gemela. Ella habría encontrado las palabras adecuadas para aliviar mi conciencia. De nuevo, tal vez para eso era para lo que estaba Sofía... para arrastrarme lejos de mis excusas y evasivas.

—Si ella era capaz de hacerlo, ¿por qué no los demás?

—No es tan fácil. Tienes que entenderlo, Sofía. Los vampiros se volverán contra nosotros si ponemos el destino de los humanos por encima de ellos. No podemos...

Sofía sacudió la cabeza.

—Que una viuda mire a sus hijos y solo encuentre miedo y tristeza porque los ve hermosos... hay algo malo en eso y lo sabes. —Se humedeció los labios y pasó una mano por sus largos cabellos pelirrojos. Sus ojos se posaron en mí por unos instantes —. Ahora mismo no puedo ni mirarte.

Comenzó a alejarse, adentrándose en los oscuros bosques.

—¿A dónde vas? —la llamé.

—A cualquier lugar lejos de ti. *No me sigas.*

«*Humana testaruda*».

Gruñí para mis adentros, deseando meter algo de sentido común en su cabeza, pero una parte de mí deseaba alejarse de ella, agotado por la impotencia que sentía. Incluso a mí me pareció que mi defensa sonaba hueca.

Observé su silueta desvaneciéndose en la distancia, seguro de que su relación conmigo la protegería del peligro. Ni una sola vez había pensado en el bienestar de los humanos que habitaban La Sombra. Siempre fueron un medio para lograr un fin, y el fin era mantener a nuestra especie segura y satisfecha. Allí de pie, debatiéndome entre si debía correr tras Sofía o no, sabía que el destino de los humanos me

perseguiría sin descanso mientras ella estuviera cerca.

Fui incapaz de moverme de ese lugar mucho tiempo después de que se marchara. El horror me envolvió cuando me di cuenta:

«Es inevitable un sacrificio. ¿Qué pensará de mí cuando lo descubra?».

Sofía

Seguí el sendero que atravesaba el bosque sin saber a dónde iba o qué planeaba hacer. Mi cuerpo estaba temblando. El pulso de mis venas se negaba a ceder. Ni siquiera sabía con quién estaba enojada. ¿Era con Derek y las excusas que tenía para cada atrocidad cometida en La Sombra? ¿O era conmigo y todas las dudas que albergaba acerca de lo que se suponía que estaba haciendo en esta isla de locos?

Cuando finalmente llegué a El Valle, estaba agotada por la caminata. Todo en lo que podía pensar era en Derek.

«¿Qué me ocurre? ¿Cómo podía importarme tanto alguien como él?».

Mi mirada estaba fija en lo que tenía delante mientras serpenteaba por las calles empedradas del mercado de El Valle. Tan preocupada estaba que no noté el rostro familiar hasta que me topé con ella. Al ver la masa de rizos rubios, la bonita cara redonda y esos grandes ojos, me quedé helada.

«Claudia».

Al mirarme, una sonrisa amplia y malvada se formó en sus labios.

—Vaya, pero si es la frágil ramita en persona. —Se atusó el cabello con los dedos—. La mascota del príncipe caminando por La Sombra como si fuera la dueña de la isla.

Di un paso para alejarme de ella, asqueada de su tacto. Mirándola, reuní todo mi autocontrol para no dar rienda suelta a la ira que sentía hacia ella por lo que había hecho sufrir a mi querido Ben, otra atrocidad ante la que Derek había hecho la vista gorda.

—No quiero ningún problema.

—Yo tampoco. —Arqueó una ceja y ladeó la cabeza—. Envía mis saludos al príncipe. Dile que puede compartir mi cama cuando le plazca. —Claudia sonrió, y sus ojos relucían con malicia—. Le debo mucho después de que organizara mi rápida liberación de las Celdas.

Tragué saliva. Sus palabras me atravesaron el corazón como una daga. Intenté simular que no me afectaba, pero el pensamiento de cualquier otra chica compartiendo su lecho me revolvió el estómago.

—No creerás que eres la única que comparte la cama de Derek Novak, ¿verdad? —Cada burla me dejaba una cicatriz—. Pobrecita. ¿Creíste que estaba enamorado de ti? ¿Que su corazón solo latía por ti? No sé qué clase de placeres le proporcionas para que esté tan encaprichado con alguien como tú, pero eres solo un placer temporal... del que se cansará pronto.

Forcé una sonrisa e hice un saludo brusco con la cabeza.

—Seguiré mi camino. —Traté de recordar que no debía tomar en serio nada de lo

que decía Claudia, pero las palabras me fastidiaban incluso cuando la dejé atrás.

Solo había dado unos pasos cuando me di cuenta de que sujetaba una cadena en una mano. Cuando tiró de ella, el tintineo del metal llenó el aire, y un hombre joven con el cabello pelirrojo tropezó detrás de ella. La cadena estaba unida a un collar sujeto alrededor de su cuello.

Mientras avanzaba tambaleante, el joven me miró con ojos familiares. Era casi de mi edad, alto, delgado y atractivo, con manos encallecidas por el trabajo y ojos que habían visto demasiados horrores para una vida tan corta como la suya.

Antes de que me diera cuenta, las palabras brotaron de mis labios.

—Claudia, espera.

Tanto Claudia como el joven se detuvieron.

—¿Quién es? —pregunté.

Claudia levantó una ceja.

—Un esclavo. *Mi* esclavo. ¿Este también es tu mejor amigo? ¿Harás que me lo quiten como hiciste con Ben? A propósito, ¿dónde está? Lo echo de menos. Ya sabes, me parece bastante extraño porque no lo ansío. Si todavía está en la isla, solo su presencia debería volverme loca de ganas de saciar mi apetito por él.

«*Claudia todavía no sabe que Ben y yo escapamos*».

Me mantuve firme. La idea de lo que le haría sufrir a ese joven había sellado mi decisión.

—¿Cómo te llamas?

Sus ojos volaron de Claudia a mí. Busqué alguna señal de miedo, pero no encontré nada de eso en sus ojos. Solo desafío.

—Gavin.

El nombre era demasiado familiar. Ahogué un grito.

«*El hijo de Lily*».

—Fui dueña de su padre. Tiene sentido que lo posea a él también, ¿no? —Claudia comenzó a deslizar sus dedos por los brazos de Gavin, con una mirada seductora y llena de deseo cuando posó los ojos en él. Con los puños cerrados, di un paso hacia adelante para imponerme.

—Exijo que lo dejes ir.

Los ojos castaños de Claudia se abrieron de par en par.

—¿Tu *exiges*? ¿Quién te crees que eres, pequeña perra?

—Lo reclamo para el príncipe. Ya sabes lo importante que es para su Alteza que esté contenta, ¿verdad? —Ganando confianza, incluso mientras decía la mayor mentira de mi vida, di un paso hacia adelante y aparté violentamente a Claudia del chico.

Ella se tambaleó hacia atrás, más por la sorpresa que por mi fuerza. Cuando se recuperó, sus ojos relampagueaban de furia. Su actitud rabiosa me dejó paralizada. Sus uñas se convirtieron en garras y las utilizó para clavarlas y recorrer la parte superior del pecho de Gavin, dejando tajos muy profundos. Gavin gritó y los ojos de

Claudia brillaron de placer a la vista de su sangre antes de girarse hacia mí. Sus manos encontraron mi cuello y me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared de uno de los edificios cercanos.

—Sobrestimas tu posición, esclava. No importa quién te posea. Eso es lo que eres. Una esclava. —Presionó una garra contra la suave piel de mi cuello, amenazando con producirme sangre.

Me burlé de ella fingiendo confianza.

—Adelante, Claudia. Hazlo. Ya veremos lo que te hace Derek cuando se entere.

Su mano agarró mi mandíbula y una sonrisa maníaca apareció en su rostro.

—Lo mismo que me hizo la última vez que lo desafié, supongo. Puedo soportar todo lo que me pongan por delante, niña. Puedo soportar los latigazos. Puedo soportar la celda de la prisión. Puedo soportar que me utilice como te utiliza a ti. He pasado por el infierno y he regresado, así que piénsatelo dos veces, pelirroja. ¿De verdad quieres desafiarme de nuevo?

Entonces entendí cómo alguien como ella había sido capaz de quebrar a mi mejor amigo. Su mente rota la había hecho rendirse al mal y no había ni una sola señal de culpa o vacilación en sus ojos.

«*Los animales heridos pueden infligir las heridas más dolorosas sin titubear*».

No dudaría en matarme, así que intenté hablar poco.

—Deja que Gavin se vaya. No lo volverás a tocar ni a él ni a su familia.

El dorso de su mano se estrelló contra mi mejilla y me tambaleé hasta caer al suelo. Se puso encima de mí, y estaba a punto de golpearme la cara con sus garras cuando alguien la empujó contra la misma pared en la que me había tenido inmovilizada unos instantes antes.

Derek la presionaba, manteniéndola en su sitio.

—¿Acaso no dejé claro que no se la debe tocar?

Gavin estaba tendido en el suelo, recuperándose del dolor. Pasé mis brazos alrededor de él y lo ayudé a sentarse. Una multitud de vampiros comenzaba a rodearnos. Más de uno de ellos miró su pecho sanguinolento con avidez. Me coloqué delante de Gavin para protegerlo.

—Ella exige quedarse con mi esclavo. No tiene ningún derecho a hacerlo. Solo estaba protegiendo mi propiedad.

—Es el hijo de Lily. No soporto la idea de que corra la misma suerte que Ben —intervine.

A Derek le pesaban los hombros, y los músculos de su espalda se tensaron. El silencio llenó el aire mientras sopesaba la decisión. Soltó a Claudia, alejándose de la vampira.

—Haz lo que dice, Claudia.

—¿Qué? —escupió Claudia—. Olvidáis a quién habéis jurado proteger, Príncipe.

—Nunca juré protegerte *a ti*, Claudia.

—¿Qué ha hecho para que estéis tan enamorado de ella, que obligáis a que

incluso los vampiros se sometían a sus caprichos?

—Mi palabra es la ley en esta isla. Es la mujer que amo. Así que sus palabras también serán ley en La Sombra... *a menos* que yo diga lo contrario. ¿Lo entiendes?

Me quedé paralizada.

«*La mujer que amo*».

Las palabras resonaron en mi cabeza, tan alto y tan claro que apenas entendí el resto de lo que dijo.

—¿La mujer que *amáis*? ¿Pensabais en ella cuando me visitasteis en mi celda y...?

—Cállate, Claudia. Se me está agotando la paciencia.

Mi corazón se rompió cuando Derek la cortó. Era la confirmación para mí de que Claudia podría estar diciendo la verdad y Derek se había acostado con ella. Los celos se reavivaron al pensar en la última vez que los había visto juntos, y la forma en que Derek la había abrazado mientras ordenaba que le cediera a Ben para mí. Odiaba cómo me hacía sentir. En conflicto. Quería creer que me amaba, pero ¿cómo podía...?

Claudia miró ferozmente a Derek y luego a mí.

—Un día tendrás tu merecido, pelirroja. Ya verás.

—¡Suficiente! Vete, Claudia. —Finalmente, Derek se volvió para mirarme a la cara y comencé a temblar cuando me examinó con detenimiento—. ¿Estás bien Sofía?

Asentí.

—Ya no tendrás que temerla. Estoy aquí.

«*La única persona que me asusta de esta isla eres tú, Derek*».

Lo había dejado entrar en mi corazón y mi alma. Derek me consumía. Eso me aterrorizaba ya que, a pesar de que mi instinto me decía que era un buen hombre por el que valía la pena luchar, las circunstancias que nos rodeaban decían lo contrario.

El miedo me envolvió porque, cuando me abrazó susurrando dulces palabras de consuelo en mi oído, no pude evitar preguntarme:

«*¿Y si me permitiera enamorarme de un completo monstruo?*».

Lucas

*M*e fumé un cigarrillo de pie junto a una farola parpadeante de Ámsterdam. La búsqueda de mi padre estaba resultando ser una empresa más complicada de lo que había previsto inicialmente. Esperaba que aquella fuera la última parada.

Estaba allí para encontrarme con una antigua conocida, Natalie Borgia. La magnífica vampira italiana no pertenecía a ningún aquelarre. Era uno de los pocos vampiros solitarios, la única que conocía las ubicaciones de todos los aquelarres y le estaba permitido entrar en ellos. Era la diplomática definitiva, una mujer que me parecía irresistible e inalcanzable.

—Lucas Novak. —Natalie se acercó, con su cabello castaño oscuro recogido en un moño y sus seductoras curvas cubiertas con un elegante abrigo rojo.

—Hola, preciosa. —Sonreí.

Ella puso los ojos en blanco en su cara de póker.

—Tienes un aspecto horroroso. —Agarró el cigarrillo de mi boca y lo tiró al suelo, aplastándolo con el tacón.

—Eso no es muy diplomático, Natalie.

—Oh, por favor, Lucas. Ambos sabemos que la diplomacia no es algo que lleves dentro.

Comenzamos a caminar por un puente hacia una callejuela donde había un pequeño café en el que podíamos hablar. En cuanto estuvimos cómodamente sentados, cruzó las piernas y me hizo un gesto para que empezara.

—Soy una persona ocupada, así que date prisa. Y, por favor, no flirtees conmigo. Ambos sabemos que eso no irá a ninguna parte.

Fruncí el ceño.

—No te hagas ilusiones, Natalie. Solo quiero encontrar a mi padre. Eres la persona más adecuada para decirme dónde está.

—No sé dónde está en este momento, pero me puse en contacto con él después de que contactaras conmigo. No puede verte ahora mismo.

La sangre comenzó a hervirme.

—¿Perdona?

—Ha corrido la voz sobre ti, Lucas. No eres la persona más sutil y ya has agotado todos los contactos que tenías fuera de tu aquelarre. Para tu desventaja, tampoco eres una persona muy querida. Ciertamente, palideces en comparación con tus hermanos.

—No me importa lo que piense nadie sobre mí. ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no quiere reunirse conmigo? —Mis nudillos comenzaron a apretarse contra el borde de la mesa de metal que había entre nosotros.

—Tu padre teme que tu presencia solo sirva para comprometer lo que está

intentando conseguir con los demás aquelarres. Piensa que es mejor que vuelvas a La Sombra y que resuelvas por ti mismo los asuntos que tengas con tu hermano.

—Él no lo entiende. No puedo volver allí. Derek me matará. —Golpeé la superficie de la mesa con la mano, haciendo que la camarera, que estaba a punto de aproximarse a tomar nuestro pedido, retrocediera y se fuera—. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué se vuelven todos en mi contra?

—Yo solo transmito el mensaje que me dieron, Lucas. —Me estaba tratando tan fríamente que me pregunté dónde demonios había dejado sus habilidades diplomáticas—. Me aseguraré de que tu padre conozca tu respuesta.

Luché contra el impulso de atacarla. Era al menos un siglo más vieja que yo. Estaba seguro de perder.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Esa decisión es únicamente tuya. —Natalie se encogió de hombros—. Pero tengo otro mensaje para ti. De Borys Maslen.

—¿*Borys Maslen*?

—Como ya he explicado, tú estatus de granuja sin escrúpulos es conocido en todos los aquelarres.

La cabeza me daba vueltas. Pensar que mi padre pudiese rechazarme era algo que nunca había considerado posible. Y ahora, el peor adversario de nuestra familia estaba tratando de contactar conmigo.

—¿Qué quiere de mí?

—Te ofrece santuario en El Oasis.

«*El mundo se ha vuelto loco*».

—¿A cambio de qué?

—Lealtad a los Maslen.

En ese momento me burlé.

—¿Lealtad? ¿A ellos?

—Así que, ¿qué quieres que le diga, Lucas? ¿Significa esto que lo rechazas?

Reflexioné por unos instantes. Sacudí la cabeza.

—Creo que mi elección la tomaron por mí en el momento que mi familia me dio la espalda. Di a Borys Maslen que estaré en el primer vuelo a El Cairo. Por último, asegúrate de que mi padre sepa que me he unido a los Maslen.

Natalie asintió. Su rostro se mantuvo impertérrito. Sin juzgarme. Sin condenarme. Ella era simplemente un canal de transmisión, nuestro núcleo central de comunicación.

—Me aseguraré de que tu mensaje se reciba. ¿Algo más?

—Sí. Dile a mi padre que la única persona a la que puede culpar por nuestra caída es Derek. Está obsesionado con una esclava humana llamada Sofía Claremont. Dile a mi padre que tenga cuidado con ella.

—Por supuesto. —Natalie se levantó de su asiento—. Si eso es todo, adiós, Lucas. Espero que todo te vaya bien. —Sin molestarse en escuchar mi respuesta, se

alejó.

La seguí con los ojos hasta que desapareció. Sonreí. Sabía el daño que mi padre iba a infligir a Sofía solo por el mensaje que le había transmitido a través de Natalie. Saber que había contribuido a hacer las vidas de Derek y Sofía un poco más miserables fue suficiente consuelo.

Los pensamientos sobre Sofía hacían que la sangre palpitara en mis venas y se me estremecieran los sentidos.

—Un día serás mía, Sofía. Oh sí, serás mía.

Derek

La noticia de que Sofía había desafiado a un vampiro, a un miembro de la Élite, y se había salido con la suya, se extendió rápidamente por toda la isla. A continuación vino la sensación de ultraje.

—¿Qué pasará si el resto de los humanos siguen su ejemplo y deciden que pueden desafiar a sus amos? —argumentó Félix, uno de los vampiros de la Élite en quien menos confiaba, durante una reunión del consejo en la cúpula.

—No podemos permitirnos otro levantamiento humano. —Xavier expresó su preocupación, que yo compartía.

Félix se burló agitando las manos en el aire.

—¡Un levantamiento humano! Tal vez sea lo mejor. Con los secuestros detenidos, un levantamiento nos proporcionaría toda la sangre que necesitamos para los próximos años.

Eli, el único que estaba de pie en el estrado en medio del fuego cruzado que se lanzaban desde los asientos del consejo, miró a Félix como si estuviera loco. A pesar de la tensión que se respiraba en la sala, no pude evitar notarlo. Siempre miraba a Félix como si no tuviera paciencia suficiente para aquel hombre.

—Hay una razón por la que hemos evitado tocar a los Naturales, mi Príncipe. Son la columna vertebral de esta isla. Todo el trabajo necesario para mantener La Sombra como un lugar autosuficiente es realizado por los humanos nacidos de generaciones de humanos leales a la labor que se les encomendó en esta isla.

—No podemos seguir secuestrando a los humanos del exterior si es lo que estás tratando de dar a entender, Eli. —De eso no me iba a disuadir nadie—. Ponen en peligro a La Sombra, arriesgándonos a que la descubran los cazadores.

—Llevamos muchos años secuestrando humanos, Derek —intervino Cameron—. Nunca nos han descubierto. Los exploradores están entrenados para actuar con suficiente cautela y no arriesgarse a ser descubiertos.

—Ahora mismo los cazadores se están haciendo más poderosos. No podemos tentar nuestra suerte. Eli puede atestiguarlo basándose en la escasa información que logró arrancar a una cazadora que hemos apresado.

—Y, sin embargo, otra esclava humana parece gozar de vuestro favor —siseó Claudia—. Yo recibo castigo por ayudar a uno de los nuestros, nuestro príncipe y vuestro propio hermano. Esos esclavos desafían todo lo que representamos y, sin embargo, andan libres.

—Son mis esclavos y hago con ellos lo que me plazca. Fin de la discusión. —Me puse de pie para enfatizar mi decisión—. No habrá más secuestros y, mientras todavía tengamos una reserva de sangre de la última matanza en las cámaras de refrigeración,

no se tomará ningún humano de las catacumbas.

—¿Y cuando se acabe la sangre? —preguntó Xavier.

El estómago se me encogió al pensar en lo que sabía que sería necesario hacer.

—Entonces llevaremos a cabo otro sacrificio.

—Quiero sangre fresca —exigió Félix, secundado por los *¡Sí!* y *¡Yo también!* que resonaron por toda la cúpula.

—Tus deseos no me conciernen, Félix. Lo que tiene prioridad son las necesidades de esta isla.

—Nos tememos que la esclava humana a la que favorecéis, ¿Sofía, verdad?, os ha hecho débil, Príncipe. —Se levantó de su asiento y caminó hacia el estrado.

Yo me temía lo mismo. La culpa, la presión y la vergüenza que sentía cada vez que Sofía me pedía que cambiara el reino me pesaba mucho. No entendía la presión de gobernar un reino, de servir a los propios súbditos y tomar decisiones difíciles por su bien. Sin embargo, me conmovía como nadie. A pesar de que había pasado los últimos días ignorándome y apenas había dicho una palabra por razones que no podía comprender, me daba por satisfecho simplemente con saber que ella estaba allí.

Me quedé mirando a Félix por un momento antes de abalanzarme sobre él y hundirle las garras en el pecho. El miedo apareció en sus ojos cuando se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y podía partirle el cuello en dos con las manos desnudas.

—Menciona el tema de nuevo, Félix, y te demostraré lo *débil* que soy arrancándote el corazón con mis propias manos. Su nombre nunca volverá a salir de tus labios. ¿Lo entiendes?

Él asintió.

—Sí. Por supuesto. Mis disculpas.

Sin ninguna intención de dirigirme al resto del consejo, salí de la cúpula con Cameron y Liana trotando detrás de mí.

—Estáis pisando terreno peligroso, Príncipe —advirtió Cameron mientras él se colocaba a un lado y Liana al otro.

—No ha habido tal malestar entre los vampiros en siglos —agregó Liana—. Se dice que algunos miembros de la *Élite* ya han enviado exploradores para traer a vuestro padre y que os ponga bajo control.

—Al grano.

—No podéis seguir haciendo enemigos en la *Élite*, Derek. —La voz de Cameron estaba teñida de preocupación—. Incluso aquellos que os han sido leales desde el principio, los Vaughn y los Lazaroff, tienen dificultades para defenderos.

—¿Qué debería hacer, Cameron? Ambos sabemos que la marea está a punto de cambiar. Se está gestando una guerra. Tú estuviste de acuerdo conmigo en esto, ¿no?

—Sí, lo estuve, pero la importancia que le dais a esta chica vuestra... es suficiente para que os hayáis enemistado con Claudia e incluso con vuestro propio hermano por su causa... —Cameron se detuvo—. ¿Lo vale, mi Príncipe?

Dediqué a uno de mis camaradas más queridos una mirada prolongada antes de dejar escapar un suspiro. Tenía que ser honesto, si no con ellos, al menos conmigo mismo. ¿Sofía era tan valiosa como para perder lo que nuestra especie había invertido siglos en construir?

Sofía

«*Vivienne contempló su aspecto en el espejo. Suspiró mientras colocaba su largo y oscuro cabello en el lugar adecuado. El vestido de color violeta sin mangas que lucía destacaba no solo su pálida tez, sino también sus ojos, más violetas que azules a la luz de las velas. Tenía un aspecto impresionante, pero no había ni una pizca de placer en su rostro. En lugar de eso, parecía asustada.*

Un golpe en la puerta hizo que se diera la vuelta. Xavier apareció en el umbral, con el cabello oscuro recortado y los ojos traicionando lo mucho que la adoraba.

—Han llegado —anunció—. Tu padre me pidió que viniera y te acompañara a la cúpula. —Su forma de hablar revelaba que ninguno de los dos sentía afecto por los invitados.

—¿Ha olvidado mi padre lo que sufrí a manos de ese monstruo? —Vivienne deslizó las manos por su esbelta figura para alisar las tenues arrugas de su vestido.

La mirada de Xavier se oscureció y el dolor cubrió su hermoso rostro.

—Vivienne...

Ella asintió con amargura.

—Tiene que hacerse. Supongo que deben conseguirse relaciones pacíficas entre los Maslen y los Novak. No puedo dejar de pensar que si Derek estuviera despierto nunca permitiría que Borys Maslen se acercara a esta isla.

—Para ser justos con tu padre, se tomaron todas las precauciones para que Borys y sus acompañantes no recuerden cómo volver aquí, en caso de que no se llegue a un acuerdo pacífico entre los clanes. —Xavier suspiró—. Aun así, los dos sabemos que tu padre y tu hermano mayor juntos son un pálido reflejo de la clase de líder que es tu gemelo.

—Ten cuidado, que no te oigan decir eso. Padre y Lucas ya tienen suficiente resentimiento contra Derek.

Se miraron durante un par de segundos sin decir ni una palabra, aparentemente perdidos en sus propios pensamientos, hasta que Xavier rompió el silencio.

—Vivienne, tenemos que ir.

Vivienne se adelantó apresuradamente.

—Por supuesto.

Justo al llegar a la puerta, cuando esperaba que Xavier la siguiera, este se detuvo.

—¿Qué pasa? —La mirada azul violeta de Vivienne se empañó con más temor.

—Borys me dijo que Ingrid Maslen envió esto para que lo luzcas.

Parecía indeciso y ligeramente tembloroso mientras sacaba una bolsita de terciopelo rojo de su bolsillo. Se la entregó a Vivienne.

Vivienne arqueó una ceja.

—¿Ingrid Maslen? ¿Su nueva mujer? ¿Está aquí con él?

Xavier negó con la cabeza.

—No, nunca se arriesgaría a perder a alguien tan valioso como ella. —Miró la bolsita—. Dijo que Ingrid insistió en que tuvieras esto. Dice que te pertenece a ti por derecho.

Vivienne tragó saliva antes de tomar la bolsita de Xavier. Deshizo los nudos que mantenían la bolsa cerrada con unos dedos tan temblorosos como el resto de su cuerpo. Extrajo un impresionante collar y un gran colgante con un rubí rojo en forma de corazón. La furia asomó a sus ojos mientras las lágrimas comenzaban a rodar por su rostro. Agarrando el collar, gritó con una angustia tal que Xavier retrocedió.

—Vivienne, ¿qué...?

La joya golpeó el espejo de su tocador. El cristal cayó al suelo hecho añicos. Vivienne salió dejando atrás a Xavier.

—¡Cómo se atreve!».

De los muchos recuerdos que Vivienne había compartido conmigo, ese encuentro con Xavier, un vampiro que acababa de conocer durante los preparativos para el funeral de Vivienne, era uno que a menudo me volvía a visitar. No podía ignorarlo, porque la sola mención de los nombres de Borys e Ingrid Maslen me producía un escalofrío que me recorría la columna.

«¿Quiénes son los Maslen? ¿Qué había en ese collar que enojó tanto a Vivienne? ¿Los conoce Derek? ¿Debería preguntarle a Xavier lo que pasó ese día?».

El recuerdo me perturbaba, pero la única persona que podría responder a mis preguntas no estaba cerca.

«Vivienne... ¿por qué demonios volcaste todos esos recuerdos en mi cabeza? No logro sacar nada en claro de ellos».

—Tierra a Sofía Claremont. —Paige agitó su mano delante de mi cara—. ¿Sigues con nosotras, Sofía?

Parpadeé varias veces, recordando que estaba con mis amigas después de una visita a El Valle para adquirir ropa nueva. Se mostraban un poco más amables conmigo después de la liberación de Ashley.

—¿Eh? —¿Qué?

—Sigues abstrayéndote de nosotras. —Ashley ahogó una risa—. ¿Estás bien?

—Yo solo... —No sabía cómo explicar lo que me había hecho Vivienne—. Estoy bien.

—¿Todavía no te hablas con Derek? —preguntó Rosa.

Asentí. Desde aquel encuentro con Claudia, me había mudado de nuevo a uno de los dormitorios de invitados.

—¿Por qué? Él se puso otra vez de tu lado en contra de Claudia. —Paige me

miraba como si me hubiera vuelto loca—. Deberías recompensarlo, no castigarlo.

Mientras atravesábamos los bosques que conducían a las Residencias, reduje el paso antes de formular en voz alta la pregunta que más temía.

—¿Es cierto que Derek ha estado durmiendo con otras mujeres?

Dejamos de caminar y ellas intercambiaron miradas de preocupación. Sus reacciones respondieron a mi pregunta. El dolor se apoderó de mi corazón. De repente, me costaba respirar.

—Sofía... —Rosa, la más sensible y amable de nosotras, pasó su mano sobre mis hombros.

—Ni siquiera sé por qué estoy tan afectada. No es que estuviéramos juntos y, además, yo lo dejé.

—Sofía, es un vampiro que lleva siglos sobre la Tierra. Es increíble que haya desarrollado tal lealtad y afecto por ti pero, sea lo que sea que haya entre vosotros dos, no puede durar —explicó Paige, siempre la voz de la razón—. Él es un vampiro. Tú eres humana. Tales relaciones, si es que se pueden llamar así, no duran mucho tiempo.

Esa dosis de realidad administrada por una querida amiga fue suficiente para agitar toda mi confianza. No sabía cuál era la reacción adecuada, pero en mí consiguió que lo que tenía con Derek fuera aún más valioso, como si el tiempo con él fuera prestado y tuviera que sacar el máximo provecho.

Empecé a caminar de nuevo, sin saber cómo responder. Siguieron a mi paso, y el ambiente de repente se puso tenso.

Para mi alivio, Ashley finalmente rompió el silencio.

—Por si te sirve de algo, Sofía, él es diferente cuando estás aquí. No parece tan oscuro, comparado con cuando estabas fuera. —Se frotó la nuca con la palma de la mano—. Mira, no soy nadie para pretender entender cómo funciona la mente de Derek Novak, pero tal vez... solo tal vez... dispuso que Vivienne le enviara esas chicas para poder dejar de pensar en ti.

Ashley era la última persona que esperaba que defendiera a Derek. Aquello me tomó por sorpresa.

—Supongo que lo que estoy diciendo es que la mejor persona a la que puedes preguntar es él.

Finalmente llegamos al ascensor que nos conduciría a la pasarela que se desviaba hacia el ático de Derek. Permanecimos en silencio mientras el ascensor se elevaba recorriendo toda la longitud de las secuoyas gigantes que sostenían la casa de Derek. No pasó mucho tiempo antes de que entráramos en el vestíbulo que conducía a la sala de estar. Respiré profundamente cuando encontramos a Derek esperando, de pie en medio de la sala, con los puños apretados y los músculos tensos.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Fuimos a las Catacumbas para asegurarnos de que Gavin había comenzado a sanar de las heridas que le infligió Claudia, y luego nos detuvimos en El Valle. —

Señalé hacia las bolsas de compras que sosteníamos en la mano.

Ni siquiera se molestó en mirar las bolsas. Sus ojos estaban fijos en mí y, de repente, me sentí vulnerable bajo su mirada, como si solo con ella pudiera romperme.

—Dejadnos —ordenó.

Ashley tomó de mis manos las bolsas con las compras y las tres se fueron a sus habitaciones, dejándome con un vampiro melancólico cuyos ojos me bebían como si yo fuera un festín en el que deseaba participar.

Derek dio un paso hacia adelante, lento y vacilante. Se detuvo a unos centímetros de mí, lo suficiente para notar lo tenso que estaba y cómo su respiración se convertía en lentos jadeos y suspiros. Podía sentir lo poderoso que era él y lo pequeña que era yo en comparación y, por alguna razón, no lograba alzar la vista hacia su rostro. En lugar de eso, mantuve los ojos fijos en su pecho, preguntándome qué estaría pasando por su cabeza.

Me quedé paralizada cuando comenzó a caminar en círculos a mi alrededor, con las manos entrelazadas a la espalda. Sus ojos seguían fijos en mí, estudiándome. Quise encogerme y huir.

—Estás temblando.

—Ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo me temes, Sofía?

¿Era porque en los últimos días me había formado una imagen clara de quién era y de lo que era capaz de hacer? ¿Era porque la burbuja de egoísmo había estallado por fin y ahora veía lo que era? No lo sabía, pero le temía y odiaba. Quería verlo como lo veía antes, capaz actuar con bondad, pero todo lo que vi cuando lo miré fue un vampiro poderoso, un príncipe de La Sombra cuyos volubles caprichos podrían cambiar en cualquier momento.

—Lo siento —fue todo lo que se me ocurrió decir.

Derek dejó de dar vueltas a mi alrededor y se detuvo a mi lado, exhalando su aliento frío contra mi sien mientras hablaba con su rostro cerca del mío.

—¿Lo sientes? ¿Qué sientes, Sofía?

Una vez más, no sabía cómo responder, así que cerré los labios con fuerza, poco dispuesta a profundizar más en mí misma.

—He estado defendiéndote a ti y a tu cruzada para salvar a los humanos de La Sombra desde que llegaste aquí, ¿y cómo me pagas? —Una de sus grandes manos se deslizó alrededor de mi cintura. Con la otra mano me tomó la mandíbula, recorriendo con su pulgar toda la longitud de mi labio inferior.

Quería escabullirme lejos de él, pero me quedé paralizada al sentir su tacto.

Me empujó para que le mirara a la cara. Me levantó la barbilla, forzándome a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué me dejas fuera, Sofía?

Una lágrima rodó por mi mejilla antes de que pudiera detenerla. Sabía que Derek no entendía por lo que yo estaba pasando. No era capaz de admitir ante mí misma que

me aterrorizaba perderlo. Temía que seguir con mi "cruzada para salvar a los humanos de La Sombra" como tan acertadamente la llamaba él, significara perderlo. Temía cómo su tacto me dolía con tanta añoranza. Temía lo mucho que me estaba desgarrando por dentro el hecho de pensar que él podría estar con alguien más. Temía atesorarlo para que después me lo arrebataran, ya que todos decían que era inevitable.

Yo no temía a Derek Novak. Temía lo que amarlo podría significar para mí.

Derek

El enigma que Sofía Claremont era para mí estaba delante de mis ojos, temblando desecha al contemplarme. Lo habría dado todo por atisbar lo que pasaba por su cabeza. ¿Estaba tan decepcionada conmigo que todavía no podía soportar mirarme, incluso después de haberme puesto de su parte contra Claudia? ¿No sabía toda la presión a la que estaba sometido por esa elección?

Sus ojos verdes, humedecidos por las lágrimas, me miraban como si me estuvieran perforando, y no pude evitar preguntarme por qué tenía ese efecto en mí. ¿Por qué estaba dispuesto a poner todo mi mundo del revés por ella? ¿Y por qué nada de eso parecía suficiente para ella?

«*Lo que daría por que me miraras de la misma forma que antes...*».

Apreté con más fuerza su cintura y pude sentir su cuerpo tensándose aún más.

—¿Por qué te resistes a mi tacto?

Aquella fue otra pregunta que ella se negó a responder. Sentía como si se me escapara entre los dedos, y la pregunta me obsesionó una vez más.

«*¿Lo vales, Sofía?*».

Mi confusión dio paso a la frustración y, a continuación, a la ira provocada por su silencio, por su frialdad hacia mí. Mi mano apretó aún más su mandíbula. El terror que destelló en sus ojos alimentó mi determinación. Atraje su cuerpo hacia mí y reclamé sus labios con los míos. Sus lágrimas brotaron cálidas contra mi rostro. Escocían.

Ella no se resistió, pero tampoco respondió. Simplemente colgaba inerte en mis brazos, permitiéndome que me saliera con la mía. Cuando sentí su cintura bajo mis palmas, mis manos se las arreglaron para deslizarse bajo su blusa, aunque sabía que me movía por un terreno peligroso. No podía confiar en mí mismo cuando estaba con ella.

Ella jadeó cuando mi boca se separó de la suya. La puse de pie en el suelo y me alejé, temeroso de lo que era capaz de hacerle. Sus rodillas se doblaron pero no hice nada para ayudarla a mantener el equilibrio. La idea de tocarla me ponía nervioso.

Esta vez, yo también estaba temblando, plenamente consciente de lo impotente que era ella ante mí y sin embargo, tanto si lo sabía como si no, tenía un poder sobre mí como nadie jamás lo había tenido antes.

La mera visión de sus labios hinchados me recordó la calidez de su sangre y la frialdad de la mía. No teníamos nada que hacer juntos, pero no podía imaginarme la vida lejos de ella.

Su voz brotó quebrada cuando por fin consiguió hablar.

—¿Qué soy yo para ti, Derek?

«*Mi vida*».

El pensamiento fue un duro golpe que me dejó sin aliento. Me quedé mirando a Sofía absorbiendo toda su belleza, desde las pecas que salpicaban sus mejillas y su delicada forma de reloj de arena hasta sus piernas increíblemente largas y sus delicados pies. Ella era mi vida y estaba a punto de decírselo, pero mi silencio superó su paciencia y dio un paso hacia mí.

—¿Soy solo tu mascota humana? ¿Tu esclava? ¿Tu juguete? ¿Algún día te cansarás de mí? ¿Qué será de mí cuando llegue ese día? ¿Me desearás como harías con cualquier otro humano de esta isla?

Me dejó sin aliento al ver lo impresionante que estaba, con sus cabellos rojos como el fuego cayendo sobre su tez pálida, sus ojos, indiferentes unos segundos antes, ardiendo ahora de rabia. Su belleza me distrajo de lo absurdo de la situación. Ella lo significaba todo para mí y, en lo que a mí me concernía, sus temores, aunque comprensibles, eran infundados. Sonreí cuando sus labios finalmente formaron un pequeño puchero.

—Tienes la costumbre de hacer una pregunta tras otra antes de escuchar las respuestas a ninguna de ellas. ¿Te das cuenta?

Me miró enfadada.

—No te lo tomes a la ligera, Derek. Tienes en tus manos mi vida y la de todos los demás humanos de esta isla. ¿Puedes culparme por tener tanto miedo de ti?

Adopté una expresión seria y acuné su rostro con ambas manos.

—¿Qué tengo que hacer para disipar tus temores, Sofía? Lo significas todo para mí. Nunca en mi vida he amado a una mujer. No desde que llegaste tú y...

Sofía me apartó las manos, como si de alguna manera mi tacto la quemara.

—No digas esas cosas. —Dio un paso para alejarse de mí. Sus labios temblaban mientras hablaba—. A menos que lo digas en serio.

Su rechazo me confundió y tardé unos segundos en asimilar lo que estaba diciendo. Cuando lo entendí, la claridad se apoderó de mí. Me acerqué a ella y levanté su barbilla. Ella apartó su cara hacia un lado, negándose a mirarme. Dirigí su rostro hacia mí con el pulgar, deseando que ella me mirara. Cuando lo hizo, deposité un beso, lo más tierno que pude, primero en su frente, luego en su sien, en su pómulos, y finalmente en sus labios.

—Te amo, Sofía —susurré—. Y creo sinceramente que jamás podré amar a otra mujer el resto de mi vida. Por primera vez en los últimos quinientos años, estoy sinceramente agradecido por mi inmortalidad, porque sin ella nunca te habría encontrado.

Las palabras salieron rápidamente de mis labios, sin dudarlo, pero nunca se me ocurrió pensar que ella podría no sentir lo mismo hasta que le confesé lo que había en mi corazón. Me sentí como un tonto bajo su mirada, y su silencio estaba matándome.

—Por el amor de Dios, Sofía. Di algo.

Todo lo que obtuve de ella fue una dulce y delicada sonrisa mientras sus manos

encontraban las mías. Sin decir una palabra, me llevó a mi habitación. Se desnudó para mí y se tumbó en el centro de la cama. Su rendición era mi desafío. Era una frágil muñeca de porcelana en mis manos, una muñeca a la que amaba, una que no podía permitirme romper. Hice un enorme esfuerzo por ser tan delicado con ella como pude, por miedo a lastimarla. Su grito ahogado de dolor me hizo sentirme culpable cuando su virginidad cedió ante mí. Aún así, en algún lugar entre el placer y el dolor, cuando sus cálidos labios rozaron el lóbulo de mi oreja con sus brazos aferrados a mi cuello, supe que todo estaba bien.

—Yo también te amo, Derek —susurró.

Sofía

Cuando me desperté, con los ojos todavía cerrados y mis sentidos medio dormidos medio despiertos, la primera sensación que tuve fue un ligero dolor entre mis piernas.

«¿Qué he hecho?».

Mantuve los ojos cerrados mientras reflexionaba sobre lo que acababa de permitirme hacer. Mi cabeza descansaba sobre su brazo.

«Duro como una roca. No es exactamente la almohada más cómoda».

Sentía el peso de su brazo sobre mi cintura rozando las puntas de mi cabello largo con sus dedos. Noté el movimiento de su pecho al inspirar y espirar, ya que solo mis brazos doblados delante de mí separaban nuestros cuerpos desnudos. El recuerdo de su musculoso pecho, su fuerza, sus brillantes ojos azules y la forma en que me sostenía, el control que ejerció, me hacían sentir escalofríos por todo el cuerpo.

Recordé lo que Ben me había dicho allá en la playa, después de nuestra huida de La Sombra.

«Los castillos de arena siempre se caen, Sofía... tal vez debas decirle adiós más pronto que tarde».

Abrí los ojos y me di cuenta de lo sereno que parecía Derek dormido. No logré recordar si alguna vez había despertado antes que él. Pensé que era la primera vez que lo veía en un sueño profundo, con el aspecto más feliz que le había visto jamás. Había una leve sonrisa en su rostro y mi corazón dio un salto.

«Lo que tengo contigo... ¿es un castillo de arena? ¿Algún día tendré que contemplarlo roto por el tiempo y las fuerzas de la naturaleza?».

Levanté su brazo de mi cintura, con cuidado de no despertarlo. Me senté en el borde de la cama, gimiendo por la punzada de dolor que sentía en mi cuerpo. Me levanté, recogí mi ropa interior de encaje negro del suelo y me la puse. Mientras cubría mi cuerpo con una bata de seda, mantuve los ojos fijos en Derek, tratando de recordar lo que había pasado por mi mente mientras me desnudaba ante él la noche anterior.

Él era inmortal y yo no lo era. Un día yo envejecería y él seguiría siendo el mismo. Temí el día en que podría llegar a cansarse de mí. Lo que teníamos era un castillo de arena, hermoso pero temporal.

«Entonces, ¿por qué te entregaste a él de esta manera, Sofía?».

Me dirigí a mi habitación tan silenciosamente como pude y saqué mi cuaderno de dibujo y un lápiz que tenía entre mis pertenencias. Regresé al dormitorio, aliviada al ver que aún seguía dormido. Vi el rastro de sangre en la sábana, un recordatorio de lo que le había entregado.

Acerqué la otomana de terciopelo rojo al borde de la cama para sentarme frente a

él y empecé a dibujarlo, con el deseo de no olvidar nunca ese momento. Sabía por qué me había entregado a él y no me arrepentía.

«El hecho de que los castillos de arena sean efímeros nunca me impidió hacerlos lo más hermosos posible».

Mientras realizaba un esbozo de su rostro, no podía rehuir la verdad que me miraba directamente a la cara. Estaba enamorada de Derek Novak y saber que él me correspondía con su afecto me llenaba de emoción.

Concentrada en el boceto, no me di cuenta de que él ya había despertado hasta que levanté la vista y me encontré sus impresionantes ojos puestos en mí.

—Eres tan hermosa. —Su mirada era velada, su voz ronca.

Me sonrojé en respuesta, guiñándole un ojo antes de dar los toques finales a mi boceto.

—Ven aquí. —Dio unos golpecitos al espacio vacío de la cama que había a su lado—. ¿Qué haces tan lejos?

—Estoy creando una obra maestra. —Sonreí, cruzando las piernas mientras levantaba mi bosquejo en el aire para contemplarlo mejor.

—Enséñamelo. —Hablabla con su típico tono autoritario.

Hice un mohín.

—No.

—¿Podrías venir aquí, Sofía? —Después de pensarlo dos veces, sonrió y dijo la palabra mágica— ¿por favor?

Depositó mi lápiz sobre la mesita de noche cercana y arrastré los pies hasta la cama. Me senté en el borde, sosteniendo todavía el cuaderno de bocetos en una mano. Cuando me acerqué lo suficiente, él me empujó sobre la cama a su lado, haciéndome jadear.

Antes de que pudiera protestar, me arrancó el cuaderno de bocetos de la mano y se tumbó sobre la espalda. Tenía la palabra travesura escrita en la cara mientras me miraba buscando una reacción. Me acurruqué en la cama junto a él y le di mi bendición.

—Adelante. Mira.

Cuando Derek desvió la mirada hacia el boceto más reciente, sentí que mi estómago saltaba con la expresión de su rostro.

—Sofía, esto es... increíble. No tenía ni idea de que sabías dibujar.

Sofiqué una risa, recordando lo que me dijo la primera vez que le vi tocar una melodía en su piano de cola.

«Hay muchas cosas que no sabes sobre mí».

Me di la vuelta sobre mi estómago y apoyé el brazo y la barbilla sobre su pecho y su hombro, observando su reacción mientras hojeaba mis bocetos.

Conocía cada dibujo de memoria. Contenían recuerdos muy queridos con él.

«Un boceto de la foto Polaroid que Corrine me envió. La mirada de confusión de su rostro mientras intentaba encontrar la manera de navegar por un teléfono».

inteligente. Sus dedos sobre un piano de cola. Nuestras manos unidas con los dedos entrelazados. El aspecto que tenía, de pie en el balcón durante nuestra primera noche en La Sombra, con la respiración contenida por la impresionante vista».

Después de contemplar mis dibujos, me miró inquisitivamente, preguntándose qué significaba todo aquello.

—Nunca dejé de pensar en ti.

La culpa empañó su semblante. El estómago se me encogió. Dejó el cuaderno de bocetos a un lado y pasó una mano por mi cabello. Sus dedos temblaban. Acaricié su pecho desnudo con la mano. Todas esas veces que Ben había intentado llevarme a la cama con él, yo me había resistido. En aquel momento no lo sabía, pero ahora lo entendí. Me estaba guardando para Derek. Él era el hombre con el que quería compartir esto y, sin embargo, la aprensión que se cernía sobre su rostro me confundía.

—¿Qué pasa, Derek?

—Tú también estabas constantemente en mis pensamientos, Sofía. Confía en mí cuando te lo digo. Pero durante tu ausencia, yo... yo me perdí. Ni siquiera puedo...

Vivienne, Corrine, las chicas... todos decían que Derek era distinto cuando estaba separado de mí, pero significó mucho más para mí cuando lo oí de su boca.

—Ahora estoy aquí. Estaré aquí hasta que tú me quieras contigo.

—¿Prometes no volver a dejarme?

Ni siquiera lo dudé.

—Lo prometo.

—¿Cómo puedes confiar en mí de esta manera, Sofía? ¿Confiar en mí lo suficiente para darme todo lo que eres?

Antes de que me atrapara la inseguridad, sus labios ya estaban en los míos mientras sus dedos jugueteaban con mi cabello. Respondí a su beso preguntándome si alguna vez le entendería plenamente, aunque en ese momento no me importara si alguna vez lo conseguía. Derek era un misterio que estaba dispuesta a desentrañar con el tiempo.

Cuando nuestros labios se separaron, le golpeé en el hombro con la palma de la mano. Por supuesto, a mí me dolió más la mano que a él su hombro. Aun así, frunció el ceño y se agarró la zona golpeada.

—¿A qué demonios venía eso?

—No puedes hacer preguntas como esa y simplemente besarme a continuación, sin esperar a que yo dé una respuesta, Derek.

—Ah, ¿no? —Un destello de diversión brilló en sus ojos. El encanto aniñado que rara vez mostraba salía a la superficie durante nuestros momentos robados de intimidad—. ¿Qué más no puedo hacer? Ilumíname, por favor.

—Hablo en serio. —Fruncí el ceño.

Intentó poner cara seria, pero se echó a reír de todos modos, y recorrió mi cuerpo con su mano, desde la cintura hasta las caderas.

—Bueno, ¿puedes culparme si no soy capaz de mantener las manos lejos de ti?
¿Después de seducirme anoche?

Me sonrojé aunque estuviera fingiéndome ofendida.

—Yo *no* te seduje.

—No es nada de lo que avergonzarse, Sofía. Eras la seducción personificada desde el momento en que puse los ojos en ti.

—No puedes decir esas cosas.

—¿Por qué no puedo? —Me arqueó una ceja.

—Nunca sé cómo reaccionar.

Derek se echó a reír.

—Pero es verdad. Te he deseado tanto tiempo. Ni siquiera creo que te des cuenta de lo atractiva que eres, Sofía. ¿Tienes alguna idea de la clase de infierno que me hiciste pasar todas las noches que dormiste aquí en mi cama? ¿La clase de autocontrol que necesité para no hacerte mía?

—¿Eso es lo que soy? ¿Tuya?

—Eso es lo que siempre has sido desde que pusiste un pie en esta isla. Ya te he dicho que me perteneces, pero parece que no te entra en esa obstinada mente tuya.

Debería estar ofendida por la forma en que una vez más se refería a mí como si fuera un objeto que pudiera poseer, pero ya había perdido la cuenta del número de veces que había intentado aclararle que no era suya. Además, en ese momento realmente sentía que lo era. Aun así, mi lado obstinado tenía que aclararlo.

—No *te* pertenezco, Derek.

—¿No? —me retó.

—Pertenezco *a tu lado*.

Derek sonrió.

—Me parece justo, siempre y cuando yo sepa que estás conmigo. —Me envolvió con sus brazos y me atrajo hacia él. Ahogué un leve grito cuando su mano se posó sobre un lugar doloroso de mi espalda.

La sorpresa asomó a sus ojos, frunciendo el ceño mientras me hacía recostarme sobre el estómago para poder revisar mi espalda. Oí escapar un grito de sus labios al levantarme la ropa para verlo mejor.

—Sofía, lo siento. Intenté ser delicado...

—Estoy bien.

«*No es que esta isla no me haya infligido ya mi cuota de dolor. El dolor que me causaste no es nada*».

Sentí cómo la sangre me subía por las mejillas al recordar los placeres que habíamos compartido. No quería arruinar el estado de ánimo alegre que nos invadía.

—¿Tengo que beber tu sangre otra vez? —Puse los ojos en blanco—. A este paso, en esta relación yo voy a ser más vampiro que tú.

Todo lo que recibí de él fue un gruñido como respuesta a mis burlas. Se puso de pie y se cortó un tajo en la palma de la mano. Me ayudó con gentileza a levantarme,

haciendo que me sentara en el borde de la cama.

—No te culpes por esto, Derek. Casi no siento ningún dolor.

Me ofreció la mano y bebí de él una vez más.

—He fallado a la hora de protegerte tantas veces. Ahora ni siquiera puedo protegerte de mí mismo.

El dolor de mi cuerpo amainó en el momento que su sangre empezó a correr por mi cuerpo. Me levanté de la cama, tomando la precaución de taparme con las mantas y envolviendo las mismas sábanas alrededor de Derek mientras me acercaba a él.

—La autocompasión es impropia de ti, Derek. Me has protegido muchas veces. Desde luego, no estaría aquí si no fuera por ti. Además, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con una humana sin alimentarte de ella?

Aquel pensamiento le puso tenso.

—Sentí tus colmillos en mi cuello y estabas a punto de rasgarme la piel, pero no lo hiciste. Puedes controlarte, como siempre supe que podías... como ahora sé que puedes.

Lo llevé a la ducha y volví a hacer el amor con él en la cama antes de dirigirnos a desayunar, cediendo ante el hambre real una vez saciado temporalmente nuestro apetito por la compañía mutua. Salí relativamente ilesa y Derek parecía más confiado en su propio autocontrol.

—Mermelada y mantequilla sobre una tostada... nunca te cansas de eso —apuntó mientras yo tomaba un bocado de mi desayuno favorito.

—Del mismo modo que tú nunca pareces cansarte de *eso*. —Señalé con la mirada hacia su vaso de sangre—. Deberías probar mi desayuno. Sabe muy bien.

Antes de que pudiera detenerme, introduje a la fuerza un pedazo de mi sándwich en su boca. Derek se quedó paralizado en su asiento, y me miró con sus brillantes ojos azules en estado de *shock* mientras la tostada se empapaba dentro de su boca abierta. Parecía a punto de arder por combustión espontánea.

—Masticas y luego tragas, Derek. ¿Has olvidado cómo se come?

Le guiñé un ojo en broma antes de partirme de la risa. Me descubrí preguntándome a mí misma en qué cosas podía salirme con la mía. Derek alcanzó mi plato a través de la mesa y escupió por todo mi sándwich a medio terminar.

—¡Derek, puaj! ¿Por qué haces eso?

—Era eso o hacerte probar *mi* desayuno. —Levantó su vaso de sangre y me arqueó una ceja.

Arrugué la nariz y fruncí el ceño.

—No, gracias.

Una sonrisa de suficiencia se formó en su cara mientras se cruzaba de brazos sobre el pecho.

—Ya me lo imaginaba.

—Ahora tienes que prepararme un nuevo desayuno. —Empujé mi plato hacia él.

—¿Qué tiene ese de malo?

—Tu saliva está por todas partes.

—Comerlo sería igual que besarme.

—Es asqueroso.

—Te lo mereces. —Sonrió—. Y para que conste, no recuerdo que te quejes de que sea asqueroso cuando te beso.

—Ah, ¿sí? —Levanté una ceja en señal de desafío—. Bueno, también podría parecerme asquerosa la idea de besarte *hasta* que me hagas el desayuno. —Le guiñé un ojo.

Derek puso los ojos en blanco y tomó mi plato de la mesa. Le sonreí triunfante.

—Las cosas que hago por ti —murmuró entre dientes.

Rápidamente fue a hacerme el desayuno, sabiendo exactamente cómo lo quería, debido a las numerosas veces que me había visto preparar la misma comida. Entonces me ofreció el sándwich recién hecho, pero no antes de besarme en plena boca mientras depositaba el plato en la mesa.

«*Las cosas que hace que me dejan sin aliento...*».

Apenas fui capaz de echar mano de mi ingenio antes de ver la ansiedad que se reflejaba en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Alguien acaba de llegar. —Salió de la cocina y entró a la sala de estar donde, efectivamente, alguien había dejado abierta la puerta principal. Me tomó de la mano y corrió hacia su dormitorio.

Un hombre con unos ojos azules y brillantes iguales que los de Derek estaba de pie junto a la cama. El cabello canoso y los rasgos faciales indicaban claramente que estaba emparentado con Derek, así que no me sorprendí en absoluto cuando se dirigió a él diciendo:

—¿Padre?

Derek

*M*i primera reacción al ver a Gregor Novak de pie en medio de mi dormitorio fue proteger a Sofía, aunque ni siquiera estaba seguro de por qué. Era mi padre.

«¿Por qué tendría que protegerla de él?».

Aún así, el estómago se me encogió cuando sus ojos me pasaron de largo y se posaron en ella.

—¿Es ella? ¿La belleza de la que todo el mundo ha estado hablando hasta la saciedad? ¿La que te volvió contra tu propio hermano? ¿Esa por la que tu hermana renunció a su vida para traértela de vuelta? —Miró a Sofía como si fuera la cosa más despreciable que jamás hubiera visto—. Pues no hay mucho que ver. Atractiva, sí, pero no está precisamente por encima ni más allá de todas las demás bellezas que has tenido en tu cama, así que, ¿qué tiene para que desees poner el mundo del revés solo para poseerla?

Empujé a Sofía detrás de mí para protegerla de mi propio padre. Sus manos tomaron las mías mientras me enfrentaba a él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivienne ha sido capturada por los cazadores. Lucas se ha unido a los Maslen y he oído noticias alarmantes que dicen que estás conduciendo mi reino a la ruina para complacer los caprichos de una muchacha humana.

«Podría arrebatarte tu reino fácilmente y lo sabes».

—¿Qué quieres decir con que Lucas se ha unido a los Maslen?

—Borys Maslen y su nena vampira, Ingrid, han logrado convencerlo para que se una a su aquelarre, algo que aceptó voluntariamente después de que lo persiguieras a causa de *ella*.

—Se lo merecía. Le advertí que no le pusiera una mano encima.

—Borys e Ingrid Maslen. —El murmullo de Sofía desde mi espalda atrajo tanto mi interés como el de mi padre, y nuestros ojos se volvieron hacia ella.

—¿Has oído hablar de ellos? —pregunté.

—Es uno de los recuerdos de Vivienne más recurrentes en mi memoria últimamente. Es del día que Borys Maslen visitó la isla. Borys le dio un collar con un colgante de rubí. Aquello la enfureció, no entiendo muy bien por qué. Sus nombres... especialmente el de Borys... me son extrañamente familiares.

—¿Mi hija te dio *a ti* sus recuerdos? —espetó Gregor.

—No todos, solo...

Corté la explicación de Sofía.

—¿Permitiste a Borys Maslen entrar en la isla? ¿Después de lo que le hizo a Vivienne?

—No me mires de esa manera, Derek. Escapaste de todo el caos y tuvimos que encargarnos nosotros. No te atrevas a mirarme como si fueras mejor, porque yo fui lo suficiente hombre para hacer frente a los problemas de los que tú huiste. Esta isla sobrevivió gracias a Lucas, a Vivienne y a mí. Despiertas después de cuatrocientos años y estás echando por tierra este reino.

—Estoy intentando salvar La Sombra, porque dejaste que se volviera débil gracias a todos vuestros caprichos. Por eso que tienes que correr por ahí, intentando asegurar alianzas con aquelarres de vampiros que no quieren otra cosa que destruirnos.

—¿Caprichos? ¿Cómo los secuestros humanos? Esos no eran caprichos, Derek. Eran necesidades. Hicimos lo que teníamos que hacer para sobrevivir.

—Los cazadores eran la única amenaza humana que teníamos. Cuando empezaste a secuestrar adolescentes para llenar tus harenes, convertiste al mundo entero en una amenaza para la isla. ¿Cómo puedes no verlo? Nunca tuvimos que poner fin a la vida de nadie que no fuera un cazador hasta que tú gobernaste.

—No seas hipócrita, hijo. La joven belleza a la que intentas proteger de forma tan categórica está aquí a causa de esos secuestros. ¿No es su dulce y joven sangre lo que mancha tu cama? Siempre tuviste predilección por las vírgenes. Tal vez ahora que la has poseído será una amenaza menor para todos nosotros.

La respiración de Sofía se detuvo a mi espalda. Pensar en el efecto que tendrían sobre ella las palabras de mi padre me estaba matando.

—No vuelvas a hablar así de ella jamás, Padre. Mejor aún, no hables de ella en absoluto, a menos que quieras verme usar contra ti el poder que sabes que tengo.

—¡Cómo te atreves! —Los puños de mi padre se cerraron y parecía que estaba a punto de atacarme, pero dirigió su ira hacia Sofía—. Cuidado con el día que pierda el interés por ti, niña. Dudo que entonces lo tengas a tu lado para protegerte.

Di un paso adelante con los puños apretados, en clara advertencia de que estaba sobrepasando los límites.

—La *amo*. Tú más que nadie deberías conocerme lo suficiente para darte cuenta de lo que significa esa declaración. Es la chica que amo, y si alguna vez le pones una mano encima, no te equivoques, me volveré *contra ti*.

Cuando la confesión salió de mis labios, sus ojos se abrieron con sorpresa. Miró a Sofía como si acabara de convertirse en una gran amenaza para su vida, y no me cupo la menor duda de que tenía algo que ver con lo que Corrine me había contado después de nuestra visita a las catacumbas:

«*La profecía de Vivienne sobre ti no podrá cumplirse nunca a menos que la joven de la que habló Cora haga su parte*».

En aquel momento no comprendí totalmente la situación en la que me encontraba pero, basándome en la reacción de mi padre, supe que Sofía era mucho más importante de lo que yo pensaba. Y no era solo porque fuera mi corazón y mi vida. Sofía era mucho más, y pronto averiguaría cómo y por qué.

En ese momento supe que jamás ninguna otra persona me había importado tanto como Sofía Claremont.

Epílogo: Lucas

El Oasis, las subterráneas tumbas egipcias que ahora eran el hogar del aquelarre Maslen, era exactamente como se rumoreaba en su fascinante leyenda. La entrada triangular, los siete niveles, el ascensor circular de cristal, los lujosos aposentos reales... Una morada digna del segundo aquelarre más poderoso que existía.

Vivir en los áridos desiertos de Egipto no me hacía muy feliz, pero no iba a quejarme. El Oasis fue el único lugar al que se me ocurrió huir, sobre todo después de que los Maslen me ofrecieran santuario cuando mi aquelarre, mi propia carne y sangre, se volvió contra mí.

Dos guardias me llevaron a una gran cámara muy fastuosa, en cuyo centro había un trono negro hecho de cráneos humanos. Borys Maslen aún conservaba el mismo aspecto que cientos de años atrás, con cabello marrón oscuro, ojos castaños casi negros y un físico corpulento, fornido, ancho y musculoso. Recordé su obsesión con mi hermana y no pude dejar de imaginar lo frágil que parecía Vivienne comparada con él.

Estaba sentado en el trono de cráneos con una sonrisa satisfecha en su cara mientras observaba cómo me escoltaban a su presencia.

—El gran Lucas Novak volviéndose contra su propia sangre para unirse a los Maslen... nunca pensé que vería este día.

—He venido a reclamar el derecho de santuario que me ofrecisteis —respondí secamente.

—¿Seguro que entiendes que acogerte al derecho de santuario tiene un precio? —preguntó—. Después de todo, eres un Novak. Alguien en quien no puedo confiar plenamente.

—Por supuesto.

—Primero respóndeme a un par de preguntas. —Borys se levantó de su trono y descendió los escalones que conducían hacia mí—. ¿Es cierto? ¿Tu hermano finalmente despertó?

—Es cierto. ¿Y eso es motivo de preocupación para vos?

—¿Debería serlo? Después de haber dormido durante tanto tiempo, dudo que tu hermano sea todavía una amenaza muy grande. —Comenzó a caminar en círculos a mi alrededor, como si fuera un buitre.

Me burlé de él.

—No seáis idiota, Borys. Llevamos jugando a este juego cientos de años. Sabéis de lo que es capaz mi hermano. Además, su poder e influencia no son la única razón por la que deberíais temblar. Ha encontrado a la chica de la profecía para afianzar su reinado y llevar a todos los vampiros al verdadero santuario. Está enamorado de ella.

Estoy seguro.

—¿El verdadero santuario? Y sin embargo, ¿es a mí a quien corres en busca de refugio?

—Digamos que, al igual que vos, no quiero ver cómo lo logra mi hermano.

—Muy bien entonces. ¿Quién es esa chica de la que hablas? ¿Esa chica de la que dices que Derek está tan enamorado?

—Se llama Sofía Claremont.

Al oír el nombre de Sofía, la cara de Borys Maslen se contrajo por la furia.

—¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve tu hermano a poner una mano sobre ella! ¡Era mía! ¡La chica Claremont es mía!

Me arrojó al suelo y comenzó a golpearme la cara. No entendía cómo sabía siquiera quién era Sofía, y mucho menos por qué era tan importante para él. Sabía que tenía esta forma tan inexplicable de atraerme pero, ¿qué había en ella que hacía que todo mi mundo girara a su alrededor?

Probé la sangre de mis labios mientras Borys continuaba atacándome. Todo lo que podía pensar era en lo mucho que me hubiera gustado que la sangre perteneciera a Sofía.

«*Lo que daría por probarla de nuevo*».

Ya estaba seguro de que los ataques de Borys no iban a cesar hasta que me machacara la cabeza y me sacara el cerebro, cuando una aguda voz femenina gritó su nombre.

—¡Borys! ¿Qué estás haciendo?

Borys dejó de golpearme inmediatamente y se volvió hacia ella.

—Tiene a Sofía. ¡La tiene Derek Novak! Ella es mía, Ingrid. Sofía Claremont es mía.

—Por supuesto que sí. Sofía es tuya, Borys. La traeremos de vuelta. —Ingrid habló con dulzura, como una madre calmando a un niño.

Ingrid Maslen. La vampira más reciente de su aquelarre. Temblé ante la mención del nombre y todos los rumores que venían con él. Me puse en pie, tambaleándome. Los rumores de la belleza de Ingrid Maslen y cómo había llegado a formar parte del clan Maslen resurgieron en mi mente y estaba deseando ponerle el ojo encima.

Su rostro estaba oculto por la enorme e imponente figura de Borys mientras lo abrazaba, susurrando palabras tranquilizadoras en su oído. Algo de lo que Borys dijo atrajo mi atención y me provocó escalofríos que me recorrieron la columna vertebral.

Borys la apartó de sí y dijo:

—Tú me la diste a mí, Ingrid. Lo recuerdas.

—Por supuesto... Te la di.

Me estiré para poder atisbar algo de Ingrid y ahogué un grito. Era la viva imagen de Sofía, aunque en una versión más vieja. Sus ojos se encontraron con los míos y se giró para mirarme, rozando a Borys.

—O nos dices lo que necesitamos saber, Novak, o utilizaré los medios que

conozco para sacarte la información. De cualquier manera, robaremos a Sofía de las manos de tu hermano y la traeremos aquí, donde pertenece.

—¿Quién eres?

—Baste con decir que una vez fui Camilla Claremont...



BELLA FORREST es una autora de éxito de ventas de la serie «A la sombra del vampiro», que es el *bestseller* n.º1 en los géneros romance de vampiros, paranormal y fantasía. Forrest También es autora de la trilogía «Una sombra de Kiev» (una continuación de uno de los libros de una cortina del vampiro) y *duology* «Beautiful Monster».

Un autora desconocida, que ha mantenido su vida privada totalmente invisible, Bella Forrest (sea quien sea) ha dominado el arte de encontrar y capturar la atención de un público objetivo. En poco más de tres años, esta autora de autopublicación ha salido de la nada para dominar el romance del vampiro, Paranormal y géneros de fantasía.